



Pablo de Olavide

Obras narrativas desconocidas

Prólogo y compilación por Estuardo Núñez

Índice

Estudio preliminar
El incógnito o el fruto de la ambición
Paulina o el amor desinteresado
Marcelo o los peligros de la Corte
Sabina o los grandes sin disfraz
Lucía o la aldeana virtuosa
Laura o el Sol de Sevilla

Estudio preliminar

Durante los años de 1964 y 1967, aprovechamos de breves estadas en Madrid y Barcelona para iniciar y desenvolver la búsqueda y la identificación de los textos teatrales -comedias y tragedias- de Olavide,

ya fuesen obras originales o traducciones. En 1969, en una tercera estada madrileña, nos fue dado culminar dicha tarea. Quedaron, sin embargo, algunos puntos de esa investigación que pensamos poder esclarecer en el verano del mismo año, en que disfrutamos del tiempo libre que nos permitía la docencia en la Universidad de Buffalo, New York, dotada de una biblioteca riquísima y con servicios sabiamente organizados. Desde su seno, mediante la oficina de interpréstamo, podíamos manejar fondos de casi todas las bibliotecas universitarias de los Estados Unidos y aun algunas públicas o municipales. Averiguando por textos teatrales en otras ediciones, vino a nuestro conocimiento el dato de la existencia de una obra narrativa (y no teatral) de Olavide. Hallado en los fondos de la Biblioteca Pública de New York, tuvimos el encuentro feliz del texto de una novela titulada *El incógnito* o *el fruto de la ambición* (en dos volúmenes).

Indagando en el valioso repositorio de la Universidad de Brown (la biblioteca John Carter) en Providence, obtuvimos la evidencia de otra novela titulada *Paulina* o *el amor desinteresado* (también en 2 volúmenes). El hallazgo era ciertamente inesperado y desconcertante, pues estas novelas se habían editado en una conocida imprenta neoyorquina (la de Lanuza, Mendiá y C.) que en la segunda década del siglo XIX, editó muchos libros españoles o versiones de otros idiomas al castellano. Pero a pesar de la circunstancia de ser éditas estas novelas, no habían sido nunca mencionadas, ni siquiera indirectamente, por ningún crítico, ni figuraban tampoco en ninguna bibliografía. La sorpresa incrementó nuestro afán de búsqueda y en los últimos meses de 1969 hemos sido realmente [X] afortunados al hallar nuevos textos narrativos de Olavide en la biblioteca John Widener de la Universidad de Harvard, donde ubicamos *Sabina* o *los grandes sin disfraz* y *Marcelo* o *los peligros de la corte*, y en la Biblioteca Libre de Filadelfia, otros dos: *Lucía* o *la aldeana virtuosa* y *Laura* o *el Sol de Sevilla*. Poseemos también ahora el dato suplementario de la existencia de otro texto más, titulado *El estudiante* o *el fruto de la honradez*, que aún no hemos podido ubicar, con lo cual totalizamos 7 novelas cabales editadas, en primorosa edición en 16.º -tamaño pequeño- todas en la misma casa editora y el mismo año de 1828. Es curioso además que de ellas sólo se tiene noticia hasta ahora de ejemplares únicos, conservados en las bibliotecas apuntadas.

El incógnito -la más extensa y lograda de sus novelas-, cuenta la historia de un desconocido y desgraciado anciano, arrepentido de la tragedia múltiple que provocó su ambición descontrolada. Dos familias campesinas de vida ejemplar han tenido un hijo, Albano, y una hija, Rufina, que llegados a la edad de la adolescencia se enamoran, dando el más vivo ejemplo del amor puro y sin malicia. En vísperas de casarse, el padre de la novia hace fortuita amistad con un joven noble y rico que lo invita a la ciudad para que disfrute de los placeres y de la vida fácil y refinada. La intención de este joven noble es lograr la seducción de Rufina, de quien se ha enamorado, y convencer al padre ofreciéndole riquezas y goces materiales, para que deshaga los planes de su hija prometida de Albano. Cegado por la ambición, el padre de Rufina consigue frustrar la boda de su hija con Albano y éste desesperado, se arroja a un precipicio y muere. Al poco tiempo Rufina enferma de pena y también

sucumbe. El padre reacciona tarde y arrepentido de su ambición malsana.

Marcelo (subtitulada los peligros de la Corte) pretende aleccionar acerca del vicio o la inmoralidad que domina en la ciudad (o corte, como solía designarse a la metrópoli) y sirve para probar la tesis de que el hombre más virtuoso o prudente no puede evitar la acción de las malas artes de hombres perversos o mujeres intrigantes que suelen hallarse en las grandes poblaciones. En contraste -al igual que en El incógnito y Lucía- exalta la sencillez de la vida aldeana o campesina, donde no cabría el ejercicio de las maquinaciones de la maldad humana. Marcelo, hombre acomodado de la provincia, buen esposo y ejemplar padre de familia, decide trasladarse [XI] a Madrid, donde hace relación con un marqués vividor y complaciente que lo induce al mal en compañía de una mujerzuela que seduce al provinciano y consume su fortuna. Marcelo arruinado y crédulo, es fácil víctima de una coalición nefasta que llega casi al punto de liquidar los lazos conyugales de Marcelo y su esposa. Al final, se impone la prudente actitud de la esposa doña Martina y el buen sentido de Marcelo que reacciona a tiempo para evitar la tragedia. Una herencia providencial lo salva del descalabro económico y la familia puede rehacerse y vivir en felicidad el resto de sus vidas.

Paulina presenta el caso de amor noble y desinteresado de una plebeya por un marqués enamorado pero sugestionable y sujeto a vanos cálculos y miramientos de clase social. Ella, cuidando cautelosamente su virtud y señorío, consigue al fin, en premio a su generosidad de corazón, ser desposada por el marqués.

Laura o el Sol de Sevilla, es un relato novelesco en que se expone la desgracia que acarrea la jactancia en los hombres que se precian de seductores y por contera, de los excesos a que pueden llevar los celos infundados. Un charlatán desconocido relata en una posada la aventura que ha tenido con la virtuosa y bella mujer del esposo que está presente. Éste, celoso y violento, lo mata en el acto y manda matar a su esposa. El encargado de cumplir esa triste misión desiste de hacerlo y la esposa se oculta en espera que se aclare la situación. Después de muchos días, aparece un sacerdote que ha recibido en secreto la confesión de la criada que se había hecho pasar por la esposa infiel para usufructuar de la recompensa ofrecida por el seductor. La intervención del cura libra de la muerte al acusado y hace propicio el regreso de la esposa fiel e inexpugnable que gestiona y obtiene del Rey el perdón de su celoso e irreflexivo marido.

Lucía o la aldeana virtuosa es la historia de una joven llena de virtudes que emigra a la ciudad para ayudar a su padre enfermo, hortelano en las afueras de Madrid. Encuentra la protección de una dama comprensiva y rica. Lucía logra vencer las intrigas propias de la gente citadina de toda condición y al descubrirse la condición social del padre, que se había refugiado en el campo con su familia para huir de la justicia que lo perseguía por haber dado muerte a un noble insolente [XII] en defensa de su honor, la dama protectora consigue el perdón del perseguido, que muere antes de conocer la noticia. Las dos supuestas aldeanas, Lucía y Mariana, son adoptadas como hijas de la caritativa dama y al cabo, se casan «con personas distinguidas».

Sabina (subtitulada los grandes sin disfraz) es relato novelesco en

que actúa como protagonista la hija de una familia de alta alcurnia, casada con un joven también noble, que resulta sacrificada por las intrigas cortesanas, odios implacables e inhumanas conjuras de dos miembros de la nobleza: su propio padre, y su suegro, enemigos irreconciliables. Los esposos huyen hacia Lisboa, pero hasta allí les alcanza la suerte adversa. El esposo sin saberlo da muerte a un desconocido que se acerca sospechosamente a su casa. Es prendido y acusado de asesinato de su propio suegro.

Los grandes carecen de los atributos morales de los pequeños y los débiles y Sabina no sólo sufre la intemperancia del padre y el odio del suegro, sino la doblez de otro cortesano influyente que la había pretendido y quien la ultraja a cambio de dar libertad a su esposo. Cuando éste la recobra alcanza sólo los últimos instantes de una esposa que muere de dolor.

Éstas son las seis novelas que ahora publicamos. Por su parte, Juan María Gutiérrez hace referencia bibliográfica a una obra narrativa de la cual, sin haberla leído, cita el título:

El estudiante o el fruto de la honradez. (Por el autor de El Evangelio en Triunfo. New York, en Casa de Lanuza Mendia y C. impresores, libreros, 1828, 1ª, y 2ª partes, 97-80 páginas en 16.º) Es la única de las siete novelas que no obstante estar citada, no hemos podido hallar todavía.

LOS ANTECEDENTES EUROPEOS

La prosa de ficción no había tenido, a raíz de la aparición del Quijote cervantino, una secuencia inmediata en Europa. Después de un lapso de tanteos que abarca todo el XVII hará aparición más coherente, en Inglaterra a tes que en Francia, gracias a dos notables creadores que fueron Samuel Richardson (1689-1762) y Henry Fielding (1707-1754).

Las novelas epistolares Pamela o la virtud recompensada publicada en 1740 y Clarisa o la historia de una joven, de 1748, [XIII] dieron fama europea a Richardson. Pamela es una joven hija de campesinos, educada por una noble dama, que pese a tentaciones múltiples salva su virtud y llega a casarse con su patrón o empleador, a quien cura de sus aficiones por las aventuras de amor ilícito. Clarissa es la novela de la virtud perseguida en la historia de otra joven, de familia distinguida y acomodada, quien es seducida por un libertino, con quien después se niega a casarse. Deshonrada se le cierran todas las posibilidades de una vida regular y honorable y muere abandonada. Un primo suyo venga a Clarissa y da muerte en duelo al seductor.

«El propósito manifiesto de Richardson -dice George Saintsbury- y no cabe duda alguna de que era sincero, no era en modo alguno producir obras de arte, sino inculcar lecciones de moralidad. Sin embargo la posteridad (...) reconoció que Richardson era un gran artista aunque en modo alguno impecable (...). Su popularidad fue tan grande en su propia patria como en el extranjero».

(Historia de la literatura inglesa, vol. II, Buenos Aires, Edit. Losada, 1957, p. 43).

Ese auge fue muy ostensible sobre todo en Francia, donde es prontamente traducido y de donde provenía también su inspiración pues, según la crítica, tomó la idea para sus narraciones de un relato de Marivaux titulado Vida de Mariana, publicado en 1731, el mismo año de la aparición del Manon Lescaut del Abate Prevost.

Richardson -cuya obra narrativa tuvo para el lector común la misma significación que Shakespeare en el teatro o que Chaucer en la poesía inglesa- fundó en realidad la novela sentimental y de análisis de gran extensión y meticulosidad de motivos y situaciones. La ausencia de humor y de amenidad, sus inverosimilitudes, conspirarán contra la supervivencia de estas creaciones. Pero el impacto de ellas es indudable durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Fielding avanzó otros tramos de la novela en sus obras Joseph Andrews, Tom Jones y Amelia, pero Richardson había descubierto la naturaleza emocional de la mujer y esa fuente servirá para superar la etapa de la novela de aventuras del tipo de Robinson de Defoe o el Gulliver de Swift y ampliar el horizonte de la novela europea. El novelista empieza a utilizar [XIV] al lado de personajes y usos de la aristocracia, a personajes y costumbres de la clase media.

Marcelin Defourneaux, que ha estudiado con detenimiento la biblioteca de Olavide requisada por la Inquisición, ha señalado ya que aparte de su afición por la literatura francesa, Olavide tenía también predilecciones por otras muestras europeas como hombre de su tiempo, con intereses universales.

«Respecto a la producción contemporánea (contenida en la biblioteca) -dice Defourneaux- la parte de novelas galantes o licenciosas, de «cuentos morales» -e inmorales- es considerable. Se encuentran lado a lado novelas sentimentales, moralizadoras y a veces lacrimosas, traducidas o imitadas del inglés, por el Abate Prevost, La Place y otros» (y agrega en una nota que esas novelas sentimentales eran Pamela, de Richardson, Tom Jones y Sir Charles Grandisson de Fielding; más Oronoko de la señora Behr). (M. Defourneaux, Pablo de Olavide au L'afrancesado, París, Presses Universitaires de France, 1959, p. 47).

En Francia, Madame de Genlis (née Saint-Aubin, 1746-1830) siguiendo la modalidad de las novelas morales o ejemplares (generadas por Cervantes y cultivadas después por Richardson y Fielding en Inglaterra y por Fenelón autor del Telémaco en Francia) publica en 1784, Las veladas del castillo, con historias o relatos novelescos en que se alterna la doctrina moral con el recreo y destinados a «inspirar a los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas que nos acercan a la Naturaleza y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del campo». Cada asunto tiene una referencia directa a un precepto moral.

«Nunca se conseguirá hacer virtuosos a los hombres -sostiene la autora- empleando insulsas y frías reflexiones; solamente se logrará ese fin presentándoles ejemplos eficaces y pinturas hechas a propósito para penetrar y estamparse en la imaginación y esto es lo que se debe llamar: la moral en acción»

(introducción).

«Los libros de Madame de Genlis -dice Carmen Bravo Villasante en un interesante trabajo sobre «La literatura infantil [XV] francesa» en Cuadernos hispanoamericanos, Madrid, N° 237, 1969-

son pues, moral en acción e instrucción en acción. Ella reconoce que desde hace más de 20 años se ha puesto de moda la publicación de obras peligrosas con el título de novelas morales y cuentos morales, pero al mismo tiempo proclama la validez de los fundadores del género: Cervantes, Addison, Richardson y Fenelón».

Se escribía entonces en Francia, como en Inglaterra e Italia, este tipo de novelas para niños, adolescentes y adultos que desplazaban a las obras de ficción extravagantes y extrañas, como las de hadas y trastos o caballerescas, consideradas inútiles o perjudiciales para el gusto y el criterio de los hombres de la Ilustración.

Richardson inicia y promueve con sus obras el auge de la novela sentimental europea en la primera mitad del siglo XVIII, con elemento exotista (a veces americano) o sin él. Coincidió con el Abate Prevost autor de Manon Lescaut relato localizado en ambiente de lejanía de América del norte.

Otras novelas francesas de este tipo fueron las siguientes:

Delfina o la opinión, de Madame de Stael, Clelia de Madame Scudery, Casandra de Madame de Calpranède. Cuentos morales de Marmontel.

Y más tarde, otra peruana, también ex patriada y perseguida como Olavide, Flora Tristán, escribió una novela del mismo estilo que se titulaba Mephis ou le Proletaire (roman philosophique, autobiographique et sociale), París, 1838, compleja trama de injusticias sociales, infortunios, muertes, miserias e infamias.

Tenemos así, en la segunda del XVIII, en toda Europa, la novela entre moralizante y racionalista, con un trasfondo ético que viene de la reflexión apriorística. Se escribe la novela para probar un postulado previo: la bondad del optimismo, la recompensa de la virtud, los resultados de la buena o mala educación, etc. La novela quiere ser antes que el espejo de la vida, el reflejo de ideas que se pudieran aplicar en la vida, esto es, recetas morales que sirvan a la conducta de los hombres o al ordenamiento y mejora de la sociedad. No interesa al novelista [XVI] reflejar la realidad que lo circunda, sino moralizar, señalar un comportamiento adecuado para vivir mejor. Esto podría ser el contenido o la orientación de la novela ética.

Olavide se inscribe de tal suerte como autor representativo de la novela sentimental europea de fines del XVIII y comienzos del XIX. Es único dentro de esa línea de creación en la propia España y también en América.

Olavide creaba en lengua castellana una narrativa que iba siendo común en Europa, y que tal vez no había aún tomado raíces en la misma España. Esta vez sus modelos no fueron franceses sino ingleses, aunque tal vez muchos de ellos llegaron a ser conocidos a través de diligentes versiones al francés que entonces empezaron a difundirse profusamente.

EL CONTENIDO ÉTICO Y SU PROCEDENCIA

Existe una indiscutible relación entre las novelas de Olavide y *El Evangelio en Triunfo* del mismo autor, obra muy citada pero que pocos han leído en su integridad, limitándose a juzgar toda la obra por las primeras páginas abstrusas y anacrónicas y acaso por los capítulos iniciales, incompatibles -por sus discursos teológicos y adoctrinantes- con el gusto de hoy. Pero la obra cambia notablemente de sentido de orientación en el cuarto tomo, cuando el discurso especulativo cede el paso al relato de la propia experiencia de Olavide. Es entonces cuando el autor se aparta del texto, según Defourneaux, el de Lamourette, que le dio pie para componer los primeros tomos, y escribe así Olavide una obra inconfundiblemente suya.

No es nuevo ni original el punto de vista referente a la falta de originalidad de *El Evangelio en Triunfo*. Ya en 1907 el historiador Henry Charles Lea (*A history of the Inquisition of Spain*, New York, The Macmillan Co. 1907, vol IV, p. 308) reveló que en las Cortes de Cádiz (12 de enero de 1813) el diputado Mexía -al abogar por la supresión de la Inquisición manifestó haber visitado a Olavide en Baeza y sostuvo por primera vez que *El Evangelio en Triunfo* era solamente la traducción, un tanto ampliada de la obra del abate Antoine Adrien. Lamourette titulada *Délices de la Religion* (París, 1788) con la adición de una parte político-económica tomada del libro *Ami des Hommes on traité de la population* del marqués Víctor de Mirabeau (1715-1759), padre del famoso orador francés y discípulo del economista fisiócrata Quesnay. [XVII]

Es evidente que la crítica anduvo descaminada en sostener que *El Evangelio* sólo es una traducción más o menos ampliada de un libro ajeno. Ello sólo es cierto para algunos capítulos dentro de los tres primeros volúmenes. Pero en el cuarto, el pensamiento vivo de Olavide se impone y crea páginas que podrían denominarse un Nuevo Emilio (las referentes a la educación del niño o la instrucción del campesino) o el Anti-Voltaire, a quien denomina «monstruo maléfico» por haber propiciado la incredulidad no obstante «la fecundidad de su imaginación exaltada y la fuerza prodigiosa de su ingenio».

En las cartas XXXV y XXXVI de dicho tomo cuarto se inserta la historia de Mariano y Teodoro contada por el Filósofo o sea el propio Olavide. Existe en esa historia un germen de novela, la cual se frustra por el afán proselitista y religioso del texto y el poco interés que pone el autor en seguir un relato de ficción, ganado por el afán didáctico. Pero no deja de haber una tesis, desarrollada más tarde en más de una de las novelas, la de que la formación congestionada de las ciudades y el abandono de los campos, crea un ambiente contrario a la moral en las primeras y se deja a un lado la vida saludable del cuerpo además de sustituirse muchos oficios y ocupaciones útiles por la vida ociosa o corrupta de las cortes o ciudades. De allí deriva a reflexiones acerca de la educación de los niños y el estudio de la naturaleza.

Abunda luego, ya fuera de la narración, en una serie de consideraciones sobre la manera de fomentar la agricultura y ganadería,

aconsejando medidas de reforma y colonización agraria como medio de combatir la pobreza y como forma de mantener las buenas costumbres en las cuales vuelca Olavide toda su experiencia en Sierra Morena. En la carta XXXVII y en la siguiente, es presentada en detalle la organización de la Junta de Bien Público, institución de asistencia, bienestar y orientación social.

Pero recíprocamente hay en las novelas párrafos morales que aparecen extraídos de El Evangelio en Triunfo, lo que demuestra -por la similitud de estilo y actitud- la autenticidad de los textos.

En ese tomo cuarto de El Evangelio en Triunfo podríamos decir que se encuentra el germen de las posteriores novelas, lo cual confirma además la sospecha de que éstas fueron [XVIII] escritas en época muy próxima a la terminación (1796) de dicha obra, de la que no es pertinente afirmar que sea una simple «versión libre» del mencionado libro del abate francés. En ese tomo IV las ampliaciones superan o exceden el posible texto traducido y se vierten, por lo contrario, las propias ideas sociales de Olavide, cuyo original pensamiento se hace ya inconfundible.

De él es muestra clara este párrafo:

«Pero id á examinar estos jóvenes que han pasado muchos años en la educación de un colegio o de una universidad, y yo quiero que no examines sino á los que salen con la reputación de instruídos y de quienes se dice que son sobresalientes. Los hallarás por lo común llenos de preceptos de gramática, los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa, muchos testos del código y digesto, y si pueden repetir los términos misteriosos y oscuros de Aristóteles se les mira como un prodigio. Les oirás hablar con satisfacción de todo, sin detenerse en nada; porque lo mejor que han aprendido es el arte de la sofistería, el improbo talento de poder defender las opiniones mas absurdas ó las mas encontradas, sin distinguir jamás el error de la verdad».

(El Evangelio en Triunfo, tomo IV, Ed. Barcelona, Imp. Francisco Oliva, 1848, p. 106.)

«Esta manía de transportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del país nativo para engolfarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias; los campos quedan despoblados, sin brazos y destituidos de medios, la agricultura se debilita, las artes huyen ó se entorpecen, las producciones disminuyen y toman unos precios tan subidos que incomodan á todos.

El medio único, el mas simple y seguro es que el gobierno promueva por leyes, por ventajas y por cuantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan á habitar en sus tierras; esto solo es capaz de hacer revivir una nación en poco tiempo. Entonces los que [XIX] son dueños de las tierras se verán obligados á cultivarlas; los jornaleros hallarán ocupación, las artes ejercicio, la agricultura medios y las costumbres muchas mejoras».

(El Evangelio en Triunfo, tomo IV, ed. Barcelona, Imp. Fco. Oliva,

1848, p. 91).

Coincidentes en el mismo espíritu didáctico-moral, en las novelas se intercalan reflexiones de este jaez:

«Dichoso el que no ha visto nunca la frívola opulencia de las ciudades ricas y vive siempre tranquilo en su simple cabaña. Desde que el pobre ve la brillante habitación del poderoso, empieza a desdeñar y hallar odiosa la suya en que gozaba de muy dulce reposo».
(El incógnito, p. 25)

«Su corazón se abría a la sencillez de gentes rústicas y simples, que con la apariencia de la grosería suelen esconder almas no desprovistas de calor y de luz».
(Sabina, p. 80)

«allí aprendió que cuando el interés del poderoso lo exige, el débil es atropellado sin piedad: que el temor acobarda a los más amigos: que la pereza detiene a los indiferentes; que la opinión pública, ciega y variable, condena o absuelve ligeramente sin conocimiento de causa, sin instrucción, y sin haber por qué y en fin, que el mal se hace sin reflexión, que muchas veces se hace por instinto y otras por el impulso que saben dar aquellos que dominan».

(Sabina, p. 30, II)

«Los infelices no inspiran respeto ni causan sujeción. Se les envilece fácilmente y con una inhumana seguridad con el ludibrio y la mofa de los hombres opulentos, que con el oro en la mano compran su honor, regatean sus virtudes y se indignan de que se les resista». [XX]
(Sabina, p. 48, II)

«Qué consuelo es saber que hay otra vida después de ésta, que en ella se cambian los destinos y que son tan terribles los castigos de la opresión y del delito, como son dulces las recompensas de la paciencia y la virtud».
(Sabina, p. 80, II)

«Una situación dichosa no provoca a reflexionar, porque se atormenta por conocer la causa de la dicha que tiene. El bienestar nos parece un estado natural. Es su interrupción la que nos turba, la que nos agita. Las desgracias son las que nos instruyen, las que extienden nuestras ideas, las que dan inquietud al alma y actividad al espíritu, porque el dolor nos obliga a buscar

en nosotros fuerzas para sufrirlo o recursos para desviarlo».

(Paulina, p. 51-52)

«Las frívolas y aparentes ventajas de las cortes (ciudades) tienen inconvenientes más graves y que deben inspirar temor. Esas luchas de la ambición, esas vanas ostentaciones de la riqueza, esas fiestas, diversiones y placeres no constituyen al hombre verdadero ni a la criatura racional y estimable y traen consigo mil peligros, que la embelesan y degradan».

(Marcelo, p. 13)

«La virtud más probada puede disminuirse o alterarse, comunicando demasiado con el vicio. No es fácil precaverse y eximirse de la corrupción moral de esta epidemia, que infesta a los pueblos populosos y sobre todo al que es capital del imperio».

(Marcelo, p. 14)

Unos y otros textos demuestran la congruencia y la continuidad entre la obra apologética de Olavide y sus obras narrativas, la vinculación ideológica que tuvieron a más de la similitud de estilo y la proximidad en la época de composición de una y otras. [XXI]

De tal suerte, Olavide resulta a fines del siglo XVIII el primer representante de una nueva modalidad ideológica cuya definición ha tomado singular fuerza en tiempos recientes: «la Ilustración cristiana», ya perfilada en *El Evangelio en Triunfo* y casi del todo definida en sus novelas. De un lado execraba la intolerancia, la intervención del catolicismo en asuntos terrenales, la persecución de las ideas, pero de otro lado era fiel a la verdad teológica del dogma, el cual aceptaba aunque repudiara los grilletes de una estricta ortodoxia. Terminó por renunciar a Voltaire después de haberlo tenido por modelo en sus años mozos y aun en los maduros, pero abrazó la raíz cristiana y la fuerza de los ideales de Rousseau, despojándolos de sus excesos y desviaciones. Un nuevo espíritu de conciliación (que a veces se ha confundido con la palinodia o el arrepentimiento) se afirma en sus últimos años, que en forma alguna pueden tacharse de decadentes o claudicantes, pues en ellos renace un afán de creación vigorosa que significa la mejor y más original aportación de su talento.

ESTILO DE OBRA Y DE VIDA

Con estos antecedentes y como novelas dirigidas al lector común y no a la clase intelectual, las narraciones de Olavide debieron ser ingenuas en su técnica y en sus tópicos. Satisfacían necesidades elementales como lo hacen los cuentos y las canciones. Perseguían el solaz del lector común y se limitaban a filtrar una enseñanza didáctica más que una finalidad

estética. Pero al mismo tiempo se justificaban ante el lector común por la crítica que hacían de ciertas costumbres e instituciones sociales, de ciertos usos caducos y de algunos vicios graves que acentuaban la injusticia o la desigualdad social y el privilegio en manos de unos pocos.

El estilo uniforme, la estructura semejante, las reflexiones coincidentes en ideas comunes, el ritmo muy parejo, todo parece indicar que las siete novelas fueron escritas en una misma época o etapa de vida del autor. Pero sería necesario precisar, con más congruencia, a cuál etapa corresponden.

El descubrimiento de la obra narrativa de Olavide nos pone en el caso de revisar y tal vez de reconstruir los años últimos del autor. Los biógrafos de Olavide nos han presentado en esos años que van desde el «Termidor» de la revolución francesa, desde que aparecieron desatadas las luchas fratricidas [XXII] entre girondinos y jacobinos de los cuales resulta víctima inocente o inconsciente el ilustre limeño, perseguido por las mismas fuerzas implacables y el mismo avatar revolucionario que contribuyó él mismo a estimular hasta los años postreros de su vida. La imagen de un hombre agobiado por el infortunio, de un arrepentido pecador que busca la consolación en la lectura o traducción de libros devotos, de un anciano achacoso y decadente que entona el «mea culpa», acabará por desdibujarse en nuestra mente. En contraste con esta imagen los últimos años revelan a un hombre distinto, que lejos de acusar decadencia física o mental -no obstante su trabajada vida- ha descubierto una cantera espiritual insospechada. Olavide se descubre a sí mismo en esos años. Han aflorado sus potencias creadoras que antes estuvieron ocultas, o encerradas, en el afán de darse en otros menesteres de acción como reformador de instituciones, como renovador del gusto teatral, como conductor intelectual de su época, como reformador de la Universidad, como revolucionario abierto o subterráneo. Emerge un creador caudaloso y lúcido, que impone en el mundo hispánico el auge perdido de la novela ejemplar, que hace retornar de sus nuevas fuentes inglesas en esos años finales de su vida -bajo el sol andaluz de Baeza- siete novelas, una tras otra, que lega para su póstuma publicación. Ese legado iba a ser el más constructivo y durable esfuerzo de su vida, -y en verdadera lucha unamuniana- su agónico y postrer mensaje.

Podrá decirse que los asuntos tratados en las siete novelas de Olavide no tienen relación alguna con el paisaje americano o con los hombres de este continente. Tampoco lo tuvieron muchas de las narraciones creadas en el Nuevo Mundo hasta ese momento, la mayor parte de las cuales no tenían aún en América la forma de novelas. Si bien *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Carrión de la Vandera, de 1773, constituye en algunas partes una narración literaria, hasta cierto punto novelesca, es en su conjunto una relación de viajes y no una novela. Podría constituir esta obra tal vez el origen de la narración corta, del cuento o más bien de la estampa de costumbres. Y por la época en que Olavide crea sus tres novelas, o sea los finales del siglo XVIII, todavía el mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, el llamado primer novelista de América con su *El Periquillo Sarniento* (1816) era todavía un adolescente sin obra literaria. [XXIII]

LAS EDICIONES

Habría que despejar otros enigmas. ¿Quién fue el editor de las novelas de Olavide? ¿Por qué se guardó tantos años (de 1803 fecha de su muerte hasta 1828) los manuscritos, sin darlos a conocer? ¿Por qué se editaron en los Estados Unidos y no en país de habla hispánica? ¿Cuál es la razón por la que aparecieron todas las novelas en el mismo año de 1828? ¿Por qué no se han conservado sino un sólo ejemplar de cada novela? ¿Por qué no se han citado siquiera estas obras y ediciones en las muchas publicaciones críticas y bibliografías hechas sobre Olavide en más de siglo y medio?

El Almanaque americano Longworth, entre 1825 y 1832, registra al médico y librero español Cayetano Lanuza como residente en la ciudad de New York en varias direcciones (3 Varick Street, 1 Franklin Street, 30 Exchange Palace, 105 Chambers Street, en Brooklyn y en Greenwich). También figura como traductor al castellano de varias obras francesas e inglesas tales como el Diccionario Filosófico de Voltaire, New York, Tyrrel y R. Tompkins, 1825, en 10 volúmenes pequeños, Cuentos y sátiras de Voltaire, traducidos por M. Domínguez, New York, 1825.

Como librero ofrece Lanuza ediciones castellanas de muchos autores famosos: El Vicario de Wakefield de Goldsmith, traducida por M. Domínguez, New York, 1825, Vida de Jorge Washington por Ramsey, trad. por Lanuza, 2 tomos, New York, 1825, Compendio de Historia de los Estados Unidos, New York, 1825, Vocabulario auxiliar español-inglés, por I. L. Barry, New York, 1825, Fábulas de Samaniego, New York, 1826, Fábulas de Iriarte, New York, 1826, Ortografía de la lengua castellana por la Academia española, New York, 1826, Jicotencal, novela mexicana anónima, 2 tomos, Filadelfia, 1826. Se anuncian «en la casa de Lanuza y Mendia», otras obras en prensa como la Vida de Benjamín Franklin, escrita por él mismo y el Persiles y Segismunda de Cervantes.

Como traductor, además del Diccionario de Voltaire, Cayetano Lanuza aparece trasladando al castellano la Vida de Washington de Ramsey y La historia de la destrucción de los templarios de Carl Gottlob Anton, obra que edita en New York en 1828, el mismo año en que aparecen las novelas de Olavide. [XXIV]

Los catálogos de bibliotecas europeas nos permiten anotar que Cayetano Lanuza había dirigido a las Cortes españolas una «Representación en favor del Supremo Tribunal de Salud Pública», que publica bajo su nombre en Madrid en 1821. Al año siguiente publica también en Madrid la versión castellana de una mediocre y licenciosa novela inglesa de Samuel W. H. Ireland titulada La abadesa (Madrid, Alban, 1822). Posteriormente publica en Francia las traducciones castellanas del Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del entendimiento humano de Jean Antoine Condorcet (París, 1823) y del Sistema físico y moral de la mujer de Pierre Roussel (París, 1825).

De todos estos datos podemos deducir que Cayetano Lanuza era médico y que por sus ideas liberales tan acordes con la difusión de escritos reñidos con el régimen imperante en España y por su afición por las ideas de libre pensamiento que revelará en sus próximas publicaciones, se vio

obligado por 1823 a tomar el camino del destierro como tantos otros españoles liberales (J. María Blanco-White, José Joaquín de Mora, etc.), radicando primero en Francia entre 1823 y 1825 y a partir de esta fecha en los Estados Unidos.

Fungió primero de profesional médico entre la colonia de inmigrantes españoles o hispanoamericanos de Nueva York y al mismo tiempo inició un negocio de librería (que cambia de ubicación cuatro veces: calles de Varick, Franklin, Exchange Place y Chambers) destinado a esa misma colonia de habla castellana. Tradujo obras modernas del inglés y el francés que editaba primero en imprenta ajena -de 1825 a 1827- pero a partir de 1828 adquiere imprenta propia y se lanza a una actividad editorial más intensa sin descuidar el consultorio médico atendido con un hijo suyo (Juan Lanuza), en su domicilio primero en Brooklyn y luego en Greenwich. Sus predilecciones ideológicas se revelan en sus versiones de Voltaire y en las biografías de Washington y Franklin.

Lanuza habría recibido en España los manuscritos de las 7 novelas de Olavide de mano de alguno de sus albaceas y las retiene en su poder para publicarlas, como libros póstumos, en 1828, cuando puede disponer de su propia imprenta. Serían de él, los breves prólogos que las preceden. Las novelas habrían provocado buena acogida de un público medio y poco intelectual como el de la colonia latinoamericana o española de Nueva York en esos años, lo cual explica que las siete novelas [XXV] aparezcan en el mismo año. Los ejemplares pequeños desaparecen fácilmente y los círculos de estudio de Estados Unidos tienen muy poco acceso por entonces al estudio de la producción en idioma español.

Ha determinado también la exclusión de estos textos de toda mención en obras críticas o bibliográficas, el hecho de que el nombre de Olavide estuviese oculto bajo la frase «autor del Evangelio en Triunfo». Habría sido difícil en tales condiciones la identificación de su verdadero autor, sobre todo entre estudiosos o bibliotecarios, cuando no estaba aún difundido el hispanismo, a cuyo impulso fue incorporado el aprendizaje del idioma español y de su literatura en los currícula universitarios sólo en los últimos cincuenta años.

LA ESTRUCTURA NOVELÍSTICA

La trama está siempre recargada con incidencias un tanto irreales, candorosas o inverosímiles, acumuladas por la casualidad, en que para la desdicha se acumulan circunstancias siempre nefastas o para la fortuna se complican acontecimientos siempre favorables. Los personajes adoptan modos de ser rígidos, a veces en desacuerdo con el fluir cambiante de la existencia humana, verdad que sólo descubrió la novela realista del siglo XIX o que intuyó Cervantes en el XVI, como genial promotor de la novela, nuevo género de valor universal.

Ya desde el título de sus novelas -Paulina, Sabina, Lucía, Laura- Olavide está mostrando la predilección por los caracteres femeninos y en ello es también deudor y seguidor de Richardson, autor de Pamela y Clarissa.

Aun los tres restantes personajes masculinos de Olavide -Marcelo, El

incógnito, El Estudiante-, revelan a su lado otros caracteres femeninos (como Rufina, hija del «incógnito» y Martina, esposa de Marcelo) que resultan a la postre dominantes. Ello era moda que respondía a la tendencia muy del siglo de la Ilustración, racionalista e igualitaria, y perseguía reivindicar para la mujer un papel más estimable dentro de las relaciones sociales o una denuncia de la opresión que agobiaba a las mujeres víctimas de la soberbia masculina, la expoliación social e individual, del abuso y hasta de la violencia.

Tiene en las novelas especial significado un detalle formal que no debe pasar inadvertido: el uso del título disyuntivo o alterno, [XXVI] o sea la referencia al personaje y a continuación por lo general el corolario moral, en el cual se exalta la virtud o la idea ejemplar o se denigra el vicio, o se restablece el nivel ético, esto es, «la virtud recompensada», «el fruto de la ambición», «el fruto de la honradez» o «el amor desinteresado». Acaso podríamos hablar de un género mixto entre novela y didáctica, muy propio de una generación racionalista, en que no es usual el vuelo de la imaginación creadora sin el apoyo o el control constante de la facultad intelectual, de la razón que todo lo domina y pretende enseñarlo en aquel siglo de las luces.

Otra característica de este tipo de novelas es el recurso de los autores de disfrazar su paternidad atribuyendo a una circunstancia fortuita el haber hallado un supuesto manuscrito de autor desconocido o atribuyendo a alguien el dictado del texto al que aparece como autor, modestamente relegado a la condición de mero copista. Esto se observa en Voltaire, quien atribuye el Cándido a un autor alemán imaginario, o en Mme. de Graffigny o en el propio Olavide que recibe olvidados relatos de autores desconocidos, pero en los cuales siempre va impresa la huella del pensamiento modestamente atribuido a autor distinto y supuesto. ¿Era esto una forma ingenua de despersonalizar la novela? ¿O se pretendía de tal suerte afirmar aun más su valor moralizante, haciéndola aparecer como un producto no personal?

El material «ilustrado» de estas novelas se manifiesta en varios aspectos, enumerados a continuación:

1) El «tenebrismo» o inclinación a lo macabro está presente en la primera mencionada (encuentro inicial en el comentario, a una hora crepuscular, entre lágrimas y gemidos del incógnito anciano). Acaso algún eco de los contemporáneos, el inglés Edward Young y el español José Cadalso coincidían en la inspiración de esa escena. Pero al mismo tiempo que sentimentales, las novelas perfilan el manifiesto propósito educativo, la simplicidad de criterio y una ingenuidad en los planteamientos muy propia de la época.

2) En El incógnito como en las otras novelas, no sólo es «roussonian» el tratamiento del paisaje, presentado en su idílica bondad y atractivo, sino la misma materia edificante. La vida social en las ciudades desquicia al individuo y la educación debe impartirse en un medio adecuado, dentro de la simplicidad [XXVII] de la naturaleza. Sigue Olavide, paso a paso, el proceso del Emilio de Rousseau, exponiendo la ejemplaridad de costumbres de los campesinos y la dicha y felicidad que ella importa. De otro lado, la vida civilizada y la sociedad corrompen al hombre, lo hacen proclive a seguir sus pasiones innobles, a transgredir los dictados de la «sabia»

naturaleza y a violentar las sanas costumbres.

3) Es dominante en las novelas de Olavide la misma actitud crítica y reformista que había inspirado otros actos de su vida pública y privada anterior. El reformador social sigue rompiendo lanzas en sus novelas dirigidas a señalar los vicios de una sociedad aristocrática y cristiana en la cual el privilegio dominaba sobre la virtud, el convencionalismo sobre la pureza de los sentimientos y de la conducta, la intriga sobre la rectitud, la ambición sobre la humildad, la falsía sobre la verdad, el orgullo y la jactancia sobre la modestia.

4) Aflora en sus narraciones un liberalismo un tanto encubierto, que corroe las entrañas de una organización social injusta y su juicio crítico se inclina a favorecer al humilde contra el poderoso, al hombre del campo contra el de la ciudad, al noble recto contra el noble envilecido, a la mujer virtuosa cualquiera que sea su origen, contra la sociedad corrompida.

5) Sus héroes y heroínas constituyen arquetipos definidos y un tanto rígidos, de virtudes ejemplares y de vicios reprochables. El anciano incógnito encarna el arrepentimiento ante el tremendo estrago de la ambición descontrolada por la exigencia de una sociedad injusta; Marcelo representa a la virtud triunfante de la acción disolvente del vicio; Sabina es símbolo de resistencia ante el oprobio. Lucía representa a la pureza del alma que vence las conjuras de innobles elementos. Laura es prototipo de la fidelidad y rectitud de espíritu, incomprendida por ligereza del juicio ajeno. Paulina encarna por su parte la capacidad de amar con pureza y sin aparente correspondencia, en alta capacidad de resignación, exenta de flaqueza.

6) Estos personajes son sintéticos y en verdad un tanto artificiosos, pero hay que juzgarlos sin observar los cánones del realismo posterior. Corresponden a una etapa racionalista y de esquemas rígidos y ejemplares. [XXVIII]

7) En los textos se desarrolla un programa moral muy definido contra los vicios que afectan la sociedad y las buenas costumbres: la ambición, los celos irreflexivos e infundados, el amor ilícito, la intriga y la maldad de los poderosos, el cálculo y el prejuicio de clase social, todo lo cual se incubía dentro del ambiente contrario a la naturaleza humana que domina en las ciudades.

En contraste, propician la vida del campo, la sencillez de las costumbres, la sinceridad de los sentimientos, la honradez, el amor desinteresado, la fidelidad, la modestia, la práctica de las virtudes familiares, la bondad, la caridad y el arrepentimiento, bajo los criterios igualitarios y generosos.

De tal suerte, la «ejemplaridad» de las novelas buscada por medios intelectuales e idealistas, corresponde al criterio de un ideólogo racionalista imbuido de las ideas de la Ilustración. Si en su obra de dramaturgo -volcada en piezas originales y traducciones- alrededor de los cuarenta años de su edad, parece dominante la enseñanza de Voltaire, en estas novelas ejemplares escritas en la ancianidad remansada, alrededor de los sesenta años, prevalecen las enseñanzas de Juan Jacobo Rousseau (Julia o la Nueva Eloísa, 1751, el Emilio, el Contrato social). Es la vuelta al culto de los ideales y a la simplicidad de la vida rústica, pues todo el

bien del hombre procede de la naturaleza y todo el mal degenera en el tráfigo del vivir en sociedad o sea en los grandes conglomerados sociales.

Podía haber Olavide explicado el sentido o la intención de sus obras narrativas, diciendo de ellas lo que dijo Cervantes de las suyas: «Heles dado nombre de ejemplares, y si bien lo miras, no ay ninguna de quien no se pueda sacar algún exemplo provechoso».

Y no debe olvidarse que Olavide venía ya de realizar una intensa y extensa experiencia teatral en la cual había tenido muy presente la norma aristotélica de que el arte tiene el oficio de proponer verdades ejemplares y universales.

Ha desaparecido en las novelas de Olavide el elemento alegórico, calificado por un crítico social de nuestra época, como un recurso escapista frente a las anomalías sociales o de clase, actitud de fuga que fue común en la literatura aristocratizante o cortesana de los siglos XVII y XVIII. Pero el racionalismo [XXIX] igualitario de la segunda mitad del XVIII -las ideas reformistas de los «modernos filósofos»- plantea una actitud diferente. El filósofo -el escritor- debía señalar y hacer la crítica de los males sociales y aconsejar a los demás hombres, ofreciendo sus luces para la mejora de las costumbres. La novela resulta así inseparable de una misión de denuncia de males que afectan a la sociedad y a los hombres que la constituyen.

Las novelas no están desprovistas de técnica. El autor omnisciente preside en todo el relato. Sus personajes se mueven a su voluntad, como era usual en la época. Las reflexiones están a su cargo lo mismo que el trazo de los ambientes. Los personajes son descritos interior y exteriormente con gran acopio de observaciones meticulosas, pero los mismos no tienen libertad de expresión. El autor habla por ellos en tercera persona. Usa el relato en pretérito, pero en determinados momentos, sabiamente escogidos, sobre todo para subrayar los diálogos, pasa bruscamente al presente de indicativo, lo cual comunica animación al relato y ruptura de la monotonía. Un ritmo agradable se mantiene firme y da la nota estilística estable a la narración.

Pasado el momento del diálogo el relato pasa de nuevo al pretérito. En otros momentos, el tránsito del pretérito parece ser recurso para acentuar las escenas de fuerte dramatismo y para comunicar intensidad a la acción.

Se dirá que estos personajes olavideanos podrían ser tachados hoy de convencionales y artificiosos. Puede que así lo sean para el criterio de nuestra época. Pero entonces eran los que regían en la concepción artística de las gentes, pues no hay criterio más variable ni fugaz en el tiempo, el espacio y la moda que el concepto del hombre sobre los demás hombres o las creaciones del ingenio humano.

Roger Caillois ha señalado cómo los personajes de Dostoyewsky parecieron monstruosos y forzados en momentos en que los de Jorge Ohnet se reputaban verídicos. Stendhal envidiaba su buen éxito a Jorge Sand. En nuestra época Dostoyewski y Stendhal resultan los modelos como creadores de la novela psicológica. [XXX]

SIGNIFICADO DE LA OBRA NARRATIVA DE OLAVIDE

¿Qué significado tiene la obra narrativa de Olavide para la literatura hispanoamericana?

Lo que hasta entonces se había escrito en América de habla castellana -y aun en la del Norte- en materia de novela eran meros relatos pintorescos de hechos reales pero no ficticios y bosquejos novelables o anovelados.

En lo que al Perú se refiere, vale citar dos casos: el de Mogrovejo de la Cerda (del Cuzco) quien vivió entre fines del XVI y comienzos del XVII, autor de *La endiablada*, relato de corte quevedesco en que el recuento de aventuras e incidencias da lugar accidentalmente, a alguna expansión imaginativa y el de Alonso Carrió de la Vandra, autor de *El Lazarillo de ciegos caminantes* (de 1773) relato de viaje entre Buenos Aires y Lima, en el cual la picardía y el satírico decir inducen a olvidarse de realidades vistas y, por instantes, enajenarse en la creencia de hechos imaginados.

Definitivamente ni el uno ni el otro son novela sino relatos de aventuras más o menos efectivas o de viaje real aderezado con algún toque imaginario. Acaso constituyen algo que podríamos denominar «prenovelas», larvados intentos de narración sin menester ficticio definido como también sucede con *El Carnero* de Juan Rodríguez Freile (1556-1638), antecedente colombiano. Los infortunios de Alonso Ramírez del mejicano Carlos Sigüenza, de fines del XVII, es también forma primitiva de ficción novelesca y relato autobiográfico o crónica de hechos reales más o menos deformados por ciertos atisbos de fantasía.

Olavide intenta y realiza por primera vez la ficción plenamente consciente de su calidad novelesca. Entra a reivindicar, en el filo de los siglos XVIII y XIX, de un lado lo que había sido la novela ejemplar cervantina de los siglos de oro y de otro lado, lo que acababa de reinventar la novela inglesa de mediados del XVIII. Olavide era artesano consciente de una técnica novelística moderna consistente en soslayar lo real y cultivar lo verosímil, en no relatar lo sucedido sino lo ficticio, aunque rija el cartabón moralizador y culmine la moraleja didáctica o la crítica de una sociedad decadente. [XXXI]

Las siete novelas de Olavide que hemos hallado y descrito por vez primera no constituyen aislados esfuerzos o tentativas afortunadas o frustradas. Constituyen por lo menos un mundo novelesco propio de sintéticos personajes que se mueven en ambientes peninsulares españoles: Madrid o la corte, Vizcaya, alguna vez Valencia y otra vez, y única muestra, fuera de lo fronterizo: Lisboa.

No está presente en ninguna de sus novelas el ámbito americano no obstante su oriundez peruanísima, mas por azaroso designio las novelas de Olavide se publicarán en América del Norte, en 1828, y conforman la última creación de un limeño que hace novela inventada y no vivida, ejemplar y adoctrinante.

Podrá decirse que los asuntos tratados en las siete novelas de Olavide no muestran relación alguna con el paisaje americano o con los hombres de este continente. Tampoco lo tuvieron muchas de las narraciones creadas en el Nuevo Mundo hasta ese momento, la mayor parte de las cuales no tenían aún en América la forma de novelas.

Y por la época en que Olavide crea sus siete novelas, o sean los finales del siglo XVIII, todavía el mexicano José Fernández de Lizardi, el llamado primer novelista de América con su *El Periquillo Sarniento* (1816) (novela picaresca que transcurre en tierra americana principalmente) era todavía un adolescente sin obra literaria. De tal suerte, con temas extraños a la realidad americana, aunque también con un concepto bastante claro de lo que constituye el género novelesco, Olavide resulta el primer novelista americano en el tiempo aunque no en los temas. Esto conduce a la aserción de que debe rectificarse un capítulo importante de la historia literaria hispanoamericana: pues un escritor oriundo del Perú de renombre europeo y universal, fue en el tiempo el primer novelista americano.

He aquí expuesto brevemente el significado de estas ignoradas novelas, cuya importancia justifica la presente edición.

Hemos conservado, en la transcripción de los textos, la puntuación y la ortografía de los originales que son las de su [XXXII] época. Se han corregido únicamente algunas visibles erratas de imprenta que se observan en las desconocidas ediciones utilizadas (1).

Pese a sus limitaciones, estas obras narrativas enriquecen el caudal de la literatura peruana y abren un horizonte nuevo en el proceso de la creación novelística en el continente americano.

ESTUARDO NÚÑEZ [1]

El incógnito o el fruto de la ambición

PROLOGO

¡Qué hermoso es el lenguaje del arrepentimiento! Si hay en la naturaleza alguna cosa que pueda consolarnos de nuestras flaquezas, es este santo sentimiento en el que el hombre tiene una cierta especie de satisfacción en renovar el dolor que le causan sus faltas. De estas mismas forma una lección saludable, y la doctrina que sale de sus labios lleva el sello de la santa corrección á que está sometido. Tal es el cuadro interesante de esta novela ejemplar. Un anciano respetable llora refiriendo las amargas consecuencias de haberse dejado seducir por la ambición; y al mismo tiempo pinta con un dulce é irresistible interés virtudes sublimes y sencillas, en donde se ve á la naturaleza humana en toda su pureza. ¡Feliz aquel cuyo corazón se electriza con pinturas semejantes!

PRIMERA PARTE

El viudo Conde de Palencia quedó con un hijo único llamado Mauricio, á quien había procurado dar la más excelente crianza. Viéndole ya de veinte años, y que había acabado sus estudios, quiso que hiciese un viage á Paris, para que con la vista del mundo, y el trato de las gentes acabase de perfeccionar su educación. Paris era entónces el teatro del buen gusto, y la escuela de la urbanidad; y después de haber tomado sus medidas, mandó á su hijo que se preparase para el viage. El jóven Mauricio, lleno de talento y de curiosidad recibió este órden con el mayor placer, y se puso

en camino, acompañado de Fabricio, criado antiguo de su casa, y en quien su padre tenía la mas entera confianza. [2]

Los primeros días caminaron con felicidad; pero cuando llegaron á Vizcaya, y empezaron á subir sus empinados montes, una rueda de su carruaje se rompió de manera que les era imposible continuar. Todavía estaba muy lejos la posada, ya eran las cinco de la tarde, y no veían remedio para no pasar la noche en medio de los campos. Después de mucho trabajo y reflexiones reconocieron, que no tenían otro recurso que el de atar la rueda, y de ir muy poco á poco, para llegar cuando pudieran, pero seguros de no poder conseguirlo sino muy tarde, y quizás al siguiente día. Con esto el impaciente Mauricio propuso que Fabricio se quedaría para guardar el equipage, y que él iría á pie hasta la posada, donde esperaría á que llegasen. Se le representó que faltaban todavía cinco leguas, y que ó no podría llegar, ó que llegaría muy cansado; pero él tuvo por menor este inconveniente, que el de pasar la noche en el camino, y marchar con la molesta pausa á que forzaba el mal estado de la rueda.

A pesar de todos los consejos, Mauricio parte. Al principio se sentía animado y divertido con el grande espectáculo que le presentaban aquellas magestuosas y corpulentas montañas. Le parecía que el corazón se le agrandaba con la vista de tantas inmensas moles de piedra, de tantas masas gigantes y asombrosas, que descollaban sobre la superficie de la tierra. Su imaginación vagaba como el águila sobre tan varios y agrestes sitios que unas veces le parecían agradables, y otras terribles. Unas veces se detenía penetrado de horror, considerando los precipicios que le presentaban abismos espantosos: otras atravesaba rápidos torrentes, que con su fuga precipitada se cubrían de espuma, y tal vez se sentaba para tomar descanso; sobre todo cuando veía un dulce y bullicioso arroyo, que con blando y apacible rumor se desprendía del seno de una roca.

Pero después de haber halagado su imaginación con tantos objetos para él muy extraños y nuevos, reflexionó que el sol estaba ya para sepultarse entre las ondas, y que apenas lucía sobre las cimas de los montes. Por otra parte tres horas de camino á que no estaba acostumbrado le tenían rendido, y le pareció que la posada estaba lejos. También empezó á sentir la frescura que nace de la ausencia del sol. Ya veía los vapores que se levantaban de los arroyos, y los parages húmedos que forman una especie de nubes de una blancura oscura. Esto le hizo temer que la noche le cogiese, y que se viera en la necesidad de pasarla en el campo, con la desventaja de que la pasaría solo. Así, hubiera querido encontrar un caserío en que [3] pasar la noche; pero habiendo echado los ojos á todas partes, no vió ningún edificio que le pudiera consolar. A pesar de su fatiga aceleró el paso, y por fortuna al doblar un recodo del camino vió un edificio que le pareció una iglesia. Se acerca y observa que junto á ella había un cementerio, que se hacía distinguir por las cruces que estaban colocadas sobre las sepulturas; pero no ve ninguna señal de viviente. Rodea por defuera aquel fúnebre y solitario sitio, y se aflige viéndole tan abandonado y silencioso. Ya iba á dejarle y proseguir su camino, cuando oye un suspiro que sale del interior del cementerio: detiene sus pasos, se introduce para saber de qué voz ha salido tan lastimoso acento, y mira un anciano venerable, que estaba sobre una de aquellas funestas sepulturas, sosteniendo tristemente su cabeza cubierta de largas y respetables canas,

con sus trémulas y arrugadas manos.

Mauricio se suspende, pero el anciano sumergido en sus profundas reflexiones no le siente, y acaso no le hubiera advertido, si el viagero no le hubiera hablado: le pregunta si podrá encontrar por allí algún abrigo para pasar la noche. Sí, le dice, venid conmigo, venid á mi casa, que podrá no ser digna de vos, pero hallaréis en ella una recepción cordial, y la hospitalidad que se debe al extranjero que la necesita. En esto se levanta, toma un cayado que tenia allí cerca, y se dispone á guiarle, pero ántes besa con respeto una losa que cubria la sepultura, la riega con sus lágrimas, y exhala de su pecho suspiros doloridos. Mauricio sorprendido de esta acción, le pregunta el motivo: el anciano vuelve á suspirar, y no le responde. Enternecido el caminante, y creyendo que no le habia oído, le vuelve á preguntar la causa de sus penas, y el anciano, como si su curiosidad le importunara, le dice: señor forastero, no vengais á destrozarme el corazón. Mauricio no se atreve á insistir. Le parece que puede ser un loco, y teme fiarse á su conducta. El anciano se percibe de su temor, y para justificarse le dice: bajo de esa insensible y tosca piedra reposan las criaturas mas amables, que jamas ha dado el cielo á la tierra: esta es su pobre y triste tumba: aquí yacen los que por sus virtudes merecian reinar sobre el mas alto de los tronos.

Mauricio sospecha entonces el motivo de su dolor, y enternecido con las lágrimas y el gesto profundamente afligido del anciano, le replica: ya entiendo que aquí reposan cenizas que son preciosas para vuestro corazón, pero si quisierais explicarme mas vuestras penas, yo os ayudaria á sentirlas. Entonces se desatan de los ojos del anciano dos arroyos de lágrimas, [4] y con un acento penetrado de dolor le dice con voz alterada y balbuciente que apenas se podia articular: son las cenizas de mis hijos; pero ¡qué hijos! ¡qué perfecciones! ¡qué virtudes! Apenas los dejó parecer el cielo, cuando envidioso de la tierra que los poseia, los arrebató para sí, y para adornar con ellos la mansión celestial. Rosas tempranas que marchitó un violento aquilón: estrellas luminosas que ofuscó una opaca y funesta nube: apenas estaban en su mas tierna y floreciente primavera: apenas me daban la esperanza de ser el orgullo y el consuelo de mis dias, cuando un destino tirano los precipitó en este lóbrego y funesto abismo, dejándome á mi desventurado entre las angustias de la vida.

Este discurso, acompañado de un llanto muy copioso, del ademan más dolorido, y de espresiones tan sentidas, no pudo dejar de hacer una viva impresión en el alma de Mauricio. Las lágrimas se le asomaron á los ojos. El anciano lo advierte, y como si agradeciera el interes que tenia, le dice: ¡qué, jóven caballero! ¿vos teneis el corazon sensible? ¿vos me ayudais á sentir la pérdida que he hecho? ¿Qué fuera si supierais toda mi desgracia? Si hubierais podido conocerlos, lloraríais como yo sobre su tumba. Y bien: pues que sabeis sentir, yo quiero contaros su historia, yo os la contaré. Esto refrescará mis heridas, pero ¿qué importa? yo me consolaré viendo que los corazones generosos que ayudan á sentirlos, y vos que sois joven no perderéis nada en oír la historia de la virtud. Ella os presentará buenos ejemplos, pero la historia es larga, y la noche se acerca, dejemos este triste lugar, y venid á mi casa. Diciendo esto el anciano se pone en movimiento, y Mauricio le sigue.

Todavía quedaba algun crepúsculo que bastaba para ver el camino. El

anciano le guiaba por estrechos senderos, unas veces contorneaban las rocas, y otras suavizaban la aspereza de las cuestas. Despues de algunos pasos llegaron á un caserío, que era la habitación del anciano. Este presenta su nuevo huésped á dos buenas mugeres, que le recibieron con agrado y dulzura. No le hicieron cumplido alguno; pero Mauricio se apercibió en su modo y su gesto, que le recibian con gusto. La una estaba ocupada en preparar la cena, y la otra cubrió una mesa con manteles mas blancos que la nieve. Poco despues trajeron los platos, y cenáron todos juntos.

La paz, la tranquilidad y la concordia reinaban en aquella casa; ;pero ay! no se veia el menor indicio de alegría, hasta el sosiego mismo era triste, y parecia cubierto con el lúgubre velo [5] de la muerte. De todos aquellos corazones se escapaban suspiros sordos, que en vano procuraban sofocar. Despues de la cena se llega el anciano á Mauricio, y le dice: yo no quiero afligir á mis compañeras con la renovación de nuestras desdichas: venid conmigo, y tomándole por la mano le saca á fuera, y le hace sentar en un banco. El anciano se pone en otro que estaba enfrente. La noche era de verano, serena y muy alumbrada por la luna. Entonces el anciano despues de haber exhalado un profundo suspiro, dirigiéndose á Mauricio le dice: Joven que no conozco, si no me engaño mucho, el cielo os ha concedido un corazon sensible, y con esto no dudo que tengais una alma generosa, y mucha disposicion para toda especie de virtudes: si así es, mi lamentable historia os va á destrozar el corazón, y puede ser que concibais por mí el tedio mas odioso; pero no, tenedme lástima: yo soy muy infeliz: yo era padre, y ahora no soy mas que el mas miserable, y el mas delincuente de los hombres. Aquí el viejo vuelve á callar, se enjuga las lágrimas, que inundaban sus mejillas, y haciendo un esfuerzo vuelve á decirle: Escuchad la historia más funesta, si el dolor me la deja acabar.

Desde mi primera edad yo tuve la felicidad de obtener un don singular del cielo, un amigo, y un amigo verdadero y fiel; se llamaba Baptista, y nuestra amistad habia empezado en nuestra niñez. Todos los dias los pasábamos juntos. Cuando llegamos á la edad en que podiamos sin riesgo abandonar la casa paterna, dejamos juntos nuestras montañas, para ir como otros muchos á buscar fortuna. Nosotros corríamos juntos toda España sin poder hallar acomodo en parte alguna. Aunque en Cádiz y Madrid encontrámos muchos compatriotas bien acomodados, no hallámos modo de acomodarnos nosotros; parecia que la fortuna nos huia. Hallándonos embarazados de nuestra suerte, supímos que nuestros padres y hermanos mayores habían muerto. Resolvímos volver á nuestra patria, y vivir con el trabajo de nuestras cortas haciendas. Mi amigo me decia: el dia que se vive vale mas que el que se espera vivir. Nosotros dejámos pues todas las quimeras de la esperanza, y con ellas toda idea de pretension y orgullo. Volvímos á nuestra primer simplicidad, y con ella nos viniéron tambien la felicidad y la paz. El caserío de Baptista era el mas inmediato al mio. Vivíamos juntos, trabajábamos juntos, nos ayudábamos el uno al otro, y los dos nos casámos casi al mismo tiempo.

Baptista y yo vivíamos como dos hermanos que se aman, [6] y nuestras dos esposas, como las hermanas mas tiernas. Todo era comun entre nosotros. Lo que era de uno pertenecia á todos. De dia nuestros ganados pacian en

los mismos pastos, y de noche se guardaban en el mismo corral. El cielo se complacia de nuestra union, derramaba sobre ella la tranquilidad de la paz, y las dulzuras de la amistad. Baptista, que se había casado el primero, no tardó en tener un hijo á quien se dió el nombre de Albano. Este nacimiento produjo mucha alegría en nuestra pequeña familia, y me causó envidia, escitándome con mas ardor el deseo de ser padre; pero el cielo no fué inexorable á mis ruegos. El año siguiente mi muger me dió una hija que llamámos Rufina, y esta nueva alegría inundó otra vez de gozo nuestros corazones. Nuestra recíproca amistad se reforzó con estas prendas que aumentaban nuestras satisfacciones.

Ya no hablábamos sino de lo que un dia serian nuestros hijos, y nos decíamos: ellos se amarán, y nosotros los casarémos. Todavía estaban en la cuna, y ya formábamos esta alianza, que aunque tan distante, sabia llenar nuestros corazones de dulzura. Yo estrechaba la mano á Baptista, y le decía: amigo entónces ya serémos viejos, pero nuestros hijos serán el báculo de nuestra vejez. Mi amigo transportado de gozo me abrazaba, y luego abrazábamos á nuestras mugeres.

Todos éramos felices, y yo no creo que hay mayor felicidad sobre la tierra que la de vivir en el seno de una familia honrada y laboriosa, y de pasar sus dias sirviendo á lo que se ama, con la seguridad de ser correspondido. Una esposa honesta y querida es una amiga fiel, una dulce compañera que nos suaviza todas las asperezas de la vida: un hijo en que nuestro corazon se renueva, añade interes y prolongacion á nuestra existencia, este es el verdadero tesoro que nos hace sentir la utilidad de nuestros propios bienes. Yo he conocido esta felicidad incomparable: yo la he sentido, la he gustado: ella me ha hecho feliz una gran parte de mi vida. Por la mañana Baptista y yo íbamos á nuestros trabajos, y las mugeres nos llevaban el alimento, y nos conducian nuestros hijos, para hacernos mas corta esta dura, pero necesaria separacion, y cuando por la noche volvíamos á casa, desde el llano las veíamos, que ocupadas en hilar, tenían á su lado las inocentes criaturas, que jugaban sobre la yerba. Al instante que nos veian, las tomaban entre sus brazos, y nos las mostraban. Este espectáculo se repetia todos los dias, y cada dia nos parecia nuevo y delicioso. El corazon de un padre es inagotable, y no puede cansarse de su amor. [7]

Pero estos dias dichosos de mi vida ya han pasado, ya no me quedan mas que recuerdos dolorosos que aumentan el horror de mi existencia. Mi corazon está cargado de dolores, sin que, como á otros infelices, le quede la menor vislumbre de consuelo, pues que todas mis desdichas me vienen por mi culpa. No solo soy el mas desgraciado de los padres, sino un amigo infiel, y el mas odioso de los delincuentes. Los tormentos del alma me devoran, y lo que me aflige mas que todo, es conocer que mi injusticia los merece. Joven forastero, perdonad esta triste efusion de mi dolor, perdonad este llanto, que me arranca el recuerdo de mi inquietud. Ya me reprimo para referiros mis desgracias y mis delitos.

Albano y Rufina crecian entre los brazos de nuestras esposas, y ya les pagaban las atenciones maternas con sus halagos y caricias. Apénas Albano tenia seis años y Rufina cinco, cuando nos empezáron á mostrar que el cielo los habia dotado de ánimos generosos, de inclinaciones nobles, y de lo que se llama un buen corazon. Jamas se les vió como á la mayor parte

de los niños, divertirse con atormentar los animales. Al contrario todo su placer era acariciarlos, darlos de comer, y hacerlos felices. Parecia que su propia felicidad consistia en estenderla y comunicarla á todos los que podian gozar de ella. Este era sin duda el fruto de la dulce educacion que se les daba, porque ¿cómo puede ser malo aquel á quien no se hace mal? ¿Ni cómo un dichoso puede desear que haya desdichados? Cuando Rufina se sentaba al fuego, queria que su gato se pusiese entre ella y Albano. Nosotros no perdiamos ninguno de estos indicios, que nos prometian un porvenir amable, y nos llenaban de las mas agradables esperanzas.

Vosotros, los habitantes de las grandes ciudades, no dejais de amar á vuestros hijos; pero no podeis estudiar sus acciones. El torbellino que os arrebatá, no os permite, ni deja tiempo para entregaros á esta delicia de la paterna sensibilidad; pero como nosotros estábamos solos, sin que nada nos distrajera, todas nuestras reflexiones se concentraban en el interes de nuestras familias: y como no queriamos vivir mas que para nuestros hijos, nos importaba conocer sus corazones, y acechar hasta sus mas secretos sentimientos. Por fortuna no descubriamos en los suyos nada que no debiera llenarnos de consuelo, y este se fué aumentando á medida que ellos iban creciendo. No solo sus bellas calidades se iban desenvolviendo con la edad, sino que su hermosura, su agilidad, su robustez y gracias adquirian continuamente una especie de fuerza y esplendor que nos admiraban á nosotros mismos. [8]

Nosotros pues los veiamos crecer con asombro y satisfaccion. Todos los días nos daban nuevos placeres, y cada día que pasábamos con ellos, era un dia feliz. Uno y otro nos parecian dos flores tiernas que estaban todavía en su boton, y que no necesitaban para despuntar mas que del dulce rocío de la aurora. Pero ¡ay! la infancia pasa rápida como las flores, y la de nuestros hijos pasó como ellas. Vímos que se empezaban á formar; pero nos consolaba ver, que como el arroyo fugitivo que se desprende de las rocas, aunque corra entre las flores por el prado, no se conserva ménos puro y cristalino, nuestros hijos no se conservaban ménos amables, ni ménos inocentes. Cuidábamos con mucha vigilancia de que nada pudiera alterar la pureza de sus ingenuos corazones, y nuestra soledad era muy favorable á este designio. Nuestras montañas son el feliz asilo de esta inocencia sencilla, que es tan rara en los grandes poblados. Aquí vive segura, porque nadie la corrompe, ni los malos ejemplos la pervierten.

Ya Albano habia cumplido trece años y Rufina doce, y los dos conservaban todavía la sencillez y las gracias de la infancia primera. Sus lindas figuras tenian la misma frescura, y en ellas resplandecian el candor y la simplicidad que suele disiparse tan temprano. Ya los dos empezaban tambien á ayudarnos en nuestros trabajos, y mostraban mucho placer de poder evitarnos alguna pena, ó poder procurarnos un mas largo reposo. Rufina velaba con nuestras esposas á lo que pedia el servicio de la casa, y Albano venia con nosotros á ayudarnos en las faenas del campo. Hasta allí un pastor mercenario conducia al pasto los rebaños; pero ya nos parecia fiarlos á nuestros hijos. ¡Qué motivo de gozo para ellos! ¡Qué gusto saber que ya siempre estarian juntos en guarda del ganado! Albano decia á Rufina: hermana, ahora no nos separaremos: yo te cogeré las mas lindas flores, yo te buscaré sobre los árboles mas altos los nidos de los mejores pájaros. ¿Quién será tan feliz como yo? Rufina se sonreía, y no se

alegraba ménos.

Los dos no conocian otra felicidad que verse, amarse y decírselo. Albano hubiera perdido mil veces su vida por Rufina, y Rufina no vivia, ni queria vivir sino para Albano. Este la solia decir: hermana, yo te amo mas que nadie en el mundo. Tu hermosa cara me gusta mil veces mas que la sonrisa de la bella aurora. Mira, cuando tú me dices: hermano, yo te amo, el corazon me palpita, y siento que se estremece de placer, me arrojo en tus brazos, y no me canso de apretarte contra [9] mi pecho. Rufina se sonreia, y tomándole por la mano, le llevaba á la pradería para hacerle danzar con ella.

En los rebaños que les dímos, habia ovejas y cabras, unas veces los conducían al valle, y otras á la cima de los montes. Albano ligero como un ciervo se vibraba de una roca á otra, y no estaba tranquilo, sino cuando podia estar sentado al lado de Rufina. Rufina, de un carácter mas modesto y sosegado, solia sentarse al abrigo de un peñasco, y allí se ocupaba en hilar y coser; pero luego que su hermano venia, se levantaba alborozada, y se echaban á correr ó bailar. Yo no podia cansarme de ver y observar sus inocentes y pueriles diversiones. Yo solia llamar á Baptista, para que fuese testigo de aquellas escenas deliciosas. Algunas veces se ponian á cantar. Rufina tenia la voz muy dulce y melodiosa. Parecia que todos sus acentos la salian del corazon, y cuando cantaba la historia de algun desventurado, hacia derretir á cuantos la escuchaban. Albano estaba fuera de sí, con los ojos fijos, y con la boca abierta, la oia con tal embeleso que parecia estático, y no se atrevia al menor movimiento. Cuando acababa de cantar, la decia: hermana, tú me haces llorar de placer, tu voz es mas agradable que el canto del ruiseñor cuando canta ántes de que la aurora se levante. Rufina se reia, y Albano la daba mil abrazos.

Nosotros habiamos reconocido que nuestros hijos se amaban con pasion; pero veiamos tambien que en ella no habia mas que inocencia y candor. Era natural que se amasen dos niños que estaban siempre juntos, que estaban solos, y se habian criado como hermanos. Así Albano amaba á Rufina, como pudiera á la hermana mas digna el mas tierno de todos los hermanos. Por otra parte Rufina era tan hermosa, tan modesta, y tan interesante, que el mas estraño no hubiera podido verla sin admirarla, conocerla sin amarla, y mucho ménos vivir con ella, y descubrir todas sus gracias y virtudes sin idolatrarla; pero aunque era tan viva la pasion de Albano, jamas faltaba en nada al respeto y la decencia que debia á Rufina. No solo no se lo permitia su corazon honesto, y su candor inocente, pero la hermosura de Rufina por su modestia y decoro, hubiera forzado á respeto al corazon mas atrevido. Ella tenia en su semblante magestuoso, y su aire virginal un no sé qué tan puro y tan celeste, que inspirando la mayor ternura, escitaba tambien á la virtud. Bastaba verla; para sentir que era mas dulce amarla y respetarla con un corazon [10] enamorado de su inocencia, que de otro modo que pudiera alterar la pureza de tan angelico candor.

Albano pues se contentaba con ofrecerla un fuego puro; pero ¡con qué atenciones tan finas! ¡con qué obsequios tan delicados! No hacia nada que no tuviese á Rufina por objeto. Todo lo que encontraba era para ella. No gozaba de nada, si Rufina no gozaba con él. Hubiera querido que la naturaleza no tuviera riquezas que no fueran para Rufina, ni producciones sino para hacerla feliz, que no se le presentasen mas que sitios

agradables, y caminos fáciles, para que los pudiera andar sin pena. Su activa y laboriosa mano quitaba todos los embarazos, arrancaba todos los estorbos que le impedían el paso á los parages deliciosos en que se podía divertir. Aquí rompía la punta de un peñasco, allí descuajaba una mata que estrechaba el camino, y mas allá abatía un árbol para ponerle sobre el arroyo, á fin de que sirviera de puente, y que no se mojara el pie ligero de Rufina. El hermoseaba con ramas de árboles y guirnalda de flores los sitios en que ella solía descansar, y el caminante que se había extraviado en nuestros montes, se asombraba de hallar en lugares incultos y desiertos enramadas tejidas con aliño, asientos cubiertos de verdura, y fuentes naturales adornadas con las mas bellas flores de un jardín. Espantado se preguntaba, quién podía adornar estos yermos, y no tardaba en sospechar que el amor sin duda se había introducido en ellos.

Nosotros admirábamos su industria, su genio inventivo, y el arte con que con medios cortos sabía dar á todo una apariencia agradable, y producir grandes efectos; pero en todos estos trabajos Albano no pensaba en sí, sino que todo era para Rufina, para nuestras esposas, y para nosotros mismos, y cuando estábamos satisfechos, él parecía loco de contento. Rufina sensible á todas estas demostraciones de su amor, las recibía con dulzura, y las hacía mas preciosas con su reconocimiento y su presencia. ¡O muchachos amables! ¡muchachos deliciosos! vosotros animabais con vuestra viveza, vuestro movimiento y vuestras gracias las insensibles rocas de estos montes. Todo tomaba Vida con vuestros ojos y vuestras manos. Vosotros haciais de esta mansion de la sobriedad y del trabajo, la mansion del placer y la felicidad. Pero ¡ay! desde que habeis faltado, todo se ha perdido. Las flores que hacían nacer vuestras manos, se fueron con vosotros, y no han vuelto á parecer. Ahora no nacen mas que espinas. Las lluvias han destruido vuestros senderos, y la naturaleza otra vez salvaje, [11] llorando vuestra ausencia, se ha condenado á hacer de esta región un teatro de angustias, gemidos y dolor.

Si como os he contado los inocentes placeres de su infancia os contara, jóven forastero, sus buenas acciones, no pudierais contener vuestras lágrimas. Estos niños no parecían de la raza de los hombres, sino de la de los ángeles. No gozaban de nada, sino cuando podían partirlo con los infelices. Ellos conocían todos los menesterosos del contorno, y no había día en que no volvieran á su casa con la deliciosa satisfaccion de haber hecho algun bien, ó de haber enjugado algun llanto. Este continuo ejercicio de beneficencia que cultivaban con el celo mas vivo, al mismo tiempo que los hacía felices, producía entre ellos una emulacion de virtud, que aumentaba su recíproca estimacion, y hacía mas vivo y encendido el fuego de su amor. Las buenas acciones son el alimento de los buenos corazones, y no puede dejar de ser feliz el que puede, y sabe ser benéfico. Baptista y yo nos transportábamos de gozo, cuando observábamos en sus semblantes vivos y animados el imponderable contento interior con que venían, porque habían hecho algun bien. Bastaba verlos para adivinarlo, y la sola espresion de su figura era capaz de escitar á la imitacion, pues hacían sentir al mas frio, que nada es tan dulce como ejercer la beneficencia. Ellos se escitaban entre sí. Rufina cada vez que Albano había hecho algo de esta especie, le solía decir: hermano, yo no sé lo que es: pero cuando te veo hacer cosas tan buenas, me parece que te

quiero mas; y entónces Albano hubiera atravesado por en medio del fuego, para ir á socorrer á un infeliz. Cuando el amor es puro, es el estímulo mas poderoso para las empresas útiles y grandes.

Nosotros les habíamos dado una cabra en propiedad, para que hicieran cria. Ellos la amaban, y la cuidaban tanto, que ya era la mas hermosa de nuestro ganado. Uno y otro la idolatraban, y se divertian con ella. Todos los dias la coronaban con flores, y la hacian marchar á la cabeza del rebaño. La habian acostumbrado á comer en sus manos, y á la primera de sus voces venia obediente. Un dia observámos que volvian sin la cabra, lo estrañámos, y les preguntámos el porqué; pero vemos que se turban, que se ponen á temblar, y que por la primera vez titubean, y no se atreven á respondernos. Este nuevo y súbito temor nos inspira sospechas. Baptista y yo volvemos á preguntarles con una especie de áspera estrañeza, y los dos se nos echan á los pies, y se ponen á hablar á un tiempo. Cada uno queria acusarse á sí mismo, y disculpar al [12] otro. Albano decia, Rufina no tiene la culpa, yo soy el que la tengo; pero Rufina decia lo contrario, y no sabiamos qué entender. Al fin Baptista ordenó á su hijo que se explicara, y Rufina presurosa se le acerca, y le pide que la oiga.

Padre (le dice, por que ellos nos daban á los dos este nombre) oidme á mi, y veréis que Albano no es culpado, aunque quiere parecerlo, para que caiga sobre él el castigo que yo merezco. Habrá cuatro dias que conduciendo nuestro ganado mas léjos que teniamos de costumbre, le llevámos al otro lado de la montaña, y nos pusimos á examinar todos aquellos lugares que eran nuevos para nosotros. Descubrímos un poco léjos una choza pequena, y que parecia casi derribada. Esto nos escitó curiosidad. Albano me dijo: ¡hermana! ¿quién puede habitar en aquel triste asilo, que ni siquiera puede dar abrigo contra el viento? Será menester que sea muy pobre, ¿quieres que vayamos (2) allá? Puede ser que si hay alguno, que le sirvamos de algo, ya sabes que nuestros buenos padres nos dicen, que no se debe perder ninguna ocasion de hacer bien, y diciendo esto me tomó por la mano, y corrímos allá.

Cuando estuvimos cerca, vímos que venia á la choza una pobre mujer que parecia muy anciana, y que marchaba casi doblada con mucho trabajo. Traia en los brazos un chico que parecia de tres años, y conducia por la mano otro como de cinco; pero los dos estaban casi desnudos, tan amarillos y macilentos como si se murieran de hambre. La vista de personas tan infelices nos causó mucha pena, y no nos atreviamos á decir nada á la buena muger. Albano me decia en secreto, pregúntala si la podemos servir en alguna cosa. Yo me acerqué temblando, y sin saber cómo decírselo, porque nos habeis dicho tantas veces, que debemos muchos respeto á los infelices. Yo temia hacerla pena con mis preguntas. Al fin me determiné, y la dije: buena señora, me parece que estais muy cansada, permitidnos que os ayudemos: mi hermano cargará este niño hasta la cabaña, yo tomaré el que llevais en los brazos, y vos caminaréis con ménos peso.

No bien pronuncié estas palabras, cuando Albano ya tenia en sus brazos al mayor. Yo me encargué del otro, y la buena muger nos seguia, llenándonos de bendiciones; pero nosotros estábamos mas contentos de poderla hacer este pequeno servicio. ¡Ah cómo yo me sentia dichosa! No hubiera querido trocar aquel momento por nada en el mundo. En breve tiempo llegámos á la choza; pero ¡qué choza, Dios mío! mas de [13] la mitad del

techo estaba descubierto. La lluvia y el viento entraban por todas partes, y era preciso que el invierno hiciera mucho frio. Las lágrimas me saltaron á los ojos, cuando, yo vi tanta desdicha, y Albano parecia inmóvil, y traspasado de dolor.

Entónces dije á la buena muger: ¿porqué no haceis que os compongan esta cabaña? La infeliz suspira, y me responde: ¡ay, hija mia! yo no tengo en la tierra á quien volver los ojos. El cielo me ha dejado sola y abandonada, sin mas recurso que su providencia: hágase su voluntad. Yo tenia un hijo; pero ahora dos inviernos se sirvió de llevárselo. No me quedaba mas que su muger, que era la madre de estos dos chicos, y mi único consuelo; pero tambien se la llevó ahora dos meses: así nos convendrá, y yo me conformo con sus santos decretos. No le pido sino que no abandone á estos dos miserables huérfanos, que no tienen mas asilo que yo, y que presto me perderán. Los infelices quedáron solos en la tierra, sin arrimo ni socorro; pero Dios cuidará de ellos.

Estas palabras nos enternecieron mucho. Albano dijo, que él queria componer la choza, y con el placer que me causó, no pude contenerme, y corrí a darle un abrazo: me parece que nunca le abracé con tanto gusto, y para darle mas aliento, le dije: vamos, hermano, yo te ayudaré, y en efecto nos pusimos á trabajar. Albano preparó y plantó en la tierra fuertes piquetes para servir de apoyo. Yo traia todas las ramas que podia, y arrimé un poco de paja que habia por un lado; pero no habiendo podido el primer dia acabarlo todo, hemos vuelto otros dos, y ayer todo quedó cubierto y arreglado.

Como la buena muger nos veia trabajar tanto, nos decia: hijos, no os fatigueis, id poco á poco, que tanto trabajo os podrá hacer mal, sosegaos un rato: ¡cuánto me aflijo de no poder ayudaros! Cuando nos veia deshechos en sudor, nos hacia sentar, nos traia en su jarro un poco de agua, y nos sacaba su pobre y negro pan para que comieramos. Nosotros no nos atreviamos á dejar de comerle, por temor de que ella no atribuyera nuestra excusa á desprecio; pero llamábamos á los chicos, y le comiamos con ellos. ¡Ah! (nos decia) vosotros sois ángeles que me ha enviado el cielo: venid á verme de continuo, vuestra vista me consuela. Yo pido á Dios que os pague tanta caridad, y que mis nietos sean como vosotros. Los chicos también, sobre todo el mayor nos pedia que viniesemos, nos abrazaba, y nos traia las mas lindas flores que podia encontrar en el campo. [14]

Ayer tarde despues de haber acabado de componer la choza, y cuando nos volviamos para recoger nuestro ganado, yo dije á Albano: hermano, esta buena muger es muy pobre, apénas tiene con que alimentar sus nietos, y nosotros les hemos comido su pan: si la infeliz tuviera siquiera una cabra, tuviera leche, que les pudiera dar todos los dias. ¡Ah! si yo fuera dueño de este rebaño, ¡qué presto tendria una! Diciendo estas palabras vuelvo los ojos, y veo que mi querida y hermosa cabra montaba por un lado sobre los peñascos que allí habia. Esta vista me hace palpar el corazon, y me despierta una idea que no habia tenido todavía. Me vuelvo con prontitud á Albano, y le digo: pero ¿porqué no le darémos nuestra cabra? ella es nuestra, pues que nuestros padres nos la han dado. Nosotros no la hemos menester, y no sirve mas que para nuestra diversion; pero ¡cuán útil puede ser para esta pobre muger, pues con su leche podrá alimentarse, y alimentar sus hijos!

Ya veis, padre, que la culpa toda es mia, porque yo fuí la primera que lo propuse, y yo hubiera debido reflexionar que aunque me hayais dado la cabra, yo no debia disponer de ella ni de nada sin vuestro consentimiento; pero entónces deseosa de aliviar á la pobre muger, no pensé en esto, y falté á la obligación de pedir os vuestro permiso. Así pues yo fuí la que tuve el pensamiento, Albano no tiene parte en esto, y yo soy la única culpada. ¡Bueno! replica Albano, yo fuí el que la cargué sobre mis hombros, y la llevé á la choza, y si en esto hay culpa solo es mía.

Baptista que se deshacia en lágrimas, oyendo esta tan tierna historia, y la generosa disputa con que cada uno queria cargarse de la culpa para escusar al otro, no pudo contenerse mas, y echa los brazos al cuello de Rufina. Yo echo los míos al de Albano, y uno y otro les decimos: no, hijos míos, ninguno de los dos está culpado. Léjos de que haya falta de ninguno, los dos habeis hecho una buena accion, y estrechándolos contra nuestros corazones, les volviamos á decir: hijos buenos y generosos, bendito sea Dios que os ha dado corazones nobles y sensibles. Haced siempre así, y no temais ser nunca reprendidos por vuestros padres.

Lo singular es, que los mismos que miéntras temian que hubiese culpa, se querian cargar de ella por disculpar al otro, desde que supieron que era una acción buena, mudáron de proceder, y cada uno procuraba atribuir al otro el mérito de la generosidad. Rufina decia: Albano lo ha hecho todo, yo no [15] hice mas que proponerlo; pero él no solo consintió, sino que la cargó acuestas para llevarla. Albano decia: si Rufina no lo hubiera propuesto, yo no hubiera hecho nada. De modo que los corazones de estas dos criaturas eran tan escelentes que cada cual se apropiaba la censura, y enviaba al otro la alabanza; pero esto no es de estrañar en las almas nobles y modestas. Las que son verdaderamente buenas, no necesitan de aplausos de los hombres, les basta la satisfacción de su propia conciencia.

Seria imposible, señor forastero, que yo os contase todas las historias de este género en que manifestaban de continuo la escelencia de sus corazones. Solo puedo deciros, que si os quedarais algun tiempo en estos montes, y pudierais correr todos nuestros contornos, en todas partes hallarais recuerdos dulces, memorias tristes, y suspiros de lastima y amor. No hay caserío ni cabaña al rededor de este terreno en que sus nombres no sean conocidos, y sus hechos no sean admirados. No hay infeliz que los haya visto, que no les deba alguna gratitud, ni persona que los haya conocido, que no conserve una tierna memoria. Los dos tenian el secreto de hacerse amar, y este secreto consistia en la dulzura de su trato y en la bondad de su corazon. No encontraréis persona que al escuchar su nombre, no muestre el mas tierno interes en su semblante. Este es el privilegio de la virtud. Los mismos que no la conocen sino en otros, no pueden dejar de estimarla cuando la ven.

Jamas podré esplicaros el entusiasmo, el amor y el interes con que todos nuestros vecinos bendecian á nuestros amables niños. Eran recibidos en todos los caseríos, como si entraran en sus hogares paternos, y no se les permitia partir sin la palabra de volver. Cuando los domingos íbamos á la iglesia, nuestros hijos iban delante de nosotros, todos los miraban con placer, no habia quien no los admirase, y nosotros con el orgullo de tener

hijos tan amables, sentíamos la interior complacencia de ver envidiar nuestra felicidad.

Ya Baptista y yo viendo que nuestros hijos iban avanzando en edad, y conociendo su mutua y enardecida inclinación, pensábamos en señalar el día de su dicha comun: pero nuestras esposas nos dijeron, que todavía eran muy tiernos, que nuestra inquietud era vana, porque no descubrian la menor centella de malicia, y que era menester esperar á que acabaran de formarse, ántes de enlazarlos en la coyunda de Himeneo. [16] Sentimos la fuerza de estas razones, y otro nuevo incidente nos hizo esperar que podíamos dejar que acabaran de formarse sin el temor que nos inquietaba. En aquel tiempo, murió un pariente mio muy anciano, que no tenia herederos, y que me dejó un caserío mas considerable que este mio, situado á poco mas de una legua de aquí. Era indispensable que fuera á tomar posesion de esta nueva propiedad; y habiendo reconocido que la mucha edad y las enfermedades de mi tio la tenian casi abandonada, me pareció preciso transportarme á ella con Albano, para trabajarla y ponerla corriente. Esta resolución afligió mucho á nuestra pequeña familia; pero era necesaria. Yo debia esta aplicación á la fortuna de nuestros hijos, y esto tambien favorecia nuestras ideas, separando un poco los muchachos hasta que estuvieran en estado de casarse.

Albano y Rufina fuéron (3) los que mas se desconsoláron con esta separacion tan cruel como inopinada. No es estraño. Siempre criados bajo del mismo techo, y amándose tanto por hábito y costumbre, como por gusto y eleccion, les debia ser muy duro vivir sin verse, y los dias que debian pasar separados, no podian dejar de ser para ellos dias de dolor. Albano no cesaba de decir á Rufina: hermana, no me olvides, porque al instante me quitarás la vida. Rufina me decia á mí: ¡qué! padre, ¿tendréis la fuerza de vivir, estando tan léjos de nosotras? Yo no me atrevia á responderla nada; pero no se me ocultaba que la seria muy difícil acostumbrarse á vivir léjos del hombre á quien habia desde su primera edad dado su corazon. Ella se quedaba mirándome con ternura y silencio: pero presto prorrumpia en un diluvio de llanto, y se iba repitiendo: no, yo no podré vivir.

Yo la llamaba á solas, y la decia: consuélate, Rufina. Tú verás á Albano todos los dias de fiesta, y al instante que acabemos nuestra obra, te casarás con él: pero ella me respondia: yo no podré vivir hasta entónces: yo sufriré mucho desde que mi hermano esté léjos de mí. El pensamiento solo de que si está enfermo yo no podré asistirle, y que cuando esté triste no podré consolarle, bastará para quitarme la vida. ¡Ay, padre! ¿cómo podré pasar tantos dias y tantas noches sin oir su voz, ni que él oiga la mia? Ciertamente yo moriré. Estos discursos me conmovian, porque yo veia claramente cuánto se afligia la infeliz muchacha, y ya empezaba á mostrar en su semblante la amargura de su [17] pena. Las rosas de sus mejillas se marchitaban, sus brillantes ojos se oscurecian. A su genial festiva vivacidad habia sucedido un triste y desabrido silencio, ya no estaba tanto con nosotros, y muchas veces se la veia buscar la soledad, y meterse en medio de los bosques para meditar y aumentar con sus lágrimas las aguas de nuestros arroyos.

En cuanto á Albano no es posible figurarse su despecho. Como su imaginacion era tan ardiente, no le presentaba mas que partidos extremos.

Padre, me decia, mas vale arrancarme el corazon del pecho, que separarme de Rufina; ó dejadme aquí con ella, ó hacedla venir con nosotros. Yo le representaba que uno y otro era imposible. Pues bien, me respondia, contad con que yo no viviré un dia solo léjos de ella. Separarme de Rufina es lo mismo que darme la muerte, y luego encendido en cólera me decia: pero ¿quién puede tener derecho para separarme de ella? Ella es la compañera de mi infancia, la compañera de mi vida: ella es mia, y de mí solo. Ya nos hemos dado nuestros corazones, ya el cielo ha oido nuestros juramentos de unirnos para siempre, y si nos separais, haréis una mala acción, y lo peor es que uno y otro nos moriremos, y que vos perderéis vuestros hijos.

Yo que le conocia, le dejaba desahogar sin responderle porque sabia que aunque su primer movimiento era fogoso, nadie era despues tan dulce y sometido. Así desde que volvia en sí, venia á abrazarme, y me decia: padre, yo veo que os aflijo, perdonadme. Si vos pudierais saber cuán infeliz voy á ser, me veriais con lástima. Entónces yo procuraba consolarle diciéndole, que esta separación era por pocos dias, que luego hubiéramos puesto mi nueva herencia en órden, nos volveriamos todos á juntar, y entónces se casaria con Rufina. Esta esperanza le volvia el ánimo, saltaba á mi cuello, me abrazaba riendo, y me inundaba con su llanto.

Una noche observé que hablaba con Rufina, y pude oir que la decia: ¡ay hermana! ¡Cómo esta montaña á que voy, me parecerá hórrida y desierta cuando no podré verte en ella! Pero si no te puedo ver á la hora de comer, y en todos los instantes que pueda, iré á visitar los lugares en que hemos estado juntos. Yo besaré la tierra que pisáste: yo pensaré en tí, y me diré: este es el lugar en que ella se sentaba, este es el arroyo bullicioso que me repetia su dulce imagen. No olvidaré ninguno de los sitios que podrán despertarme un recuerdo; [18] pero ¡ay! en ninguno podré encontrar la realidad. ¡Ay, querida Rufina! ¡Qué infeliz voy á ser!

La infeliz seré yo, le respondia ella, pues me quedo aquí solitaria, y como desterrada. Ya no comeré los frutos de los árboles que hemos plantado, ya no respiraré el olor de las flores que cultiváron nuestras manos, ni me acostaré en la pieza en que está la cuna en que pasámos nuestra infancia, y cuando venga el invierno, no me calentaré en el fuego con que tú te calientas. De este modo los dos se enternecian, y acababan siempre por esclamar: ¡cuándo llegará el dia en que nos casen nuestros padres, para que nunca jamas nos separemos! y Albano la añadia tristemente: por ahora no hay remedio: pero procura consolarte. Yo vendré á verte siempre que pueda, y así endulzaremos una separación tan amarga.

En fin llega el dia en que debiamos partir. Baptista con su muger y Rufina debia ir á su caserío segun nuestro plan, y yo con la mia y Albano me trasladé á mi nueva propiedad. Esta fué la primera vez que me separé de mi amigo, y la primera que separámos nuestros intereses y ganados. Los dividimos entre nosotros, cada uno se llevó la mitad. Nuestra idea era que Baptista trabajase en su hacienda, y yo en la mia, para que nuestros hijos casándose tuviesen mas comodidades, y disfrutasen con abundancia los bienes de los dos. Baptista quiso acompañarme, y ponerme en posesion de mi nuevo domicilio, y cuando llegó el caso de despedimos, uno y otro vertímos muchas lágrimas. Mi amigo apretándome la mano, me decia: yo vendré á verte lo mas que pueda, pero no dejaré de sentir que ya no estamos juntos. ¡Ay

amigo! añadió con un aire muy desconsolado: despues de haber pasado juntos cincuenta años, es muy duro y penoso separarse.

Rufina, que tambien habia venido, y Albano se despidiéron con tantos gemidos y sollozos, como si pusiéramos enmedio de ellos inmensos mares, y que no pudieran volver á verse. Albano cada instante prometia á Rufina que no tardaria en ir á buscarla, y la pobre Rufina no podia detener su llanto; apénas podia marchar. Sus rodillas no podian sostenerla, y estaba obligada á sentarse. La parecia que la faltaba valor para vivir. Si tomaba alguna cosa, no la podia retener, y se la escapaba de la mano. El que la hacia la vida agradable iba á ausentarse, y creia que la iban á arrancar el corazon del pecho. [19]

Los que no han sabido amar verdaderamente, no pueden tener idea de la pena que causa á dos amantes, que han vivido siempre juntos, la primera separacion, cuando es forzada. Este dolor es desconocido en las poblaciones numerosas de las villas y ciudades, porque allí los muchos objetos distraen. Nadie puede concentrar en su corazon sentimientos tan profundos, ni formarse idea de la intimidad, fuerza y energia que la costumbre de haber vivido solos y juntos produce en los corazones jóvenes. El amor es mucho mas ardiente y tenaz en la simplicidad del campo, y en el recinto de la soledad, porque en ella cada uno de los amantes siente todos los momentos cuán necesaria le es la presencia del otro para la felicidad del corazon. Esta experiencia fomenta de continuo su fervorosa llama, y suele ser mas constante y violenta cuando es mas inocente y virtuosa.

Albano quedó sepultado en la mas triste melancolia. No decia una palabra; pero la impresion mas dolorosa estaba pintada en sus acciones y figura. Desde que se separáron Rufina y Baptista, el infeliz salió á sentarse á la puerta sobre una piedra que estaba allí, y estaba en una aptitud inmóvil, con la cabeza apoyada sobre su mano. Derramaba sus tristes ojos sobre todos aquellos contornos, y los volvia á recoger como si no hallara en ellos mas que un vacío horrible, un espantoso desierto, que no podia presentarle la imágen que buscaba. Fué menester que mi muger le advirtiese que era hora de cenar. El despertó como si saliera de un sueño; pero sin querer comer nada, se fué á arrojar en su cama que inundó con su llanto.

Apénas era de dia cuando le sentí levantado; le pregunto lo que hace, y él me responde, que si no será bien que vaya al caserío de Baptista á ver cómo han pasado la noche. Yo no pude dejar de reirme, y le volví á decir, que nosotros no habiamos venido para hacer cumplidos, sino para trabajar. Albano se quedó confuso y pensativo, y después de algun embarazo, como si se acordara de repente, dice: ¡ay Dios! ¿qué iba yo á hacer? Me olvidaba de que debo sacar mi ganado; y diciendo esto se volvia. Yo conocí que el infeliz preocupado con su dolor y fuera de sí habia olvidado este deber; pero para animarle, le volví á llamar, y le dije: hijo, ¿has perdido el seso? El me respondió: ¡ay padre! yo no puedo vivir sin ella. Entónces mirándole con ojos severos, le digo: Albano, tú no debes ser hombre, pues eres tan débil. Me pareció que se sintió humillado con esta reflexion, porque al oírmela, levantando la cabeza que habia tenido baja, y viéndome con cierta especie [20] de entereza, me replicó con voz firme y resuelta: padre, yo sabré ser hombre; y sin añadir otra palabra se retiró.

Pero á poco rato vuelve, con un aire de vergüenza y confusion me dice: padre, pues yo no puedo ir allá, á lo ménos hacedla decir, que yo voy á llevar mi ganado á la roca empinada, y que ella venga con el suyo: con esto podre verla, y ser ménos infeliz. Diciéndome esto, ponía sus ojos en los míos para examinar cómo recibía esta proposicion. Mi afectada severidad le habia intimidado; pero viendo que á mi pesar yo me sonreía, vino á arrojarse entre mis brazos, y derretido en lágrimas me decia con un tono lastimoso: ¿porqué atormentas á tu pobre hijo? ¡Ay padre! si pudieras comprender cómo mi corazon idolatra á Rufina... No pudo acabar, y arrancándose de mis brazos, se alejó de mí por esconderme sus gemidos, y poder desahogarse á sus solas. Yo no pude dejar de enternecerme. Buen muchacho, me dije, el amor te hace ahora infeliz; pero presto te hara dichoso.

Con todo volviéndome á él con seriedad le dije: ahora es preciso trabajar; pero los dias de fiesta nos verémos en la roca empinada. Esta roca empinada es el lugar mas agradable de nuestras montañas, y desde ella se alcanza á ver tanto el caserío de Baptista, como aquel en que yo estaba. Es una roca aislada, que separándose de la cima del monte, se avanza sobre su pendiente, y forma una esplanada. Parece que la naturaleza ha reunido en ella todas las hermosuras y adornos, que puede presentar á dos corazones jóvenes inflamados de un casto amor, que huyendo del bullicio y la importunidad de los estraños, solo aman la soledad para esplicarse sin estorbo. Aquel sitio está lleno de imágenes pintorescas, que inspiran una melancolía dulce y deliciosa. No se ve por todas partes mas que masas rústicas y salvages que elevan las ideas, ó risueños y agradables objetos que deleitan y recrean á las almas sensibles.

De las concavidades de la roca tapizada de verdura y de flores se escapan muchos arroyuelos bulliciosos que riegan y refrescan el terreno, y todos reunidos forman un torrente corpulento, que á poca distancia se precipita rápido en el valle, y produce el encanto de interrumpir el silencio tranquilo de su soledad con el estruendo de sus aguas. Los pinos oscuros, y los álamos magestuosos pueblan y rodean toda la estension de su recinto. Una muchedumbre de frutales enriquece aquel terreno privilegiado. En la primavera lo hermocean con sus floridas ramas, [21] y en el otoño presentan á la mano ricas y sazoadas frutas. En aquella mansion encantada se respira un aire fresco y embalsamado con los efluvios de las flores, y su dulce fragancia hace mas agradable el sentimiento moral, que produce en los corazones la vista de una decoración tan sublime y magnífica.

Este era el lugar mas comun en que los tiernos y jóvenes amantes llevaban sus ganados, y donde se juntáron nuevamente. Albano para hacerle mas dulce y cómodo á Rufina, se propuso fabricar en él una especie de cabaña en que pudiera estar á cubierto del sol y de la lluvia. El la decia cuando trabajaba: aquí estarás mas abrigada, y ella le respondia: yo estoy siempre bien cuando estás á mi lado. El activo y valeroso Albano habia arrancado del seno de la tierra muchos pinos jóvenes, los había plantado, haciendo con ellos un círculo, y entrelazando por encima las puntas de sus flexibles ramas, que cubrió despues con pajas y yerbas, formó una especie de dosel que la libraba de las injurias del tiempo. No contenta la ambicion de su amor con dar al ídolo de su corazon un abrigo cómodo, pensó también en hacerle agradable. Para esto recogió las mas hermosas flores

que pudo de los campos, y las plantó al rededor. Entresacó los mas lindos arbolitos que vegetaban en los montes, los trasplantó, y los forzó á crecer al pie de la cabaña. Los fragantes rosales embalsamaban su circunferencia, y los blancos jazmines se entretejían en sus muros.

Con deseo de que todo contribuyese á los placeres de Rufina, pretendió tambien que hasta los pájaros viniesen a poblarla, y para esto se valió de un hábil artificio. Recogía todos los nidos que encontraba, los tomaba con mucho tiento, y los trasladaba á la cima de su nuevo edificio. Su idea era que se alimentasen allí, y acostumbrarlos á que ellos mismos viniesen á la mano de Rufina. Luego que los tomaba, esperaba á que sus padres los viesén, persuadido de que los seguirían. Los llevaba descubiertos, y á su vista los conducía con paso lento y cuidadoso. Los padres desconsolados daban al aire gemidos lastimosos; pero no se atrevían á abandonar su precioso tesoro. Voleteaban con inquietud, y los seguían hasta que Albano los colocaba. Desde que los establecía Albano se alejaba. Al principio no se atrevían á llegar temerosos de una nueva violencia; pero rodeaban el terreno, se alejaban un poco, examinaban por todos lados, y no viendo á nadie, tomaban confianza, y se acercaban otra vez á su querido nido. [22] Se acostumbraban á ir y venir, y por fin criaban tranquilos su delicada familia.

Rufina se encargó de adornar el interior de la cabaña, colgando en ella cestos de paja y canastos de junco, en que pudiera guardar las frescas frutas, con que pudiera refrescarse su hermano cuando viniera cansado de las fatigas del trabajo, y hasta los panales de miel que recogía de sus colmenas, para que Albano los pudiera encontrar á todas horas. Así estos dos tiernos y delicados amantes no pensaban mas que en servirse mutuamente. Ellos no recelaban que nadie les robase nada de lo que guardaban en su nuevo edificio. El hurto era desconocido en nuestros campos. La simplicidad de bienes y costumbres no le daban entrada. En los lugares donde es caro el vivir, y donde se aspira á brillar, puede introducirse este vicio; pero aquí nos contentamos con poco. Los frutos que nos da la tierra nos bastan, y no necesitamos de tomar nada de otro. Señor forastero, de las costumbres simples nacen las virtudes. El que sabe contentarse con poco, no puede dejar de ser hombre de bien. Solo el que quiere contentar sus pasiones, necesita de robar los bienes ajenos.

Nuestros dos amantes estaban encantados con su linda y solitaria cabaña, menos por su hermosura y aliño, que porque se prometían verse en ella continuamente. Albano la dió el nombre de cabaña de la felicidad. Este habia trabajado sin mas confidenta que Rufina; pero cuando se tuvo acabada, uno y otro quisiéron darnos el placer de la sorpresa. Nos convidáron á venir á la roca, y todos fuimos la tarde de un domingo. Albano conducía á sus padres, y Rufina á mi esposa y á mi. Nosotros fuimos sorprendidos de ver un tan lindo edificio rústico, y hecho con tanto arte y perfeccion. Rufina nos presentó una agradable merienda, compuesta de algunas frutas, de un poco de leche y de algunos panales. Albano lleno de ardor y con un aire orgulloso y satisfecho nos hacia observar todo lo que habia trabajado, pero siempre que podía atribuía todo el mérito á Rufina. Mi hermana, nos decia, es la que me ha hecho darle esta figura tan graciosa: ella escogió este sitio encantador para ponerla; en fin lo mejor que habia en ella todo venia de Rufina. Nosotros estábamos tan admirados

como gustosos: nos parecia encontrar allí los placeres que el cielo nos prometia para siempre.

Nosotros besámos y abrazámos muchas veces á nuestros hijos, derramando dulces lágrimas de placer, y enternecidos [23] de tanto amor y de tantas finezas les prometimos que presto se haria su boda, y que la celebrariamos en aquella cabaña. Los amantes se transportan, se cuelgan de nuestros cuellos. Albano nos dice, que yo tenia razón en llamarla la cabaña de felicidad. Aquella tarde que pasámos allí nos pareció tan deliciosa, que concertámos volver todos los domingos á la misma hora. En efecto no perdimos ninguno miéntras duró el buen tiempo: ¡pero ay! estos fuéron los últimos instantes venturosos de que el cielo nos permitió gozar; porque llegó el invierno, y ya no solo no pudimos volver á la cabaña, pero ni aun era posible sacar al campo los ganados: ya nuestros montes no presentaban á los ojos mas que masas de nieve, que cubrian toda la superficie de la tierra. Los torrentes detenidos por la fuerza del hielo parecian cristales suspendidos, que pendian sobre los peñascos. Los vientos impetuosos y desenfrenados se introducian en el seno de las cavernas, y chocando contra la sinuosidad de las montañas, producian un rumor espantoso, émulo de los truenos: todos nos escondiamos en el asilo de nuestros hogares, para sustraernos al rigor de la intemperie: Albano solo desafiaba á la naturaleza, y no sentia otro mal que el de no ver á su Rufina. En vano el mal tiempo le cerraba todos los caminos. El amor se los allanaba, y todos los dias iba á verla, atravesando los precipicios que la nieve cubria, y superando las rocas que el hielo hacia resvaladizas y peligrosas.

Rufina subia diez veces al granero, para ver por una ventana si venia, y desde que lo divisaba, atropellando los ostáculos, corria precipitada á atizar el fuego para que se pudiera calentar, le presentaba alguna cosa que comer, y quedaba pagada con sonrisa que la daba el agradecimiento. Yo gustaba de ver el ardor de Albano, y el valor con que atropellaba todos los ostáculos, porque, me hacian ver todo el fuego de su pasion, y me prometian la felicidad de mi hija. Es verdad que ninguna doncella merecia tanto un amante tan tierno, porque sin que me ciegue el amor de padre; pocas son las mugeres que la pudieran igualar ni en hermosura ni en virtudes y gracias. Ya tenia quince años, su talle era fino, suelto y delicado: en sus lindas mejillas se confundian las rosas con las lises: sus grandes ojos azules, que estaban rodeados de largas y rubias pestañas, derramaban con su vista una hermosura celestial, que estaba en armonía con el son melodioso de su dulce y sonora voz, la cual era tímida y modesta, y por lo mismo la hacia parecer trémula y amorosa, pero se pegaba al corazon: sus cabellos rubios adornaban con sus crespos rizos [24] su blanca frente, y caian con gracia sobre su cuello de alabastro: no, jamas la naturaleza produjo modelo tan perfecto: nunca se vistió ricamente, pero á pesar de su simplicidad ninguna jóven parecia tan limpia y aliñada.

Estos dos amantes pasáron pues un invierno melancólico y penoso, pero al fin los vientos empezáron á sosegar, la nieve se fundió, y ya despuntaban los agradables céfiros de la naciente primavera. Albano corrió á visitar su querida cabaña, y la halló destrozada por los estragos de los vientos. Al instante repara los daños del invierno, y la primavera que le

ayuda, la renueva y adorna con nuevas hermosuras, que la dejan mas vistosa y florida: los pájaros que cantan sobre sus árboles cubiertos de botones, avisan á los dos amantes que ya es tiempo de que se vean en ella: las dos familias vuelven á tomar su pasada costumbre, y los dos muchachos se creian los mortales mas dichosos de la tierra; pero ¡ay! el tiempo de la felicidad habia pasado.

Jóven forastero, escuchad nuestras desgracias para aprovecharos de ellas. Hasta aquí no podeis conocernos mas que como dos familias muy felices, y felices por su simplicidad. Nosotros, léjos de las vanidades y los hombres, éramos todo el universo para nosotros mismos, y estábamos contentos, porque la naturaleza era nuestra madre benévola; pero la ambicion vino á turbar toda la dulzura de nuestra vida, y en un momento hizo desvanecer nuestras dichas. ¡Qué locos son los que no se contentan con la suerte que les repartió el cielo, y con cuyo buen uso pudieran ser felices! ¡Qué insensatos los que buscan una felicidad superior á su estado, que cuesta tanto adquirir, y se puede tan poco gozar! ¡Qué necios los que dan á las opiniones humanas el valor que no tienen! ¡que se hacen esclavos de ellas! ¡que no buscan la verdadera dicha, sino la que el mundo estima, y que habiendo errado una vez el camino por ser felices, nunca pueden llegarlo á ser! ¡Qué delirio es atormentarnos tanto por un momento de existencia que nos ha dado el cielo! Mas de la mitad de la vida se pasa en preparar placeres para un pequeño resto, que tal vez no se alcanza, ó que debe durar muy poco: pero ¡ay! ¡que estas verdades no las siente sino el que las sufre! ¿Y quién las sabe como yo? ¡Dichoso vos, si escarmentais en mi cabeza!

Un dia cierto negocio me obligó á un viage, que me condujo á ocho leguas de mi habitacion. Yo me volvia al anochecer, [25] y de repente me hallo sorprendido por dos hombres, que poniéndome un puñal á los pechos, me amenazan de quitarme la vida, si no les entrego cuanto llevo. No viendo cómo defenderme, ya sacaba mi bolsa, cuando veo que venia hácia nosotros un hombre á caballo, que corria á galope. La vista de este auxilio me inspira valor, y yo le grito pidiéndole socorro. Los malvados quieren cerrarme la boca, juran que me matarán si no callo, y en efecto, uno de ellos me da una puñalada. Miéntas esto pasaba el caballero ya estaba cerca de nosotros, y viendo su accion y mi peligro, saca una pistola, y dispara un tiro contra los agresores. No les acierta; pero los intimida. El delito acobarda, huyen atropellados, y mi libertador, se acerca á mí, y me socorre. No pudiendo darme otro auxilio, me aplica un pañuelo á la herida para detenerme la sangre, me hace montar á las ancas de su caballo, y me lleva á su casa, que estaba á una legua de allí.

Aunque yo iba herido estaba con todo mi conocimiento, y no me sorprendió poco verle entrar en una casa magnífica, muy extraordinaria en nuestros montes, pues mas tenia la forma de un palacio, y parecia acabada de hacer. Lo primero que hizo mi generoso conductor fué ponerme en un cuarto suntuoso, y hacerme acostar en un rico lecho. Tambien mandó llamar un cirujano, y en fin me hizo dar todas las asistencias que mi situacion hacia necesarias; pero puso en mi socorro tanto ardor, interes y fineza, que no se apartaba de mi lado sino en el tiempo preciso para su descanso y el mío. El cirujano nos dijo, que mi herida era profunda, pero que podia no ser peligrosa, y que él lo sabia decir al dia siguiente cuando me

quitase el vendage.

Yo daba gracias á Dios de haber hallado tanto caridad en un hombre tan generoso, y procuraba mostrarle mi reconocimiento; pero el cirujano me ordenó el silencio, previniéndome, que el hablar podia hacerme mal. Fué fuerza que yo le obedeciera; pero pasé toda la noche muy afligido, considerando la inquietud en que estarian mi muger y Albano de no verme volver, cuando habia tanto tiempo que nunca salia de mi casa. Esta idea me atormentó tanto, que al otro dia por la mañana á pesar de la ley del silencio yo no me pude contener, y dí cuenta de mi pena á mi atento bienhechor. Este dió orden al instante, á un criado, de que fuese al caserio que yo le indiqué, para informar á mi muger de lo que pasaba, asegurándola, que la herida era ligera, y que no tuviese cuidado, porque seria bien [26] asistido. El criado partió, y cuando fué tiempo el cirujano levantó mis bendas: dijo, que no habia peligro en la herida, y que responderia de mi curacion. Yo no cesaba de agradecer la providencia por tantos beneficios.

Al otro dia al anoecer llegan cuando ménos los esperaba; mi mujer y Albano, inquietos de saber de mi herida, y deseosos de verme. Mi muger habia pedido al que le llevó el aviso que la condujese sobre su caballo, y Albano vino á pie. Mi sorpresa fué muy dulce, y ellos se consoláron viéndome en tan buen estado. Mi huésped los recibió muy bien, y los hizo alojar cómodamente. Dos dias pasáron conmigo; pero considerando que mi casa quedaba sola, que los trabajos eran necesarios en aquel momento, y que á mí no me faltaba asistencia, les pedí que se volvieran. Ellos se afligiéron mucho con esta resolucion; pero fué preciso que cedieran á la necesidad, y á las promesas que les hizo mi bienhechor de que nada me faltaria. Albano venia todos los domingos, y preferia verme á la proporción de ver á Rufina en la cabaña. ¡Qué ingrato que le he sido! ¡Mi corazon se cubre de vergüenza!

Mi curacion fué larga, pero sin accidente que pudiera inquietarme. Mi bienhechor me veia á menudo muchas veces al dia, y me acompañaba una gran parte de la noche. Su aspecto era noble y agradable, su edad parecia como de poco mas de treinta años, su aire despejado y abierto inspiraba la confianza, y forzaba á la amistad: su conversacion era animada y divertida, su trato cordial y festivo, y como el cuidado que ponía en mi recobro, era tan vivo tan delicado, cada dia escitaba mas mi gratitud. Yo estaba tan reconocido á favores tan grandes, y tan poco merecidos, como deseoso de saber á quién debia tantos beneficios. Al fin conseguí saber que mi bienhechor se llamaba Don Fermin de Lerena, que habia nacido en el mismo lugar, de una familia distinguida, y él mismo me contó, que habiendo ido en sus tiernos años a Madrid á casa de un tio suyo, rico negociante, le habia servido en su comercio, y con tanta dicha, que habia cuatro años que Dios se lo habia llevado, y dejado á él por su heredero, por cuya causa se hallaba con muchos bienes de fortuna.

Me añadió, que habian tambien muerto su padre y un hermano mayor, que vivian tiempo ántes en el antiguo hogar de su familia, por cuya causa habia heredado igualmente las tierras y el caserío en que habia nacido: que hallándose libre [27] por la muerte de su tio, se habia sentido con deseo de volver á ver la casa en que nació, y los amigos de su primera infancia: que en efecto hizo un viage al pais: que la vista de aquel

suelo, que le recordaba las primeras impresiones que recibió su corazón, le había despertado las memorias más dulces: que la farándula de Madrid, su tráfico tumultuoso, su trato perverso y simulado, sus falsas atenciones, sus costumbres pervertidas, el interés y la codicia de todos los corazones, la envidia de los hombres, y el poco recato de las mujeres le habían dado siempre en rostro, y que la vista de su país, la honradez de sus naturales y la simplicidad de sus costumbres le habían inspirado el deseo de acabar allí sus días, esperando encontrar más fácilmente amigos verdaderos y seguros, y una mujer honesta y virtuosa; pero que habiendo visto que el caserío de sus padres era demasiado estrecho, y se estaba desmoronando por su ancianidad, le había hecho derribar para construir otro, y que aunque su primer designio no era hacerle tan grande, poco a poco había ido estendiendo sus ideas, y al fin había fabricado uno que quizá para el país era demasiado, pero que sería cómodo: que su intención era el ir a Madrid para redondear sus negocios; pero que esperaba no tardaría mucho en volverse de aquel terreno inquieto y turbulento, para venir a buscar en el patrio suelo la paz del corazón, y la tranquilidad de la conciencia, que en su opinión eran los elementos de la humana felicidad. Yo aprobé mucho estas ideas, le exhorté a ponerlas en planta, y le añadí, que ya con sus beneficios se había adquirido dos familias que estarían siempre a su disposición.

El tiempo y las atenciones de Don Fermín y su familia acabaron de curar mi herida. Yo me sentía ya con fuerzas, y el deseo de ver a mis gentes, junto con la importancia de los trabajos, me estimulaban a la partida. Yo se lo propuse, pero el obsequioso Don Fermín exigió que pasase algunos días más para asegurar mi curación, y me fue preciso obedecerle. Al fin llegó el día convenido, y me llenó de nuevas finezas. Me hizo conducir a caballo, y me ofreció, que luego que pudiera, vendría a verme, y visitar a mi mujer. En efecto el domingo siguiente cuando Albano, mi mujer y yo estábamos ya en el camino para la cabaña, vimos que venía a nuestro caserío. Le informamos de nuestro destino, y él quiso acompañarnos.

Cuando llegamos ya encontramos en ella a Baptista con su mujer, y mi hija Rufina salió corriendo a recibirnos, y parecía [28] un ángel descendido del cielo, con un traje más blanco que la nieve, con un ligero sombrerito de paja, guarnecido de frescas flores, y que cubrían una parte de sus rubios cabellos: parecía una de las vírgenes celestes, con que los pintores figuran las divinidades de sus templos. Por otra parte el gozo y la agitación de su carrera habían derramado en sus mejillas un encarnado tan brillante, que yo mismo no pude dejar de admirar sus encantos.

Don Fermín se quedó sorprendido viendo hermosura tan peregrina: yo le informé de que era mi hija, y él la saludó con respeto y agrado: Rufina le correspondió con modestia y dulzura: él me felicitó de tener una hija tan amable, y yo le dí gracias de su cumplido, con el gusto de oír alabar lo que quería tanto, pero con la indiferencia que me producía el estar acostumbrado a oírla alabar siempre. Desde aquel día repitió con mucha frecuencia sus visitas a mi caserío, y sobre todo no faltaba ningún domingo por la tarde, sin que yo sospechase lo menos del mundo su motivo. Bien observé que parecía muy inquieto cuando no la encontraba, y que no sabía separarse de ella cuando la veía; pero yo me figuraba, que esto era

efecto del gusto que daba á todo el mundo la presencia de mi hija. Rufina tambien le veia con satisfaccion, y respondia á todas sus atenciones con mucho halago. ¿Cómo no habia de querer al hombre á quien debia la vida de su padre?

En fin, despues de mucho tiempo pasado de este modo, un dia Don Fermin me envia un caballo, pidiéndome que le vaya á ver: yo por si podia servirle vuelo á su casa, y despues de los primeros cumplidos me lleva á su jardin, y me dice: amigo, el cielo os ha dado una hija divina: ¡qué dichoso será el hombre que sea su marido! Sí lo será, le dije yo, porque no hay mejor corazon que el suyo. Esta espresion sencilla, que me arrancó mi sinceridad, le dió gusto: yo ví brillar en sus ojos la luz radiosa del placer; pero me volvió á decir: yo no puedo disimular mas: el secreto me secaria el corazon: yo amo á Rufina: sí, amigo, la amo, la idolatro, y me seria imposible vivir sin ella: vos teneis en vuestra mano el único tesoro que deseo: dadme, amigo mio, la única muger que puede hacer mi felicidad: dadme á vuestra hija: yo os la pido para esposa mia.

Como Don Fermin era tan rico, yo creí un momento, que se queria divertir, pero muy presto me desengañó, haciéndome ver que hablaba seriamente. Entónces le dije: que mi [29] hija ya estaba prometida. Si yo le hubiera dicho que se iba á morir, no se hubiera puesto mas pálido y descolorido. Despues de alguna suspension me vuelve á decir: ¿y quién en estas montañas puede hacerla tan rica, tan brillante y tan dichosa como yo? ¡Qué, amigo! ¿quisierais dar á uno de estos aldeanos, á la muger que merece ser la soberana de la tierra? Señor, le dije yo, importa poco el estado, cuando se halla la felicidad. El empezó á hacerme muchas reflexiones, y entre otras me dijo: que ya empezábamos mi muger y yo á cargarnos de edad, y que cuando fuéramos viejos, no sentiríamos haber encontrado en él una vejez descansada, y un reposo seguro; pero yo le volví á responder: el hombre nació para trabajar: el trabajo es el padre de la virtud, y el descanso lo es de los vicios. Miéntras Dios me conserve estos dos brazos, no estarán inútiles, y cuando sea viejo, mis hijos no me abandonarán. En las familias honradas la casa paterna es la del hijo, y la casa del hijo es de su padre.

Don Fermin estaba fuera de sí, viendo mi resistencia, y corrió todos los medios del ruego y la amenaza para vencerme. Viéndole tan desatentado, me pareció que era ya preciso hablarle con aire decidido. Así le dije: señor, yo os debo mucho, y soy tan sinceramente vuestro amigo, que jamas daré las manos á un designio que ciertamente os costaria un largo arrepentimiento. Yo sé que mi hija es amable, que puede inspirar una pasión, y hacer dichoso á un hombre de bien, pero la hermosura simple y campesina satisface muy presto, y deja grandes disgustos á un corazon acostumbrado á los artificios de las mugeres delicadas y astutas de las grandes villas. La simplicidad de la naturaleza le parece insípida, y no hallando en ella esas gracias facticias de una educacion pulida y estudiada; se cansa presto, y desde que la pasion se resfría se avergüenza de su muger cuando la compara con las otras. No se atreve á mostrarla, y está como corrido de tenerla: ¿cómo osará presentar en un estrado brillante á la que no puede dejar de conservar los aires de aldeana? Y de esto ¿qué sucede? que dos personas que se prometiéron la felicidad en breve tiempo no pueden soportarse.

¡Qué poco me conoceis! respondió Don Fermin. Ya os he dicho que ha mucho tiempo que no pienso mas que en dejar las frívolas vanidades de la corte para buscar en la sencillez de la naturaleza y en el reposo de una casa tranquila la paz del corazon, y la felicidad interior. Este era mi designio, y [30] ahora la providencia me ha mostrado la única muger que puede ser la feliz compañera de mi soledad. No, yo no tendré jamas otra esposa, porque ella únicamente puede satisfacer todos los gustos de mi corazon. No me la negueis, padre mio, porque ya no os daré otro nombre, y vos con vuestra hija vendréis á partir conmigo mi casa, mis bienes y mis dichas. Si me dais á Rufina, yo no dejo mas estas montañas.

A pesar del ardor con que me hablaba Don Fermin, yo no podia persuadirme á que un hombre tan rico pensara en casarse con mi pobre Rufina, y por otra parte temia mucho la inconstancia de estas pasiones súbitas y momentáneas, que despues de haberse satisfecho, no dejan en el corazon mas que un largo y profundo fastidio. Así á pesar de sus instancias eficaces yo me sostuve en no querer entenderlas sino como chanza, y alguno que nos vino á encontrar, llegó apropósito para romper nuestra conversacion; pero no dejó de hacerme mucha fuerza la idea de que seria lástima casar á Rufina con un mozo, que aunque muy virtuoso, y que yo le queria mucho, no era mas que un payo, cuando el cielo me ofrecia la fortuna de poderla casar con un hombre distinguido y poderoso que podia hacerla vivir con mucho fausto, y como una de las primeras señoras del pais.

Yo me volví á mi casa muy combatido con estas reflexiones, y casi sin saber á qué determinarme. El que vacila con la tentacion, y no la rechaza al instante con los principios del honor y la virtud, ya está muy cerca de caer. Por un lado el amor que yo tenia á Albano, el conocimiento del suyo, la idea que tenia de el de mi hija, y el temor de hacerlos infelices me detenian mucho; pero la consideracion de la diferente suerte que tendriamos mi hija y mi familia, el sobresaliente papel que haríamos en el pais, y la cómoda y brillante situacion que se nos preparaba, me estimulaban mas. ¡Qué! (me decia yo) por dar gusto á la pasion de dos muchachos que se aman, porque están solos, y se han criado juntos, ¿sacrificaré el bien estar de mi familia y el de mi hija misma? Cuando Albano la vea casada con otro, no pensará mas en ella, volverá los ojos á otra parte, y tanto él como sus padres se consolarán con los bienes que Don Fermin, Rufina y yo les podemos hacer.

A pesar de estos sofismas que me inspiraba la ambicion, no podía resolverme á un partido que un secreto sentimiento me decia, que era poco honrado, y me repugnaba. Don Fermin [31] continuaba sus instancias conmigo; pero yo lo eludia siempre: y viendo que no podia determinarme, se sirvió de un medio muy astuto, y que le sugirió sin duda la idea que se formó de mi vacilante ambicion. Un dia vino á decirme, que un negocio importante le llamaba á Madrid, donde le seria preciso pasar algunos dias, y me propuso que le acompañara en este viage. Yo me sorprendí con tan estraña proposicion, y le representé entre otras mil razones la necesidad de cuidar de mi hacienda y mi casa; pero él me dijo: no, vos habeis acabado de ponerla en estado, ya está corriente, y para la atención de que necesita en adelante bastan Albano y vuestra esposa. Yo he menester en mi viage y para mis negocios de un hombre de confianza, en cuya probidad

pueda reposarme por entero, y no podeis hacerme mayor servicio en esta circunstancia. Yo creí que no debia resistir á un hombre, que despues de tantas otras finezas me habia salvado la vida, y le dije, que estaba pronto á seguirle.

Partímos pues, y luego que llegámos á Madrid, fuímos á su casa, que era magnífica, y estaba adornada con todo el gusto de la moda. Yo me quedé sorprendido, porque nunca habia visto una cosa tan bella, y Don Fermin no perdía un ápice ni de mi necia admiracion, ni de los efectos que me causaban sus riquezas y opulencia. Entónces me dijo: por hoy no saldremos de casa, porque es menester dar tiempo al sastre y los demás obreros para que os hagan un vestido y lo mas necesario para ponerlos á la moda, porque ya veis que no es posible presentaros en ese traje campesino, que solo es bueno para el pais. ¿Y porqué (le dije yo) no podré presentarme en este traje? El vestido no hace al hombre. Así es, me respondió; pero para los negocios en que me debeis servir, es preciso que os presente á personas de mucho respeto, que no os tratarán con consideracion, si os ven con un traje tan simple. Pues bien, le repliqué riendo, si es útil para vuestro servicio que yo me vista al uso de la corte, enhorabuena. Yo la ví en mi juventud, y aprendí algo de lo que se llama educacion de mundo. Volveré á refrescar las especies, y no me será difícil volver al uso de estos cortesanos, cuyo mérito consiste en hacer cortesías, reverencias y cumplimientos.

Al otro día me hizo equipar de todo, y con tanta profusión que yo mismo estaba corrido; pero no me atrevia á resistir en nada á mi bienhechor. Despues en lugar de hablarme de negocios, me llevó á visitas y tertulias, me presentó [32] como un amigo íntimo de la primera distincion en nuestro país, y á quien tenia muchas obligaciones. Me llevó á las comedias, y hacia cuanto podia para entretenerme y divertirme. Su intencion, segun lo conocí despues, era corromperme, pervertirme, hacerme gustar de todos los placeres que procuran la abundancia y las riquezas, para hacerme desear su continuacion, y escitarme á que le diera mi hija. ¡Insensato de mí! Yo, hombre ya maduro, y que debia conocer el precio y las ventajas de la dulce mediocridad, me dejé embriagar con estos astutos y péfidos prestigios. Poco á poco me fui dejando corromper por tantas lisonjeras ilusiones. Presto no pensé mas que en diversiones y magnificencias. La simplicidad de nuestros campos, la sencillez de nuestras costumbres, la aplicacion de nuestros trabajos, y hasta la estrecha desnudez de nuestras casas empezáron á darme en rostro. Mi razon se pervirtió tanto, que tenia por felices á estos inútiles ociosos, que vegetan entre placeres frívolos, y pasan una vida estéril como un sueño dulce sin penas ni fatigas.

El primer efecto del lujo es viciar la razon. Su apariencia nos seduce, y bien hallados con ella no queremos penetrar su interior amargura. Desde que se apodera de nuestra alma, los deseos entran atropellados en nuestros corazones, y no se saben detener. Entónces apetecemos cuanto nos halaga, sin que nada pueda satisfacernos. ¡Dichoso el que no ha visto nunca la frívola opulencia de las ciudades ricas, y vive siempre tranquilo en su simple cabaña! Desde que el pobre ve la brillante habitacion del poderoso, empieza á desdeñar y hallar odiosa la suya, en que gozaba de muy dulce reposo. La vista de las rosas ajenas hará

nacer en su corazon las espinas de la envidia, querrá abandonar el hogar y los campos de sus padres. Hollará con fastidio las flores que ántes le divertian, y correrá tan presuroso como engañado á la ciudad, pensando hallar en ella los mismos placeres que ha admirado; pero el infeliz no encontrará mas que miseria y vicios. ¿Quién lo ha experimentado mas que yo?

Pero ¿para qué os detengo? Yo fuí tan insensato, yo me dejé seducir tanto por esta nueva y mas dulce existencia, que al fin perdí todo pudor, toda vergüenza, y todos los estímulos de la honra. La idea de que en Madrid con las riquezas de Don Fermin, Rufina, mi muger y yo mismo podíamos ser mas felices, y vivir con mas brillantez que en nuestros campos, acabó de seducirme. Esta vida me habia gustado tanto que me [33] parecia necedad perderla, y en fin hice la bajeza de faltar á mi palabra, y hacer traicion á la amistad. Conté á Don Fermin el tratado que teníamos hecho Baptista y yo; pero le dije, que yo le daria á mi hija, si para quitarme el rubor de aquellos testigos, la quería traer á Madrid. Don Fermin que no deseaba mas que desposarse con ella, transportado de gozo me lo ofreció.

Yo me habia acostumbrado á la dulce ociosidad, á la mesa fina, al vino delicado, á las diversiones, placeres, y aun al juego: yo los habia aprendido. Don Fermin me hizo enseñar con pretesto de que esto seria necesario en la sociedad, y la desgracia quiso que ganase para que me acabara de pervertir. Me parecia muy dulce ganar, divirtiéndome un cuarto de hora, mas de lo que podia producirme mi fatiga con el sudor de un año. Me acostumbré á tener dinero, á gastarlo con facilidad, y poder con él satisfacer las nuevas fantasías que con su vista me tentaban. Esta vida me pareció tan agradable, como me daban en rostro la miseria y los trabajos de la mia, y no podia concebir cómo yo habia podido estar contento, y reputarme por dichoso en un pais tan pobre y con tantos afanes.

Cuando Don Fermin creyó haber obtenido el prevaricar mi corazon, me dijo, que ya era tiempo de volver á nuestros montes, y esta noticia, que en otro tiempo me hubiera hecho saltar de gusto, me afligió; pero me consolé con la idea de que íbamos á hacer la boda, y á volver. Llegámos, pero yo ya miraba con otros ojos el pais. Mi muger y Albano habian gobernado muy bien mi hacienda. Yo conté á la primera lo que habia tratado con Don Fermin; pero ella se sorprende, se consterna, y las lágrimas la saltan á los ojos: confundida y aterrada me pregunta, si quiero que mi hija sea desdichada: yo la respondo, que será mas feliz, que Don Fermin era muy rico. ¿De qué sirve la riqueza, me replica ella, cuando se pierde lo que se ama? Yo estaba ya tan endurecido, que no entendí siquiera tan sensible verdad. Ya no veia mas que con los ojos de la ambicion. Mi muger hizo cuanto pudo para desviarme de designio tan bárbaro, y como yo no podia responder bien á sus buenas razones, la dije con dureza, que yo era dueño de mi casa, y que se haria lo que yo mandaba. La infeliz siempre modesta y sometida no se atrevió á replicarme. Calló; pero lloraba sin consuelo por la suerte de su hija desgraciada.

En aquel momento pasaba Rufina, que iba guiando su ganado, [34] y sin explicarla los motivos, la mandé que no los volviese á conducir, y encargué á otro de este cuidado. Estrañó una órden que su corazon halló terrible, y con su natural dulzura me preguntó la causa. Yo la llevé

aparte, y llamando tambien á su madre, la espliqué en presencia de esta mis designios, la dije que ya debia olvidar á Albano, y disponerse á dar la mano á Don Fermin. Procuré endulzarla este amargo trago, porque aunque estaba determinado á hacerme obedecer, hubiera preferido que todo se hiciera sin violencia.

Por esto la hice presente que yo lo hacia por su propia felicidad y la nuestra: que ciertamente seria muy dichosa con Don Fermin, cuyo carácter era dulce y amable: que en vez de vivir en aquellas tristes y pobres montañas, viviria en Madrid, no solo exenta de trabajo, sino en medio de la abundancia, rodeada de placeres, y envidiada de todas las que la vieran: en fin la pinté todas las falsas ilusiones, todos los mentidos prestigios que me habian seducido á mi mismo. Yo me imaginaba deslumbrarla, inspirándola los mismos deseos que me habian conducido á este delirio; pero ¡necio de mí! ¡qué poco conocia yo el corazón humano!

No, no conocia que el amor virtuoso es el sentimiento mas fuerte de la naturaleza, pues léjos de sacrificarse á nada, él mismo sacrifica todas las otras pasiones que intentan combatirla. No conocia que cuanto mas se procura arrancarle del corazón, mas él mismo se profundiza: que las desgracias le alimentan, que las oposiciones le fortifican, que las contrariedades le aumentan, y que no hay esfuerzo de que no sea capaz cuando es desesperado é infeliz.

Nosotros habiamos procurado criar á nuestros hijos con las ideas mas santas de la religion, y les habiamos inspirado los grandes principios del amor y respeto filial. Ellos los habían seguido sin que los hubiesen violado jamas. Yo puedo decir, que no solo eran inocentes, sino virtuosos, y conociendo yo esta disposicion en Rufina, me aproveché de ella, para hacerla entender por muchos modos, que aunque la pareciese duro este sacrificio, Dios le exigia de ella, tanto para obedecer el órden de su padre, como para hacer la felicidad de toda su familia. Rufina me escuchaba con un aire atento. Sus ojos estaban absortos, su fisonomía alterada; pero no me decia una palabra. Parecia embargada y fuera de sí; pero de repente se desata en llanto. Yo que la ví incapaz de responderme, la dije reflexionase seriamente lo que la decia, y que se retirase á meditarlo. [35]

Rufina obedeció; pero la infeliz iba tan turbada que al tiempo de salir de la pieza se da contra la puerta, y con tanta violencia, que no pudiendo sostenerse cae por tierra: corremos á socorrerla, su madre la recoge entre sus brazos, Rufina la echa los suyos al cuello, y apoya su cabeza contra su seno, diciendo con un acento lánguido y sofocado: sí, yo moriré, yo moriré. Yo quise decirla alguna palabra de consuelo; pero ella exclamó: ¿porqué el cielo no me quita la vida? Este movimiento de despecho me llena de horror, y me hace temblar. Yo cejo aterrado, quiero acercarme otra vez á ella: pero mi muger á quien me habia hecho odioso mi dureza, me rechaza con la mano, y me dice: quítate, bárbaro, pues tienes el corazón de piedra. Estas palabras acabáron de confundirme, y me retiré indignado y furioso contra mi mismo: jamas me habia sentido en tan horrible situación. Me parecia que me abrasaba un volcan, ó que me devoraba una sierpe el pecho, y que me le iba á destrozar. Me sentia sofocar, y me decia: tienes razon, yo soy un bárbaro. No, no, jamas se hará un casamiento tan funesto, y me determiné á hablar claro á Don Fermin.

Entretanto mi muger habia puesto á Rufina en su lecho, y trataba de consolarla; pero ¿qué consuelo podia recibir después de mi fatal esplicación? La infeliz pasó agitada todo el día como si estuviera en el delirio de la fiebre; pero su madre observó que por la noche levantó sus ojos al cielo, como si le dirigiera su ruego, y que como si este movimiento de su alma la hubiera dado paz á su corazon, sus lágrimas, que ántes parecian tan despechadas y amargas, se transformáron en lágrimas dulces y sometidas. Al otro día se levanta ántes que la aurora, y sin que nosotros lo supiéramos, sale de casa. Su ausencia nos causaba inquietud; pero por la noche la vímos volver, y después supímos que habia ido á buscar á tres leguas un venerable eclesiástico, llamado Don Teodoro, que nunca salia de su casa, y que por su vida secreta y retirada no sabia nada de lo que pasaba entre nosotros, pero que por su dulzura, probidad y virtud veíamos todos con respeto. Teníamos en él la mayor confianza, y en todas ocasiones íbamos á buscar los consejos de su sabiduria y experiencia.

La afligida Rufina fué también á desahogarse con él, y consultarle. Le espone con ingenuidad el estado de su alma, lo que yo acababa de decirla, y las angustias de su corazon. Le pinta el amor de Albano, el suyo, y acaba por decirle, que estaba resuelta, aunque la costase la vida, á no consentir en la nueva boda, y desobedecer el órden de su padre. El virtuoso cura, que [36] no conocia todas las circunstancias del caso, y en cuyos principios la obediencia paterna era uno de los deberes mas sagrados, compadeciéndola mucho, la censura aquella resolución. Hija, la dice, desobedecer á un padre es lo mismo que desobedecer á Dios, pues le ha puesto en su lugar, para que os dirija con la experiencia y luces que tiene, y que no puede tener la juventud. Vos debeis suponer que vuestro padre desea vuestra felicidad como vos misma, y él debe conocerla mejor, que no puede querer mas que vuestro bien y el de vuestra familia. ¡Ay, hija! es muy aventurado, sobre todo á vuestra edad, seguir sus propios gustos, y abandonarse á sus inclinaciones. Lo mas seguro es obedecer, y hacer á Dios este sacrificio, que será más meritorio cuanto es más difícil. Querida Rufina, obedeced. ¡Ay! le responde ella, ¿y cómo me será posible aun cuando quiera?

Don Teodoro vuelve á decirla: es menester hacerse violencia: este es el mérito de la virtud. Hoy os cuesta tanto obedecer, y quizá muy en breve daréis gracias á Dios y á vuestro padre. La pasion nos hace muchas ilusiones. Miéntras su fuego dura, todo lo pinta con bello colorido; pero cuando se apaga, la razon nos hace ver nuestro error, y conocemos nuestro engaño. Quizas sin tardar mucho, vos gemiréis de haber desobedecido... No, señor le interrumpe Rufina: yo estaré muerta ántes. No, hija mía, no, la vuelve á responder, Dios os dará fuerza, y os sostendrá con su gracia; pero ¡cuánto mejor es morir que abandonar la virtud!

Rufina acostumbrada á escuchar sus consejos como oráculos del cielo, á pesar de la repugnancia de su corazon se figura que Dios la hablaba por sus labios, y que ella se debia someter. Señor, le dice, si es la voluntad de Dios obedecer á mi padre, yo me resigno al sacrificio, y si muero, me consolaré con la idea de que el cielo aceptará el dolor que me cuesta, y con esto sale determinada á obedecerme.

¡Ah respetable y venerado anciano! Tú que eras nuestro consuelo, tú

que eras varon santo, hombre de paz, de virtud y caridad, tú tambien has contribuido sin quererlo á colmar nuestra suerte de horror y de amargura. ¡Ah! si tú hubieras sabido todo lo que pasaba, tú hubieras venido á enseñarme mis obligaciones, tú me hubieras encaminado otra vez á los senderos del honor, haciéndome cumplir una palabra que debia ser sagrada, y á no contrariar los sentimientos del honor y la naturaleza. Tú hubieras hecho mas, tú me hubieras persuadido á que un padre pierde el derecho que le da el cielo sobre sus [37] hijos, cuando quiere hacerlos desdichados. ¿De qué abismo nos hubieras sacado? ¿Cuántas lágrimas y delitos me hubieras impedido? Pero, venerable Don Teodoro, tú estabas engañado. Yo te hago justicia, tu intención era buena, y tu corazon fué siempre justo y benéfico.

Yo estaba ya decidido á hablar con fuerza y claridad á Don Fermin, y no dar lugar á esta boda funesta. Ya hacia reflexiones mas sanas, y me arrepentia de mi propia extravagancia. No, (me decia) no busques riquezas y placeres que pueden ser fatales. Conténtate con los bienes de la naturaleza: con ellos solos has sido dichoso hasta este día, pero para poder decir con verdad á Don Fermin, que yo habia propuesto su mano á Rufina, y que esta la había rehusado, cuando llegó la noche, y no dudando que me responderia con el mismo desabrimiento que el dia precedente, me llegué á ella. Mi ánimo era detenerme á la primera repulsa, no insistir mas, y para tranquilizarla, asegurarla, que pues no era de su gusto aquella boda, no se haria; la pregunto pues flojamente, si ha pensado en mi proposicion.

Pero ¡cuál es mi sorpresa cuando veo que sin titubear un instante, y con una voz segura, dulce y tranquila me responde: sí, padre, yo la he reflexionado, y me parece que mi primera obligación es someterme á vuestras órdenes, que vos sabeis mejor que yo lo que me conviene, y que vos no deseais mas que mi felicidad: así estoy pronta á obedeceros! Esta respuesta que no esperaba, me sorprende de manera que me quedé parado, y sin poder decirle una palabra; pero en aquella misma suspension me volviéron á renacer las primeras ideas, y me dije: pues ella lo quiere, y que no será infeliz, ¿porqué dejaré pasar esta fortuna que se nos presenta? Quizas habiéndolo pensado bien, ha sentido como yo, que vale mas vivir con abundancia y esplendor, que estar reducida á la escasez de la fortuna. Esta idea que nos sugirió la ambicion para desahogarme la conciencia, me arrebató otra vez, y me determino á casarla. La abrazo lleno de gozo, y la dije: ¡hija mia! ¡hija querida! tú serás dichosa, y harás que tus padres lo sean. Ya empiezan á ser viejos, y tu boda les asegura una existencia descansada. Ella me responde llorando: yo pido al cielo que os haga felices, aunque sea á costa de mi vida. Su madre estaba tan asombrada como yo. No decia nada; pero yo observé que no estaba contenta.

Al otro día por la mañana corro á casa de Don Fermin para darle la feliz noticia. Iba tan transportado que ni siquiera [38] me acordaba de las palabras dadas á Baptista y Albano, ni de la traicion que hacia á la amistad, y si esta idea venia á importunarme, yo la sofocaba, diciéndome: yo no debo á los dos mas que amistad y buena correspondencia; pero á Don Fermin le debo la vida. El ha espuesto la suya por salvarme, y le debo mucho mas. Así es como la mala fe es hija de una mala conciencia, y cuando

alguno busca sofismas para ocultarse á sí mismo su iniquidad, es porque se siente acusado en el tribunal de su propio corazon.

Encontré á Don Fermin que se paseaba. Vino hacia mí con las alas del amor: yo le dije la respuesta de Rufina. Su alegría fué estrema, y su primer movimiento arrojarle entre mis brazos, llamándome su padre. Al instante da órden para que digan á un escribano que vaya á mi caserío y apénas tomámos un bocado cuando nos pusímos en camino. Mi muger, á quien yo habia prevenido, la habia aliñado sin que perdiera nada de su simplicidad; pero su hermosura estaba marchita, y la presencia de Don Fermin la turbó tanto, que yo ví la iba á dar un accidente. Me llegué, y la dije con voz baja: ¿no me has prometido obedecerme sino para esponerme á una afrenta? Estas palabras la hubiéron de animar; pero se mantuvo con los ojos bajos, y sin articular una palabra. Don Fermin hizo cuantos esfuerzos pudo para agradarla, y ganar su confianza; pero ¿cómo podia ganarla el corazon?

El escribano llega. Nosotros nos fuímos á otra pieza para otorgar la carta de dote. Don Fermin estuvo magnífico, otorgan todo lo que podia ser ventajoso á mi hija y su familia. Al otro dia se volvió á su casa para disponer los preparativos de la boda que debia hacerse en ella. Entónces conté yo á Rufina todas las ventajas que nos hacia Don Fermin, y lo que mas me costó decirla fué, que habiamos señalado dia de Pascua para la celebracion, y para el que faltaban todavía quince dias. Rufina se sobresalta, y me deja ver la turbacion de su alma; pero observé que hizo un esfuerzo sobre sí, y que procuró mostrar tranquilidad. Alma virtuosa y pura, me dije yo á mí mismo, tú te combates; la obediencia que me debes es para tu inocente candor tan sagrada como la ley de Dios.

Pero, señor forastero, transportado con el desahogo de referiros mis desgracias, no reparo que os importuno, y que yo mismo me fatigo. Es tiempo de que os deje descansar, y que no os moleste con mi estéril dolor. Mauricio le protestó que estaba embelesado, y le pidió que continuara; pero él le dijo: no, ya es muy tarde. Si os puede interesar mi triste historia, [39] yo la continuaré; pero será mañana. Vos me permitiréis acompañaros, porque acaso solo no supierais llegar á la posada, y os acabaré mis trágicos sucesos mientras hacemos el camino. Mauricio se vió precisado á consentir, y quedáron emplazados para la mañana del siguiente dia.

SEGUNDA PARTE

Apénas amaneció cuando Mauricio, ya despierto, sintio que su huésped le venia á buscar: se levantó, y después de un ligero desayuno se pusieron en camino. No bien estuvieron en el campo cuando el huésped, rogado por Mauricio, volvió á coger el hilo de su historia, y continuó así.

Para poder preparar libremente mis disposiciones yo habia tomado mis medidas. Sabiendo que Baptista necesitaba de Albano para que le ayudase en cierto trabajo, que podia durarles cuatro ó cinco dias, se lo envié ántes de llevar á Don Fermin la buena noticia; pero con el encargo de que él me remitiese á mi hija, á fin de que acompañase á su madre: por eso á nuestra vuelta encontrámos ya á Rufina en mi caserío, y pudímos hacerlo todo sin

noticia de la familia de Baptista ni de Albano. Yo esperaba que este tardaria todavía, porque el trabajo no podia estar acabado; pero el infatigable ardor de aquel enamorado jóven habia hecho prodigios, y á la mañana siguiente de la partida de Don Fermin ví que venia acia nosotros. Esta vista me afligió, porque consideré que su presencia debia turbarnos en aquella circunstancia. Le salgo al encuentro: él segun su costumbre se arroja entre mis brazos; y yo estaba ya tan endurecido, que ni este movimiento de su amistad pudo despertar remordimientos en mi corazon.

Yo le pregunté porqué abandonaba los trabajos de su padre, y él me responde, ya están concluidos; y diciéndome esto, ví que quería precipitar sus pasos para entrar en la casa; pero yo le detuve diciéndole: ¿dónde vas? y él me vuelve á responder: á ver á mi madre y á Rufina: yo le repliqué con un tono seco y desabrido, no puedes verlas ahora, y es preciso que vuelvas al instante á casa de tu padre, á decirle que yo iré á verle á mediodía, y tú espérame allá. Albano oyendo esto me [40] miraba con los ojos fijos, y con aire de estrañeza. Mi tono frio y reservado habia contenido su franca y natural ingenuidad: yo le veia perplejo y turbado. Las lágrimas se le asomáron á los ojos, y despues de una corta pausa me dijo: ¡qué! Padre ¿ya no amais al hijo que os adora?

Esta pregunta tan tierna y articulada con espresion tan afectuosa me destrozó el alma, y me ví obligado á volver la cabeza para esconderle el asalto con que atacó mi corazon. ¡Ay hijo querido! le respondí, yo te amo siempre, pero necesito de hablar con tu padre. -Permitidme pues que yo vea un instante á mi madre y hermana. Yo deseaba alejarle de allí: temia tambien que mi hija le viese, y para desembarazarme de él le respondí con dureza: tu madre está muy ocupada, y mi hija no está en casa. Esto le cerró la boca; pero la sequedad y la rudeza de mi aire le consternáron. Bien ví que no estaba satisfecho, pero le volví á decir: no pierdas tiempo, anda sin detenerte. El se puso en disposición de obedecer, pero ántes de partir me volvió á preguntar: ¿y no podré verlas esta tarde? A esto le respondí: en casa de tu padre hablaremos. Entónces bajó los ojos, y empezó a alejarse, pero lentamente, y volviendo á cada instante la cabeza.

Yo me quedé inmóvil viéndole partir; pero aquella escena me habia consternado, descubriéndome toda la iniquidad de mi traicion. Allí se me representó, que yo habia prometido mil veces á un amigo fiel y generoso darle mi hija para su hijo, y que un vil interes, una felicidad imaginaria me hacian faltar a mi palabra: nada me podia escusar, y el sentimiento interior de mi propia vergüenza me hacia ver, que no merecia el nombre de nombre, sino el de un monstruo infame y despreciable. Mil veces quise deshacer lo hecho, y volver á nuestro primer proyecto, pero cuando consideraba lo que habla tratado con Don Fermin, la palabra que le habia dado, el consentimiento de Rufina, y hasta que su carta de dote estaba ya otorgada, me decia: no, ya no es posible, ya es demasiado tarde, ya estoy muy empeñado, ya no puedo echarme atras.

En fin despues de pensarlo mucho, mi razon estaba tan degradada, que no me sentí valor para reponerme en el camino del honor; y buscaba razones para escusar una bajeza que mi corazon no podia disimularla. Este es el peor estado de una conciencia delincuente, y el que mas contribuye á acabar de envilecerle. Conoce su culpa, y pretendiendo disculparla, se

quita toda esperanza de recobrar la virtud. Nadie es mas culpado que el que persiste en el delito despues de los [41] remordimientos; esto es, endurecerse, y llegar al colmo de la depravación.

Acercábase la hora en que yo debia ir á ver á Baptista, y á cada instante sentía que se aumentaba mi vergonzosa confusion: las piernas me temblaban: no veia lo que le podria decir, y al fin comprendí, que no tendria valor para hablarle, y ménos para responder á sus justos baldones. El que siente que ha faltado á la probidad, no puede sostener las miradas de el hombre de bien. Me decido pues á escribirle, y se lo cuento todo, procurando justificarme con que Don Fermin me habia salvado la vida, y con la inmensa fortuna que se presentaba para mi hija. Le envió esta carta por un tercero, y ve aquí la respuesta que recibo.

«Yo creia tener un amigo, pero veo que estaba engañado. La fortuna te busca, y tú quieres aprovecharla: yo hubiera sido mas generoso. Lo único que me aflige es que mi hijo pierda la compañía de una esposa tan digna». Esta respuesta me aterró, porque me hizo sentir cuánto merecia su desprecio. Afligido y fuera de mí voy á ver á Don Fermin, y le cuento la pena que padezco por haber faltado á un amigo, y el dolor de perderle. El trata de consolarme, y me dice: ¿No habrá medio de satisfacer á este amigo? ¿Os parece que vaya yo mismo, y que le ofrezca todos los servicios que me facilita mi fortuna? Yo, yo puedo proporcionar á su hijo un acomodo, un empleo y un casamiento ventajoso con alguna muger que le traiga riquezas, y le ponga en una situacion brillante y venturosa. Yo puedo hacer mucho por él y su familia, y lo haré todo ménos el sacrificio de mi amor, porque esto es superior á mis fuerzas. Este designio me pareció escelente, porque podria satisfacer á Baptista, y proporcionarle una suerte feliz. Yo dí gracias a Don Fermin, le apreté la mano, y le pedí que lo ejecutase.

Don Fermin iba á casa de Baptista: pero ¡ay! mi amigo no era como yo; no era de aquellos hombres viles y mercenarios á quienes se hace olvidar las injurias con dinero. Su virtud era fuerte: su probidad tenia aquel carácter austero que constituye la dignidad del hombre. Despues de haber oido con flemma y paciencia los ofrecimientos de Don Fermin, le respondió con la firmeza noble que no deja lugar á la réplica: Si tuviera el honor de ser conocido de vos, pensaria que queríais insultarme. Vosotros los ricos os imaginais que todo se compra con el oro; pero sabed que no se compra [42] el honor ni la estimacion del hombre honrado. Yo soy cristiano, y perdonaré fácilmente la injusticia de un amigo. En cuanto á las bajezas que veo, las olvido cuando el que las hace las repara; pero las desprecio mucho mas cuando el que las hace, las pretende lavar con otras nuevas. Guardad vuestras riquezas: yo no las necesito, ni tampoco vuestros servicios: yo hasta aquí he sido feliz sin ellos: alejad de mi ofrecimientos peligrosos. Mi amigo fuera todavía virtuoso, y ellos no le hubieran corrompido.

Don Fermin se quedó atónito viendo un carácter tan entero, y no sabiendo qué decirle, se despidió. A mí me ocultó una parte de este discurso por temor de que la grandeza del alma de mi amigo no me obligase á buscar su amistad, y perdiese á Rufina. Por fortuna Albano no estaba en casa de su padre cuando Don Fermin le hizo su visita. Este jóven de un carácter tan vivo no hubiera sufrido con cordura la presencia de un hombre

que le arrancaba de las manos su tesoro. Nadie era mas dulce ni tenia mejor corazon, pero su generosidad natural, y el ímpetu de su alma ardiente le transportaban de furor en una justa queja. La injusticia era tan estraña para esta alma llena de rectitud y de simplicidad, que le trastornaba los sentidos, y entónces no parecia criatura humana, sino un leon que espumaba de rabia. Es verdad que sus iras duraban poco, que la menor satisfaccion le apaciguaba, que el odio no penetraba nunca en su benigno pecho, y que presto pasaba de la enemistad á la reconciliacion; pero su primer furor era terrible.

Discúrrase pues cómo se quedaria Albano cuando su padre le dijo: hijo es preciso que olvides á Rufina, porque va á casarse con otro. -¡Con otro, padre! ¿qué es lo que me decís? y pronunciando estas palabras, ya estaba revestido de un aspecto que parecia lleno de furor: sus ojos centelleaban con un fuego espantoso; y luego añade con una voz sorda, pero siniestra: ¡con otro! ¿y quién es ese otro? No se casará con ninguno, porque yo la traspasaré ántes mil veces y con mi propia mano el corazon. Su padre le quiso sosegar, pero Albano le pregunta de nuevo: Padre ¿eso es verdad? -Sí, hijo mio, y es indispensable que yo te lo diga para que no te sorprenda la noticia, y te prepares á una desgracia que afligirá tu corazon: pero yo espero que tu razon, tu religion y tu despique mismo podrán... -No podrán nada: no podrán mas que hacerme morir: pero antes... -Sosiégate, hijo, le vuelve á decir el padre, considera... -Yo no puedo considerar sino [43] que vos no podeis concebir los martirios que yo sufriera: que yo no (4) fuera capaz mas que de abandonarme á mi furor. ¿Quién puede ser el bárbaro que me quiere robar un corazon que es mio? ¿dónde está? que venga aquí: yo le abriré mi seno para que primero me quite la vida.

Cuando decia esto parecia un insensato, corria por todas partes sin detenerse en ninguna. Ve aquí, decia, porqué me han alejado de ella sin duda para quitármela, pero no lo conseguirán: yo iré á buscarla, y la sabré arrancar de sus manos infernales. Su padre quiere tomarle en sus brazos para detenerle, pero Albano se le escapa, y echa á correr por medio de los montes. Salta de roca en roca como si hubiera perdido la razon, ó si le persiguiera una bestia feroz: vuela rápido sobre los bordes de los precipicios, con riesgo de precipitarse en ellos: su anciano padre, que habia salido para detenerle, no podia seguirle; pero temblaba de verle espuesto á tantos peligros: levantaba las manos al cielo y pedia á Dios que le salvara. Hijo le gritaba, hijo mío, hijo de mis entrañas, oye la voz de tu padre. ¡Qué! ¿ya no tienes confianza de él? Pero todo era inútil. El jóven no le escuchaba, llevaba clavado en el corazon el dardo que le habia herido, y poco despues le perdió de vista su desventurado padre.

Cuando Albano se vió solo detuvo sus pasos fugitivos, y vuelve los ojos sobre sí, como para buscar remedio á tanto mal. El sudor inundaba su rostro, y el corazon le latia con descompasados movimientos. Estaba tan fatigado, que no pudiendo sostenerse, se dejó caer á el pie de un peñasco. Entónces el llanto se desata de sus ojos, y exhala al viento sus quejas lastimosas. ¡Ay, decia! ¿Esta es la fe y la palabra de los hombres? Padre injusto, amigo ingrato, ¿qué he hecho yo para que me prives de la esposa que me tenias prometida? ¿Es porque te amaba como á un padre verdadero,

que tú me haces morir? Y suspiraba profundamente: pero cuando le asaltaba la idea de perder á Rufina, se levantaba de repente, y volvía á entrar en furor, y como si estuviera en el delirio de una fiebre, gritaba, Dios Justo, Dios vengador de las traiciones, ¿dejarás sin castigo este delito? Su mismo ruego le horrorizaba, y un momento despues volvía á exclamar: No, Dios mío, Dios piadoso, el delincuente es el padre de Rufina: Dios de bondad derrama sobre él tus bendiciones.

El resentimiento no podía penetrar en aquella noble alma, y en el momento mismo en que yo le hacia tan desdichado, [44] me conservaba los sentimientos de su corazon. El digno y estimable Albano era demasiado generoso. Mi delito no puede hallar la excusa mas ligera, y para que sean mas voraces, mas atroces mis remordimientos, me es preciso confesar que no tenia el menor defecto. ¡Ay señor! ¡qué pesar, qué desgracia es haber hecho infeliz á un jóven tan digno, tan amable y virtuoso!

Su padre que le habia seguido, aunque con lentitud, viéndole detenido allí se le acerca, y le dice: ¿qué es esto, hijo mío? ¿quieres hacer morir á tu padre desventurado? ¿qué? ¿tú ves mi inquietud, tú ves el dolor que me destroza, y tu piedad no se interesa por mi vida? Cuando corres tan desatentado esponiéndote á perder la tuya en estos precipicios, ¿no piensas que vas á dar la muerte á mi corazon paternal? ¡Ay hijo querido! ¿dónde está tu valor? ¿dónde tu religion? ¿dónde están la dulzura y la obediencia de mi querido Albano? Estas dulces quejas le conmueven, levanta un poco la cabeza, le mira un rato en silencio, y de repente se arroja entre sus brazos, diciéndole: ¡ay padre! pues ya no tengo hermana, pues pierdo á la que esperaba que fuese compañera de mi vida, y pues el cielo me quita hasta un amigo que yo amaba como padre, y que vos solo me quedais en el mundo, vos solo llenaréis todo mi corazon: pero no estrañéis mi dolor. Si supierais lo que pierdo, y como me siento destrozar el alma... ¡Ay, padre, no hay tormento como el mío!

Baptista le decia: sí, hijo mío, tu dolor es justo, y el mío no es ménos. Pero nosotros debemos respeto y resignacion á la voluntad del cielo, hagámosle este sacrificio. Tú sabes que tu padre te ama, y que quisiera hacerte feliz á costa de su vida. No huyas pues de su amor, vuelve conmigo á consolar á tu madre, que he dejado muriendo de pena é inquietud. Entónces le toma por la mano, y el dócil y escelente Albano le sigue como un niño. En el camino le pregunta si Rufina consentia en abandonarle: mi amigo le responde, que no lo sabia. Esta sola incertidumbre le anima otra vez, y vuelve á decir á su padre: no, no creo que ella consienta, y estoy cierto de que ella fuera tan desdichada como yo; pero yo volaré á socorrerla, y nos iremos á esconder en las montañas mas lejanas. Su padre le reprende idea tan poco cristiana y sometida: pero Albano, despues de un algun silencio, le vuelve á decir: querido padre, yo tengo aquí en el corazon una cosa que me atormenta, y no me deja sosegar. Decidme: ¿los padres que tienen tantos y tan sagrados derechos sobre [45] sus hijos, tienen tambien el de tiranizarlos? Yo pienso que un hijo debe dar la vida por su padre, y que el cielo ha dado á los padres el dulce derecho de hacer felices á sus hijos; pero cuando por interes ó por capricho quieren hacerlos desdichados, dejan de ser padres. Me parece que el padre de Rufina no puede legítimamente forzar á su hija á que tome otro esposo que el que ella escogió con su permiso, y que si es bastante

bárbaro para querer hacer su desgracia, ella puede sin ofender á la virtud filial, resistir á tan injusta tiranía. Si los padres por sus caprichos tuvieran el derecho de hacer infelices á sus hijos, fuera mejor que no les dieran la vida: yo no sé si digo bien; pero me parece que no me inspira el infortunio, sino la razon y la naturaleza.

Una melancolia profunda, un dolor sombrío y concentrado se apoderaron de su corazon. Todos los dias iba á la cabaña, que en sus dias llamó cabaña de la felicidad; y viéndola abandonada y solitaria, la decia: pobre asilo del amor y la confianza: tú que fuíste el teatro de mis dichas, eres ahora el triste testigo de mis penas. Mis gemidos turbarán tu quieta soledad hasta el momento de mi muerte. Tú vas á caer en ruina; pero yo no te levantaré, y cuando descienda al sepulcro, no se oirá aquí mas que un silencio lúgubre de horror. Así gemia el infeliz Albano, y cuando volvía los ojos á mi caserío, en que sabia que estaba Rufina, esta vista le despedazaba las entrañas.

Sus padres procuraban consolarle: pensaron en buscarle otra esposa que le distrajera de aquella pena; pero él no podia sufrir proposicion alguna. Buscaba amigos que le acompañaran y divirtieran; pero él rechazaba las diversiones como un mortífero veneno. ¿Quién puede divertirse (decia) cuando va á morir? No se alimentaba mas que de tristeza y de lágrimas, y solo se hallaba bien en la soledad para dar pábulo á su dolor. El pobre mozo estaba en un estado que inspiraba lástima, y que arrancaba lágrimas de los corazones compasivos. Su figura poco ántes tan fresca y tan brillante, ya flaca, pálida y macilenta: sus ojos que eran tan dulces, amables y radiosos, estaban ya mustios, hundidos y apagados: no parecia ya mas que un fantasma, un esqueleto animado; y sus desconsolados padres, que le veían morir, cada dia sufrían todos los tormentos de la muerte.

El triste Albano, no contento con ir todos los dias á la cabaña para renovar la memoria de sus dichas, y contemplar de allí mi caserío, en que estaba guardado su tesoro, desde [46] que sus padres se dormían salía de su casa, y venía á visitar los muros de la mia. Allí se entregaba á su dolor, y aprovechándose de las tinieblas, rodeaba el recinto que le escondía el objeto de su amor, y contemplaba una piedra en que solía sentarse con Rufina. Parecia la tortolilla enamorada, que rodea sin cesar el sitio en que su tierna esposa se halla prisionera. Allí gemia; pero sofocaba sus gemidos porque no fueran entendidos: procuraba escuchar con atencion para saber si ella tambien gemia, y se decia: si yo pudiera escuchar su dolor, ¡cuánto me consolara!

En fin, cansado de no hallar medio ni siquiera de ver á Rufina, pensó en dejar allí escrito algo que le diera idea de sus penas. No se le escondió que se esponía á que viesén lo escrito, y tomasén medidas para no dejarle volver. Previó pues que esta podia ser la última vez que podria venir; pero su despecho era tal, que al fin se determina, y sobre una pared blanca, con el auxilio de la luna, que estaba muy brillante, escribió con carbon lo siguiente: «Albano por la postrera vez ha venido á esta casa, queria ver á Rufina antes de morir; pero está condenado á morir sin verla. Vosotros los que sois causa de su muerte, no tardaréis en venir á llorar sobre su tumba». Despues de haber escrito estas palabras, se despidió de aquella casa para siempre, y se retiró á la suya con el designio de abandonarse á su dolor.

Rufina, que despues de muchos dias no gustaba del dulce reposo de la noche, se levantó aquella mañana con la aurora, y lo primero que vió fueron las palabras escritas por Albano. Las lee con ansia, con inquietud y con desasosiego: se consuela con esta prueba de la fineza de su amante; pero se consterna viendo su despecho, y que no hablaba mas que de su muerte. La pobre muchacha á fuerza de valor y desconsuelos habia afectado la resignación que no tenia; pero en aquel momento le falta la constancia: fuera de sí y arrebatada por la violencia de su dolor, se pone de rodillas, y levantando las manos al cielo, le dirige la oracion mas fervorosa. ¡Dios de misericordia, esclama, socórreme: no abandones tu débil criatura!

Aunque Rufina no estuviera ménos atormentada que Albano, su corazon mas flexible, la promesa que habia hecho al Cura, la idea de que la virtud la obligaba á este sacrificio, la palabra que me habia dado, y el temor de afligirme, la hacian devorar su dolor en silencio; y su alma virtuosa y esforzada, trabajaba por afectar serenidad en su semblante; pero [47] la muerte estaba en su corazon, y se desquitaba por la noche de los penosos disimulos del dia. La vista del funesto discurso escrito por la mano de su amante, la quitó la fuerza que habia podido conservar hasta entónces: su corazon se turba y desordena. La pareció ver la tumba abierta para recibir el cadáver de su Albano, y que ella le dejaba enterrar cuando podia conservarle la vida. Este objeto horroriza la humanidad de su carácter, y la sensibilidad de su alma generosa. En este instante olvida todas las ideas de obediencia, y no se acuerda mas que de salvar á Albano de la muerte.

Para ejecutar su designio empieza por borrar fácilmente lo que estaba escrito con carbon, y trabajando sobre sí para esconder su turbacion, vuelve á afectar una tranquilidad aparente: pero apenas llega el mediodía cuando se escapa fugitivamente á la cabaña, con la esperanza de encontrar á su amante. El joven infeliz estaba en ella alimentando con sus funestos pensamientos su profunda tristeza. Recostado sobre la peña, consideraba su desgracia y su despecho le presentaba proyectos horrorosos: oye un ligero ruido; ¿y cuál es su sorpresa cuando levantando los ojos, ve á Rufina que ya estaba muy cerca? El infeliz se asombra tanto, que pierde el movimiento y la palabra: pero al fin esclama transportado: ¡qué, Dios mío! tú me concedes un momento feliz ántes que muera. Rufina, mi adorada Rufina, ¿vienes á darme la vida, ó vienes á apresurar mi muerte? Rufina sollozaba, y no podia responder. ¡Ay! la decia Albano, tú me amas todavia, pues que mi desgracia te enternece. -Sí, yo te amo, le respondió ella, ¿lo pudieras dudar? Yo te amo mas que mi propia vida. El la replica: el cielo me vuelve, pues, mi hermana, mi compañera, mi amiga, mi esposa. Sí, mi esposa: bendita sea su bondad; sí, mi esposa. Ella lo será, porque desde ahora ya no vuelvo á separarme de ella; y esto lo decia derramando por los ojos todo el fuego de su ardiente pasion.

Rufina no hablaba: no se atrevia á decir á Albano que debia obedecer á su padre, y se contentaba con llorar y gemir. Al fin, con una voz trémula y temerosa le dice: hermano, ya no es tiempo de esperar la felicidad que deseábamos. Mi padre ha jurado que yo no me casaré contigo. El se levanta furioso, y le dice: tu padre: ya no es tu padre, pues quiere darte la invierte, y á mi tambien. Rufina, tú no estás obligada á obedecer

un orden tan terrible, tan injusto y cruel. La ambicion ha cegado á tu padre, y un dia se arrepentirá de tu obediencia. Escusémosle pesares y arrepentimientos [48] muy tardíos. Ejecutemos el primer deseo de su corazon. Casémonos, y cumplamos todas nuestras palabras y promesas. ¡Qué! tú que has vivido siempre conmigo, tú que eres mi hermana, que me has jurado todos los dias de tu vida que serias mi esposa, tú de quien el cielo ha oido los juramentos, y los ha aceptado, ¿pudieras ahora abandonarme?

Vuelve los ojos (continuaba) á todos estos lugares que nos han visto tantas veces tan felices. Mira esta cabaña tejida por las manos del amor, que ha sido testigo de nuestras dichas, y ha escuchado todas nuestras promesas, recordándote lo que has sido para mí, te debe persuadir de lo que debes ser. ¿Tuvieras tú valor para abandonar á un hermano, á un amigo que te adora, y que morirá en el instante que te pierda? No, Rufina, tú no tendrás un corazon tan inhumano: tú me seguirás en mi triste destino. Ven pues, esposa mia: ven, Rufina adorada, ven, y sigue á tu esposo: huyamos de estas montañas en que nos tiranizan: huyamos á los montes mas impenetrables y escarpados. Vamos á escondernos en las mas altas cimas de los Pirineos, y allí encontraremos la soledad, la paz y la quietud.

Rufina espantada con esta proposicion, se sobresalta, y le dice con un aire de horror: ¿qué es, Albano, lo que me propones? ¿que yo abandone á mis padres? ¿que olvide su terneza, y cuanto les debo? ¿que yo misma con mi fuga los haga infelices, y quizas contribuya á su muerte? ¡Ah, Dios mio! yo no quisiera ser dichosa á tanta costa, ni ¿cómo lo pudiera ser? No, hermano mio, yo estimo todavia la virtud. ¿La virtud, le responde el desolado Albano? ¿Pues qué puede ser virtud que tú hagas morir desesperado á un amante á quien has prometido dar tu mano, á quien ellos la prometiéron, y que la reclama con todos los derechos de la justicia y el honor? ¡Terrible virtud la que te forzará á dar la muerte al hombre que te adora! Vuelve los ojos á esos peñascos empinados, tan favorables al despecho. Sabe que tu infeliz hermano, si te pierde, irá á precipitarse en uno de ellos, y si te vuelves á este sitio, tú misma verás destrozados y palpitantes los miembros del infeliz que te amó demasiado: tú verás que su cuerpo es pasto de las bestias feroces, y tú volverás á contar á tu padre lo que has visto.

El despechado jóven dijo estas palabras con el acento de una firme resolucion, y la pobre Rufina, llena de terror, sin saber lo que hace, se pone de rodillas. Con una voz alterada, [49] que pintaba toda su inquietud, toma las manos de Albano, y le dice: mi querido Albano, mi dulce hermano, mi tierno amigo, cálmate, sosiégate, y escucha á tu amante Rufina: escucha á la hermana, á la amiga de tu corazon: ella te ama siempre; ¡pero qué! ¿tú la ves destrozada de dolor, y quieres destrozarla más? ¿tú quieres apresurar mi muerte? El ímpetu repentino de un violento uracan derriba con ménos prontitud al orgulloso pino que la voz de Rufina calmó los furores de Albano. Aunque tan irritado suspendió súbitamente toda su agitación, la miró con ojos tiernos y compasivos, y en el momento mismo los discursos violentos que el dolor le dictaba, se trocaron en quejas lastimosas y dulces.

Idolatrada amiga (la dijo, levantándola), perdona el extravío de mi razon. Yo soy el que debo echarme a tus pies, pues que soy el culpado.

Perdóname, y tú me perdonarás, si puedes concebir el dolor que me traspasa el alma. ¿Cómo es posible perderte, y sufrir la vida? pero manda, dispon de mí: yo soy tu esclavo. Rufina oyendo estas palabras, se sonrió con aquella triste sonrisa que la desgracia deja escapar por entre el llanto cuando le asoma un rayo de consuelo. Cuando le vió sosegado, con voz blanda y amorosa le volvió á decir: yo soy siempre tu Rufina, yo soy la misma que has visto siempre; pero si el cielo... Aquí se suspende: Albano esperaba que continuase, y entretanto su corazon inundado en un delicioso torrente de ternura, palpitaba, y temia lo que le iba á decir: pero viendo que callaba, la volvió á decir: ¡adorada hermana, ya ves como nos amamos, y qué horrible, qué dura, insoportable y amarga seria nuestra separacion! pero ¿quién en el mundo pudiera separarnos? El cielo nos hizo nacer el uno para el otro: para vivir y morir juntos. Los primeros juramentos de nuestros padres, los nuestros, los deseos de nuestro corazon, la igualdad de nuestra suerte, en fin, todo nos une, y ¿puede haber monstruos abominables que quieran...? ¡qué tu padre, tú propio padre...! Al decir esto Albano se detuvo, porque sintió que el furor se apoderaba otra vez de su alma. Rufina guardaba siempre silencio, porque temia irritar las muy enconadas heridas de su amante. Por otra parte los consejos del Cura no se apartaban de su memoria. La idea de obedecer á Dios la sostenia, y la daba valor para no entregarse á los delirios de su amante, y aunque su inclinacion la combatia, su timidez natural la presentaba un tropel de inconvenientes y dificultades. Sobre todo sacudirse de mi autoridad, y huir de la casa paterna, era un designio muy contrario á las ideas de su virtud, y muy superior á sus esfuerzos. [50]

Su corazon pues estaba anegado en mil angustias, y no sabia qué decir; pero el ardiente Albano la estrechaba, y la pedia que se explicase. Mira, hermana, la decía, que el tiempo corre más precipitado que el agua de un rápido torrente; que quizá ya está muy cerca de nosotros el momento que debe separarnos: tratemos pues de huirle. Dime, querida amiga, ¿podrás renunciar al hombre que te amó desde el primer instante de tu vida, por otro que aun apenas conoces? ¿Podrás olvidar que nos hemos criado en la misma cuna, y que pasamos juntos la mas dulce niñez? Considera pues que si una vez nos casamos, los días felices de aquel dichoso tiempo volverán á empezar para nosotros, y que harémos la misma vida deliciosa. Dicen que el hombre que te destinan, es rico; pero yo no creo que las riquezas puedan dar tanta dicha, y por lo ménos sé que cuando yo poseyera todo el mundo, no seria feliz si tú no eras mi dulce compañera. Dimelo, amiga mia, ¿podieras tú abandonar á tu hermano, á tu esposo?

¡Ay! le responde suspirando Rufina, mas quisiera morir; pero ¿qué puedo hacer? -¿Qué puedes hacer? Tener valor, huir de este ingrato terreno, cumplir tu palabra, y respetar juramentos que ya están consagrados en el cielo. Si á tu padre ciega la ambición, ¿cómo tú que tienes el alma virtuosa, tú que sabes que Dios ha recibido nuestros juramentos, tu puedes atrever...? -¡Ay, Albano! eso es lo que mas me aflige. El cielo es quien se opone á nuestra union. -¿Qué dices, hermana? ¿el cielo puede oponerse á nuestra unión, cuando él mismo nos ha inspirado estos sentimientos, y cuando nosotros los hemos conservado con tanta pureza é inocencia? No, hermana, eso no es posible. El cielo la aprueba, y tú serás delincuente á sus ojos, si faltas á lo que nos hemos prometido en

presencia de Dios. -¡Ay, Albano! si yo pudiera hablar... pero temo refrescar tus heridas, y acabar de destrozar tu corazón. -Mas me le destrozas con un misterio que hace mi desgracia irreparable. Explícate siquiera por piedad. -Si me dieras la palabra de escucharme con calma, si me aseguraras, que nada de lo que yo te diga te precipitará á una resolución temeraria, yo te lo contara todo, con la esperanza de que viendo que nuestra separación es voluntad de Dios, te sometieras resignado, como es preciso que yo me someta, aunque estoy segura de que este sacrificio me costará la vida.

Albano escuchó estas palabras con el mayor asombro; pero deseoso de saber lo que quería decirle, la da la palabra que le pide, y la protesta que la escuchará tranquilo, y sin [51] que nada de lo que le diga le mueva á ninguna resolución. Entonces Rufina con muchas penas y dificultades le dice: mira, amigo, ya conoces á nuestro cura. Ya sabes que es un hombre de Dios, tan santo como sabio, que es el modelo de la virtud, y que la verdad habla por sus labios. Pues bien, yo fui á consultarle, yo le enteré de todo, y le pregunté lo que debía hacer. El me respondió: que la obligación mas sagrada de una hija es obedecer á sus padres, que la voluntad de los que nos diéron el ser es la voluntad de Dios, y que valia mas morir que dejarles de obedecer. Yo moriré; pero ¿qué puedo hacer? con esto se vuelve á desatar en llanto. Albano la escuchaba con asombro y horror, y despues de un corto silencio que manifestaba su sorpresa, la añade: ¿y tú has venido aquí para anunciarme una resolución tan odiosa y abominable? Al instante se separa de ella, y va á sentarse á un lado de la roca. Apoya la cabeza entre sus manos, y parece profundamente pensativo, como si meditara el partido que debía tomar.

Despues de algun rato exclamó: no, yo no tengo el valor de perderla; verla la muger de otro me seria un suplicio intolerable. Volvió á sostener su cabeza con las manos, y se pone á meditar de nuevo. El sentimiento íntimo y doloroso de lo que iba á perder, le sugeria los pensamientos mas negros y siniestros, los proyectos mas terribles y bárbaros. Su imaginación desvariando no le proponia mas que horrores, y sumergido en la oscura noche de su dolor, no soñaba mas que muertes, precipicios y abismos. No echa la vista sobre Rufina, sin encenderse en una nueva rabia, considerando que presto no seria suya. ¡Qué! decía, ella me ama, yo la adoro, con una palabra puede hacernos dichosos, y la virtud la cierra la boca. ¡Qué virtud tan funesta! ¡qué obediencia tan inhumana!

Estas y otras reflexiones aumentaban su despecho. Su sangre inflamada ya con el fuego del furor, le corria rápida y desordenada por las venas. Mientras él estaba distraído con sus ideas horrorosas, Rufina poco á poco, y con pasos blandos y silenciosos se le habia puesto cerca. Levanta la cabeza, y la mira á su lado derritiéndose en llanto. Los ojos del infeliz estaban fuera de sus quicios. Los músculos de su semblante en un estado tan convulsivo, que no parecian los mismos, ni era fácil reconocerlos. Todos sus miembros temblaban. Su corazón le decía, que pues no podia vivir con Rufina, era mejor morir con ella, y esta terrible tentación le agitaba en aquel instante. [52]

En fin su despecho le arrebató, se levanta de repente, toma por el brazo á la trémula, y casi muerta Rufina, y se dirige con ella á un parage, en que el monte cortado á pico le presenta un espantoso

precipicio. No era posible verle sin estremecerse, pues ni siquiera se oía desde su altura un arroyo tumultuoso, que corría en torrente sobre las piedras amontonadas: y cuando la conducía al sacrificio, perdona, hermana, le decía, mejor es que muramos juntos, que no que vivamos separados. La pobre Rufina que conoció por su acción su designio, horrorizada del peligro se ase de su cuello, y le aprieta con fuerza. El terror no la dejaba hablar; pero grita despavorida. El apartaba la cabeza por no verla, como si temiera que la vista de lo que adora le quitara el valor de consumir su bárbaro proyecto. El furioso iba á destruir la obra mas perfecta de la naturaleza, la hermosura mas cumplida, las gracias mas interesantes, y hasta las virtudes mas dignas. Llega al borde del horrible precipicio, y el insensato toma vuelo para precipitarse con ella; pero de repente una luz interior le pasa como un relámpago en el alma. Se detiene, y ceja de horror, como el caminante que pisa la cola de una enroscada sierpe.

¡Acción horrible! esclama el infeliz. ¡Cielo divino! ¿qué es lo que iba á hacer? Entónces la sienta sobre una peña, y él se aleja de ella con un nuevo terror. El amable Albano no parecía el mismo. Los cabellos se le habían erizado en la cabeza. Una palidez lívida y macilenta cubría su semblante cárdeno y descarnado: parecía la imagen de la muerte, ó un espectro escapado del sepulcro; pero teme echar los ojos sobre Rufina, porque todavía no estaba seguro de sí mismo. Todavía se siente la tentación terrible de despeñarse con ella. La idea de que va á perderla para siempre vuelve á enagenarle la razón. Irrita otra vez su furor, y se siente impelido por sus angustias implacables á dar fin á los dos con un delito. Se estremece de nuevo, y para quitarse la ocasión, se vuelve á la cabaña, gritando: ¡ah, Rufina! ¡Vete, Rufina! vete, huye de un loco que está furioso, y ha perdido toda su razón.

La buena Rufina tan amante como él, y no ménos pesarosa corría tras sus pasos, y ya le estaba cerca. Albano la grita otra vez con voz tan espantosa que la detiene: huye de mí, aléjate, Rufina, evítame un delito. Yo estoy fuera de mí, y no sé lo que hago. Entónces no pudiendo mas, se siente sin fuerza, las rodillas le flaquean, y se ve forzado á arrojarle por tierra en la cabaña. ¿Quién, decía, se ha visto jamás [53] en situación tan deplorable? Vuelve los ojos á buscar a Rufina, y esta buena muchacha horrorizada con los últimos y espantosos gritos de su amante, tampoco había podido sostener mas tiempo aquel combate, y yacía por tierra desmayada. Esta nueva escena de dolor, y del dolor mas profundo, hace que Albano vuelva en sí. El peligro de su amada le restituye las fuerzas y la razón. Ya no piensa mas que en darla la vida, y vuela á socorrerla. Derrama un poco de agua sobre su rostro descolorido, la levanta y quisiera animarla con su aliento.

Pero ¡ay! Rufina no da señal de vida. Su cabeza y sus miembros están pendientes como si hubiera muerto. Albano teme que no viva, y se desespera. En el despecho de este nuevo y mas pungente dolor le grita muchas veces: Rufina adorada, Rufina, responde al amante que te idolatra. ¡Santo cielo! ¿seré yo el que te da la muerte? El desdichado no sabía qué hacer. Una vez la ponía sobre la yerba, otras la hacía incorporar, y el que poco ántes quería despeñarse con ella, ahora quisiera dar mil vidas por oírla respirar. ¡Ah, se decía, infeliz! si tú no vives, presto irá tu

amante á acompañarte.

Pero Rufina empezó á volver en sí, y poco á poco recobró sus sentidos. Sus primeras miradas se fijan en Albano, y se la escapa un melancólico suspiro. Albano estaba á su lado pensativo y silencioso, parecia como avergonzado, y tenia una de sus manos en las suyas. Los dos estaban abatidos, fatigados y absortos en su mútuo dolor. La agitacion terrible de que salian, los tenia en la mas desmayada inaccion.

Entretanto yo me habia apercebido de la ausencia de mi hija, y sospeché el motivo. Corro á la cabaña, y luego en el momento en que estaban los dos sentados, y en el estado de fatiga que he dicho. Un rayo que los hubiera sorprendido, no les hubiera causado tan terrible impresion. La sorpresa y el terror les cortó el aliento, y no tuviéron voz para hablarme. Yo tampoco me enternecí de verlos, porque me pareció muy tranquilos. Creí que el mortal abatimiento en que estaban, era sosiego de su corazon, y desprecio de mis intenciones; por otra parte yo me sentia demasiado irritado contra la desobediencia de mi hija. Me llevo á ella, y tomándola de la mano, me la llevo conmigo. No le dije una palabra. Albano nos ve partir con el espanto de un hombre que sale de un sueño, y que no sabe si es verdad lo que mira. Rufina le envia una mirada de tristeza; pero él no la mira, porque sumergido [54] en su profundo abatimiento, su espíritu no discernia bien lo que pasaba; pero apénas nos perdió de vista con los matorrales que nos escondian á sus ojos, cuando recobrando sus sentidos echa la vista al rededor de sí, se acuerda de todo lo que ha pasado, y no duda mas de su desgracia.

Entónces volviendo á refrescar todas las llagas de su corazon, se dice: ya en fin estoy solo en medio del universo: ya se han disipado por entero las esperanzas que me sostenian: ya se la llevan, y me la quitan para siempre. Ella se ha ido, y se ha ido sin decirme que será mi esposa. ¿De qué me sirve pues la vida? ¿No es mejor morir que existir siempre infeliz y miserable? Albano era noble y generoso, estaba muy penetrado de los principios de la religion, temia á Dios, y por no ofenderle hubiera sacrificado muchas vidas; pero en aquel momento desdichado lo olvida todo, y no ve mas que una vida sin consuelo, y una muerte cruel y prolongada. El mas feroz y siniestro despecho se apodera de su corazon. La amargura de sus desgracias inunda con oleadas impetuosas toda la capacidad de su alma, y con una frente tranquila concibe, y adopta los horribles proyectos de la muerte. Ya no examina ni discurre sobre los motivos que le hacen aborrecer la vida; pero un sentimiento maquinal de dolor, un odio insoportable de la injusticia que se le hacia, y una negra misantropía que le devoraba, le determinan á morir.

La luz del dia le parecia horrible pues ya no podia servirle á ver la única persona que se la podia hacer amable. ¿Para qué ha de vivir, se decia, aquel que no espera un momento de consuelo? ¿aquél para quien cada instante de su existencia es un suplicio? Volvia los ojos á esta misma cabaña donde habia gozado de tantos placeres, y recibido tan dulces esperanzas, y con acento lastimoso la decia: Hija tranquila de un amor mas feliz, humilde choza mas respetable que todos los palacios, pues fuístes albergue de la mejor de las mugeres, ya no volverás á gozar de su presencia, de esa presencia mas amable que la fresca rosa, y vosotros canoros pajarillos, ligeros pobladores de estos árboles, ya no escucharéis

su voz mas melodiosa que la vuestra. Ya no comeréis el pan que os presentaba con su blanca mano. ¿Para qué ha de volver, si se han apoderado de este sitio el dolor, la tristeza y el despecho, ahuyentando al amor desconsolado?

¡Santo Dios! ¿cómo puede haber fuerza en el mundo que pueda arrancarla de mi corazon? pero ¡ay! que ella misma [55] me abandona, y no queda recurso á mi tormento. Que empiecen pues por darme la muerte; que una mano piadosa me libre del martirio de la vida. Miéntras Albano exhalaba quejas tan tristemente sentidas, apercibe á Melampo, el fiel compañero de su vida, y que habia sido testigo de sus dichas. El infeliz que está en riesgo de ahogarse, se agarra de una paja cuando no halla otra cosa, y el hombre á quien oprime el infortunio, recibe con ansia el consuelo mas frívolo. El perro leal se acerca presuroso, su amo desdeñado le acaricia; pero parecia que el sensible animal conocia y sentia su horrible situacion. Sus halagos no eran como otras veces ágiles saltos de alegria y amor. Sus gritos no eran sus ordinarias espresiones de placer, eran melancólicos alaridos de un corazon traspasado, y apénas se permitia lamerle la mano tristemente. Albano enternecido con su vista le dijo: y tú tampoco la volverás á ver.

Los sollozos le cortáron la voz, y las lágrimas le volviéron á inundar las mejillas. De repente se levanta, y empieza á vagar lentamente por todo aquel contorno. A cada paso encuentra un recuerdo que le detiene, y le repasaba en su memoria. Aquí me juró tantas veces que me amaba y que jamás amaria mas que á mí. Allí la dí una rosa en boton que se desplegó sobre su pecho. Mas allá cantaba la canción deliciosa con que cantaba nuestro amor, y de este modo se contaba la historia de sus amores, que era toda la de su vida; pero siempre terminaba: y ya no la veré mas, ni volveré á oír su dulce voz. Llega en fin á una roca en que Rufina habia grabado estas palabras con su mano: mi amor es inmortal, y será eterno. Las pronuncia muchas veces con un acento despechado, resuenan en el fondo de su corazon, y con nuevas congojas vuelven á avivar de nuevo el sentimiento de lo que pierde. Entónces levanta la cabeza, y las repite con una voz baja, y casi sofocada: ¡inmortal! ¡eterno! ¡y la ingrata me deja, me abandona, y se casa con otro!

Esta idea terrible le enagena, le transporta. El fuego del amor se inflama con la llama de los celos, y acaban de destrozarle el alma, hasta hacerle perder la razon. Los ojos se le secan: como los de un loco le vagan desordenados en su órbita, y con un grito lamentable y espantoso esclama: no hay remedio: yo la he perdido. Los miembros de su cuerpo temblaban, todas sus coyunturas se estremecian, y con una voz que hubiera enternecido á las fieras, continuamente repetia: yo la he perdido. Al fin se agita como un hombre que ya está [56] sin sentido, y dice: sí, pues no me dejan vivir con ella, lo mejor es morir. ¿Viviré yo para ser testigo de las dichas del que me hace tan infeliz? ¿Pudiera yo vivir para verla en otros brazos, y quizá para ver la muerte de la muy débil tímida Rufina? No, muramos, acabemos nuestras penas, huyamos de los tiranos, y de los hombres pérfidos que no saben mas que engañar.

¡O día funesto! ¡ó día de desgracia! ¡día de maldición, que lace todo el suplicio de mi vida! ¡Cómo tendré valor para contaros, que aquel jóven desdichado corre, y se precipita de lo alto de la roca! ¡O recuerdo tan

horrible como el suceso! ¡ó memoria que sin dejarme reposar, me devora el alma con los remordimientos que me causa! Todos los dias me destroza, y cada dia me despedaza mas. Yo soy la causa de tragedia tan espantosa. Mi iniquidad es la que le ha dado la muerte, y mi ambicion fué la causa infeliz de su despeño, pero para que fuera mas sensible, el acaso ordenó que el infeliz no encontrase la muerte tan presto como la buscaba. Aunque el precipicio era muy alto, cayó sobre ciertas matas que habia en el intermedio, y que cortáron la rapidez de su despeño; pero su cuerpo no fué ménos molido. El semblante le quedó destrozado por las ramas, y se rompió una pierna en la caída. Al principio no sintió nada, porque estuvo largo tiempo aturrido y desmayado con la violencia de tan duro golpe; pero poco á poco fué volviendo en sí, y empezó á sentir los dolores que le ocasionaban sus heridas. Este sufrimiento añadido al de su pérdida le hizo conocer que su suerte se habia hecho mucho mas desgraciada.

Por otra parte la sangre se le escapa por todas las heridas, y siente que se anega en ella. Se esfuerza por levantarse; pero viendo que su pierna no le obedece, reconoce que se la ha quebrado, y esto es lo que acaba de traspasarle de dolor. ¿Qué podia hacer? ¿en qué podia parar? Debia morir allí, esperando largo tiempo, y entre las angustias y el tormento de los dolores el tardió socorro de la muerte. Con estos desconsolados pensamientos, con esta incertidumbre desesperante sufría mas que pudiera sufrir con el suplicio mas horrible, y no veía en su desventurada situacion la menor vislumbre de esperanza.

Despues de haber dado á la naturaleza estos primeros movimientos de angustia y turbacion, se acordó de que era cristiano. Volvió los ojos al cielo, y se sintió aterrado. Se representó su acción como hija de un furor loco, y como un [57] atentado con que habia ofendido la magestad divina, único y soberano árbitro de la vida de los hombres, y estas ideas le llenáron de un nuevo terror, de una nueva afliccion todavia mas profunda. Espantado de sí mismo se dice: ¿qué es lo que has hecho? ¡miserable! ¿No te basta haber perdido todas las dichas de la tierra, sino tambien quieres ser eternamente desdichado? Este pensamiento le consterna, le espanta, le confunde; pero acordándose de su miseria, y de la infinita misericordia de su Dios, levanta el corazon al cielo, y no le levanta en vano. La consideracion de la otra vida, sosegando el ímpetu de sus furores, le produce sentimientos mas dulces, y mas religiosas imágenes. En lugar del despecho que huye de su corazon, se le acercan el arrepentimiento y la esperanza. Empieza á apoderarse de su alma, en medio de su negra melancolia, una especie de turbacion, que sin ser ménos funesta, era ménos penosa. Ya salen de sus ojos lágrimas religiosas y tiernas: ya fija los ojos sobre la bondad divina, y siente derramar sobre sus miembros destrozados el bálsamo de la resignacion y la paciencia. La confianza en el Ente supremo hace al hombre fuerte, y le da un valor superior á las adversidades.

¡Dios mío! esclama Albano, ¡Dios piadoso! perdóname: yo no sé lo que he hecho. ¿Dónde estaban mi corazon y mi razon, cuando fuí capaz de despecho tan insensato! La pasion y el dolor me han cegado. Yo me había olvidado de tí, pues pude abandonarme á tanta iniquidad; pero tú que me criáste, no me abandonarás. Tú me socorrerás porque soy débil, tú me consolarás porque soy infeliz, y pronunciando esta oracion con el fervor

mas encendido, y el corazon mas penetrado, se sintió un nuevo esfuerzo para soportar todos los males de la vida.

Todo esto pasaba casi anochecido. Ya no habia en el campo mas que la luz opaca del crepúsculo de la tarde, esta luz incierta que se disminuye cada instante, y que es tan favorable á la tristeza. Ya la de Albano no era un furor despechado, ni tampoco una melancolía dulce, que aunque trae consigo el dardo de la muerte, sabe hacer amar las penas que produce. Era un dolor profundo de su arrepentimiento, y un temor inquieto de lo que iba á suceder. ¿Y aquí, se decía, acabaré yo de morir abandonado de todo el universo? ¡Santo Dios! ¡cuál será la inquietud de mis padres! Me buscarán por todas partes: mañana vendrán á este sitio: ya la muerte me habrá cerrado los ojos, y me encontrarán yerto y exánime sobre esta yerba ensangrentada. [58]

Sus ovejas balaban esparcidas por aquellas colinas: la calma del viento en el silencio de la soledad hacia llegar sus tiernos balidos hasta los oidos del infeliz Albano y él decia con expresion melancólica y sentida: pobre rebaño, que yo he conocido tanto tiempo, ya no tienes pastor, ya va á morir. El fiel y constante Melampo corria sin cesar del rebaño á su amo, y de su amo al rebaño, dando siempre aullidos de dolor; pero viendo que era tarde, y que su amo no se levantaba, trae todas las ovejas cerca de Albano, y él con el ojo hay algo que las pueda perjudicar. Albano enternecido de su inquieto y azorado se pone á examinar por todas partes su inquietud y celo exclama: ¡Qué suerte que me ha deparado el cielo! Melampo es el único amigo que puede darme cuando muera, la última mirada de benevolencia y afliccion.

Estas circunstancias, aunque pequeñas en sí mismas, producen mucho afecto en las almas sensibles, cuando están penetradas de un agudo dolor, y todo esto acabó de acobardar á Albano, y constituirle en un mortal abatimiento. Toda especie de valor le abandona, y hubiera caido en una languidez letárgica, parecida á la insensibilidad de la muerte, si las heridas de que estaba cubierto no le hubieran despertado con acerbos dolores. No pudiendo ni tolerarlos, ni moverse, recostó la cabeza sobre la tierra, y volvió los ojos á la cabaña. Ya sin esperanza de remedio se decia: aquí es donde moriré. El padre de Rufina verá cómo me ha hecho infeliz. Que el cielo le perdone, y que no le haga tan desgraciado como á mí. Rufina llorará sobre mi tumba, y mis padres, mis pobres padres llorarán tambien. A Dios, cabaña. A Dios mis buenos padres, y mis tiernos amigos. A Dios, Rufina la mas querida de todas las mugeres, y la mas digna de serlo. A Dios: yo voy á morir. ¡A morir! cielo, ¡qué palabra! Pedid á Dios por mí, y se quedó estático, como si esta imagen le hubiera llenado de estupor.

Ya la noche habia tendido por el cielo sus espesos y tupidos velos, y no le habia dejado mas que el débil resplandor de las estrellas. Las nubes vertian sobre la tierra su benéfico rocío, y una calma profunda reinaba en la region. No se oia mas que el rumor confuso de los animales que se movian en el campo, el susurro igual y monotonico de las fuentes que se descolgaban sobre los limpios pedregales, y el ruido mas sonoro que repetia el eco de los torrentes impetuosos que se precipitaban de las montañas en los valles. Los murciélagos y los demás pájaros nocturnos desde las puntas de las [59] rocas entristecian con sus lúgubres gritos, y

hacian mas pavoroso el silencio de aquella soledad; pero Albano sumergido en sus penas, y afligido con el dolor de sus heridas, no encuentra un momento de reposo, y muchas veces los dolores que sufre, le arrancan un grito involuntario. Le parecia haber pasado un siglo de tormentos, y no comprendia cómo no se mostraba la aurora, que debia ser triste testigo de su muerte; pero cuando ménos piensa ve levantarse la luna, ese astro tan triste para los infelices que no esperan otra luz mas brillante. Oye tambien el tañido de una campana: era la de su propia parroquia que indicaba la media noche. Se aflige de nuevo, viendo lo que le falta que sufrir hasta el dia. Levanta con dificultad la cabeza, porque ya le empezaba á pesar, y dice con acento dolorido: ¡ó muerte! ¡qué lenta y perezosa caminas para el que te desea! y volviéndose á reclinar, recae en su estupor.

Baptista y su muger se inquietáron de no verle volver como solia, y miéntras mas la noche se iba adelantando, mas crecieron sus temores y sustos. La esposa de Baptista asustada por la ternura maternal, que no sosiega ni en medio de las dichas, empezaba á estar fuera de sí; pero viendo que eran cerca de las once, y que su hijo todavia no llegaba, tiembla despavorida. La primera idea que le ocurrió fué, que Albano, por no hallarse á la boda de Rufina, habia huido del pais, y los dejaba abandonados. La infeliz ignoraba, que la suerte le preparaba destino mas terrible; pero en fin, viendo que es tan tarde, y que su hijo no parece, exhorta á su marido, para que le vaya á buscar. El anciano toma un cayado en una mano, y en otra una linterna para conducirse en las tinieblas, y aunque tan tarde, va á buscarle á la cabaña, sin otra compañía que la de Medor, que era el perro que le seguia, y sin otro auxilio que el del amor paterno.

Llega á la cabaña, y no halla lo que busca. Vaga por todos los sitios en que solia conducir Albano su ganado, y no le halla tampoco. Grita por todas partes, repite el nombre amado de su hijo, y se le confia á los ecos, para que le transporten á su oído; pero por mas que llama, nadie le responde. Pasa muchas horas en este triste y desconsolado ejercicio; pero su triste afan no encuentra una luz de consuelo. Los ecos son sordos, y las montañas insensibles. La imaginacion de este tierno padre se inflama. El terror se apodera de su alma, le presenta los objetos mas horribles, y cada momento crecen los motivos de su inquietud, y las ideas de sus males. [60] Sus congojas, sus angustias y ansiedades casi le alteraban la razon.

Despues de tan largas y tan inútiles fatigas, su edad cansada, apenas se podia sostener, y no ostante el amor paternal le daba fuerzas. Unas veces, aunque con pena repechaba los montes, otras descendia á los valles, y en todas levantaba su linterna para ser visto, y que su vista alcanzase mas léjos. En todas llamaba á su hijo con acentos amorosos, y en todas prestaba un oido atento, por si alguna voz le respondia en la calma de aquella tenebrosa soledad; pero toda la naturaleza está muda, y nada consolaba la feroz inquietud que le devora.

No pudiendo mas, fatigado se sienta sobre una roca para descansar un instante, y volver con nuevas fuerzas á su solicitud; pero apenas toma asiento cuando un grito lastimero penetra sus oidos, y le traspasa el corazon. Se levanta presuroso, y baja la montaña, corre al sitio de donde le parece ha salido la voz. Otro grito no ménos dolorido le vuelve á

dirigir con mas acierto, y despues de algunos pasos, siente un movimiento como de alguno que viene acia él. Presto reconoce al fiel Melampo que le habia sentido, y que corria a buscarle con señas de alegría y consuelo. Desde que se le acerca empieza á dar ahullidos, que parecian de placer. Le acaricia, le salta, le lame la arrugada mano, y al instante se vuelve como para avisarle que debia seguirle.

Baptista le sigue, y le conduce al funesto parage en que Albano casi sin vida, estaba tendido sobre la tierra enrojecida con su sangre. Al principio no le vió, las sombras que escondian los objetos, no le dejáron ver todo el horror del espectáculo, ni él concibió toda la atrocidad de la tragedia. Viéndole tendido y silencioso se figuró solamente, que todo era efecto de la negra melancolía que le devoraba, y con voz tierna le dice: hijo mio, hijo querido ¿no te compadeces de tus padres? ¿Por qué los afliges de esta suerte? ¡Si vieras tu pobre madre!... Diciendo esto, quiere tomarle la mano para levantarle, pero sintiéndola húmeda, y que ha humedecido la suya, la levanta para reconocerla á su linterna, ve que es sangre, y se sobresalta: aplica la luz sobre el cuerpo de su hijo, y ¡Dios santo! ¡cómo se queda cuando le ve deshecho, destrozado, el semblante desfigurado, y todo cubierto de su sangre! Se le escapa un grito que hubiera enternecido las fieras. ¡Qué es esto, hijo mio! ¡qué es esto Dios eterno! El [61] infeliz no se podía sostener, se sentia desmayar, pero el peligro de su hijo le sostiene, y le infundió nuevo calor.

Albano estaba ya muy debilitado con tanta pérdida de sangre. No obstante hace un esfuerzo, y á medias palabras, y con muchas interrupciones le cuenta como puede lo que le ha sucedido: le añade: lo único que faltaba á mi dolor, era que vos me vierais en este estado. Ya no me falta nada, ni puede ser mayor... Pero Padre mio, perdonadme, yo era demasiado infeliz para poder vivir. Baptista se deshacia en llanto miéntras escuchaba esta triste historia, y contada con tanta pena. Hijo desdichado, le dice, hijo desdichado, ¿no te quedaban los corazones de un padre y de una madre? ¿y no debias contenerte siquiera por lástima de ellos? Cuando le decia esto examinaba poco á poco y temblando, las heridas de su hijo, y cuando vió que la pierna estaba rota, se turbáron tanto sus sentidos, que estuvo para desmayarse otra vez. Sus ojos se dirigen al cielo, y esclama: ¡ó Dios! ¡dulce Dios de inmensa bondad! ¡á tí recurre el mas desventurado de los padres! Sí, padre, le dice Albano, él os consolará como me ha consolado: pedidle solamente que acabe su obra, que llene la medida de sus beneficios, y que me lleve á su divino seno. Baptista suspiró.

Aquel infeliz anciano emprende entónces cargar á su hijo sobre sus espaldas, pero no se le pudo echar acuestas sin hacerle padecer mucho. Aunque Albano procuraba dominar su dolor, sus sufrimientos eran tantos, que alguna vez se le escapan gritos, y cada grito introducía la muerte en el corazon paternal. En fin habiéndole acomodado lo mejor que pudo en sus espaldas ya enflaquecidas con la edad, se pone en camino, agoviado con el peso, y temblando de dejarle caer, y renovar sus males. Era un espectáculo bien tierno el ver á este anciano recogiendo todas sus fuerzas para transportarle á su casa. ¡O naturaleza, naturaleza! tú le inspirabas y hablabas á su corazon: ¿porqué no hablabas tambien al mio? ¿porqué le dejaste endurecer con mi ambición?

Ya amanecía cuando llegó con su amada carga: pero ¿quién pintará el asombro, el espanto, la desolación y el dolor de la afligida madre, que le esperaba sin sosiego cuando le ve de lejos, y llevado acuestas por su padre? Corre presurosa á encontrarle, y ¿cómo se queda cuando le ve cubierto de su sangre, desfigurado, pálido y con la imagen de la muerte en el semblante? Echemos un velo sobre objeto tan triste, solo la maternal ternura es capaz de sentir dolores tan vivos [62] y profundos. Desde aquel instante la casa de Baptista fué la habitación del duelo y de las lágrimas. Desde la primer vista de las heridas huyó de los corazones la esperanza, y este era el colmo de la desgracia. La madre de Albano quitó á su hijo, con mucha pena, sus vestidos ensangrentados, le puso en su lecho, y le bañó con sus lágrimas.

El infeliz estaba tan sumergido en sus pesares, que parecía indiferente á todo lo que se hacía. Su abatimiento era tan extremo que apenas le quedaba sensibilidad para el dolor de sus heridas, su semblante descarnado y cárdeno parecía ya muerto, y sus ojos lívidos siempre estaban cerrados. Su madre siempre estaba á su lado, haciéndole las mas tiernas caricias. Parecía que quería comunicarle su propio calor, como si sus halagos le pudieran restituir la vida. Algunas veces él abría lánguidamente los ojos, y volviéndolos á su madre la decía: madre mia ¡cuánto os amo! y ¡cuánto me pesa ser la causa de vuestras penas! Pues bien hijo mio, le decía ella, vive para consolarlas: pero ¡ay! replicaba él suspirando, mi vida fuera un suplicio para vuestro amor.

Apénas Baptista se habia descargado de su hijo, cuando fué corriendo al lugar mas cercano. Habia en él un anciano respetable, que sin tenerlo por oficio, la experiencia y el deseo de ser útil á los hombres, le habian hecho hábil en el arte de sanar los males, que afligen á la humanidad. Este buen viejo, que no tenia mayor gusto que el de hacerse amar por el bien que hacia, viene corriendo con Baptista, y visita al enfermo.

Desde luego reconoce el daño mortal, pero por no aumentar el dolor de sus padres, sin disminuir el peligro, les presenta una esperanza, que él mismo no tenia. Veinte y cuatro horas pasaron sin que pareciera mejor. Ya habia hecho todas las diligencias de cristiano, pero despues parecia siempre abatido, siempre preocupado de su pena. Lo mas que se le solia escapar era: no, yo no puedo vivir: yo voy á dejar la tierra que ella habita; pero tengo la confianza de ir á esperarla en el cielo.

Como el accidente de Albano fué público, aunque se procuró disimular la causa, muchos de los vecinos de Baptista viniéron á verle y consolarle. Entre ellos vino un buen hombre, que le veia poco, y que no sabia lo que pasaba en la familia. Este despues de haberse informado de la salud de Albano, y hechos los cumplidos de las circunstancias, le pareció [63] prudente, para distraer la pena de los padres, hablarles de otra cosa; y como nada hacia tanto ruido en el pais como la boda de Rufina con Don Fermin, tuvo la desgracia de mover la conversacion sobre ella. Mañana, les dice, se celebra la boda de Don Fermin, yo he visto las galas, y son soberbias. Apénas empezó cuando Baptista y su muger se ponen á temblar: le hacen señas para que calle; pero era corto de vista, y no las ve. Entónces la muger de Baptista le toma por la mano, y le saca á otra pieza; pero ya era tarde: el mal estaba hecho, y aquellas pocas palabras habian acabado de destrozarse el corazón de Albano. Su padre, que estaba á su lado, no le

oyó decir mas que ¿mañana? pero observó que se volvía á la pared.

Su padre, y la madre tambien cuando volvió se le acercáron, le hablaron con el mas dulce tono del amor, le pedian que volviese en sí, y que se ayudase para recobrar la salud; pero él no respondia nada: cuando mas abria los ojos, los miraba con ternura, derramaba sobre ellos miradas de tristeza, y les apretaba la mano con la espresion mas tierna; pero estos mismos sentimientos le iban disminuyendo poco á poco, y cuando llegó la noche, ya parecia insensible: ya habia perdido la cabeza, ya vagaba los ojos sobre todo lo que le rodeaba, sin poderlos fijar en ningun lado, y en fin parecia estar en la agonía.

A poco rato entra en delirio, y decia algunas palabras desconcertadas. Viendo á sus padres que lloraban á los pies de su lecho, les hacia diferentes preguntas. A su padre decia: padre ¿vendrá hoy Rufina? Un instante despues decia con la voz enternecida: ¡pero si voy á morir! Es verdad que un dia tambien Rufina morirá, y yo la recibiré en la mansion dichosa de los justos. Allí es donde el hermano y la hermana, que tiranos han desunido sobre la tierra, no se volverán á desunir. Allí es donde no se separarán eternamente: de manera que este jóven desventurado luchaba ya con las últimas ansias de la muerte, y como las primeras palabras de sus labios le sirviéron para espresar el amor con que amaba á Rufina, las postreras que pronunció, esplicáron el mismo sentimiento.

Lo que ahora me causa mas horror es considerar que miéntras en casa de Baptista pasaba esta escena terrible, yo no me ocupaba mas que en las disposiciones de terminar la boda. En el momento mismo en que el hijo de mi amigo iba a morir tan desgraciadamente por mi causa, yo me lisonjeaba con la idea de haber conseguido los deseos de mi vanidad, y no pensaba [64] mas que en consumir mi bárbaro delito. Es verdad que yo estaba ignorante de lo que pasaba. No sabia el despecho de Albano, ni nunca presumí que podia llegar á este extremo el arrojó de un jóven, porque no se casaba con la que queria. No pretendo disculparme; pero me parece, que por mas que mi ambicion me hubiese endurecido, si yo hubiera previsto este efecto, ó si hubiera sabido el estado de Albano, mi corazon no hubiera sido insensible, y que se hubiera interesado por la vida de un mozo que estimaba con todo el corazon.

Vuelvo á protestar que jamas imaginé que las cosas viniesen á estos términos. Lo único que me ocurrió fué que Albano estaria pesaroso; pero que el tiempo le consolaria: que Baptista quedaria picado, y rompería nuestra union; pero de esto me consolaba con la idea de la brillante y próspera situacion que me esperaba. Para escusar á los ojos de todos y aun á los míos propios mi conducta, tenia el cuidado de ponderar el servicio que debia á Don Fermin, que me habia salvado la vida, y procuraba hacerme ilusion á mí mismo, para esconderme el verdadero objeto de mis deseos ambiciosos. Yo me lisonjeaba con la idea de que la ausencia amortiguaria presto los fuegos con que ardian los corazones de Rufina y Albano, sin hacerme cargo de que la violencia y las desgracias, en vez de apagar los sentimientos los atizan, y que el corazon humano se pega con mas tenacidad á lo que ama, cuando una violencia estraña se esfuerza á despegarle.

Pero en fin, cuando era media noche y que Albano se acercaba al momento fatal que iba á cortar el hilo de su vida, Baptista oye que tocan á su puerta, no sabiendo quién puede buscarle á hora tan desusada, y no

queriendo distraerse del cuidado de su hijo, no responde pero vuelven á tocar tantas veces, y con tanta fuerza, que al fin se determina á ver quién llama. Pregunta, y se queda pasmado oyendo la voz que le responde. ¿Quién pensaréis, señor, que era la que en hora tan indebida, y en momento tan importuno pedía que la abriesen? Rufina: sí, señor forastero: Rufina: la misma Rufina. Baptista la abre, y ella se arroja en sus brazos, diciéndole: salvadme, padre, salvadme, si no estoy perdida. Si no me escondeis, me harán casar mañana, y me darán la muerte. Yo me he escapado de mi casa, y vengo á buscar un asilo en la vuestra. Yo vengo á juntarme con mi hermano para no volver á separarme de su lado. No, jamas me separaré, y nadie podrá arrancarme ya de su presencia. Pero ¿dónde está? porqué no le veo aquí: y vos padre ¿porqué llorais? ¿ha sucedido algo? ¿dónde está Albano? llevadme á verle ántes de que me maten mis temores. [65]

Baptista estaba tan fuera de sí, y tenia la razon tan trastornada, que sin reflexionar en lo que hacía la toma por la mano, y la conduce al fúnebre lecho en que yacia Albano; pero apenas le ve tan deshecho, tan desfigurado y moribundo, cuando enagenada por su sorpresa y su dolor, da un grito lamentable. ¡Qué es esto, santo Dios! esclama con el acento del terror: Albano, hermano mio, querido esposo: sí, tú eres mi esposo: yo vengo á que lo seas, y jamas tendré otro: yo vengo para que declaremos en presencia del cielo y de la tierra, que ya estamos casados, y que el cielo ha aceptado nuestros votos: pero qué; esposo mia ¿no me dices nada? Habla, responde á tu tierna Rufina.

Albano oye como entre sueños esta voz idolatrada, y su corazón, aunque ya helado con el frio yelo de la muerte, se siente conmovido. Una sonrisa lánguida se aparece en sus labios, y la tiende con lentitud una mano desfallecida. Rufina la recibe con ansia, y la estrecha con ardor entre las suyas. El infeliz vuelve los ojos á Rufina, mueve los labios como si quisiera responderla; pero apenas se le oyen acentos balbucientes y mal articulados que no pudieron pronunciar palabras: oprimido con el peso de la muerte, y desconcertado con el súbito movimiento de una alegría demasiado fuerte, que no pudo sostener su ya debilitado corazon, espiró á la vista del objeto de su amor; su postrer suspiro se exhaló sin esfuerzo, y con dulzura tan apacible que parecia que todavía conservaba la vida. La tierna Rufina no le creyó algun tiempo mas que desmayado; pero no sintiendo mover la mano que tenia enlazada con la suya, y sintiendo el frio yelo que le cuajaba el corazon, tiembla, palpita, se estremece. El terror se apodera de su alma, se levanta, huye, vuelve, echa miradas inquietas y despavoridas sobre el cuerpo exánime: la sangre se la yela en las venas, y cae desmayada por el suelo.

Baptista y su muger advertidos por los estraños movimientos de Rufina, se acercan al lecho, y se aperciben de la muerte de su hijo. Los infelices bebían la última copa de dolor: pero como preparados á este instante terrible, le soportáron con mas constancia. No se abrieron tanto como la desesperada Rufina, á quien esta desgracia cogió tan de repente. La madre de Albano se pudo desahogar con sus copiosas lágrimas. Baptista se puso al instante de rodillas, y ocultándose el rostro con las manos, levantó su corazon al cielo, y los dos estaban tan turbados y fuera de sí, que no advirtiéron que Rufina estaba tendida sin conocimiento por el

suelo. Baptista, buen cristiano, y sometido á los decretos celestiales, decia con tono humilde [66] y religioso: Dios de misericordia, recibe en tu seno á la mejor hechura de tus manos. Y tú hijo querido, si puedes escuchar nuestros lamentos desde esa region venturosa á que espero te haya conducido tu virtud, implora por un padre que te amaba por ella.

Cuando este venerable anciano se quiso levantar, tropieza con el cuerpo de Rufina, vuelve los ojos, y la ve tan inmóvil como su hijo. Un nuevo terror se apodera de su alma: se imagina que la muerte ha cortado tambien los dias de esta infeliz muchacha. La llama muchas veces para que recobre el sentido, y con voz tan alterada como temerosa, la dice: Rufina, mi querida Rufina, hija de mi corazon, responde al padre de tu amigo; pero Rufina no le da la menor señal de vida. Baptista olvidando su primer dolor, suspende sus lamentos, toma á mi hija en los brazos, la lleva á otra pieza, y la pone en su propio lecho: reconoce que todavia respira, y la da todos los remedios que puede: pero ¡ay! que su esposa tambien necesita de socorro, pues oia sus gritos descompasados, y desde que vió que Rufina volvía en sí, y se empezaba á sosegar, corre presuroso á su muger.

Esta pobre madre tenia entre sus brazos el ya yerto cuerpo de su hijo; pegaba su rostro inundado en su llanto con el frio y desfigurado semblante de su hijo idolatrado. Le confortaba con el calor de su seno, como si quisiera animarle á costa de su propio calor: le hablaba como si hubiera podido oirla; y cuando veía que no le respondía, se arrancaba los cabellos, y volvía á arrojarle despechada sobre el cadáver. El pobre Baptista no la podía sosegar; pero mas moderado en su dolor, y de un carácter mas sometido, no se atrevía á decirle nada, y derramaba á su lado lágrimas, amargas, porque sabía que en circunstancias tan dolorosas los consuelos indiscretos destrozan el corazon como puñales afilados.

Entretanto Rufina habia vuelto en sí, y recobrado sus sentidos. Entónces reflexiona la acerbidad de su destino, se levanta rápida, y vuelve al cuarto en que se conservaba todavia el triste cadáver de su amante. El primer objeto que se la presenta es la madre de Albano, que tenia á su hijo entre sus brazos. Los infelices se hacen fácilmente ilusion, y ella se figura que Albano no está muerto, y que ha vuelto de un profundo letargo. Con esta idea de esperanza se acerca, y lo examina; pero ¡ay! la infeliz no pudo gustar la dulzura de un error prolongado, porque desde luego le ve con los ojos cerrados. Su dolor se renueva con mas pena, y sus gritos resuenan con [67] mas fuerza. ¡Ay, señor! todavia esos gritos de despecho retumban en mi angustiado corazon: todavia me parece oirlos y me despedazan las entrañas.

¡Qué espectáculo debia ser el que presentaba aquella pieza lamentable! Un lecho de dolor en que yace sin vida el mas amado de los jóvenes. Una tierna y virtuosa muchacha, que en medio de la hermosura y de las gracias con el corazon mas inocente y puro siente todos los furores del despecho. Una madre desolada, que no halla mas consuelo que el de tocarle con sus manos, y regarle el cuerpo con su llanto. Y un viejo respetable, que á la perdida del hijo mas querido añade el temor de perder á la esposa que adora, y tiembla por la vida de la que ha sido el ídolo de su hijo, y la esperanza de la felicidad de su familia.

Pero todavia no estaba contenta con tantos daños la suerte

encarnizada. Cuando la afligida Rufina se llegaba desolada al lecho, la madre del difunto, abandonando el cuerpo, la toma entre sus brazos, la aprieta contra su seno, y tambien la inunda con su llanto. Despues la dice con la voz enternecida y lastimosa: ¡Ay pobre hija! ¡hija de mi corazon! ya no le volverás a ver. Tú le amabas; pero tu corazon le ha perdido: ya no podrás encontrarle otra vez. Estas palabras renuevan el dolor y los despechos de Rufina: la abraza con toda la fuerza de su pena. Baptista, que conoce cuánto estas tristes caricias van a exasperar sus angustias, la toma por el brazo, y quiere separarla. La separa en efecto; pero ella se ase con fuerza de una de las columnas de la cama, y el amor, le da tales fuerzas, que le es imposible arrancarla de allí.

Dejádme, le decia, dejádme morir cerca de Albano: pues que debo morir, ¿porque quitarme el consuelo de que muera a su lado? Y el pobre Baptista tan penetrado de su situacion, como de la pérdida de su hijo, considera que todos sus esfuerzos serán inútiles, y la abandona á su dolor. Entónces empieza entre las dos un concierto alternado de tristes alaridos, que no se interrumpia mas que por los gemidos y las lágrimas. Pero como la naturaleza tiene su medida, y no es infinita en sus esfuerzos, al fin los gritos de Rufina, y la madre de Albano empezáron insensiblemente á disminuirse hasta que la una y la otra se quedáron en un profundo abatimiento, que producía un silencio pavoroso. Entónces Rufina se pone de rodillas al pie del lecho, y toma las pendientes manos de Albano: su madre se queda sosteniendo el cuerpo en su regazo. ¡Qué objeto para los pinceles del dolor, y para los ojos de un padre que [68] la mira! Todos tres contemplaban el cadáver con los ojos estúpidos y absortos, que no aciertan á creer la desgracia de que no pueden dudar.

Ve aquí, decia la madre, la gala del pais, el honor de mi familia, y el mozo mas amable de toda esta tierra. Esos ojos tan brillantes, que inspiraban amor, y que llenaban de dulzura mi corazon, ya están cerrados, y cerrados para siempre. Ese buen corazon en que habitaban el honor, la religion y la caridad, ya no late en su pecho. La muerte ha arrebatado la mas preciosa vida. La memoria de sus virtudes no morirá jamas; pero el que era tan virtuoso, ya no existe. Rufina escuchaba en silencio estas alabanzas, que su corazon repetia y multiplicaba; pero al oir esta palabra terrible: ya no existe, con el mas doloroso grito, esclama: ¿Ya no existe? ¡ó, muerte, como has podido ser tan bárbara é inexorable!

Así pasaron aquellos tres infelices esta desventurada noche. La muerte habia tendido su negro velo sobre aquella funesta casa; y cuando no se escuchaban lamentos y gemidos era porque ella misma enviaba el pavoroso silencio del horror; pero el menor rumor, ó el mas ligero recuerdo de alguna de sus memorias, despertando al dolor de su letargo, volvía á prorrumpir en gritos y sollozos. Llegó por fin la descolorida aurora, que iba á alumbrar día tan melancólico. Ya el sol empezaba á dorar las cimas de las montañas orientales, y yo que léjos de tantas desgracias no tenia mas inquietud que la de llevar al cabo una boda que producía tantas desventuras, me levanté para despertar á Rufina, y que se preparase á la solemnidad de la fiesta. Las mozas del contorno debían venir para quitarla de la cabeza el pañuelo, que en el pais caracteriza á las solteras, para vestirla con las galas con que debia presentarse á su esposo, y despues conducirla al templo. Pero ¿cuál fué mi sorpresa, cuando no la veo en la

cama, ni la puedo encontrar en parte alguna? Al instante sospecho que se ha escapado á casa de Baptista, y corro determinado á traerla por fuerza. Atropellándolo todo, llego: la puerta estaba abierta, entro, y no encontrando á nadie, me dirijo á la pieza en derechura.

¡O día de memoria detestable! ¡O día de horror, que no se aparta de mis ojos! ¡qué espectáculo se presenta á mi vista? Un lecho funesto, apenas alumbrado con una triste luz: el cadáver de Albano tendido ya sin vida: Rufina de rodillas al pie, anegada en llanto, y Baptista y su esposa traspasados de pena. Un súbito y violento golpe hace dar un buelco á mi corazon: la sangre se me cuaja en las venas, y me hallo [69] tan inmóvil, que no puedo dar un paso ni adelante ni atras. Los infelices estaban tan sumergidos en sus penas, que no me sienten; pero yo no pudiendo contener las angustias que me sofocaban, prorrumpo con un grito espantoso: ¿Albano ha muerto? yo soy el asesino.

Los que me oyen vuelven la cabeza, y se ponen pálidos, temblando de terror. En su primer espanto me miran como un monstruo feroz, que puedo amenazar hasta su vida. Pero yo vuelvo la cabeza, y huyo como un loco, como un hombre que ha perdido el seso, y que va dando ahullidos de terror y desesperacion. Ya mi casa estaba llena de personas que debian asistir á la boda: todos se espantan de verme tan desatentado, y mis horribles alaridos aumentan sus temores. Me preguntan la causa: yo digo lo que puedo, lo que mi turbacion me permite, y ellos me entienden. Todos se sobresaltan, se horrorizan, y yo tiemblo, me estremezco, y me siento tan lleno de terror, como si un espectro me hubiera perseguido.

Algunos quisieron consolarme; pero no hay consuelo para el que se siente criminal. Muchos van á casa de Baptista, y yo me encierro en un cuarto para esconderme á la vista de todos. Poco despues llega Don Fermin, se le dice el suceso, se aflige, y viene á consolarme. Quiere juntar su dolor con el mio; pero aunque yo solo fuese delincuente, no pude verle sin temblar, pensando que era la causa de los males que habian hecho infelices nuestras dos familias, y en la acerbidad de mi despecho le pedí que no volviera mas á mi casa: vuestras riquezas me han perdido, le dije, alejad de mí tan funesto prestigio.

Don Fermin se retira desesperado de no poder consolar tan justa pena. En el día abandona nuestros campos, y he sabido que en Madrid retirado y solitario llora haber sido causa de la desolacion de dos familias, que vivian unidas y felices. En el seno de la religion se resigna á la desgracia de haber perdido á Rufina, y se consuela en el ejercicio de la virtud. Era muy honrado, muy bueno: es mucha desgracia que este funesto amor viniese á perturbarle, y ¿porqué, insensato de mí, he sido yo tan débil y ambicioso? ¡Ay, señor! las pasiones son las que nos pierden: ellas son la causa de todos los humanos extravíos.

Desde que se derramó en el país la noticia de la muerte de Albano, se extendió por todo él un duelo universal: todos lloraban su pérdida, y la mayor parte corrió á casa de Baptista, [70] para saber si era cierta la desgracia. En breve el lecho fúnebre fué cubierto de flores y de lágrimas. Este es el privilegio de la virtud, que interesa todos los corazones. Los mozos de su edad rodeaban su cuerpo, y hablaban de sus prendas escelentes. Cada cual tenia una historia que contar en su elogio, y todos pagaban el tributo de alabanzas que le debian. Unos decian, ¿quién era mas hermoso,

ni mas amable? Y otros respondian: pues todavía era mejor su corazon; y los recuerdos que hacian ó de un acto de su generosidad, ó de las finezas que le habian merecido, aumentaban su disgusto, al mismo tiempo que todos me culpaban, y me veian como un hombre atroz, y que era la causa de su muerte.

Rufina estaba siempre de rodillas á los pies del lecho, y cada una de las mocitas de su edad, á medida que iban entrando, viéndola en aquella postura, la imitaban, y presto la rodeáron, imitando su lúgubre silencio. Los padres y las madres se ponian junto á Baptista y su muger. La mano de Dios, les decian pesa sobre vosotros; pero es menester adorarla. Que su voluntad se haga, respondian ellos, pero que nos dé fuerza para sostenerla.

Cuando se acerca la noche, se preparan á llevar el cadáver á la parroquia para trasladarle al cementerio. Entónces los gritos se redoblan, y arrancan nuevo llanto de los compasivos asistentes. La madre no queria que se le llevasen tan presto. Pide por piedad que se le degen un rato todavía: y temerosa de que se le quiten, vuelve á arrojarle sobre su frío cuerpo. Rufina tambien le defiende, y una y otra no querian separarse mas de aquellos tristes restos; pero algunas de aquellas mugeres las toman en sus brazos, y las transportan á otra pieza. Cuando Baptista las vió retiradas, viene él mismo á despedirse de su hijo. El dolor de este padre cristiano era tranquilo, y se habia concentrado en el corazon que destrozaba. Desde que los asistentes viéron que se acercaba, todos se retiráron para hacerle lugar. La veneracion que inspiraba, produjo silencio en la asamblea: se puso de rodillas, y le besó la mano, diciendo: hijo virtuoso, yo espero que Dios te ha recibido en la mansion de la virtud. Despues se levanta, le besa la frente, y añade: pide al Señor que presto nos veamos en su gloria. Con esto se retira penetrado de su dolor mortal.

Entónces entran el ataud, manos piadosas y amigas le colocan en él, y desde que está colocado, todos los mozos aspiran al honor de llevarle; pero no siendo posible que todos le cargasen, un anciano que allí estaba, y á quien miraban con respeto, [71] escogió ocho de entre ellos, dando la preferencia á los que eran sus mejores amigos, y él mismo ordena la marcha del comboy. Los niños de ámbos sexos iban por delante, y con los labios puros de la inocencia entonaban los cánticos sagrados. Luego venian los mozos con la cabeza baja, y el ayre contristado. Algunos de ellos exhalaban dolientes alaridos, y todos los acompañaban con su llanto. Rodeado de ellos se seguia al difunto cuerpo conducido por los ocho preferidos.

Por detras venian las jóvenes doncellas que habian ido a tomar á Rufina, y la traian entre ellas, sosteniéndola con sus brazos, porque la infeliz estaba mas muerta que viva. A estas seguian los padres y madres de familia. La marcha de estos era mas lenta, grave y pausada. Su tristeza, aunque ménos espresiva que la que mostraba la juventud, era mas venerable, e imponia respeto. Hablaban entre sí, y hablaban de los hijos que habian perdido. Una madre decia: mi Alfonso tenia cuando murió la misma edad de Albano; y otra le respondia: la hija que era el consuelo de mi vida, tenia ya diez y seis años cuando el Señor se la llevó. Todos renovaban sus antiguos dolores, y compadecian mas á los padres del difunto, porque no se

conoce el rigor de los males ajenos mas que por la comparacion de los propios, y por eso los que han sufrido mucho, son los mas compasivos y sensibles.

Por eso tambien en la simplicidad de los campos la lástima es mas tierna, y el interes mas vivo. Vosotros, los pobladores de las grandes ciudades, no podeis tener sentimientos íntimos y profundos, ni afectos sólidos y eficaces, porque siempre estáis distraídos con los muchos objetos que os ocupan, y que debilitan vuestras atenciones. Así pocos lloran sinceramente en vuestras tumbas. Apenas se aperciben de vuestra falta los que os veian con mayor frecuencia. No tienen tiempo para echaros ménos, porque otros objetos y placeres reemplazan muy presto aquel vacío; pero nosotros que no conocemos mas que á los hombres y á la naturaleza, nosotros que no vivimos mas que con nuestros parientes y vecinos, nos comunicamos nuestros bienes y males, y nos son comunes nuestras adversidades y consuelos. Nuestros padres se amaron y ayudaron: nosotros hacemos lo mismo, y nuestros hijos nos heredan, adoptando los mismos afectos de benevolencia y amistad. Desde que uno muere, todos le lloran como si fuera de su misma familia, y esta dulce fraternidad nos sostiene, nos conforta en las miserias de la vida, y nos hace agradable nuestra mísera habitacion. [72]

Llega el convoy á la parroquia. Se canta en ella con tristeza y reverencia el oficio que la Iglesia destina para el descanso de los muertos, y aquel rito tan solemne y augusto no suspende los gritos y lamentos de los vivos; pero en fin llega el momento fatal en que deben conducirle al cementerio, y en que le van á hacer el servicio postrero: al cementerio donde van á depositarle hasta el fin de los siglos, y donde ya no podrán volver á verle. La vista de este lugar terrible, que va á esconder para siempre en su seno al que causaba tantas penas, renueva la afliccion general. Nuevos gritos y llantos doloridos vuelven á poblar el aire, y van á resonar en las montañas; pero ¿quién podrá describir el despecho y dolor de Rufina, cuando ve la fosa que ya está abierta, y preparada para tragarse y guardar en sus entrañas al ídolo de su corazon? La que hasta entónces no habia cesado de gemir, da entónces gritos lamentables, que atraviesan otra vez los corazones. Con un movimiento indeliberado y presuroso quiere desembarazarse de sus compañeras para precipitarse en ella, y no costó poco trabajo sujetarla.

Entretanto se deposita en ella el amado cadáver, y el ruido de la tierra con que se le cubre, yela, aflige, y llena de terror á todos los concurrentes. Rufina tambien lo oye, y entónces ya no es posible detenerla. Escapándose, á pesar de sus amigas, llega á la sepultura: allí se arroja sobre la tierra humedecida, la besa, la riega con sus lágrimas, y pide que la abran otra vez, para que pueda quedarse sepultada con su amante. Hacedme un lugar, les decia, para que nunca me separe de lo que amo. ¡Albano! ¡querido Albano! oye la voz de tu hermana, de tu amiga, de tu esposa. Recíbeme á tu lado, pues ya me es imposible vivir. Nadie se atrevia á consolarla, y se la dió libertad para desahogarse, y derramar un torrente de lágrimas. Todos la miraban con el silencio de la compasion mas dolorosa, y parecian decirle: llora, moza desventurada: tienes razon de llorar: tu corazon pierde lo que nunca podrás reemplazar.

Pero despues de haber dado algunos minutos al desahogo de su

despecho, y cuando viéron que la naturaleza fatigada de tanto esfuerzo no podia alentarse con la misma violencia, sus compañeras se la acercaron, y tomándola entre los brazos, la sacaron por fuerza de aquel lugar funesto. Entónces fue cuando los mozos vinieron á arrojar sus ofrendas sobre la tierra que cubria á Albano. Cada cual le pagaba su tributo funerario. Los unos derramaban las flores que habian recogido en los campos, otros ponian ramas de ciprés, como demostracion [73] de su dolor. Algunos tuviéron cuidado de escoger rosas blancas, para honrar con ellas su candor, y hasta otros hubo que añadieron saumerios, como si quisieran que alcanzasen á penetrar su espíritu los perfumes suaves, y las exhalaciones olorosas. En breve tiempo su sepultura se halló cubierta de yerbas y de flores, y este era el simple cenotafio que corazones simples consagraban á la virtud y la amistad.

Miéntas la juventud honraba los manes del difunto con tan nobles y amicales oficios, se acerca una muger, que ya estaba doblada por los años, y llevaba dos hijos con sus manos, y volviéndose á ellos anegada en lágrimas les dice: hijos míos, llorad sobre esta tumba. El que reposa en ella es nuestro bienhechor. Mi cabaña estaba casi por tierra el aire, la lluvia y el frio nos traspasaban, y él volvió á levantarla con su propia mano. Yo no tenia pan, ni medio alguno para alimentaros, y él y su amable amiga me dieron la cabra que nos sustenta. Llorad, hijos míos. Su corazon era un tesoro de virtudes. Jamas hubo elogio fúnebre tan elocuente, ni que haya producido un efecto tan tierno. Quanto mas se conocen las buenas calidades de los que perdemos, tanto mas se avivan nuestros pesares. Con esto recomienzan los llantos, cada uno cuenta el rasgo que sabia, y todos sabian, ó eran testigos de algun hecho que mostraba el buen natural, y el corazon generoso del amigo que perdian. Allí se contó la historia de su vida, que no era mas que la de sus virtudes.

Cuando las amigas de Rufina la sacáron de aquel lugar funesto, sabiendo que yo era su padre, quisiéron llevarla á mi casa; pero ella se opuso, diciéndoles: llevadme á la casa en que ha muerto, para que yo vuelva á ver los lugares en que ha vivido. La lleváron pues á casa de Baptista, y apénas entra, cuando corre otra vez á su cuarto, se vuelve á poner de rodillas al pie del lecho, y derrama otro nuevo torrente de llanto. Todas la acompañan en un triste silencio; pero observan, que despues de haber dado largo tiempo á la efusion de su dolor, se suspende, y como si volviera en sí, se pone á rezar, y decir algunas oraciones, que se encaminaban al cielo por el descanso del difunto. Esto consuela á todos, y les da alguna esperanza de que se sosiegue, porque el que pone su confianza en Dios, recibe siempre algun consuelo, y en efecto pareció mas tranquila; pero ¡ay! esta tranquilidad no era mas que la fatiga de la naturaleza que no podia mas.

Acabada la melancólica funcion del cementerio, todos volviéron á sus casas, y no habia nadie que no fuese con el alma [74] llena de tristeza, y el corazon pasado de dolor. Mi muger que habia asistido á su funeral, vino tambien, y como estaba penetrada de su pena, me lo contó todo, y conmovida con aquel espectáculo, é irritada contra mí, porque no creia la causa del estrago, parecia que su designio fuese hacérmelo mas sensible, y no me pudo disimular su indignacion. Yo la escuchaba en silencio; pero mi silencio era terrible. El gusano del remordimiento me estaba destrozando

el alma, y ya sentia encenderse en ella todos los furores del despecho.

Yo no pude sufrir mas aquella relacion terrible, y salgo de mi casa: sin saber adonde, me echo á vagar por el campo, y allí me entrego al horror de mis amargas reflexiones. ¿Es este, pues, me digo, el fruto de mi ambicion? ¿Es esta la felicidad que yo me prometia, y á la que he sacrificado la amistad y el honor? Vanos prestigios, ilusiones mentirosas, ¿en dónde estais? ya os habeis desaparecido, y el abismo de miserias que me tapabais con flores aparentes, ya está descubierto con todos sus horrores. Mi delirio ha precipitado en él á las personas que mas queria, y yo me he precipitado con ellos. Yo he faltado á amigos estimables: con mi misma mano he clavado el puñal en el pecho de mis propios hijos. Ya no es tiempo de forjarme quimeras, ni de hacerme ilusion de los engaños de mi mala fe. Ya veo todo el horror de mi conducta, y mis excusas son tan fútiles como odiosas. La verdad es, que yo he querido satisfacer mi ambicion á costa de todos los delitos.

Entónces irritado contra mi mismo continuaba: ¡viejo insensato! ¡monstruo inhumano! ¿qué le faltaba á tu felicidad? Tú gozabas de los bienes que te daban el cielo y tu trabajo, con la confianza de una alma inocente y tranquila: tú tenias un amigo tan fiel como virtuoso: la union reinaba en las dos familias: tú veias la perspectiva mas dulce en la alianza de dos hijos llenos de virtudes, que el cielo habia hecho el uno para el otro. ¿Qué podias tú desear que no alterase este colmo de dichas dulces, y placeres puros? Y con todo (¡o demencia funesta!) un poco de oro que resplandece á tus ojos, te deslumbra, y al instante, por poseer un metal seductor, abandonas los sentimientos mas naturales, los efectos mas justos, y te haces despreciable y delincuente. El vínculo sagrado de la palabra no te detiene, no te embaraza, faltas á la amistad, quieres forzar á la naturaleza y al amor, y trabajas con mas ardor en perderte con todos, que pudieras hacer para salvarlos. Ahora lloras, infame; pero ya es tarde, ya es muy tarde. Hombre bárbaro, tu codicia ha introducido ya la muerte en tus familias, la rabia en tu corazón, y el deshonor en tu casa. Nadie puede compadecerte, [75] ni puedes esperar mas que el odio de los hombres, y las angustias de tus remordimientos.

Estas reflexiones me hacian la vida insoportable, y me inspiraban horror para todos los lugares que eran testigos de mi infamia. ¡Cómo podia yo vivir donde habia vivido el desgraciado Albano! Yo creeria verle en cuanto habia tocado. Su sombra se hubiera ligado con la mia, y seguiria todos mis pasos. ¿Cómo podria soportar las quejas, los lamentos, y ni aun las miradas de sus padres, y de su triste y despechada amante? ¿Cómo podria tolerar sus baldones, su justo desprecio, y su mas justa indignación? No, (me decia) huyamos de estos montes. Dejemos vivir en ellos á los que sufren un dolor que el remordimiento no emponzoña, y tú, miserable, ve á esconderte en un pais lejano, donde ignoren tu nombre y tus delitos. Busca en lo mas agreste de los pirineos una gruta salvage, en que habiten las fieras. Allí arrastra los pocos dias que podrán dejarte tus infamias. Destrózate allí ese vil corazon con el recuerdo de las degradaciones que has causado.

Me fijo al fin en esta resolucion, como en el único medio de esconderme al desprecio de mis vecinos, y al odio de mis amigos y familia. Mi corazon acobardado sentia que no tendria valor para levantar los ojos

delante del menor de mis obreros, sentí pues la necesidad de desterrarme. No hay tormento que iguale al de una conciencia agitada, cuando teme los baldones de las personas que le son queridas. Los tormentos que me devoraban, me dejaron tan fatigado, que fué preciso sentarme, y desde aquel puesto veía el techo de mi caserío, que entonces estaba iluminado con la luz pálida de la luna. Esta vista me entenece, y con la voz lastimosa le digo: á Dios, dulce y apacible hogar de mis abuelos, donde encontré la felicidad que no he sabido conservar. A Dios, mansion amable, en que por algun tiempo gocé del placer de la virtud, que abandonó con tanta viveza mi codicia. En tí concebí las mas agradables esperanzas, y ya no puedo vivir en tí. En tí esperé la dulce union de Albano con Rufina, y ya no puedo ver mas que su dolor, y mi delito. ¿Cómo podré ver llorar á mi hija desolada sin poder consolarla? No, ya no soy digno de tí. A Dios, lugares que me fuisteis tan queridos, y que mi iniquidad me ha hecho tan odiosos. A Dios, esposa amada, hija querida. A Dios, amigos y vecinos, ya no volveréis á verme. No, no me volveréis á ver.

Apénas pronuncio estas palabras cuando me levanto, y desconfiando de mi valor, me pongo con precipitacion en camino, con el delirio del temor, y el deshacimiento de un asesino, [76] que va manchado con la sangre que acaba de verter: pero á pesar de mi turbacion me ocurre que no debo dejar para siempre aquella triste tierra, sin visitar una vez á lo ménos las cenizas del hijo de mi amigo, á quien dí muerte tan desventurada. Me parece que yo debo poner sobre su sepultura una rama de funesto ciprés. Mi corazon sintió el deseo de ir á contristarse sobre la fosa que mi codicia habia abierto. Me dirijo pues al cementerio; pero cuando me ví cerca, me fué preciso detenerme. Todos los miembros del cuerpo me temblaban. El corazon me batia con pulsaciones tan violentas, que no las podia sostener, y se apodera de mí un movimiento involuntario de terror.

Sin poder tenerme en pie me vuelvo otra vez á sentar. Un sudor frio me cubre todo el cuerpo: nuevas reflexiones vienen á intimidarme. Mis remordimientos me decian: ayer vivia un hombre, hoy le han enterrado, y soy yo el que le ha muerto. Esta idea terrible descuadernaba mis sentidos. Me figuré que yo iba á ver la sombra errante del infeliz Albano. Algunas veces creia oírle, y que me baldonaba mi crueldad. El terror, la turbacion y los baldones secretos de mi propia conciencia me enagenaban de manera, que me parecia reconocer su voz, y sofocaba los impulsos de mi sobresaltado aliento para prestar el oido con atencion mas cuidadosa. El menor rumor de viento entre las ramas de los árboles me hacia estremecer.

Yo procuraba volver en mí, y llamar á mi socorro mi razon. Logré al fin alejar tantos vanos terrores, y levantándome otra vez, volvía á encaminarme al cementerio. Estos fantasmas (me decia) nacen de mi cerebro, turbado por sus penas; pero por mas que hacia, un secreto terror me dominaba. La luna que brillaba entre las ramas de los árboles, me parecia de repente un espectro que se asomaba. Mi imaginacion le vestia con una forma espantosa, y en mi error le gritaba: aquí está el que buscas, aquí está. A pesar de este combate, yo me abanzaba con pasos tímidos y desiguales. Ya estaba cerca, hago un esfuerzo para introducirme en el lúgubre sitio: un silencio pavoroso reinaba en el lugar funesto: echo la vista por todas partes, y la luna mostrándome las flores y las ramas, que la amistad consagró á su memoria, me indica el amado depósito.

¡O momento terrible! ¡O espectáculo que los ojos humanos no pueden tolerar! Mi corazón me dice con lamentos redoblados: allí es donde reposa. Esta vista me conturba, me enagena. Ya mis miembros no tiemblan, sino padecen violentas convulsiones: todo se me trabuca: el terror me trastorna los sentidos: [77] me parece que toco con mis pies el cuerpo del infeliz Albano, que la tierra se mueve, y yo no oso tocarla. Me figuro que se estremece, que va á abrirse, que los árboles tiemblan, y hasta que las montañas titubean: yo no puedo sufrir la idea de imágenes tan espantosas, y me siento desfallecer; pero una voz me suspende, una voz que me ha parecido salir del centro de la tierra. Yo la oigo articular: ¿á que vienes aquí, ¿no quieres dejar en paz ni mis cenizas? Los cabellos se me erizan, la sangre se me cuaja: caigo de rodillas, y exclamo: ¡Dios del cielo! ¡Dios justo! vibra tus rayos contra este delincuente. Aquí espero el rigor de tu justicia: yo la merezco. Diciendo estas palabras me postro por tierra, juntando mi frente contra el polvo, y espero que se desprenda un rayo, como si Dios debiera oír la voz de mi delirio.

Pero habiendo pasado algún tiempo en esta aptitud de humildad, viendo el silencio del cielo, recobro la razón. Insensato, me digo: tu delito te acobarda, y tú sientes lo que mereces; pero vuelve en tí: el cielo es más piadoso: nada de lo que te espanta existe. Levanta la cabeza, y todos esos fantasmas se disiparán. Estas reflexiones me restituyen el sentido, me levanto, abro los ojos, y como si saliera de un encanto, veo los objetos en su estado natural: todo estaba tranquilo. Los espectros se habían desvanecido, y el desgraciado Albano reposaba tristemente en su fosa. Me acerco á ella, pero á pesar de mi valor y de mis reflexiones no puedo ver sin susto lugares que mi delito me hacía tan terribles. Los remordimientos vienen á reemplazar los terrores, y los remordimientos no son fantasmas vanos.

Ellos me hacen estremecer de nuevo, me pongo de rodillas, y toco con ellas y mis manos la tierra que le cubre; pero me parece que su contacto me rechaza, y me vuelvo á espantar. Siento impulsos de huir; pero las mismas reflexiones me detienen, y digo dolorido: ¡Santo Dios! aquí es donde reposa, y mi ambición es la causa de su triste destino, un nuevo estremecimiento me hace temblar, y mi razón contempla el largo dolor que he preparado á mi angustiada vida. ¡Dios eterno! ¡tú guardas momentos terribles para los delincuentes! Mi situación era más cruel que pudieran serme los suplicios más atroces. Mi corazón estaba tan cerrado, que no podía respirar. Los nervios se me retiraban, y yo creía que me iba á aniquilar con la violencia de mis dolores. Es menester haber sentido estos tormentos para conocerlos. ¡Dichosos los que no los conocen! Quiero rezar: pero ¡ay! ¡solo los labios inocentes pronuncia con dulzura el nombre de su Dios! Este nombre es el terror de los que se reconocen criminales, y esta es la primera venganza [78] del cielo. Apenas empezaba á levantar el corazón, cuando una idea espantosa me aterra y avergüenza. ¿Cómo te atreves (me dije), tú que estás tan culpado, á implorar la bondad eterna por el alma de un justo? ¿Quiéres añadir la insolencia al delito, y el insulto á la culpa? ¿Tú puedes atreverte á hablar con el Dios que tanto has irritado? ¿puedes dudar de su justicia, y que no haya recibido en su seno al joven virtuoso que hiciste víctima de tu necia ambición? ¡Miserable, pide por tí mismo! ¡invoca su clemencia! Esta reflexión más

pronta que un relámpago me derriva por tierra: me tendí por el suelo tan abatido que ni aun sentia la voracidad de mis remordimientos: y solo me sentia abrumado con el peso de un delito, que ya no es posible reparar.

Aquí esta sepultado (me decia) el hijo de mi amigo, que me llamaba tambien padre. Esta tierra le cubre, y yo soy quien le quitó la vida. No solo soy reo de la muerte del mejor de los hombres, sino el autor de la desgracia de la mas digna de las familias. ¡Ah! exclamaba yo en el delirio de mi dolor, ¡si siquiera me hubiera perdonado ántes de morir! ¡si fuera posible que me escuchase todavía! ¡Dios del universo! ¡si pudiera con alguna seña hacerme conocer que ya no está irritado contra mí! Yo hubiera querido que la naturaleza interrumpiera el órden de su arreglado movimiento para sacarme de situacion tan horrorosa, y como si hubiera podido oirme, le gritaba: hijo de Baptista, responde al padre de Rufina, y dile que le perdonas.

Tan loco estaba, que despues de pronunciar estas palabras aplicaba el oido, como si esperara una respuesta, y la deseaba tanto, que hubiera oido sin terror una voz subterránea y sepulcral. Los corazones frios, las almas indiferentes podrán reirse de mis vanos deseos y mis ridículas esperanzas; pero los que saben sentir me tendrán lástima; porque no ignoran que las conciencias culpables y agitadas no son capaces de razon. El remordimiento no solo destroza el corazon, sino trastorna el juicio. ¿Y qué delincuente no quisiera á todo precio recobrar otra vez la inocencia?

Ya empezaba la aurora á despuntar, y yo estaba todavía tendido al lado de la fosa escucho pasos, alzo la cabeza, y veo el bulto de un hombre que venia hacia mí: quiero levantarme para ponerme en fuga; pero escucho sus lamentos, y me suspendo. Por el son de su voz conozco que es Baptista. ¡Dios santo! ¿adónde huir? ¿dónde esconderme? ¿qué delincuente puede soportar la severa mirada del hombre justo? Me levanto con precipitacion, Baptista se sobresalta, quiero huir, pero él me [79] reconoce, y me llama con bondad, dándome un nombre de que no era digno. Amigo, me dice y esta voz me detiene; pero no sabia qué hacer, y sin saber lo que hago voy á echarme á sus pies. Aquí tienes, le digo, al que te fué traidor, y asesino de tu hijo: vengate. No, me responde: yo no quiero vengarme: demasiado me venga tu dolor: pero ¡infeliz! considera que tambien perece tu hija miserable.

Estas palabras pronunciadas con el acento de la inquietud introdujéron un puñal nuevo en mi ya destrozado corazon. Yo no podia responderle: pero él me toma la mano, me levanta sin decirme nada, se pone de rodillas, y teniéndome siempre asido me dice: roguemos á Dios por el difunto. Empieza entónces una oracion afectuosa pero tranquila y resignada. Las espresiones salian de sus labios como de un sosegado manantial, sale un arroyo dulce y apacible, y es que nacia de un corazon tan inocente como puro: yo apartaba los ojos: aquel espectáculo me infundia terror, porque me hallaba indigno de asociarme con él, y de unir mis labios delincuentes con el candor y la pureza de los suyos. Acaba, y volviéndose á mí me añade: tu hija tiene necesidad de tu presencia. ¡De mi presencia, le respondí, cuando yo soy la causa de sus males! No, no: yo no quiero ir á irritar las heridas de su corazon: yo voy á huir de esta tierra: yo la huyo para siempre: yo me voy á morir en medio de las rocas, y léjos de los hombres que deben mirarme con horror.

Baptista conoció por estas y otras palabras que me dictó el despecho, que mis pesares habian turbado mi razon, y tomándome la mano, me dijo: Si es verdad que el remordimiento te devora, y que estás sinceramente arrepentido, todavía puedes ser digno de ser mi amigo, y despues con la autoridad de la virtud, con el derecho que le daban los males que yo le habia hecho, y el deseo de conservarme su amistad, me ordenó que le siguiera. Yo no pude resistirle, y le seguí; pero apenas me viéron Rufina y la madre de Albano, cuando en su primer movimiento huyéron despavoridas, por el horror que les inspiró mi presencia. A pocos pasos Rufina vuelve en sí, se detiene, y viene á arrojarle entre mis brazos. Qué (le dije yo) hija querida, ¿tú puedes amar todavía á tu tirano padre? Vos sois mi padre, me responde ella, y yo lo debo. Esta respuesta vuelve á despedazarme el corazon.

Un diluvio de lágrimas me sale de los ojos. Yo lo merezco, exclamé con un gemido doloroso: yo lo merezco. Nadie puede ya verme sino con horror. Rufina me quiso consolar, y me [80] decia: No padre: yo os amo, y os amaré toda mi vida; pero yo volvía á repetirla: No, no es posible que nadie pueda amarme. Entónces Baptista, mirándome con entereza, me dice: ¿Piensas pues que yo sea capaz de engañarte? Si yo te aborreciera, no te hiciera venir á mi casa. Este baldon me humilló, pero no pude replicar. Mi muger, sabiendo que estaba allí, me vino á ver, y los dos nos quedámos en su casa. Ya no hacíamos mas que una familia. Pero ¡ay! ¿cómo podía yo perdonarme á mí mismo? Sobre todo cuando veia que la puerta del infortunio estaba abierta por mi mano, y que iban á entrar en tropel las desgracias.

Desde la muerte de Albano Rufina no encontraba reposo. La noche y el dia eran testigos de sus gemidos; pero los únicos testigos, porque no venia á afligirnos con su dolor, sino se escondia en los lugares solitarios, en especial en aquellos en que estuvo con Albano. Muchas veces pasaba horas enteras, ya á los pies de una peña, ya junto á la cabaña en un abatimiento oscuro y silencioso, y de repente se la veia levantar despechada, y ensordecer el aire con sus gritos; pero donde iba á llorar con mas frecuencia era al cementerio. Todos los días iba dos ó tres veces y todas las noches llevaba las flores que podia recoger, y las ponia sobre su fosa. Allí se abandonaba á todos los escesos que le sugería su pesar. Por otra parte el insomnio contínuo, el poco alimento y el incesante llanto la habían enflaquecido, y parecia alterada su salud. Esta figura tan hermosa otras veces, ya estaba pálida, deslustrada y con una nube de tristeza que la había apagado el fuego de sus ojos.

Nosotros contristados de su desdichada situacion, olvidamos nuestras penas para no pensar mas que en las suyas. Queríamos consolarla, pero nuestros consuelos indiscretos no hacian mas que esasperar sus despechos. Solo cuando hablábamos de Albano, cuando llorábamos su pérdida, entónces nos venia á abrazar. Se consolaba con nuestro llanto, y nos decia: sí, vos le amabais: jamas, jamas esta hija desgraciada me hizo sentir ni de mil leguas que yo era la causa de aquel daño. Su respeto para mí no tenia límites, y no le faltaba virtud alguna. Señor, era un ángel. Poco á poco nos empezamos á apercibir, que su espíritu se desordenaba, y yo temí que habiendo amado como nadie ama, su cabeza no se afectase con la misma medida. Mi temor no fué vano. Cada dia se iba aumentando este desórden. Ya decia palabras sin sentido, y alguna vez sus acciones no eran regulares.

Don Teodoro llegó á saber el mal efecto que habia producido [81] su inocente consejo: estaba tan afligido como nosotros, y dejó su retiro para ver si podia calmar á Rufina con los consejos de la religion. Una tarde que ella habia ido al cementerio á pagar á su amante el tributo ordinario de sus lágrimas, el venerable varon fué á sorprenderla y la encontró prosternada sobre la fosa. Esta triste postura le entenece: se acerca á ella con la atencion delicada y respetuosa que merecen los infelices, se sienta en una piedra cerca de ella, y despues de haberla considerado algun tiempo, con ojos enternecidos, la saca de su letargo diciéndola: ¡Hija mia! ¿cuando daras fin á tanta pena? ¿No ves que tanto dolor es inútil? ¿No es preciso que se cumplan los decretos del cielo? ¿Puede tu llanto revocar los destinos? Considera que te consumes, y añades afliccion á tu familia demasiado afligida. Resignate á lo que Dios dispone, tú agravas los males de todos. Pide socorro al cielo, su auxilio con tu esfuerzo te podrán serenar.

La razon no alcanza á consolar los infelices. El corazon de Rufina se ensordeció á los cuerdos consejos del anciano, y solo le dijo: ya se murió, ya se murió. Don Teodoro suspira, y quiere otra vez aconsejarla; pero ella le interrumpe, diciendo: yo no vivia mas que para él: nosotros para existir necesitábamos uno de otro; ¡y vos me hablais de serenarme, de olvidarme! ¿y cómo lo pudiera? El cielo mismo no lo exige de mí, pues no me da la fuerza: el cielo le habia hecho mi hermano, mi amante, el esposo de mi corazón, y ahora ¿dónde está? Ya no vive: esta tierra se le ha tragado, y me le esconde. Esta fosa está destruyéndola mas digna de las criaturas, á la imagen de Dios sobre la tierra. ¿Y pretenden que yo la olvide? No le olvidaré jamás. Yo iré puesto á encontrarle; pero quiero que me sepulten en esta misma fosa.

Viendo Don Teodoro que se inflamaba, quiere distraerla, y le responde: es verdad que su cuerpo reposa: pero Albano no ha muerto. Su alma virtuosa ha volado hasta el cielo, y Dios le ha recibido en su seno paterno. Ahora está gozando de la gloria que Dios da á la virtud, á la resignacion y la paciencia. Rufina olvida las cosas terrestres y perecederas, levanta el corazon y los ojos á la mansion divina. Allí está el esposo de tu corazón: allí le encontrarás sin poderle perder: la inmortalidad coronará vuestras virtudes y vuestros amores. Somete ahora á los decretos del Eterno, y en el momento que te tiene señalado te recibirá en sus brazos el ya feliz amante que te espera. Este será el primer dia de vuestro eterno casamiento. ¡O dia venturoso! ¡dia feliz para el que se resigna! ¡pero terrible para el que se rebela! [82]

Rufina le escuchaba con los ojos fijos, y como si su dolor se suspendiera, la parecia oir un cántico sagrado, y poniéndose rodillas le dice: ¡ó Padre! vuestra voz penetra hasta mi corazon, y me le inunda en un torrente de consuelos: ¿yo volveré á ver á Albano? ¿Yo le volveré á ver? Bendito sea mil veces ese Dios de bondad. Pedidle pues que me lleve cuanto ántes. El anciano vuelve á suspirar, oyendo este deseo tan funesto, y viendo que no le era posible hacerla amar la vida, se contentó con dirigir su espíritu á la felicidad eterna. Le pareció que sus órganos estaban ya débiles, su cerebro perturbado por su larga abstinencia y continuas vigiliias, y no duda que ya tenia la muerte en el seno; pero la exhorta á las virtudes y conocimiento de su situacion, con la esperanza de ver á

Albano, y unirse con él en la mansion de las almas virtuosas.

Estos discursos encendieron su imaginacion. Ya no deseaba mas que verse entre ellas. Algunas veces parecia estática, y se divisaba en su semblante, por entre las nubes del dolor, un rayo de alegría celeste: pero á pesar de este consuelo, su demencia se aumentaba, y la fiebre la consumia. Algunas veces decia consolada: No está aquí, no está aquí: pero yo sé donde le encontraré: y otras la volvian algunos intervalos de razon; pero estos momentos eran terribles: porque conocia su desgracia, y aumentaba nuestras angustias. El buen Don Teodoro nos dijo al volver del cementerio, anegado en su llanto, no hay remedio. ¡Familia desgraciada! otra desventura os aguarda. La pobre Rufina no puede vivir mucho. Nosotros lo veiamos. En vano trabajamos por detenerla entre nosotros; pues cada día se nos escapa como una sombra que huye, como una flor que se marchita.

Cuanto mas se acercaba al sepulcro, mas su corazon se consolaba. Padre, me decia, ¡qué larga que es la vida! pero ella se acabará. Yo le veré, y entónces será mi esposo. Un dia la ví salir con movimiento tan acelerado, que me hizo sospechar algun designo. La sigo desde léjos, y veo que va á correr todos los sitios en que acostumbraba verse con Albano. Tambien va á la cabaña, que estaba ya desordenada, y le dice: pobre cabaña, tú pasarás como nosotros. Luego entra, la visita, y habiendo hallado algunas simientes de frutales, que Albano tenia preparadas, las saca, las planta en el campo, y las dice: creced, simientes útiles, creced, prosperad, que el cielo os bendiga: quizas algun pasajero descaminado comerá de vuestros frutos, y bendecirá la mano que os plantó: y habiendo concluido estos tristes officios, echó una ojeada [83] amorosa por todo aquel espacio, diciendo: á Dios, á Dios, dulces lugares, testigos de mis dichas: á Dios, amados árboles que nos disteis vuestra apacible sombra, guardad vuestros abrigos para corazones mas felices: yo no volveré á gozar de vuestra compañía: el que me la hacia tan amable ya no existe, y yo misma no existiré muy presto.

Despues se puso á recoger yerbas y flores por el campo, las lleva al cementerio, y las derrama sobre la fosa, mojandolas primero con su llanto. En seguida veo, que puesta de rodillas empieza á cantar una cancion fúnebre, como si fuera un himno en honor de los muertos: su voz lánguida y desfallecida me indicó que no podia mas. Entónces me acerco, y la digo: Rufina, ¿no quíeres venir conmigo á ver tu familia? ya ves que el sol se esconde detras de las montañas, y los pájaros entre las ramas de los árboles: ven conmigo, hija mía. No, me responde: yo quiero morir aquí. Ya siento, padre mio, que se acerca el instante en que voy á volar al cielo para desposarme con Albano. -Pero hija mia, ¿no quíeres ver ántes á tus padres? -Si: vamos á despedirnos de ellos; y tomándome la mano, se deja conducir: pero ya la devoraba una fiebre violenta: ya un color inflamado cubria sus descarnadas mejillas. Yo la pongo la mano sobre el pecho, y la siento batir el corazon con golpes redoblados. La hacemos poner en el lecho, pasa una noche terrible, y al otro dia no se podia levantar. Sintióndose postrada nos pide que la abracemos. No lloreis, nos decia: en breve ya seré dichosa. Yo no deseo sino que me pongais al lado de mi esposo, y que vengais á cantar en nuestra fosa los cánticos sagrados. Pero despues deja caer su cabeza pendiente, levanta los ojos al cielo, los vuelve á bajar sobre nosotros, y los cierra. El infame padre ya no tenia

hija, y su alma angelical ya estaba en el cielo con su esposo.

A la fuerza de golpe tan terrible, yo me sentia fuera de mí, y caí desmayado. El infeliz Baptista murió poco despues, y yo solo miserable, fatigado de una vida que los remordimientos emponzoñan, yo vivo todavía á mi pesar. La justicia del cielo me castiga dejándome la vida; pero espero salir bien presto de un mundo tan odioso. El cielo tendrá piedad de mi arrepentimiento. La vista de mi delito, y el fruto de mi ambicion me hacen sufrir los suplicios mas atroces: yo vago sobre la tierra, sin pegarme á nada. Veo los lugares de mi felicidad pasada; pero todos me afligen, todos me parecen terribles, y espantosos. [84]

Ya, señor forastero, he satisfecho vuestra curiosidad, y las lágrimas con que me habeis oido, mostrándome vuestro corazon sensible, me han dado valor para poderla terminar: pero pues ya veis desde aquí la posada, ya podeis ir seguro. Permitidme que yo me vuelva al cementerio á besar la triste losa fria, y regar con mi llanto aquella triste tierra. Mauricio queria detenerle, pero no le fué posible. Le pidió que á lo ménos le dijera su nombre, pero él le respondió: el nombre de un bárbaro como yo he sido, debiera borrarse de la memoria de los hombres. No, señor, aprovechad de sus desgracias; pero no sepais jamas un nombre tan infame; y con esto parte. Mauricio llega á la posada, y encuentra el coche con Fabricio; pero siendo menester mucho tiempo para componer la rueda, le aprovechó para escribir esta historia, que remitió á su padre, y yo saqué la copia de su manuscrito.

Paulina o el amor desinteresado

PROLOGO

El lector que al concluir esta novela no se sienta tan dulcemente interesado al amor casto, puro y virtuoso, y no deteste el libertinaje y la lujuria que tanto afean á este sentimiento necesario al hombre, este lector digo, creará su fábula una mera ficcion, imposible de encontrarse en el mundo. Mas por fortuna no es así: aun hay almas virtuosas que prefieren las delicias inocentes del afecto de un corazon puro á todos los goces del deleite vicioso y fugaz. En la novela que sigue encontrarán un hermoso ejemplo de dos amantes verdaderamente envidiables; y es tan hermosa é irresistible la virtud, que parece prudente no prevenir al lector con reflexiones serias, que no valdrian nada en comparacion de los sentimientos que ella sabe despertar.

PAULINA

Una noche de invierno, que Doña Clara de Postigo volvia á recogerse á su casa, despues de haber hecho oracion en Atocha, oyó cerca de la puerta de las Delicias los gritos de una criatura, y pasando por delante de ella vió en efecto una niña, que parecia de muy poco tiempo, y que lloraba sin consuelo. Se le acercó para acariciarla, y viéndola pasada de frio y sola, se compadeció. Volvió los ojos á todas partes por si veia alguna persona que la buscase, y no vió á nadie. No se atrevió á dejarla tan abandonada, y le pareció esperar allí hasta que alguno viniera. Pero habiendo estado

mas de una hora traspasada ella misma de frio, se resolvió á tomarla en [86] sus brazos, y llevarla al Alcalde del cuartel, á quien dió cuenta de todo.

El Alcalde envió al sitio en que se encontró, para examinar si habia alguno que la buscase. Pero despues de largo tiempo le vinieron á decir, que no habia parecido nadie. No se pudo saber como estaba tan abandonada esta criatura, y la conjetura mas verosímil, fué que seria hija de una madre muy pobre, que no pudiendo mantenerla la habia espuesto á la conmisericordia pública. Era pues indispensable buscarle algun abrigo, y el Alcalde pensaba en enviarla á los huérfanos. Pero Doña Clara le dijo: yo soy una pobre viuda de un teniente coronel, no tengo mas renta que mi viudedad, que apénas me basta para vivir con escasez. Pero el cielo me ha enviado esta criatura; pues haciéndome pasar junto á ella en el momento de su desamparo, me indica que me la destina, y que su providencia me la encarga. El mismo cielo no concedió á mi matrimonio la bendicion de la posteridad, y ahora parece que quiere suplirme aquella falta con esta hija. Yo la adoptaré, y la misma providencia me dará los medios, ó yo me sujetaré á algunas privaciones para mantenerla. Dádmela pues, y si sus padres parecen la hallarán en mi casa.

El Alcalde, que conocia á Doña Clara, y que sabia que era muy estimada por su notoria honradez y virtud, lejos de tener dificultad en confiársela, elogió su generosidad, y se la entregó. Doña Clara la hizo criar, la dió el nombre de Paulina, porque la encontró el dia de aquel Santo, y en breve tiempo la quiso como si fuera su propia madre. Ya hubiera sentido el que sus padres viniesen á quitársela; pero cuando vió que pasáron muchos años sin que nadie la reclamase, esperó conservarla. La tierna Paulina se formaba, y cada dia parecia mejor. Cuando llegó á la edad de doce años, ya era una muchacha hermosa. Su talle era fino y delicado, sus ojos negros despedian centellas, sus cabellos copiosos eran rizados, sus dientes eran blancos, limpios y puestos con un orden admirable. En fin, una sonrisa dulce y tierna, muchas gracias, y un espíritu natural, vivo, chistoso y sensible, habian hecho de ella un sugeto precioso, que inspiraba cariño á cuantos la veian.

Doña Clara no habia podido darla mas que una educacion muy sencilla; pero la habia acostumbrado á la virtud, y á temer y amar á Dios, á estimar la honestidad, á mirar el honor como la ley suprema, y la conciencia como el mas respetable soberano. En lo demas no la pudo hacer aprender [87] ninguna habilidad. Sus medios no se lo permitian, y como por otra parte vivia retirada sin tratar mas que con un corto número de amigos, tan virtuosos y retirados como ella, Paulina no pudo estender sus ideas, ni adquirir ninguna experiencia del mundo. Así conservó largo tiempo la feliz y tranquila ignorancia, que no conoce los vicios, y que aleja la triste desconfianza. Paulina inocente y buena, no sabia que era posible ser mala; juzgaba por su corazon que todos eran buenos, y se habia figurado que los hombres no habian nacido mas que para servir á Dios, para amarse unos á otros, y socorrerse mutuamente.

Con tantas gracias, y tantas prendas, Paulina no podia dejar de ser muy amable. Su candor, su inocencia y su alegría la hacian interesante para todos. ¡Cuánto mas debia serlo para Doña Clara, que veia tambien logrado el objeto de sus atenciones! Solia decir, que la providencia la

habia recompensado su ligera caridad, con la abundancia digna de su grandeza, pues la daba en la hija que habia adoptado tantas satisfacciones, que ellas solas hacian la felicidad de su vida. Pero por lo mismo que la idolatraba, veia con dolor, que su muerte dejaria á Paulina sin asilo, y este era el único torcedor que la afligia sin cesar.

En su cuarto bajo vivia un famoso pintor, llamado Cano, y su muger Doña Felipa. Tambien vivia con ellos una hermana del pintor, llamada Doña Tomasa. Esta era una familia honrada y recogida. Una vecindad tan inmediata, y la conformidad de genios y costumbres los habian unido con mucha intimidad, y solian pasar juntos una parte de la noche. Tomasa tenia ya mas de cuarenta años, y no habia querido casarse. Pero habiendo sido criada por una pariente rica, y que trataba con gentes de modo, habia adquirido la urbanidad, y delicadeza que se pega á los que tratan con ellas. No era hermosa, y era pobre; pero su buen natural, su honestidad, y su dulzura la hacian estimar de todo el mundo, y era amiga particular de Doña Clara.

Como Cano y su hermana venian con frecuencia á casa de Doña Clara, se hablaba mucho de pintura. Paulina como niña se habia puesto muchas veces á dibujar groseramente los objetos que le caian en la mano, y Cano creyó descubrir en ella una gran disposicion para el dibujo. Ella retrataba flores, y formaba figuras, que no dejaban de tener rasgos de semejanza, y proporciones que sorprendian al pintor. Al principio se contentaba con indicarle los defectos, se los corregia [88] con una pincelada de su mano; pero observó, que cada instruccion suya era un golpe de luz para Paulina, que todas sus lecciones eran útiles, que no volvía á caer en los mismos defectos, y en fin, que jugando habia llegado á dar una gran correccion á sus obras. Como conoció que la naturaleza la habia dotado de un genio extraordinario, y que si se aplicaba seriamente, seria de un singular talento. Se lo dijo á Doña Clara, y se ofreció, si queria, á darla algunas lecciones, y cultivar una disposicion tan feliz. Doña Clara se lo agradeció mucho, le esplicó la pena con que vivia de no tener que dejarla, y el consuelo que la daba, haciéndole esperar, que tendria una ocupacion honesta con que poder vivir.

Desde aquel dia Cano se aplicó seriamente á enseñarla. La trajo modelos, corregia sus copias, y en fin la puso en estado de que pudiese cultivar con utilidad este estudio. Paulina, dócil, inteligente y atenta hizo tantos progresos, que el mismo maestro estaba sorprendido, y decia, que con el tiempo su pincel seria distinguido y admirado. Ya le era muy útil porque no solo le preparaba los trabajos, sino sacaba con acierto sus copias. En esta situacion una fiebre maligna sorprende á Doña Clara.

Paulina y Tomasa no se apartaban de su cabecera, y la sirvieron con todo el interes de una hija, y de una amiga. Pero á pesar de todas sus atenciones, en cinco días la muerte la arrebató de entre sus brazos. Tomasa arrancó á Paulina del lecho funesto, la condujo al cuarto de su hermano, y se encerró con ella, la dió tiempo para que se desahogara, derramando un diluvio de lágrimas, y tuvo la prudencia de permitirle esta dulzura tan necesaria á los corazones afligidos. Hay almas duras, ó poco reflexivas, que con el pretexto de aliviar las penas, pretenden impedirles gemir de sus dolores. Los genios insensibles ó necios no ven otro remedio, que el de quitar ó disminuir la libertad del llanto. Pero este celo

indiscreto se acerca mucho á la dureza, y en aquellos momentos, léjos de que puedan tranquilizar los discursos vanos, y las frias consideraciones, traspasan una alma que ya está herida de su dolor. Es insensato y ridículo pretender, que un infeliz que se siente atravesar el corazon, parezca insensible al dardo que lo hiere.

Tomasa fué nombrada por la difunta, su albacea y tutora de Paulina, y desempeñó altamente su confianza. Vendió los muebles y efectos y con ellos compuso una pequeña cantidad que puso á interes en favor de su pupila. El pintor á quien [89] era ya muy útil, y que esperaba que cada día lo seria mas, deseó quedarse con ella, prometiendo cultivar sus disposiciones, y ponerla presto en estado de sostenerse con su habilidad. Tomasa y Paulina aceptáron la oferta, y desde entónces se resolvió, que se quedaria en casa del pintor, lo que tambien agradó á Doña Felipa su muger.

El dolor de Paulina fué mas serio y profundo de lo que parecia comportar su edad: lloraba con mucha ternura á Doña Clara, y la lloraba amargamente, aunque no podia conocer todavia lo que habia perdido con su muerte: lo que lloraba entónces era una amiga dulce, buena y afable, una indulgente y tierna compañera. Felipa no era capaz de recompensarle la pérdida de tan preciosa amiga. Su carácter era frívolo, ligero, que no se ocupaba de nadie, ni pensaba mas que en divertirse, y una persona afligida le parecia fastidiosa. Ya tenia mas de treinta años, y con todo no tenia otro pensamiento que el de los pasatiempos y diversiones. Avara y de corto talento, ni tenia valor de gastar para procurarse placeres, ni sabia privarse de ellos, y para satisfacer sus deseos se acompañaba con mugeres, cuya reputacion no estaba intacta.

Su marido era un buen hombre, siempre ocupado en las cosas de su profesion, y por otra parte de una débil salud, la dejaba vivir á su gusto. Una sola criada anciana gobernaba la casa, y era la que se encargaba de todo, hasta de atender á la salud de su amo. Felipa iba á la comedia, al prado, no perdía paseo, volvía muy tarde á su casa, en fin, no hacia otra cosa; y el buen marido tampoco la decia nada. Su discípula siempre aplicada á su estudio, la veía poco. Apénas se encontraban á las horas de comer, y entónces se hablaban con cortesia, pero con mútua indiferencia.

Paulina pasó de esta manera cuatro años, sin que nada turbase la tranquila uniformidad de su vida; pero ya era un prodigio de su arte. No solo habia llegado al punto de perfeccion, á que su maestro pudo conducirla, sino que su gusto natural la hizo subir muchos grados mas arriba. El lo conocia, y lo confesaba sin rubor. Se aprovechaba del talento de su jóven discípula, la confiaba las obras mas encargadas, y le valian no solo utilidades sino reputacion. Pero viéndose enfermo, y las mas veces incapaz de trabajar por sí mismo, aconsejó á muchos que se dejasen retratar por ella, y estos ensayos empezáron á hacerla conocer.

Fuera de estas ventajas, Paulina con el retiro en que se [90] ejercitaba, habia conservado la pureza de ideas, y la simplicidad de costumbres que habia aprendido en casa de Doña Clara. Ya tenia diez y siete años, y todavía sin haber perdido ninguna de las devociones, y toda la modestia con que habia venido á la casa, mantenía el mismo candor, la misma ignorancia del mundo, y la ingenua y sencilla buena fe con que creía, que todos eran tan buenos como ella. Ni conocia ni estimaba la

cortesía ceremoniosa con que se afecta la benevolencia, y se finge la amistad. Su corazón no tenía ni aversión ni malicia. Sus atenciones eran simples, y despojadas de toda afectación; pero eran verdaderas y naturales, y este carácter añadido á sus gracias, la hacían tan rara en su especie, como interesante y agradable.

El pintor la había encargado que limpiase, y pusiese corriente una pintura, que había hecho en otro tiempo, y que era el retrato de un caballero. El tiempo y los acasos la habían alterado, el dueño, cuyo retrato era, se la había remitido, pidiéndole que la compusiese, para dársela á una hermana suya, que debía ausentarse, y se la pedía. La encargó la celeridad, porque ya estaba de partida; y el pintor, conociendo que Paulina lo haría mejor, y más presto, se la había confiado, recomendándole la diligencia. Paulina le prometió trabajar en ella con mucho celo, y en efecto se fué al estudio en que trabajaba el pintor de ordinario, y puso manos á la obra.

Apénas había empezado, cuando siente abrir la puerta. Vuelve los ojos, y ve entrar un caballero, cuyo brillante traje, y los adornos que lo decoraban, debían escitar la atención. Pero la ingenua Paulina, con su candor acostumbrado, y embelesada en sus ideas, no hizo más que suspenderse, y no se ocupó en otra cosa sino de confrontar la copia con el original, porque reconoció, que el que entraba era el modelo de la pintura que componía. Embebida en este exámen, no se da tiempo para hablarle. Apénas le baja la cabeza, le hace con la mano señal de que se siente, y él obedece sin hablarla tampoco. Entónces Paulina fija los ojos sobre él, los vuelve después á la pintura, toma el pincel, y paseando la vista alternativamente sobre el caballero y la pintura, trabaja largo tiempo.

Este recibo singular divirtió mucho al Marques de San Leandro, que era el original del retrato, y que venía para que á su presencia le dieran la última mano, y recogerlo para dárselo á su hermana que lo esperaba. Había creído encontrar al pintor en esta pieza, en que trabajan de ordinario, y le pareció [91] una aventura graciosa hallar en su lugar una linda muchacha, que se ocupaba tanto en contemplarlo. Este acaecimiento, que era simple, le pareció curioso y agradable; le divirtió, lo interesó y lo produjo una impresión muy viva; porque mientras Paulina comparaba el original con la copia, él admiraba su hermosura, el fuego de sus ojos, y las gracias de su persona. Ya estaba impaciente por ver si su educación y su espíritu correspondían á un exterior tan agradable; pero cuando se disponía á decirle alguna cosa, viene el pintor que le hace muchos cumplidos y largas excusas sobre no haber acabado su retrato.

El Marques, que ya no tenía tanta prisa, lo interrumpió, y se acercó á ver el trabajo de Paulina. Era inteligente, y observó que no solo lo había retocado, sino que con cortos rasgos le había añadido mucha semejanza, dejándolo perfecto, pero no dijo nada. El pintor sorprendido también de las mejoras, explicó su admiración; pero el Marques para hacer durar el placer que sentía de ver los ojos de Paulina fijos sobre los suyos, y poder mirarla más á su gusto, fingió no estar contento. Halló muchos defectos tanto en la semejanza, como en el colorido y en el dibujo, y como todas estas críticas no eran justas, la linda discípula de Cano se burlaba de sus censuras.

El Marques á quien las vivezas de Paulina divertían mucho, no quiso

ceder, y afectando que hablaba de veras, le pidió seriamente que se pusiese á su lado, y que examinase atentamente sino tenia razon. Paulina consintió. Ella vuelve á hacer el cotejo, y despues de algun examen declara, que la semejanza es perfecta, y que no hay mas que hacer. El Marques se ostina, quiere que retoque el retrato todavia. Ella no cede, dice que retocarlo es echarlo á perder, y con su ingenua sinceridad, y algun enfado, concluye, que no lo hará. El dulce son de su melodiosa voz, la propiedad de sus espresiones, y la viveza de su mal humor, escitado por las injustas críticas del Marques, acabáron de encantarle. Pidió que á lo menos, Paulina ya que no quería retocar su retrato, sacase otra copia. Se lo prometió, y no teniendo ya pretesto para prolongar mas la visita, salió con disgusto de aquella pieza. El pintor lo acompañó hasta el coche, y le informó de quien era su discípula.

El acaso habia presentado á los ojos de Paulina uno de los jóvenes más amables de Madrid. Su presencia era muy agradable, y su nacimiento distinguido. Descendia de una antigua [92] y noble familia; pero que no era rica. Sus padres no le habian dejado mas bienes que las esperanzas de un pleito que sus abuelos seguían despues de muchos años, y que estaba para terminarse. Su pretension era que se le declarase heredero de una casa ilustre, que poseia cuantiosos mayorazgos, y si ganaba el pleito debia ser un hombre poderoso. Un pariente suyo, que lo queria mucho, era entónces Ministro, y como lo conocia y le estimaba, tenia mucho influjo con él. Así se veia rodeado de lisonjeros, y gozaba de todas las distinciones que procura una tan alta proteccion en la corte; pero su buen corazon no abusaba. Modesto por carácter, ni la lisonja lo adulaba, ni la prosperidad lo pervertia. Era generoso por gusto, y huia de la ostentacion. Su alma noble y delicada no estimaba su crédito sino podia hacer servicios y no deseaba riquezas sino para socorrer los infelices.

Así era muy estimado: su natural dulce y tierno le procuraba amigos, y él mismo deseaba tenerlos; pero se desconfiaba de su sinceridad; le parecia que los debia á su crédito, y al favor de que gozaba en la corte. Hubiera querido debérselos á sí mismo, y á la correspondencia de sus propios sentimientos. A los que reconocia aduladores los desdeñaba, y estos le hacian sospechar motivos de intereses en todos los que lo acariciaban.

Cuando el pintor volvió no dijo otra cosa á Paulina sino que era un señor muy distinguido y de mucho crédito en la corte, y ella con su natural candor le respondió: será lo que quisiere; pero es muy terco, y se mete á disputar sobre lo que no entiende. A pesar de este enfado se puso desde luego á hacer la nueva copia que le habia pedido el Marques. Este se aprovechó de la ocasion para ir á verla al otro día, y con el mismo pretesto se acostumbró á volver todas las mañanas. La sencilla Paulina no atribuia tantas visitas sino á su deseo de ver acabar su retrato. Su inocente corazon, que no distinguia los peligros, no era desconfiado, su feliz ignorancia no le dejaba conocer el riesgo en que la vista de un hombre amable puede esponer á una muger, y con la simplicidad de sus ideas no se alteraba su seguridad. La que no tiene la pretension de gustar, gusta sin que ella misma se aperciba; y el amor que procura esconderse se parece tanto á la amistad, que es fácil engañarse.

El Marques cada dia mas encantado de Paulina, veia con disgusto que

la copia se adelantaba, y que presto no tendria pretesto para volver. Entónces imaginó aprender á pintar, [93] y como Cano estaba muy enfermo, y condenado á morir presto de un mal incurable, se decidió que Paulina le daria las primeras lecciones. La jóven maestra empezó á enseñarle el dibujo. El dócil discípulo procuraba imitarla; pero ella se reia de su poca habilidad, y muchas veces le reñia, acusándolo de poca inteligencia; y quejándose de sus distracciones, le solia decir, mostrándole dos niñas que ella enseñaba, y que dibujaban en la misma pieza: estas dos criaturas se aprovechaban mejor de mis lecciones, y no tienen la cabeza tan dura.

Jamas el Marques habia pasado momentos tan dulces. Era mucha delicia para él conversar tan familiarmente con una muchacha de diez y siete años, que era tan hermosa, sin saberlo; tan modesta, sin afectacion; tan inocente, cándida y pura, y al mismo tiempo tan divertida, alegre y graciosa. Estaba encantado de ver que ni su distincion, ni su crédito le daban la menor sujecion. Que desde que lo veia manifestaba una satisfaccion sincera, y que su ingenuidad no le permitia mostrar mas que sentimientos verdaderos. Y cuando se veia sentado á su lado, cuando la llamaba su maestra, y la veia tomar una especie de autoridad, reprenderlo, darle con su lápiz sobre sus dedos, cuando él se esforzaba á corregirse, á complacerla y inspirarle alguna ternura, sin descubrirle su designio, todo esto era para el Marques una ocupacion tan interesante, que poco á poco se olvidó de todas las vanas diversiones, que el mundo llama placeres, y que no sirven más que de entretener á los ociosos.

Felipa, que por la enfermedad de su marido, se veia forzada á pasar algun tiempo en su casa, fué la primera que se apercibió del amor del Marques. Hasta allí habia tratado á Paulina con mucha indiferencia y frialdad; pero viendo que era querida de un hombre de esta distincion, mudó de conducta. Empezó á hacer muy buena cara al Marqués, le hablaba con mucho alhago. Tuvo el arte de dejarlo muchos ratos á solas con Paulina, como si fuera por acaso; en fin, ganó su confianza. Empezó tambien á tratar mejor á Paulina. Parecia pesarosa de no haber reconocido su mérito, y apreciar mas su amistad. Le hizo tiernas caricias; se informó de lo que habia menester, de lo que deseaba, y la satisfacía. Por este medio su situacion se hizo mas dulce, y su buen corazon agradecido olvidó presto la larga frialdad de esta muger. Despues de todo, ella no se habia apercibido mucho, porque siempre ocupada no pensaba en lo que la otra hacia, ni su indiferencia la habia hecho mal. Los defectos de otros, cuando no nos perjudican, no suelen chocarnos demasiado. [94]

Cano estaba ya en sus últimos días, y la certidumbre de su muerte hacia correr las lágrimas de su discípula. Tambien estaba inquieta de su propio destino. Tomasa estaba en un viage. Habia ido á consolar una amiga suya, que habia quedado viuda. Le prometió escribirle siempre, y le escribió en efecto, los primeros correos; pero despues de un mes no habia recibido carta suya. Paulina le escribió, esponiéndole su situacion, y pidiéndole consejo; pero tampoco recibió respuesta, y esto era un nuevo motivo de inquietud. Estaba enferma, ó no queria aconsejarla sobre el partido que debia tomar á la muerte de su maestro. Con su natural franqueza declaró sus temores á Felipa; pero esta le aseguró, que Tomasa estaba buena, y se quejó amorosamente de que se creyese en la necesidad de pedirle consejos. ¿Me crees, le dijo, capaz de abandonarte? ¿Quisieras tú

dejarme? No, Paulina mia, jamás nos separaremos. Yo partiré contigo lo poco que tenga.

Esto tranquilizó á Paulina, pero quedó picada de Tomasa, pareciéndole que la abandonaba en el momento en que necesitaba mas de su amistad. No ostante, no podia conciliar esta indiferencia con su carácter benéfico y caritativo, ni con las muchas pruebas que la habia dado de amor, y buena voluntad. Las caricias de Felipa, y las pequeñas comodidades que le procuraba, acabáron de ganarle el corazon, y su resentimiento fué menos vivo, porque su alma buena, amante y generosa no sabia conservar ningun movimiento desabrido.

Entónces llegó el tiempo en que el Marques debia ir á su regimiento, y esta idea lo abatia. Cuanto mas se acercaba el momento de partir, tanto mas parecia disgustado y pensativo. Paulina se apercibió de la mudanza de su humor. Le riñó por su silencio, y se enfadó de verlo tan distraido. Al fin le conoció su tristeza, porque pasaba el tiempo de la leccion en suspirar, en quejarse de un disgusto secreto, de una pena interior, y no aprovechaba nada. Paulina se enterneció, y con su candor natural le preguntó el motivo. El se escusaba. Ella insistió con mucha fuerza; pero viendo que no se lo queria decir, y que sus instancias lo entristecian mas, no se atrevió á porfiar, aunque no lo dejó de sentir. Se contentaba con mirarlo con ojos inquietos y curiosos, y viendolo siempre melancólico, no se atrevia á hablarle. Se decia á si misma. ¿Que tiene pues? Yo lo creia muy dichoso.

Pero miéntras ella estaba tan inquieta del dolor del Marques, este viendo el triste desamparo en que debia quedar [95] por la muerte del maestro, no podia disimularse que Paulina le habia inspirado un sentimiento demasiado vivo y peligroso, y sospechaba habérselo inspirado á ella; pero los estímulos del honor, y sus principios de religion lo habian determinado á no abusar jamas del ascendiente, que habia podido adquirir sobre una muchacha inocente é ingenua. Hasta allí habia gozado sin reflexion ni designio del dulce trato que le presentó el acaso, con una jóven tan interesante y amable. Y viendo ahora que el viage que estaba forzado á emprender hacia nulo su propio peligro, y que ella quedaba en el mas miserable abandono, no pensaba mas que en el modo de asegurarle una existencia independiente y honrada, y por solo el interes de hacerla feliz.

No estimaba mucho á Doña Felipa; pero no teniendo á la mano otro medio mas decente, se declaró con ella. Le pidió que si acaecia la muerte de su marido, no separarse de Paulina, que él le haria recibir una mesada para que la pudiese mantener; pero que le encargaba seriamente, que Paulina no supiese jamas la mano de donde venia. Este proceder era extraño, y nuevo para Felipa. No podia concebir que un amante, que era tan liberal, tuviese tanto empeño en esconderse: así le dijo: ¿cómo quereis que Paulina os ame, si vos le escondeis la pasion que os inspira, si no quereis que sepa el bien que le haceis? Sí, le respondió: deseo mucho que no lo sepa. Yo la amo mucho, pero no quiero seducirla. Yo quiero que sea libre, y no forzarla con mis beneficios á que me corresponda.

Felipa ofreció al Marques conformarse con sus intenciones, y guardarle secreto. Tambien le prometió escribirle, y darle cuenta de todo lo que Paulina hacia; y habiendo llegado la víspera del dia en que debia

partir, á la misma hora en que acostumbraba venir á tomar su leccion, Paulina recibió una caja muy rica en que estaba el retrato suyo que ella habia retocado, y un papel que decia así:

«Yo voy á partir, mi querida maestra, un deber indispensable me priva del gusto de veros, y aprovecharme de vuestras lecciones, pero no las olvidaré. En mi triste y larga ausencia, mi único consuelo será acordarme de ellas, y repasarlas: ocupaos algunos momentos en mirar ese retrato, y sacad muchas copias para multiplicar la imagen de un amigo que os ama tiernamente. No me olvideis. Yo fuera muy dichoso, si vos desearais verme.» [96]

Paulina se quedó tan sorprendida como apesadumbrada leyendo este papel. En la primera emocion se dijo: pero ¿porqué se va sin despedirse de mí, y sin haberme dicho nada? Despues volvió á leer muchas veces el papel, y estaba como picada de que le hubiera hecho tanto misterio. Poco á poco se enterneció, y la tristeza sucedió al enfado. Ya estaba acostumbrada á ver al Marques todos los dias, á hablarle, y pasar con él muchas horas, y de repente se veia privada hasta del placer de esperarlo. Sus ojos se llenan de lágrimas, y los fija largo tiempo sobre el retrato. No lo examina ya como pintura, y halló que el Marques tenia razon en no estar contento de la obra, y se decia: sin duda que estas son sus facciones, que esta es su figura; pero ¿dónde está el alma, el espíritu, y la gracia de su fisonomía? ¿Dónde estan sus miradas tan penetrantes, y al mismo tiempo tan dulces, que pintaban todos los hechizos de la amistad? ¿Cuántos rasgos delicados se me escapáron? ¿Dónde está su aire fino y tierno, su sonrisa graciosa y delicada, su aspecto tan lleno de grandeza y dignidad? Y en fin tantas gracias que derrama por todas partes. Diciendo esto tomó el pincel y empezó otro retrato de memoria, pensando que lo haría mejor.

Pero se vió obligada á interrumpir este trabajo por la muerte del pobre Cano. Paulina, que lo amaba mucho, lo lloró amargamente, y su viuda por no verse entre lutos y tristezas, se apresuró á dejar aquella casa, y encargando á un pariente el cuidado de todo, desde que pudo retirarse con decencia, se fué con Paulina á Aranjuez, donde halló una casa muy linda, y todo lo necesario para estar bien. Paulina lloraba todavía; pero el aspecto magnífico de este Sitio encantador, sorprendiendo todos sus sentidos, empezó á calmar su disgusto. Poco á poco las habitaciones, los jardines, el esmalte y perfume de las flores, y en fin la vista de tantas hermosuras acabáron de serenarla. Estaba encantada, y decia á Felipa: ¿quién te ha prestado esta casa tan linda? ¡Dichosos los que viven aquí!

Si para ser dichosa te basta vivir aquí, siempre lo serás porque sabe que esta casa es mia, y que ahora soy rica, y con este motivo le contó una historia fingida de una herencia que habia hecho. Como Paulina no conocia los usos, ni las cosas del mundo, la creyó fácilmente. Se contentó con darla la enhorabuena, y le quedó muy agradecida, porque Felipa la ofreció hacerla gozar de las ventajas de su nueva fortuna. En efecto la dió el mejor cuarto de la casa, la hizo vestir lucidamente, quiso que tuviese una criada. Despues la hizo tomar [97] maestros de baile y de música, y Paulina hacia grandes progresos en todo. El deseo de dar gusto á Felipa, á quien debia tanto, la hacia aplicarse, y la esperanza de que el Marques la encontrase á su vuelta mas instruida, mas amable, y mas digna de su amistad, no era el menor estímulo de su aplicacion.

El Marques habia concertado con Felipa todo lo que esta hacia. Cuando partió se había propuesto escribir con frecuencia á Paulina; pero habiendo experimentado, que no podía escribirla, sin que sin sentir su pluma, se abandonase á toda la ternura de su corazon, despues de haber empezado y roto muchas cartas, se resolvió á contentarse con recibir las cartas de Felipa. Esta le instruia todos los correos de la salud de Paulina y sus ocupaciones, y supo con mucho placer los progresos que hacia. Pero dos personas de carácter diferente, no pueden estar contentas en la misma situacion. Felipa á fuerza de ver los mismos objetos, se empezó á cansar. Como sus diversiones se reducian á paseos, y que allí no tenia ni comedias, ni las grandes concurrencias, ni las visitas, ni el trato de sus amigas tan frívolas y necias como ella, empezó á sentir la falta de todo esto, y como á arrepentirse de haberse obligado á una vida tranquila, muy contraria á su gusto, y solo la sostenia el dinero que sacaba de su condescendencia, y la esperanza de que á la vuelta del Marques todos se volverian á Madrid.

Paulina por el contrario, acostumbrada al retiro vivia contenta, todo la divertia. No solo las artes la repetian siempre espectáculos interesantes y agradables, pero la naturaleza misma no le agotaba sus hermosuras. Los apreciables rayos de la Aurora, las noches serenas de un brillante dia, los bosques, los prados, el canto de los pájaros, y las producciones variadas de la tierra, eran para ella objetos de placer, ó asuntos de meditaciones deliciosas. La memoria del Marques animaba su corazon sin turbarlo. Gozaba de la dulzura del sentimiento, sin amargarla con la fuerza de la pasion. Deseaba ver al Marques, pero sujeta siempre á la razon, este deseo no era impaciente, ni le producía movimientos penosos. Así nada alteraba su felicidad.

Cuando una alma siente que está bien, no va mas adelante. Una situacion dichosa no provoca á reflexionar, porque nadie se atormenta por conocer la causa de la dicha que tiene. El bien estar nos parece un estado natural. Es su interrupcion la que nos turba, la que nos agita. Las desgracias son las que nos instruyen, las que estienden nuestras ideas, [98] las que dan inquietud al alma, y actividad al espíritu, porque el dolor nos obliga á buscar en nosotros fuerzas para sufrirlo, ó recursos para desviarlo.

En fin llega el Otoño. El Marques vuelve á Madrid, y despues de haber cumplido con lo que debia, se fué á Aranjuez, y se dirige á la linda casa que habia procurado á Paulina. Esta estaba sola, y desde que oye el nombre del Marques, da un grito de alegría, se levanta, vuela para encontrarlo, le hace muchas preguntas, le da otras tantas quejas, y le muestra con su ingenuidad todo el gusto que siente de volverlo á ver. El Marques conmovido, y penetrado de tan afectuoso recibo, se queda suspenso, y está algun tiempo sin poder hablar. Contemplaba á Paulina con tanto asombro, como satisfaccion. Hasta allí no la habia visto mas que con un traje aseado, pero simple, y sin deber sus encantos mas que á la frescura y la perfeccion de su hermosura natural. Pero entónces la veia vestida con todos los adornos de la moda, y con todas las gracias de las artes.

Por otra parte, el despejo de sus movimientos, la nobleza de su presencia, y la dignidad decorosa que sienta tanto á la hermosura inocente, le inspiráron una especie de respeto. Le pareció verla por la

primera vez, y que nunca la habia visto tan hermosa, y estos sentimientos fueron tan vivos, que el Marques pasó muchos dias con ella, sin poder sacudirse de un aire tímido y embarazado. Ya no se atrevia á llamarla su maestra. Ya le costaba mucho tomar con ella su antiguo tono, alegre y familiar. Y en fin pasó momentos de pena y sujecion. Pero al mismo tiempo le consolaba ver gracias tan simples, y alagos tan sinceros. El ingenuo corazon de Paulina le dejaba ver en sus ojos las espresiones del amor, con todos los hechizos de la inocencia.

Todavia no se habia finalizado el pleito de que dependia su fortuna, y miéntras no se terminaba, no podia tomar partido. La necesidad de no disgustar á un pariente, á quien debia tanta gratitud, el temor de los discursos del mundo, y de las opiniones recibidas eran otros tantos ostáculos que lo separaban de Paulina, y su razon sana y decorosa, no pensaba en forzarlos. Pero cada dia su pasion se aumentaba, y cada dia era mas visible el amor de Paulina. Ya no se podia desconocerlo. Ya no se podia disimular, que habia encontrado el corazon que podia hacerlo feliz únicamente. Pero la diferencia del nacimiento le quitaba toda esperanza de obtenerla por medio de un matrimonio, y la honestidad de su alma, y la [99] severidad de los principios religiosos, no le permitian envilecer una jóven tan pura y estimable, ni comprar su honor con sus beneficios. Pensó muchas veces en no verla, creyendo que este seria el medio de distraerlo; pero cuando se repretaba la dureza del remedio, le repugnaba, y cuando pensaba en el placer que recibia Paulina con su presencia, y la pena que con su ausencia sufriría, no tenia valor para resolverse.

Esta idea fué tan poderosa en su corazon, que fijó sus vacilaciones, y se determinó á no mudar de conducta. Es verdad que Paulina no veia en el mas que un amigo sincero, continuo y obsequioso, que no pensaba mas que en divertirla, y se contentaba con el placer de agradarla. Los momentos que estaban juntos pasaban rápidos. Aunque no se daban mas que por amigos, sus corazones sentian que eran amantes, sus labios no lo articulaban, pero con los ojos se lo repetian. Su deseo de agradarse era recíproco, y tan vivo en el uno como en el otro. Las mas tiernas finezas, las mas delicadas atenciones fomentaban este comercio íntimo. Al Marques le bastaba para ser feliz, y la inocente Paulina, que no tenia otra idea, tampoco tenia ni más ambicion ni mas deseos, y gozaba de tanta dulzura, sin temor ni inquietud. Pero su desgracia turbó tanta tranquilidad, y haciéndole perder su feliz ignorancia, estuvo para hacerle perder toda su dicha.

El invierno se acercaba, y el Marques tenia que estar en Madrid para hacer las diligencias de su pleito, y para ver á Paulina con mas facilidad, le propuso que viniese tambien. Paulina que no deseaba mas que darle gusto, consintió desde luego, y Felipa, que despues de la ausencia de la Corte se cansaba mucho, recibió esta proposición con ansia. El Marques hizo pues alquilar una casa pequeña, pero cómoda, y las llevo allí. Al mismo tiempo la hizo dar vestidos mas lucidos por mano de Felipa, y como si vinieran de ella. Paulina los admitia como pruebas de su amistad, pero no mostraba mucho calor en vestirlos, y mostrarse con ellos. Como no deseaba parecer bien á los hombres, ni causar envidia á las mugeres, no daba á las galas todo el precio con que estas las estiman por lo comun. No ostante, un dia que Felipa supo que el Marques iba al sitio, y que no volveria hasta muy tarde, la pidió que se vistiera con los nuevos

arreos, y la llevó á la comedia. Su designio era inspirarle gusto á los placeres que ella preferia, y obligar al Marques á que les dejase gozar de ellos.

La novedad de los objetos fijó toda la atencion de Paulina. [100] Sorprendida y embelesada con lo que veia, no se apercibió que el patio, los palcos, y la luneta tenian los ojos sobre ella, y que todos parecian tan encantados de verla como espantados de no conocerla, ni saber quién era. Como vieron la presencia decente de Felipa, acompañada de una muchacha muy bien vestida, que parecia muy modesta, y de una figura muy noble, se figuráron que eran dos señoras madre é hija, que acababan de llegar de alguna provincia. Todo el tiempo que duró la comedia, los ojos del público no se apartáron de Paulina; y cuando acabó y salió de su palco, se vió cercada de todos los jóvenes majos que querian verla de mas cerca, y que la fastidiáron con sus alabanzas venales, y sus ofrecimientos importunos.

Paulina se desembarazó de ellos, pero como estaba ya en la puerta exterior para tomar la calle, ve pasar á Tomasa, que iba con otra muger. Verla, gritar, correr hacia ella, echarla los brazos, y decirla, Tomasa mia, mi querida Tomasa, fué todo un instante, y con movimiento tan rápido, que Tomasa no pudo ni prevenirla ni detenerla; pero embarazada, y como corrida del encuentro, la recibió con mucha frialdad. Procuraba alejarla de sí blandamente, y con voz baja la decía: ya se acabó ese tiempo. ¿Porqué ahora tanto calor, después de tanto olvido? Déjame tranquila. Ya no podemos andar juntas. Yo debo cuidar de mi reputacion, y tú no sentirás perder una inútil amiga. -¡Perder mi amiga! ¿Y porqué la perderé? ¿Qué he hecho yo para perderla? ¿Qué, querida Tomasa, ya no me quieres, y tienes el valor de decírmelo? -Yo te quiero siempre; pero amable y mal aconsejada amiga ¿cómo es posible que yo te vea, después que?... ¿Quién me hubiera dicho, que la virtuosa Paulina podia?... Muy guapa te veo; pero estabas mil veces mas hermosa cuando eras inocente. Paulina queria responderla, pero la muger que acompañaba á Tomasa la llamó, y esta se fué con celeridad. Paulina quedó petrificada, inmóvil, y sin acertar á dar un paso.

Felipa no se habia atrevido á acercarse, ni hablar á su cuñada; pero viendo que se alejaba, fue á tomar á Paulina por la mano, y la llevó á su casa. Tampoco se atrevia á preguntarle nada, y esperaba que ella hablase la primera, para juzgar por sus discursos lo que le habia dicho. Tomasa la parecia imposible, que en tan corto tiempo hubiera podido decirle mucho; pero Paulina no hacia mas que gemir y suspirar. Todos sus pensamientos se ocupaban en repetirse las palabras de Tomasa, y en penetrar su sentido. Se veia sumergida en un abismo de ideas, sin poder detenerse en ninguna [101] que la tranquilizase. ¿Porqué está Tomasa disgustada conmigo? ¿Qué quiere decir esas palabras interrumpidas y enigmáticas? ¿Porqué se ha mudado tanto mi mejor amiga? ¿No es ella la que ha sido depositaria de lo que me ha dejado la generosa Doña Clara? ¿No es ella la única que se interesaba por mi? ¿Qué he hecho yo para desmerecer su amistad?

Luego haciendo otras reflexiones, decia: lo que parece le enfadaba mas era verme tan guapa; y dice, que yo estaba mejor cuando era inocente; pero yo lo soy todavia. ¿Qué es pues lo que imagina? Pero puede ser que no me crea inocente porque piensa que yo no debia dejarme poner tan guapa:

que los adornos no me convienen: que este traje puede atraer los ojos sobre mí, recordar mi antigua pobreza, y despertar la envidia. Tiene razon, los pobres no deben salir de su esfera. El retiro y el trabajo son su único recurso, y la que como yo tiene una buena amiga, que me da todo lo que necesito, no debe aceptar mas que lo necesario; y la que lo superfluo, es ridícula y despreciable. Tienes razon, Tomasa: si este es el motivo de tu enfado, yo te lo quitaré presto, y no me costará mucho dejar unos adornos que no me ponía mas que por agradecimiento.

Pero, ¿qué te importan, la decia Felipa, las chocheras y ridiculeces de Tomasa? ¿Por ventura, dependes de ella? ¿Tiene ningun derecho ni autoridad sobre tí? Tomasa es siempre loca y estremada. Afecta ser rígida y severa, pero es porque siempre ha sido fea, y porque ahora se ve olvidada sin que nadie le haga caso, ¿y en qué se mete ella? Es mucha desvergüenza que no tenga á bien que yo te vista como se me antoje. Te confieso que me diste mucha pena cuando te ví correr á hablarla tan desalada. Porque esa muger me aborrece, y siempre ha estado envidiosa de mí: siempre me ha querido gobernar. Pero después de la muerte de mi marido yo he sabido tenerla á raya: si yo la hubiera dado entrada, hubiera querido gobernarnos á tí y á mí, pero la he sacudido, cerrándola la puerta de mi casa. Bien se que se ha irritado mucho, ¿pero qué me importa? Jamas hubiera consentido en que te asearas, ni en que nos divirtieramos.

¿Tú le has cerrado la puerta de tu casa? le pregunta Paulina sorprendida. -Sin duda, y sin eso no nos hubiera dejado sosegar. -¿Qué me dices Felipa? -La verdad, ¿pero porqué lo sientes tanto? ¿Qué es lo que te puede afligir? Si pierdes una amiga regañona, difícil y severa, ¿no tienes en mí otra que no piensa mas que en darte gusto? Me parece que no has perdido nada en el trueque, y despues de lo que hago por tí, [102] me da mucho pesar que no te contentes conmigo, y qué sientas tanto perder una muger que es mi enemiga, y que no hiciera mas que incomodarnos. Gocemos, pues que Dios nos las da, de las comodidades que tenemos, y que tanto lastiman los ojos envidiosos de Tomasa; y te pido, Paulina mia, que si otra vez te encuentras con ella no la hables, que hagas como que no la ves. Tú me debes esta condescendencia, y yo la exijo de tu amistad.

Paulina no se atrevió á replicarle por entónces, pero quedó muy triste, y toda la noche la pasó agitada con diferentes reflexiones. ¿Porqué Felipa le habia asegurado siempre que su cuñada estaba ausente? ¿Porqué la aborrecia tanto? Miétras vivía Cano no se buscaban, pero ella habia visto que vivían bien. ¿Porqué ahora tanta oposicion de humores? ¿Cómo era posible que Tomasa, que era tan buena, y la queria tanto, pudiera oponerse á cosas que podían serle útiles? ¿Cómo Felipa llamaba regañona, difícil y envidiosa á Tomasa, cuando ella sabia que era una muger dulce, indulgente y cariñosa? Todo esto le parecia tan difícil de conciliar, que Paulina, á pesar de su candor, empezó á sospechar algun misterio en la conducta de Felipa. Esta idea le inspiró desconfianza, y una especie de temor: con todo, le pareció que era preciso dar á Felipa una prueba de deferencia, si la ocasion se presentaba.

Pero no le fué posible sosegar su interior, y quedarse en esta duda. Le parecia haber visto en los ojos de Tomasa una especie de desprecio, y aun de indignacion. Es pues necesario, se decía, que le hayan contado alguna cosa contra mí, y que me hayan puesto mal con ella. La primera idea

que le ocurrió, fué que quizás le habrían dicho que ella fomentaba la desunion entre las dos cuñadas. Este pensamiento se apoderó de su espíritu. No dudó que esta era la causa del enfado de Tomasa, y como Paulina no estaba acostumbrada á moderar el ímpetu de sus movimientos, esperó el día con impaciencia. Se puso una basquiña y mantilla, deja á Felipa en su cama, y habiendo sabido de una criada donde vivia Tomasa, corre á buscarla.

Tomasa sorprendida con una visita que no esperaba, la pregunta qué es lo que la trae. Paulina la responde, que el asunto mas importante de su vida. Yo vengo á ver, le dice, si la amiga de mi corazon, si la tierna y generosa amiga, que era tan sensible á mis desgracias, cuyo corazon estaba siempre abierto á mis penas, y cuya mano enjugaba mis lágrimas, ha perdido enteramente la memoria. Vengo á saber ¿porqué ayer [103] me ha afligido y tratado tan mal? ¿Porqué ha dejado de quererme? Vengo á saber ¿qué es lo que he hecho para desmerecer su amistad? Yo me quejaba ántes de su descuido, de su olvido, ahora tengo que quejarme tambien de su injusticia: ¿cómo es posible que Tomasa se haya mudado tanto? Y tomándola entre sus brazos, la decia con la espresion mas afectuosa: explícame ¿cuál es mi culpa, y porqué te enfadas de la feliz situación en que me veo?

¡Tú llamas, Paulina, feliz tu situacion! ¡Pobre Paulina! Una palabra sola bastaria para desengañarte, y hacerte ver la reputacion que tienes en el mundo: pero es inútil que yo te la pronuncie, y pues estás tan bien hallada con esa situacion, ¿á qué vienes aquí? No me hagas hablar. Ya te he dicho bastante para que me entiendas. -¿Pero cuál es mi delito? Porque me hablas con esa sequedad? ¿Qué hago que merezca tu enojo? -Esas preguntas me espantan y confunden: ¿Tú te atreves á preguntármelo tan desentendida, con ese tono tan sereno? ¿Tú quieres que yo ensucie mis labios con horrores tan indecentes y repugnantes? Alejándote de la virtud, has perdido hasta su memoria, ¿y no te queda la menor idea de pudor? Pero ya veo que bajas los ojos, y que los colores se te asoman. Al fin, un resto de vergüenza te queda todavía. ¿Cómo has podido sacudirla de tu corazon?

Yo me avergüenzo de tus palabras, y no de mis delitos. Yo soy la misma que era, y nadie puede baldonarme nada. Tú me acusas de haberme alejado de la virtud, y de haber perdido hasta la idea. ¿Quién te lo ha dicho? ¿Porqué me acusas con tanta dureza? -Yo no te hubiera creido capaz de una firmeza tan desvergonzada, y te pido que acabemos esta conversacion, porque temo que me obligues á decirte la impresion que tu conducta me produce. ¡Ay Paulina, Paulina! ¡Qué diferente estás de lo que te dejé! Es desgracia perder la virtud, pero es infamia no avergonzarse, y hacer gala del propio deshonor. Tú se lo has sacrificado todo á la riqueza, pues ni siquiera te ha dejado decencia para correrte del estado vergonzoso á que te ha conducido.

Aquí Paulina no pudo mas, y deshaciéndose en dos fuentes de llanto, le dice con una voz alterada y compungida. ¡Qué! ¡Tomasa, la buena, la indulgente Tomasa, me trata con esta indignidad! ¡Me dice que mi estado es vergonzoso! ¡Que ni siquiera tengo decencia, y que la he sacrificado á la riqueza! ¿Qué quiere decir todo eso? ¿Qué es pues lo que he hecho? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿En qué ocasion? ¿Qué mas pudiera decir á la mas [104] vil de las mugeres? ¿Pues qué me tienes por alguna infame? ¿Me quieres dar á

entender que he cometido los mayores delitos?

Tomasa conmovida con las lágrimas de una jóven que habia querido tanto, no pudo escitar su dolor sin sentirlo. Su indulgencia natural la inclinaba á disculparla, y echar toda la culpa á su cuñada: pero aunque hubiese sido la seductora de una jóven crédula y fácil de ser engañada, siempre habia habido de la parte de esta consentimiento, y ahora creia ver en ella osadía y descaró. Se quedó un rato pensativa, y despues tomando la mano de Paulina, la dijo con resolucion: dime la verdad, y respóndeme sin titubear: ¿porqué no has respondido á mis cartas? ¿Porqué cuando mi hermano estaba enfermo, y te escribí ofreciéndote en mi casa un asilo decente y agradable, no quisiste admitirlo? Y en fin ¿porqué me hiciste escribir, que no necesitabas de nada, y que no me inquietara de tu conducta?

Paulina no pudo oir estas preguntas sin asombro; pero al fin procuró satisfacerlas todas, y en sus respuestas le descubrió que léjos de haber recibido sus cartas, se quejaba de su ninguna correspondencia. Esto bastó para hacer comprender á Tomasa, que las habian interceptado, y que habian engañado a Paulina, y por todos los otros discursos no pudo dudar que Felipa estaba de inteligencia con el Marques, y que ambos habian contribuido á su seduccion. Este descubrimiento no le quitó su pena, pues aunque no dudase que Paulina habia sido conducida, era cierto siempre que su comercio con el Marques subsistia. Así volviendo á ella, le dijo: veo Paulina, que las dos hemos sido engañadas. Dos pérfidos se han burlado de mi poca malicia, y de tu simple credulidad.

Sin duda han ocultado nuestras cartas, para cortar nuestra correspondencia. Pero ¿de qué sirve conocer esto, si el daño ya está hecho, y no es esto lo peor, sino que tú pareces contenta y te tienes por dichosa? Desde que te estás en esta disposicion no comprendo ¿por qué vienes á verme? Yo no puedo esperar volverte á tus antiguos principios. La que una vez ha gustado de las dulzuras de la opulencia, no se priva de ellas fácilmente. Tampoco tendrás valor para abandonar tu pérfido Marqués, para restituirle sus dones interesados, y huir de este hombre vil, y despreciarlo. -Pero ¿porqué huirlo ni despreciarlo? Tomasa, el Marques no merece los nombres que le das. Es hombre de bien, muy buen cristiano, y cuando le conozcas, le estimarás, y le verás con otros ojos. [105]

Tomasa se quedó espantada con este discurso, y le volvió á decir: Paulina, tú me aturdes, y no puedo entenderte. ¿No recibes las visitas de este hombre? ¿No viene todos los dias á tu casa? ¿No estás á solas con él la mayor parte de tu vida? ¿No es verdad que le amas con delirio, pues no quieres dejar un comercio tan vergonzoso, y que te deshonra? Si la sola idea de separarte de él te amotina y aflige, si á la primera palabra que te digo me respondes con un grito de dolor, es claro que le amas, que gustas de él, y que no piensas en dejar su amistad. Y si esto es, ¿á qué vienes? ¿Pretendes justificar conmigo tu indecente conducta, ó esperas que yo la apruebe? Ya me conoces: tú no conseguirás lo primero, y yo moriré ántes de lo segundo. ¿A qué vienes pues? ¿Qué es lo que quieres de mí?

Paulina siempre inocente, y sin la menor idea de malicia, la vuelve á decir atónita: tú me dices que la amistad del Marques me deshonra. Yo no creia que la amistad pudiese deshorrar jamas. Yo no creia eso mas que del impuro amor. Sin duda que viene todos los dias á mi casa, que está á solas

conmigo; pero ¿cómo no ha de estar á solas, si ninguna otra persona me viene á ver, si él es mi único amigo, mi único conocimiento? Ya sabes que yo me he criado en un retiro, sin tratar ni conocer á nadie, acostumbrada á ocuparme siempre, no sentía la necesidad de divertirme, ni el deseo de tener amistades. Felipa tenía otro gusto, amaba mucho las diversiones y las gentes; pero desde el día en que tuvo la grande herencia que la ha hecho tan rica, no ha pensado mas que en vivir conmigo, y desde entonces... -¿Cuál es la herencia de Felipa? -¿Y cómo lo ignoras? Entónces le repite la historia que Felipa la habia fingido. Sin apercibirse de la sorpresa de Tomasa, continúa: tú me das en cara con la amistad del Marques; pero si tú le conocieras, tú le amaras, como yo lo amo. Sin duda, que la idea de huirle, de no verle, de despreciarle, me repugna y me lastima el corazon, porque se ha entablado entre nosotros una dulce confianza, una deliciosa intimidad, que hace toda mi dicha, y creo tambien que hace la suya. Te confieso que su presencia me causa un embeleso, que leo tambien en sus ojos que está contento: pero todo esto es un instinto secreto de nuestros corazones. Yo le miro, unas veces como el hombre con quien el cielo me suple la falta de un padre, que no he podido conocer; otras veces me parece un hermano, que me quiere, que yo amo, y otras un amigo tierno que Dios me da para que me sirva de apoyo en este mundo. ¿Y tú quieres que yo sea tan ingrata, tan feroz, tan desalmada que huya, desprecie y trate mal á un hombre [106] que me hace tanto bien, y que no pretende de mí mas que sentimientos puros y nobles?

Cuando Tomasa oyó este discurso dicho por la sincera Paulina, le rayó una luz de esperanza, y creyó que todavía podia estar inocente. Levanta las manos al cielo, y con voz entre tímida y consolada, la dice: querida Paulina, ¿será verdad...? ¿Es posible que el cielo te haya sostenido, y que conserves todavía tu inocencia? En el delirio de su alegría la toma entre sus brazos, la aprieta contra su pecho, y se decia á sí misma. No, si el amor de Paulina fuera delincuente, no lo confesara con tanta libertad. Puede ser que hasta ahora no la han hallado bastante pervertida, y esperan á que lo este mas para corromperla. Quiza el cielo me la envía todavía á tiempo para preservarla.

Desde entónces mudando de tono, y dejando la severidad, empezó á preguntarla con dulzura, y á fuerza de preguntas y respuestas llegaron á entenderse. La conducta del Marques asombraba á Tomasa, pero no se fiaba. Entónces esplicó á Paulina sus temores y desconfianzas, y la ingenua Paulina se asombró mas cuando supo el precipicio á que su conducta podia conducirla. ¡Qué! decia, ¿es posible que atenciones tan delicadas y tiernas, que tantos beneficios derramados sobre mí con tanta profusion y secreto, no tengan mas objeto que quitarme un bien, que todas las grandezas y riquezas del mundo no me pudieran reparar! No, mi Marques no es capaz de esta iniquidad.

Pero Tomasa entró en largas conversaciones con ella, le abrió los ojos, y la descubrió su peligro. La dijo que los hombres eran muy pérfidos, muy astutos, y que disimulaban largo tiempo para conseguir sus malos instintos. -No, no compares a esos malvados con mi Marques. No, no le atribuyas tan malas intenciones. Yo apostaré mi vida que jamas ha pensado en seducirme, que su buen corazon no quisiera hacerme despreciable y desdichada, y que su aficion es tan pura como la mia. Ay, Tomasa, si le

vieras... si le hablaras. -Pues bien, si quieres yo le veré, y le hablaré. Yo deseo que su amistad sea tan desinteresada y pura como dices. Pero cuando lo fuera, ¿quién lo querrá creer? ¿Cómo podrá justificar su imprudencia? ¿Porqué te hace vivir en una casa que él paga? No es esto decir que dependes de él? ¿Y porqué te tiene tan encerrada sin que nadie te vea? ¿No es dar á entender que vives para él solo? Es verdad que te ocultaba sus dádivas; ¿pero puede ocultarlas á los otros? Todos saben que Felipa no tiene nada, y sus antiguas [107] amigas, de quienes se ha retirado, viéndola con tanto tren, se han informado de todo, y no hacen otra cosa, que hablar contra ella, y contra tí.

Despues de esto los amigos del Marques y sus parientes no pueden dejar de saber lo que hace. Tus criados y los suyos lo ven, y dirán que todo el dia está encerrado contigo. De aquí ya puedes discurrir cuántas ideas malignas y groseras correrán; y cuánto la malicia y la envidia añadirán á la verdad. Ya has visto que este rumor ha llegado hasta mí, y que yo que te conozco mejor, te creia culpada, discurre lo que pensarán los demas. En fin, Paulina, tú dices que el Marques es tu amigo, y yo digo que no lo es; porque el hombre que prefiere su entretenimiento, su diversion y sus placeres á nuestra reputacion, no es ciertamente nuestro amigo: su amistad no es pura, pues... ¡Pero tú lloras, tú te agitas, y ni siquiera me escuchas!

Demasiado te escucho, Tomasa, y no quisiera entenderte tanto. Tú acabas de quitarme la paz del alma, tú acabas de destruir toda la felicidad de mi vida. ¿Porqué me has arrancado mi agradable ilusion? Y ocultando su cara inundada en llanto en el seno de su amiga, la decia con sollozos: perdóname, Tomasa, perdona la violencia de mi dolor: no me es posible contenerla. Conozco que tienes razon, y no puedo dejar de agradecer tu buena voluntad: ¡pero tú me haces ver una luz tan funesta, tan triste, y mi error me hacia tan dichosa! ¡Ah! ¡qué yo aborrezco al mundo, sus usos, su malicia, y sus injustas y odiosas censuras! Pero ¿qué me importa ese mundo en que no vivo? ¿He de sacrificar toda mi felicidad á sus malignas intenciones? ¿Qué me importan sus juicios falsos y temerarios, cuando estoy inocente, y mi corazon no me condena en nada?

Tú me afliges, Paulina, le volvió Tomasa á decir, porque veo que quieres con demasía á tu Marques: pero ¿porqué te acongoja tanto? ¿Porqué todos esos lamentos y despechos? ¿Tú eres libre, tú eres dueño de tí misma? yo no tengo ni autoridad ni derecho para darte ninguna sujecion: yo no tengo medios para privarte de esa felicidad que tanto estimas: has cuenta que no te he dicho nada: olvida que me has visto: pierde hasta la memoria de mi amistad, y de mis inútiles esfuerzos: anda á consolarte con esa vil muger, que contribuye á tu felicidad pasagera; pero no te quejes de mí: yo no he podido dispensarme de hacer lo que la amistad, la Religion y la conciencia me imponen. Cuando abras los ojos agradecerás mi celo, y entónces te quejarás de esa muger inconsiderada, que es la verdadera causa de tus penas, y quiera Dios que no lo sea de tu vergüenza y tus remordimientos. [108]

¡Ay, Tomasa! tú me destrozas el alma: ¡qué amargura viertes en mi corazon! ¡Tú temes que yo llegue á la vergüenza y los remordimientos! ¡Tanto desprecias á tu pobre amiga! No te ofendas de mis quejas: yo soy débil, y quizás injusta; pero escúsame, porque el dolor me oprime, me

abate, y estoy fuera de mí. Tú me has hecho sentir, que aunque mi conducta sea pura, debo respetar mi reputacion: que esa muger recibe los dones del Marques, y me os oculta, y que todos tienen razon de pensar mal de mí. No me propongas pues que yo vuelva con ella, y yo no quiero fiarme en adelante mas que en tus luces, tus consejos y tu amistad. Yo no siento perder la comodidad con que vivia, ni la fortuna que esta muger me procuraba. Yo la recibia sin ardor, y sólo por darla gusto.

Pero, Tomasa mia ¿cómo es posible abandonar á este querido amigo? ¿A este amigo tan tierno, tan sincero, y que hasta ahora ha sido tan desinteresado? ¿A este amigo generoso, que me llenaba de bienes, con la delicadeza de ocultarme su mano, y sin exigir nada de mi gratitud? ¿A este amigo tan amable y tan querido, tan digno de mi amistad y mi correspondencia que me habia acostumbrado á la dulzura de verle, de hablarle, y estar siempre conmigo? ¿Podré tener valor para afligirle, inquietarle, huirle, dejarle duramente y causarle los mismos tormentos que yo siento?

¿Y quién te dice nada de eso, Paulina? Al contrario, debes verle, hablarle, explicarte con él, y hacerle sentir la necesidad en que estás de separarte de una muger de tan mala reputacion: tú le dirás que no lo sabias; pero que estando ahora mejor instruida, no puedes vivir mas con ella, sin peligro de la tuya propia, y entónces podrás recibir las visitas del Marques, sin necesidad de perder las dulzuras de su inocente amistad; porque entónces ya no vivirás de sus beneficios, y retirándote á un convento, ó en cualquier otro retiro decente, nadie puede quitarte el consuelo de cultivar una amistad, que es tan dulce para tu corazon. Yo creo pues que debes escribirle al instante, pidiéndole que venga aquí. En la primera conversacion yo conoceré sus intenciones, y si son buenas, no desaprobará mis consejos; pero despues de todo, si no le gustan, tú serás siempre dueña de hacer lo que te parezca.

Vamos, responde Paulina. -Pues la virtud y mi reputacion exigen este sacrificio, yo estoy pronta á todo: toma una pluma, y con la mano trémula escribe este papel. «Acabo de saber lo que es, y la reputacion que tiene Felipa entre las personas virtuosas. [109] Yo no volvere pues á casa de esa muger. Se me ha hecho ver tambien, que vos que despues de un año veo con tanto placer, que estimo y amo tanto, podeis ser un hombre pérfido, y tener malas intenciones: yo no lo puedo creer. Si esto no es verdad, y si podeis justificaros con una muger respetable, que es mi antigua y verdadera amiga, venid á casa de Tomasa donde estoy. Yo os aguardo en ella con impaciencia, y espero hallaros digno de todo el amor que os tengo». Al instante el Marques obedece, y se presenta á Tomasa con aquella serenidad que inspira la certidumbre de no haber violado las leyes del honor.

Se sorprende de hallarla sola, porque Paulina sintiéndole venir se habia retirado á otra pieza desde donde podia oirlo todo; y esta fué la primera vez que la persona del Marques la produjo una sensacion mezclada de inquietud. Sintió que temia su presencia, y que deseaba esconderle los movimientos de su corazon. Desde que Tomasa echó la vista sobre el Marques, no estrañó que una presencia tan agradable hubiera hecho una impresion tan fuerte sobre una jóven sin malicia, que no sabia el riesgo de las pasiones, y que estaba acostumbrada á no seguir mas que las inspiraciones de su propio gusto. Le admiró, y deseaba que su natural y

sus costumbres correspondiesen á tan amable exterior. Despues que le hizo sentar, le dijo así.

Vos extrañaréis, señor, que sin autoridad ni derecho yo pretenda forzaros á una confianza, que quiera penetrar vuestros secretos, y os pida la esplicacion de una conducta, que no puede ser justificada sino por algun motivo secreto; pero el interes que me ha inspirado Paulina por haberla criado, y porque la amo con todo mi corazon, me autorizan á este atrevimiento. Dignaos pues de decirme cuáles son vuestras intenciones. -En verdad, señora, que no me es posible satisfaceros, porque yo mismo no lo sé, y lo único que puedo responderos es, que no tengo ninguna. No concebiréis jamas cuánto me embarazais con una pregunta, que me he hecho mil veces á mí mismo, sin poder jamas satisfacerme. El único sentimiento que hallo en mi corazon es desear la felicidad y el bien estar de Paulina. Me he ocupado en los medios de hacerla dichosa. Esto es todo lo que sé de mí, y no me conozco otras intenciones. Me atreveré yo á preguntaros ¿si hallais en mi conducta algo que os parezca ménos decente, y que sea digno de vuestra desaprobacion?

Siento mucho, señor Marques: sí, siento mucho que un hombre como vos pregunte si su conducta es digna de censura, [110] cuando espone la reputacion de una pobre muchacha, que no tiene mas bienes que su honor. Decidme, señor, ¿quién os ha dado el derecho de separarla de mí, de privarla de mis consejos, y de inducir-la á dejar un estado pobre, pero tranquilo y honrado, para hacerla gozar de las dulzuras de una opulencia pasagera? Vos la habeis acostumbrado á gozar de ella, y la esponeis á que por continuarla, sacrifique la honestidad de sus costumbres. ¡Qué! ¿vos no os baldonais nada, cuando os habeis divertido en inspirarla una pasion, que la pondrá en la triste necesidad de ser culpada, ó infeliz?

Confieso, Señora, que vuestra reflexion me turba y aflige: confieso que la merezco, y que me la he hecho muchas veces á mí mismo. Reconozco que en la situacion de Paulina y la mia, yo no debia ni dejar tomar fuerzas á mi inclinacion, ni fomentar en ella una pasion que no podia ser feliz, sin que alguno de los dos no hiciese al otro grandes sacrificios. Quizas hubiera sido mas prudente cortar el hilo de una peligrosa amistad; pero despues de todo, yo no he intentado seducirla: yo no la he engañado ni con falsas promesas, ni con lisongeras esperanzas: yo no he abusado de su ingenua credulidad, y léjos de encenderla en discursos de amor, ni siquiera me he permitido declararla mis sentimientos. Yo estaba satisfecho con el placer de amarla. No tenia otro deseo que servirla, y gozaba de una felicidad superior á cuanto el mundo puede presentarme. Me parece tambien que Paulina estaba contenta. ¡Ay, Señora! ¡qué mal nos habeis hecho con las funestas luces que la habeis dado!

Tomasa, porque no creyera que un celo curioso é indiscreto la hicieran tomar tanta parte en este asunto, le contó el encuentro que habia tenido con Paulina el dia precedente, y no le ocultó nada de lo que habia pasado entre las dos; pero el Marques la dijo: yo consiento, Señora, en que sepais todos mis secretos. No os disputo vuestro derecho sobre una persona que habeis criado; pero nunca sabréis, que yo haya intentado con ella nada que ofendiera su honor. Yo os diré mas: que habiendo jugado en el ejército, hice ganancias considerables; que me propuse entónces destinárselas á Paulina, y que las tengo ya puestas en su nombre en poder

del mismo sugeto, en quien vos habeis puesto sus primeros fondos, sin que tuviese otra intencion, que asegurarla una existencia honrada. Yo me decia á mí mismo, pues que tantos hacen estas liberalidades en favor de la bajeza del vicio, ¿porqué no lo haré yo por la hermosura pobre, pero modesta y virtuosa? Ve aquí los motivos que me han determinado, y ya podeis ver si es justo que [111] se diga á Paulina, que yo puedo ser pérfido, y tener malas intenciones.

Tomasa se quedó pensativa. La noble franqueza del Marques, su generosidad en amor tan tierno y tan desinteresado, le parecian una cosa nueva; y aunque ella hubiese visto mucho mundo, la parecia no tener idea de semejante ejemplo. Ya empezaba á mirar al amigo de Paulina con una especie de veneracion; pero queriendo probarlo para asegurarse mas, si aquel sentimiento tan raro era verdadero, se vuelve á él, y le dice: respondédme, Señor: ¿Dejareis disfrutar a Paulina de vuestros beneficios en el convento adonde pienso llevarla esta noche? -Al instante le responde el Marques, no digo en el convento sino fuera de España, en el fin del mundo, donde quisiere. Yo no deseo mas que su bien estar: yo no pretendo sujetarla á nada. No, Señora; Paulina es libre, independiente, y yo me viera con horror, si por tan frívolos beneficios me imaginara el menor derecho sobre ella.

Entónces Tomasa se levanta con viveza, corre al gabinete, toma á Paulina por la mano, y trayéndola hacia el Marques la dice: da gracias á tu amable y generoso protector. Ahora te digo que no debes avergonzarte de sus beneficios, ni tienes que temer de un hombre de tan noble carácter. Los dones de una amistad tan desinteresada y decorosa, no envilecen, y trata de merecer con una gratitud constante y viva el amigo que te ha dado la bondad del cielo. Paulina, que lo habia escuchado todo en su retiro, y que estaba penetrada de amor y de ternura, no pudo pronunciar una palabra, y por largo tiempo las lágrimas fuéron la única espresion de su alma; pero al fin el Marques con un tono tierno y afectuoso la dijo: ¿porqué lloras, Paulina? ¿Sientes alguna repugnancia al asilo que se te (5) propone?

Ay, señor, le respondió: yo no puedo sentir repugnancia para lo que aprobais. Yo seguiré los consejos de Tomasa, y obedeceré á todo lo que me mandeis. -¿Lo qué yo os mande? ¿Cómo me hablas con ese estilo? Yo no puedo ni quiero mandarte nada, y me causa mucha pena oírtelo decir. Luego volviéndose á Tomasa, la dijo con un tono enternecido, y casi triste: yo os suplico, señora, que pidais á vuestra amiga, que me trate con mas confianza. Paulina le tendió la mano, quiso responderle, y no pudo, porque le parecia que pues iba al convento, no volveria á ver al Marques. Este temor la ataba la lengua, y el Marques lo conoció por algunas palabras interrumpidas [112] que se le escapáron. Su corazon se sintió movido, y lleno de ternura: la tomó la mano, y apretándola dulcemente se la besó. Despues la dijo: enjuga tu llanto, yo iré á visitarte, levanta ahora esos hermosos ojos sobre dos personas que te aman verdaderamente, y son tus fieles amigos. Que yo tenga el gusto de mostrar á los de tu amiga, que no he permitido á mis deseos nada que te obligue á bajar los tuyos en su presencia.

Tomasa por su lado procuró tambien consolar á Paulina, y entre ella y el Marques tomáron todas las disposiciones para que pudiese ir al convento, y que estuviera en él con la mayor comodidad posible. El Marques

se encargó de enviarla al instante su criada, y le ahorró la pena de advertir á Felipa de su repentina separacion. Tomasa consintió en recibir en su casa los mas preciosos muebles de Paulina, para hacérselos pasar al convento, y tambien encargarse de cobrar sus rentas, cuyos títulos prometió el Marques remitirla.

El Marques contribuyendo tanto á todas estas disposiciones, no se pudo disimular, que iba á perder la libertad que tenia ántes de verla á todas las horas del dia; y aunque se esforzaba á parecer tranquilo, como su carácter franco estaba poco acostumbrado á disfrazar los sentimientos de su alma, sus ojos descubrian la agitacion de una pasion inquieta y poco satisfecha. Tomó las manos de Paulina, y mirándola con la espresion de la mas viva ternura, la dijo con las lágrimas asomadas: querida amiga, no te olvides jamas de un hombre que ha pasado tanto tiempo á tu lado, y que ha sabido reprimir un ardor, que podia hallar muchas disculpas. Ya sabes que te amo; pero me es muy dulce repetírtelo. Sí, yo te amo, y me ha costado mucho callártelo tanto tiempo; pero ahora siento un placer inesplicable, porque te he respetado.

Mira Paulina, por lo mismo que mis deseos eran muy vivos, por lo mismo que tu inesperienza, tu ingenuidad, y la ternura de tu corazon me prometian una conquista segura, por lo mismo mi alma está ahora ufana de haber conseguido una victoria tan difícil sobre la violencia de mi inclinacion, y si tú crees deber alguna recompensa á tan penoso sacrificio, solo te pido que me concedas una gracia, y es que no te aflijas, que yo vea disipar tu tristeza, y que no pueda advertir en esos ojos tan amables mas señales de lágrimas. Tú sabes, amiga mia, que toda mi felicidad consiste en saber que eres feliz; y diciendo esto, sin esperar respuesta, se levantó, se despidió de [113] Tomasa, y cuando ya estaba cerca de la puerta, se volvió para preguntarla con un aire tímido, si le daba licencia para volver á verla. Tomasa que era dulce, cortes y virtuosa sin rudeza, desdeñaba la severidad muchas veces afectada, y siempre violenta, que hace á la virtud incómoda mas que respetable, le pareció que no debia privarle de la vista de Paulina, y le respondió con tono muy comedido, que le haria placer con sus visitas.

Cuando llegó la hora de comer, Paulina no quiso ir á la mesa; diciendo que no tenia gana. Tomasa no quiso importunarla; pero habiéndola visto abatida, llorosa, con la cabeza baja, y tapándose la cara con un pañuelo, mojado con su llanto, la dijo: pero Paulina, ¿qué motivo hay para tanta afliccion? ¿Qué es lo que puede ahora sacarte lágrimas tan amargas? -No lo sé, pero me siento el corazon tan oprimido: yo misma no me entiendo, porque yo no tenia ningun deseo, ni tampoco tenia esperanzas. Mi situacion me parecia la felicidad suprema: ella me bastaba para satisfacerme por entero, y no me daba lugar para desear otra cosa. Jamas esperé que el tiempo me pudiera dar otro bien del que gozaba; y con todo, Tomasa mia, me parece que lo he perdido todo.

Acuérdate, amiga, de las palabras que dijo el Marques, y que todavía me retumban en los oidos. Esta pasion no puede ser feliz sin que alguno de los dos haga grandes sacrificios al otro. Aquí se detuvo, suspiró y apartó los ojos por no encontrarse con los de Tomasa; pero despues saliendo de un silencio profundo, ocasionado por una fuerte distraccion, exclamó: ¡Ah, Marques! ¡Marques! No has menester hacer grandes sacrificios para que

Paulina sea dichosa. Ella no los exigirá jamas, ni jamas deseará una felicidad que pudiera perjudicar á tu reposo ó á tu gloria. Ya he abierto los ojos, ya veo todo lo que nos separa; pero ¿porqué me cuesta tanta pena el desengaño de una esperanza que no tenia?

Las caricias de Tomasa, las visitas del Marques, el tiempo y la razon, disipáron un poco los disgustos de Paulina; pero su humor ántes tan alegre y festivo, se transformó en una dulce y habitual melancolía. Después de haber pasado algunos dias en casa de Tomasa, entró por fin en el convento. Allí encontró una celda cómoda y agradable, y en ella todas las atenciones de su amante, sobre todo, una pequeña librería en que habia libros devotos y curiosos, escogidos por el Marques, que le ofrecian una distraccion útil, y facilidad para adquirir conocimientos. [114] Volvió otra vez á tomar lecciones de música, y en especial se ejercitó en la pintura, que era su primer talento, y que se le habia hecho mas precioso, por la ocasion que le daba de multiplicar la imagen de su amigo. Aunque queria ocuparse en otros objetos, su imaginacion no la presentaba mas modelo que el que tenia en su corazon. Así sin quererlo, llenaba su cuarto de los retratos del Marques.

Tomasa iba á visitarla con frecuencia, y el Marques la acompañaba casi siempre, porque no se permitia ir á verla solo. El Marques desde el instante que se determinó á ponerla bajo la direccion de la virtuosa Tomasa, se resolvió seriamente á combatir su pasion. El se decia: ni yo puedo hacerla feliz, ni es posible que lo sea con ella. Seducido por mi inclinacion me he dejado llevar de mi gusto, y cada dia me hallo mas enamorado; ¿pero en qué puede parar esta pasion? ¿Puedo yo desposarme con ella sin echar por tierra todas las esperanzas de mi fortuna, sin perder la gracia de mi pariente el Ministro, que no podrá aprobar esta boda, y sin irritarle, viendo que la prefiero á la alianza ilustre y ventajosa que me propone con una familia distinguida? ¿Y qué será, si pierdo mi pleito? Uno de estos dias debe decidirse, y si la sentencia no me es favorable, y pierdo tambien el favor del Ministro, ¿qué será de mí? ¿Cómo podré mantenerla, y en vez de hacerla dichosa, no la haré sino indigente y miserable?

Estas reflexiones le afirmaban en el designio de resistir á su amor, y evitar todas las ocasiones que lo pudieran fomentar. Ensayaba sus fuerzas, y aunque le costaba mucha violencia, dejaba pasar muchos dias sin ir á verla, y sin escribirla; pero despues de mucho trabajo y sacrificios, le faltaba valor para sujetarse á tanta privacion, condenaba los motivos, se acusaba, y corria á verla con el ímpetu del furor. Allí se consolaba con el placer de mirarla, la contemplaba, y hallándola triste y abatida, á causa de sus ausencias, se moria de pena, se injuriaba á sí mismo, se trataba de cruel y se preguntaba: ¿cómo podia ser tan bárbaro para afligirla, y dar un movimiento de dolor á una alma tan sensible?

La tierna y modesta Paulina era muy diferente de ántes: ya habia perdido su natural y sencilla alegría: ya no tenia ni su sincero candor, ni su noble franqueza, y parecia tímida y desconfiada. No se atrevia pues á quejarse de las pocas visitas del Marques, se avergonzaba, se afligia, y procuraba esconder su afliccion; pero sus miradas lánguidas, sus tristes suspiros, [115] y sus preguntas inquietas descubrian lo que pasaba en su corazon, y el temor de no ser ya querida. El Marques desde que apercibía

esta desconfianza, olvidando todos sus propósitos, no pensaba mas que en tranquilizarla, y entónces se abandonaba al gusto de hablarla de su amor. La recordaba aquellos dichosos tiempos en que se hablaban sin temor, sin que nada detuviese los ímpetus de su corazon, y en que pasaban juntos horas tan deliciosas. Y como si Paulina tuviera la culpa, la daba quejas de que hubiera ido á buscar luces funestas, que habian destruido su recíproca felicidad. ¿Porqué, le decia, has aprendido á temerme y desconfiarte de tí misma?

Paulina, movida con estos discursos, y enternecida con sus propias ideas, callaba, lloraba, y se afligia de haber perdido su antigua y feliz ignorancia. Así pasáron todo el invierno, sin que hubiese en su suerte novédad; pero habiendo llegado la primavera, el Marques se vió en la precision de ir á su regimiento. Los dos sintieron mucho que se acercara esta indispensable separacion. Su despedida fué larga, tierna y acompañada de lágrimas; pero en vez de exortarse á quererse ménos, se repitieron mil veces que se amarian siempre.

El Marques parte, y Paulina no pudiendo ya esperar su visita, empezó á disgustarse del convento. Hasta allí habia vivido gustosa, porque ó veia al Marques, ó le esperaba, y su esperanza le daba gusto y valor para ocuparse en los momentos de su ausencia con sus lecciones y demas ejercicios; pero desde que supo que no podia venir mas, su corazon se anocheció, las lecciones se le hiciéron molestas, y el convento insoportable. Entónces se volvió á acordar de la amenidad de Aranjuez, de sus sitios deliciosos, y de los largos y solitarios paseos que hacia, pensando siempre en el Marques, sin que nadie turbase la dulzura de sus meditaciones. Cuando venia Tomasa á verla, se quejaba de la importunidad con que se vivia en el convento, y del deseo que se sentia de ir al campo para vivir en soledad; pero Tomasa le cerraba la boca, diciéndola: tú no puedes ir al campo á vivir sola. Paulina sentia la fuerza de esta dificultad, aunque no le disgustaba ménos; pero el caso la hizo desaparecer por un suceso, que se debia á su buen corazon.

En el convento vivia retirada una señora, llamada Doña Angela, viuda de un hombre de distincion, que la habia dejado alguna fortuna; pero habiéndola confiado á un Negociante, éste hizo quiebra, y la dejó espuesta á la mayor miseria. Obligada de la necesidad tomó el partido de retirarse al mismo convento, [116] donde podia subsistir con ménos gasto, y estaba en él cuando Paulina vino. Doña Angela era muger de mucho talento, y de grande virtud, y Paulina no pudo dejar de sentir todo su mérito. Habiendo sabido su desgracia, el motivo porque vivia allí, y viendo la suma escasez de sus medios, no solo se la acercó, y trató con el respeto que se debe á la indigencia, sino la procuró aliviar, partiendo con ella todas las comodidades y dulzuras que su situacion la prometia. Doña Angela, honrada y sensible, agradecia mucho tantas finezas, y añadiendo la gratitud al mérito de Paulina, y á los sentimientos que inspiraba, se formó entre ellas una íntima amistad. Angela queria á Paulina con el amor de una madre tierna, y Paulina la miraba como una hija que la debia respeto por su edad, sus desgracias y sus virtudes.

Habia ya tiempo que Doña Angela padecia de ciertos humores melancólicos, que alteráron visiblemente su salud. Los médicos la aconsejaron que mudase de aire, y que fuese á buscarlo mas puro en la

espaciosa circunferencia de los campos. Paulina se aprovechó de esta circunstancia para ofrecerse á acompañarla; y Doña Angela se transportó de gozo con esta oferta. Tomasa que estaba para hacer otro viage indispensable á casa de su amiga, no se opuso á este proyecto, pero exigió de Paulina la palabra de que no esperaria la vuelta del Marques para volver al convento, diciéndola, que ni era decente, ni gustaria al Marques encontrarla en el mundo, y en una soledad con una muger, que aunque virtuosa y prudente, no le era conocida. Paulina se la dió, asegurándola que no tardaría en volver.

Tomasa se va, y poco despues las dos amigas parten para el lugar en que Doña Angela debia restablecer su salud. Como cada dia su amistad se fortificaba con el recíproco conocimiento de sus escelentes calidades, la confianza se estableció entre ellas de manera, que Paulina la contó toda su historia con el Marques, la leyó la carta en que le daba cuenta de la salida del convento para tenerla compañía, y todas las respuestas que recibia del Marques. Esta confianza desahogó mucho el corazon de Paulina, por que la dió ocasion de hablar continuamente á Doña Angela de su amor, de las obligaciones que tenia á este hombre incomparable, de su gratitud, de su ternura, del consuelo que sentia cuando pensaba ó hablaba de su mérito, y en fin, se lo pintaba como el hombre mas cumplido y perfecto, y esta era la única ocupacion agradable de Paulina. [117]

La prudente Doña Angela veia en sus espresiones la evidencia de su pasion, y no dejaba de inquietarse, porque comparando el estado del Marques con el de su apasionada amiga, preveia fatales consecuencias. Temiendo afligirla demasiado, se contentaba con decirle: ¿pero en qué puede parar este amor tan vivo? ¿Cuáles son tus esperanzas? Entónces Paulina interrumpia la efusion de su alma con lamentos y suspiros, y le confesaba que no tenia ninguna. Doña Angela le daba consejos cuerdos y cristianos, que ella escuchaba con dulzura y moderacion. Léjos de rechazarlos ó amotinarse contra ellos, la respondia que decia bien, que sus razones eran buenas; pero tambien la dejaba ver que no la persuadian, y que nada en el mundo la haria olvidar al Marques ni perder el consuelo de amar y ser amada de un hombre de su mérito.

En esto el Marques la escribe que está para volver á Madrid, y Paulina se acuerda de la palabra que habia dado a Tomasa. Ya pensaba en volverse al convento, cuando recibe otra carta del Marques, en que le dice, que pues su buena suerte ha permitido que ella esté en la casa del lugar, en que habita con su amiga, al tiempo que él debe llegar, la suplica que se mantenga en ella, para que él pueda gozar del gusto de verla y hablarla mas tiempo, y con mas libertad: que ya le conoce, y que debe estar segura de que no abusará de esta gracia: que en cuanto al qué dirán, la presencia de Doña Angela debe bastarla para tranquilizarla y despreciar las críticas que pudieran hacer los malignos. La misma súplica la repite en muchas cartas posteriores y consecutivas, y se lo pide con tanto ardor, como si toda su felicidad dependiera de esta gracia.

La débil Paulina no tuvo valor para negar un favor pedido con tanta instancia, y decia á Doña Angela: yo se lo debo todo, ¿y no haré por él lo único que me pide? ¿Seré tan ingrata que resista á su único deseo? Si resistiera, lo sentiria, ¿y me toca á mí el afligirle? ¿No debo darle gusto en todo lo que me permite el honor? ¿Porqué por el injusto temor de

que no digan, le negaré yo la dulzura de obedecerle, y le daré el pesar de resistirle? Yo no tengo nada que temer. Yo conozco su moderacion y su virtud; fuera de esto, vos, Doña Angela, si fuera menester, vos me sostuviérais contra él y contra mí misma. Vos os dignaréis de mirarme como hija, y de tratarme como una madre tierna y vigilante. Vos no os apartaréis un instante de mí: vos seréis testigo de toda mi conducta: vos me justificaréis con Tomasa, y cuando ella y [118] vos, que sois mis únicas amigas, esteis seguras de mi honradez, ¿qué me importa lo demas del mundo? Vuestra estimacion es lo único que necesita para mi tranquilidad. Doña Angela no aprobaba estos discursos, y dijo cuanto pudo á Paulina, para que mudara de resolucion, haciéndola ver que no era cuerdo, ni decente que esperase allí al Marques, y que viviese con él en la misma casa; pero no la pudo determinar, y el Marques tuvo el gusto de hallarla en el lugar, y de saber que debia esta condescendencia á sus instancias.

Muchos dias pasó con ella, sin mas deseos que gozar de la felicidad de verla; pero es difícil que el amor, cuando se ha llegado á declarar, pueda contenerse en los límites de la amistad. Desde que un gusto se satisface, otro comienza. Los deseos se multiplican, las ideas se estienden, un favor recibido escita á pedir otro mayor. El espacio que parecia inmenso, desde el primer punto hasta el último, poco á poco se disminuye, y al fin el pensamiento se abanza hasta el objeto, que no se atrevia ántes á entrever. El Marques insensiblemente se fué mudando, hasta mostrarse con mal humor. La presencia continua de Doña Angela, que no se separaba un instante de Paulina, empezó á causarle sujecion. El cuidado que ponía en no dejar sola á su amiga, se le hizo insoportable, y no podia su semblante esconder este disgusto.

¿Qué necesidad tiene esta muger, decia á Paulina, de no dejarte nunca de la vista? ¿Eres tú la que la has pedido esta atencion? ¿Te desconfias de mí? Ya no me estimas, y me miras como un hombre vil, de quien se debe tener miedo. Si no ¿porqué tomas tantas precauciones contra mí? ¿porqué me muestras una desconfianza tan injuriosa? ¡Ay, Paulina, como te has mudado! Acuérdate de aquel tiempo feliz, en que tú corrías á encontrarme con una viveza tan llena de alegría: cuando te apoyabas sobre mi brazo, y nos paseábamos solos por los lugares mas solitarios, y ahora todo es temores, frialdad y reservas. No eres la misma, tu amistad no es tan tierna, y tu corazon no es tan ingenuo.

Estas quejas la traspasaban el alma, y la hacian deshacer en llanto. Peor fué cuando vió que nada calmaba la pena del Marques, y que cada dia parecia mas pálido y abatido. Su tierno corazon se asustó, temblando con el peligro de vida tan preciosa. Procuraba consolarle, pero él la respondia con triste acento, y con los ojos llorosos: no, no te inquietes, que presto no te volveré á importunar. Entónces empezó á [119] conocer y á arrepentirse de la condescendencia que habia tenido en esperarle en aquel lugar, y decia á Doña Angela: ahora veo lo mal que hice en no haberme vuelto al convento. Mi imprudencia ha irritado una pasion largo tiempo reprimida; pero entónces yo no conocia mas que sus alhagos, y ahora siento todas sus amarguras. Doña Angela, inquieta con el peligro de su amiga, la exorta á que vuelva al convento, y Paulina se determina. Parten pues un dia que el Marques habia ido á Madrid, y le deja una carta que decia así:

«¡Qué dolor me causa dar lugar á tus quejas! ¡Cuánto sufro de tus

penas, y de atribuirme el infeliz estado en que te veo! ¿Cómo es posible que sea yo la que te aflija, cuando tu felicidad es el único deseo de mi corazón? ¿Porqué fatalidad necesitas ahora para ser feliz, de que se pierda una mujer que tú respetabas otra vez? Mi reserva te ofende, pero ¿podiera tratarte hoy con la familiaridad de mi antigua ignorancia? Ella era entonces mi excusa. Antes no te miraba mas que como un hermano muy querido. No conocia la diferencia de nuestras fortunas, ni la distancia de nuestro nacimiento, y nada podia contener los efectos de mi corazón. Yo no me he mudado, yo soy la misma; pero he sabido lo que ignoraba, y no te temo, sino me temo á mí misma. Soy jóven, te debo todo lo que soy, y te amo. Sí, Marques mio, te amo, te lo repito con placer, y no tengo vergüenza de amarte. Desde los primeros momentos que te conocí, te amé. Este amor ha crecido cada dia en mi corazón, y este sentimiento es el único que me hace amar la vida.

Tus beneficios podian hacer mi existencia ménos penosa; pero tu amor solo podia hacer mi felicidad. Yo no conocia otra, que la de pensar en tí, conservar tu amistad, y merecer la estimacion de mi único amigo y protector. No tenia otro deseo que verte, leer en tus ojos que mi presencia te causaba alegría; con esto solo yo era dichosa. ¿Porqué pues me han quitado una felicidad tan grande? ¿No me la pudieras volver, Marques mio? Pero ¡ay! yo siento que no me la puedes volver.

Me has dicho que presto no me volverás á importunar. ¡Qué cruel expresion! No me es posible sufrir la idea de ser causa de tus penas. Abandonando el lugar en que te veia con libertad, he obedecido á consejos prudentes; pero no es para huirte, ni para dejar de verte. Yo puedo hacerlo en el convento, y si tambien quieres absolutamente que deje este [120] asilo, tambien le dejaré, y someteré mi conducta entera á tu soberana decision. Por dar consuelo á tus disgustos, no hay nada á que no me disponga; pero yo interpelo tu generosidad».

El Marques leia con una emocion muy viva, y cuando acabó exclamó con lágrimas: ¿cómo he sido tan tirano que haya forzado á Paulina á escribirme así? ¡Qué ternura! ¡Qué bondad! ¡Qué alma tan noble y generosa! ¡Qué! Paulina adorable, ¿yo seria capaz de envilecerte, de abusar de tu amor, y engañar tu noble confianza? ¡Ah! no lo temas de tu amante, de tu amigo, del amigo que te respeta. Perezca el hombre injusto y cruel, que compra su felicidad á costa de una dulce y sensible criatura, y por un grosero y rápido placer la priva de la virtud y del honor. Al instante se pone á responderla. La agitacion de su alma no le permitió dar mucho orden á su papel; pero la daba gracias de sus expresiones. Se quejaba tiernamente de que pudiese temer sus intenciones. ¿Cómo has podido recelar, la decia, que tu amigo quisiera ser tu tirano? Y acababa por decirla, que iria á verla, y que la diria cosas que le costaba mucha pena decírselas.

Paulina estaba con Doña Angela cuando recibió este papel, le tomó temblando, y le tuvo en la mano largo tiempo sin abrirle. Una palidez mortal la cubria el semblante. Al fin le abre, y lágrimas de alegría se le inundan. Aquel papel consolador calmó sus inquietudes: mil veces le besó, y otras mil le estrechó contra su corazón, y decia con un tono de júbilo alborozado: perdóname, amigo. Yo no debía temerte; pero luego volviéndole á leer, se inquietó de lo que decia al fin, y preguntaba a Doña Angela: ¿qué será lo que tiene que decirme, y que le cuesta tanta pena? ¿Será que

no quiere verme mas, que se va á separar de mí? Paulina esperó con impaciencia que el Marques viniera. Cada instante se le hacia un siglo, y su inquietud creció cuando vió que la noche habia llegado sin que pareciera; pero al otro día por la mañana recibió un nuevo papel del Marques de este tenor.

«¿Cómo tendré valor para escribirte? ¿Cómo podré anunciarte mi partida, los motivos de ella, y la necesidad de una separacion eterna entre nosotros? Sí, adorable Paulina, es menester separarnos, y que yo me despida de tí para siempre. El honor, la gratitud, la religión, y mi palabra, todo me esfuerza á sacrificio tan cruel. ¡Qué pena es para mí, que yo no sea dueño de mi mano! Ya he perdido toda esperanza... Pero ¡ay! ¿la he tenido jamas? No, jamas me he lisonjeado [121] con idea tan dulce. Mi culpa sola es haber dejado correr mi pasion sin contenerla, y haber quizas contribuido á la tuya. ¿Me perdonarás tú, la dulce amiga de mi corazon? ¿No me despreciarás? ¿No me aborrecerás?

Acaba de decidirse toda la desgracia de mi vida. Ha tiempo que se me proponia la boda de la hija de los Condes del Risco, que habitan en Valencia, y que yo esperaba no podria efectuarse por obstáculos diferentes; pero ayer mi pariente el Ministro los ha vencido todos, y quiere que mañana parta para presentarme á la familia. Todo está dispuesto para que nos casemos á mi llegada. Vé aquí, Paulina, mi terrible suerte. Yo voy á casarme... y no es contigo.

Yo esperaba gozar mas tiempo de mi libertad, porque creí que la boda dependia de la decision de mi pleito. El Conde del Risco esperaba la resulta para resolverse; pero mi pariente, haciéndome donacion de sus bienes, lo ha determinado, y su generosidad me hace esclavo.

¿Te rogaré que me olvides? No, ni yo podré hacerlo, ni deseo que tú lo hagas. Tú estarás siempre presente á mi memoria, y á mi corazón. Yo te escribiré, te hablaré de mi estimacion, de mi amistad, y aunque no de mi amor, no sé si podré perderle. Yo sé que voy condenado á un eterno disgusto; pero ¿qué he de hacer? Así lo quiere el cielo, y lo exigen mi reconocimiento y honor. En cuanto á tí, vive tranquila, vive dichosa. Si la memoria de un constante y verdadero amigo te arranca algun suspiro, pido al cielo que no sea doloroso... No me es posible contener mis lágrimas, que borran lo que escribo. ¡Oh, amiga generosa! tú las derramarás tambien; pero que no sean tan amargas como las mias. Yo sé lo que pierdo, y que soy el mas desgraciado de los hombres».

¿Cómo se quedó Paulina con esta lectura! Mil veces la interrumpió para desahogar su llanto y sus gemidos. Ya se va, decia: ya no volveré á verle, y va á unirse con su esposa feliz, y me dice: que yo viva tranquila y dichosa. ¡Tranquila sin él! ¡Dichosa léjos de él! ¡Ay! ¿cómo es posible? Todo el dia pasó en estas tristes agitaciones: ¡qué crueldad! repetia. Si su honor le obligaba á partir, debia hacerlo; pero ¿porqué partir sin verme, sin hablarme? ¿Temia que yo fuese tan vil, que le disuadiera de lo que la razon, y la religion le prescribian? En fin ella estuvo enferma muchos dias; pero los consuelos de Doña Angela, y la vuelta de Tomasa, que venia todos [122] los dias á verla, consiguieron sosegarla un poco. Ella decia, que jamas habia esperado nada, que debia someterse á su suerte, y desear que el Marques fuera feliz.

Dos meses pasáron de este modo. Paulina recibia todos los correos

cartas del Marques; pero jamas la decia en ellas si ya se habia casado, o no. Paulina no se atrevia á preguntárselo; pero impaciente y disgustada de su situación, un dia que sus amigas Angela y Tomasa estaban juntas, las dijo: miéntras podia ver al Marques, la vida me era dulce. Yo la amaba, porque pasaba una parte en verle, y otra en pensar en él; pero ahora que no puedo verle, y que no debo pensar en él, pues que va á casarse con otra, me importuna; ¿qué puedo pues hacer ya en el mundo? Ya que no me es posible dejar esta tierra de desgracias, quisiera á lo ménos sepultarme en ella, y atarme con cadenas tan fuertes, que yo misma no pueda desatarlas. Yo he pensado pues, amigas, tanto por mi propio reposo, como por el del Marques, tomar aquí el hábito de Religiosa y pronunciar los votos irrevocables. De este modo mi imaginación sujeta con el orden de la disciplina y la regla, no volará á las regiones en que ya no le es permitido ir, y el Marques, sabiendo que estoy muerta para el mundo, podrá calmar la suya, y gozar de su felicidad con ménos zozobra.

Angela y Tomasa se sorprendiéron con esta proposicion, y la dijéron que era muy seria para no meditarla mucho. Yo no tengo que meditar las dijo: el mundo es malo para mí. Desde que no puedo encontrar al Marques, todo lo demas me debe importunar, y ya que al deseo de mi propio reposo, añado la idea de que este sacrificio puede contribuir al suyo, nada me puede costar, y en esta sola esperanza hallo una inmensa recompensa. No me separeis, amigas, de un pensamiento, que es la única felicidad que me queda. Y dejadme tambien espiar á los ojos de Dios el delito de haber entregado á una criatura todo mi corazon. Las dos la respondiéron, que no era su intencion desviarla de idea tan cristiana, y solo la pedian que se tomase algun tiempo para examinar mejor su resolucion. Quedó pues convenido, que si dentro de tres meses persistia en la misma idea, tomaria el hábito.

Tomasa que queria distraerla de sus penas la contó, que una parienta suya, que vivia en Ocaña, casaba á una hija suya con un hombre muy rico, que la habia convidado para la boda, y la pidió que viniera con ella. Paulina resistió mucho tiempo. Tomasa la replicó, que esta era la última fineza que [123] podia hacer por ella, y se lo suplicó tanto, que al fin se vió forzada á consentir. Encargó á Doña Angela que la enviase con un propio las cartas que la vinieran del Marques, y partió con Tomasa. Por desgracia pasó mucho tiempo, sin que el Marques escribiera á Paulina, temia que la privase hasta de esta señal de su amistad.

Un dia después de la boda y de las fiestas llegó un caballero de Madrid, que estaba convidado para ellas, y como se le daban quejas de que llegase tan tarde, respondió: ¡pues qué! ¿No ha llegado hasta aquí la novedad? ¿Se ignora aquí todavía, que el Ministro ha sido depuesto, y está en prision con otros muchos, y que su sobrino el Marques de San Leandro ha sido desterrado? Al tiempo que decia estas palabras, entraba Paulina á la pieza en que estaban, se detuvo, y se apoyó sobre una silla para escuchar todo lo que decia.

El caballero continuó diciendo: nadie sabe porqué; pero el Ministro está estrechamente encerrado, y han tomado todos sus papeles. Muchas personas de su confianza están presas, y el Marques de San Leandro, que era el que trataba mas con él, ha recibido el órden de no parecer en Madrid. Ahora estaba en Valencia, porque iba á casarse con la hija del

Conde del Risco; pero habiendo este sabido la desgracia de su pariente, se le mostró frio, y el Marques picado ha roto la boda. No es ésta toda su desgracia, pues tambien estaba para verse su pleito, y todos dicen, que despues de la desgracia del Ministro, ciertamente lo perderá.

Tomasa oyendo esto, se levantó, fué al sitio en que estaba Paulina, y enlazándose con ella por el brazo, la sacó de la pieza, la ayudó á marchar, y la llevó á su cuarto; pero Paulina estaba tan pálida, desanimada y yerta, que parecia insensible. Sus ojos estaban estúpidos, y no acertaba á hablar. Tomasa la persuadia que llorase; pero ni esto podia, hasta que mirando fijamente á su amiga, y levantando las manos al cielo dijo: ¡Dios mío! ¿porqué no me has quitado la vida antes de saber que el Marques es infeliz? Entónces sus lágrimas que se redobláron con abundancia, aliviaron algo la opresion de su pecho; pero ¡qué gritos salieron de sus labios! ¡Que, decia, perdido, arruinado, desterrado! ¡Santo Dios!

De repente se sosiega, enjuga sus lágrimas, toma las manos de Tomasa, la mira un instante, baja los ojos, los vuelve [124] á levantar y parece como que duda si le dirá su pensamiento. Al fin la dice: yo te aflijo, amiga, y quizas voy á enfadarte; pero yo invoco tu amistad, y te ruego por ella, que no te opongas á mis designios. Aquí me ha ocurrido una idea, y por Dios que no me des razones, ni me hagas discursos. No, Tomasa mia, yo no abandonaré al Marques. El está perdido, su boda está deshecha, su fortuna destruida, al fin está afligido, y es infeliz. No, Tomasa, yo no le abandonaré: mi ánimo es vender cuanto me ha dado, juntar todo el dinero que pueda, y llevárselo yo misma. Sí, yo se lo quiero llevar, ponerme al instante en camino, é irlo a encontrar donde estuviere. Puede ser que mi vista le alivie, le consuele, y sino puedo consolarlo, á lo ménos le acompañaré en sus penas; sufriré, gemiré y moriré con él.

Tomasa espantada se disponia á responderla; pero ella se lo embaraza, diciéndola: no, no me digas nada, no me digas nada. No me hables del qué dirán, ni de los crueles miramientos del mundo. Yo desprecio todas esas ridículas decencias que obligan á la ingratitud y la dureza. Como si la amistad no tuviera tambien sus santas leyes. Como si hubiera mayor decencia que la del reconocimiento. ¿Y á quién debo yo tanta sujecion? Yo no tengo parientes; si lo que hago es indecente, la vergüenza caerá sobre mí sola. Cuando no estuviera ya resuelta á tomar el hábito religioso, esto solo me determinaria para venderlo todo, pues no habré menester nada.

Tomasa era muy honrada para no aprobar una parte de los designios de su amiga, y en cuanto á irle á buscar, la vió tan decidida, que no se atrevió á decirle nada, temiendo que no conseguiria otra cosa que afligirla mas. No la dijo pues nada, y esperó que con el tiempo podria hacerla entender mejor la razón: pero instada por Paulina dió todas sus disposiciones para la vuelta. En el camino se acordó de un cierto viejo, llamado Don Lázaro, criado antiguo del Marques que solia acompañarle cuando venia á tomar lecciones de pintura, y en quien tenia mucha confianza. Lo primero que hizo cuando llegó al convento fué escribirle un papel, pidiéndole que fuera á verla.

Don Lázaro fué corriendo, y la presencia de un hombre que amaba, y era amado del Marques, le escitó una emocion muy viva. Quiso esplicarse, empezó á hablar, pero las lágrimas se lo impidieron. El buen anciano,

encantado de ver la [125] maestra de su amo, procuró sosegarla, y se le ofreció á cuanto le mandara. Paulina le abrió su corazón, le habló de los beneficios del Marques, de su reconocimiento, y poniéndole en la mano sus alhajas, diamantes, y el caudal que tenia, le pidió que hiciera dinero de todo, y se lo llevase al Marques; pero exigió su palabra de honor de que jamas le diria la mano que se lo enviaba. Don Lázaro estaba tan admirado de lo que veia, que no acertaba á hablar. Paulina, temblando de su silencio, le pregunta ¿si duda servirla? No señora, la responde. Yo haré lo que me mandeis, y cumpliré con fidelidad vuestro encargo; pero permitidme deciros, que mi amo ha sabido colocar bien las aficiones de su corazon. Quisiera el cielo restituirle su pariente, su fortuna y su salud, y le conserve siempre una amiga tan digna y respetable como vos.

¡Su salud! esclama Paulina. ¿Pues qué está, enfermo? -No os inquieteis, señora. Lo ha estado, y mucho; pero ya está mejor, y yo me dispongo á ir á verle. Despues de algunos otros discursos, Paulina le apresuraba á que se fuera, para que no retardara un instante su comision. El la saludó respetuosamente, se retiró; pero el corazon de Paulina quedó herido con otra nueva flecha. El Marques está enfermo, y quizá de peligro. No era posible sostener esta idea. El silencio de Tomasa la habia acobardado, y el temor de disgustar á una amiga tan buena, habia enfriado un poco su resolución; pero cuando supo que el Marques estaba enfermo, nada la pudo detener. Se lo escribe á Tomasa y la pide con tanta instancia que la procure, y envíe una calesa, asegurándola que Doña Angela iria con ella, que al fin de temor que no tomase otro partido mas violento, la envía una calesa con un criado de confianza que la acompañe, y Paulina y Doña Angela se ponen en camino.

Llegan á la casa en que el Marques estaba, y como los dos criados conocian á Paulina, luego que la vieron corren á avisárselo á su amo. El Marques no podía creerlos; pero ella entra, él la ve, y duda todavía. El estaba en la cama. Ella se le acerca temblando. El dando un grito de gozo, la tiende la mano. Ella la toma, la besa, y la inunda con sus lágrimas. ¿Es Paulina? decia: ¿es mi querida Paulina? ¡Dios santo! ¡Qué favor! Siéntate aquí a mi lado, Paulina mia. ¡Mi amada amiga se ha dignado de venirme a ver! ¡Qué dulce amistad! ¡Qué agradable sorpresa! Yo no esperaba una fineza tan preciosa. ¿Y porqué no la esperábais, le respondió Paulina? ¿Pensais que yo soy de esos falsos amigos, que se alejan de [126] la desgracia? ¿Me teneis por insensible ó por ingrata? ¿No sabéis que vos solo sois para mí todo el universo? Si mi presencia, si mis atenciones pueden aliviaros, aquí estoy. Todos los momentos de mi vida os serán consagrados.

El semblante del Marques, pálido ántes, se puso entónces encarnado. Tomó las manos de Paulina, las besó y dijo con una especie de exclamacion: ¡y yo era capaz de sacrificar mi única felicidad á vanos miramientos! ¡Mi único deseo al capricho de otros! El iba a continuar; pero se oye un grande rumor en la antesala: era Don Lázaro que venia entre los criados, que lo traían en peso, y entró gritando: ¡Albricias! ¡albricias! señor, todo es felicidad, vuestro pariente el Ministro se ha justificado. Ya está otra vez en su empleo, y sus acusadores en prisión. Ayer vuestro pleito se ha visto, y vos le habéis ganado con costas. Yo estaba loco de gozo, y no he querido que otro os diese tan buenas noticias.

¡Qué me dices Lázaro! ¿Mi pariente está reintegrado, y yo he ganado mi pleito? ¡Santo Dios! ¡Cuántos favores de tu bondad! ¡Cuántas gracias te debe mi corazón! Y para hacérmelas mas preciosas tú me dispensas tantas misericordias cuando ménos lo esperaba. ¡Cuánta debe ser mi gratitud! Yo te bendigo, Dios piadoso, no permitas que yo goce de tantos bienes, sino para tu gloria. En fin, Lázaro mio, pues que Dios me ha hecho rico; ya puedo seguir las inspiraciones de mi corazón. Ya puedo pagar el amor que debo, y recompensar por fin tantas finezas y virtudes. Ven, amada Paulina, ven y abraza á tu esposo, y volviendo á sus criados, les dijo: reconoced á mi muger, que es ya ama vuestra. Los criados que la adoraban se derretian en lágrimas de alegría, y fueron todos á echarse á sus pies. El Marques se volvió despues a Don Lázaro, y le dijo: celoso y honrado amigo, pues que tú eres el primero que me has traído las noticias que me permiten casarme con Paulina, sé el primero también que la estreches entre tus brazos.

No se oían entónces en aquel cuarto más que gritos de alegría. Paulina era amada, respetada, y todos sentían que era digna de la prosperidad de que iba á gozar. Doña Angela levantaba las manos al cielo, le daba gracias, abrazaba á su amigo, y echaba bendiciones sobre el Marques y ella. Don Lázaro, faltando al secreto que se le había encargado, contaba a todos la acción generosa de Paulina. Ella sola estaba inquieta, temblando por la salud del Marques; pero todos la [127] tranquilizaron, la hicieron ver que aunque todavía débil, ya estaba convaleciente, y que tantas satisfacciones debían restituírle la salud.

En efecto, el enfermo aliviándose cada instante más con tan dulces remedios, no tardó en restaurarse, y poco tiempo despues se unió con el vínculo sagrado á su amada Paulina. ¿Quién puede describir la felicidad de amantes tan nobles, tan honestos y desinteresados? Tomasa y Doña Angela fueron sus amigas inseparables, y este matrimonio feliz se vió multiplicar en muchos bellos y amables hijos. [128]

Marcelo o los peligros de la Corte PROLOGO

Harto bien conocidos son los peligros de las grandes poblaciones, en cuyo inmenso charco se guarecen toda clase de malvados. El hombre mas virtuoso y prudente no puede evitar los lazos que el vicio le tiende en este mar lleno de escollos: y feliz el que escapa de ellos sin mas pérdida que la de su dinero. En ese desórden y confusion es solo donde pueden ocultarse los hombres perversos y las mugeres intrigantes, cuya conducta seria descubierta en la sencillez de los campos, donde les serian ademas inútiles sus artes y maquinaciones. En ese movimiento continuo hormiguean los parásitos, los jugadores, los tramposos, los rateros, las disolutas, las terceras y toda clase de canalla bajo la apariencia dulce y atractiva de una política cortesana: y toda esta peste asalta al recién llegado, como los insectos se apoderan de un cadáver.

El autor da en esta preciosa novela uno de los ejemplos comunísimos de esta triste verdad. ¡Ojalá su lectura pueda servir de escarmiento y de lección á los apasionados del brillante atractivo de las grandes poblaciones! ¡Ojalá pueda ser un aviso saludable á los que el destino

obliga á vivir en ellas! Tal es el fin de esta obrita.

*

Don Marcelo de la Vega era un caballero distinguido, que habia heredado de sus padres un rico mayorazgo, y vivia noblemente en la ciudad de su nacimiento. Estaba casado con Doña Martina de Cerbera, hija de los condes del Castillo, la amaba mucho, y ella le hacia muy feliz. Ambos habian recibido una excelente educación, y siendo de un natural dulce y juicioso, vivian con mucha paz en la mas apacible union. Dos hijos que tenian la fomentaban y entretenian, y su crianza los ocupaba. [129] Eran estimados de toda la ciudad, pasaban por ejemplos de virtud, y parecia que no era posible añadir nada á su felicidad.

Marcelo, aunque ya padre y esposo, conservaba todavia el candor y la pureza de la edad inocente. El cielo le habia dotado de un gusto invariable para todo lo que es sólido, verdadero y honesto; y la costumbre y la educación le habian enseñado á cumplir todas sus obligaciones con exactitud, á contener sus deseos, y moderar sus placeres. Su espíritu naturalmente justo y su corazon generoso y sensible le hacian practicar continuamente virtudes de todas especies. Distribuia con mano liberal y secreta una parte de sus rentas en buenas obras. Como por otra parte habia adquirido muchos conocimientos útiles, y los cultivaba continuamente, esto le daba ocupaciones agradables; pero la compañía de una esposa tan virtuosa y entendida como amable completaba su dicha.

Este matrimonio gozaba de toda la felicidad permitida al hombre en la tierra; pero por una especie de fatalidad un dia se habló en su casa de las fiestas reales, que se disponian en Madrid. Uno de los concurrentes ponderó mucho lo que se preparaba para ellas, añadió que él estaba en ánimo de ir á verlas, y preguntó á Marcelo, si él iria. Este respondió, que no habia pensado en ello; pero la ilusion que produce la corte desde léjos, y los ensanches á que siempre se inclina la opulencia, le despertáron el deseo. El mismo personage contribuyó mucho a reforzarle, diciéndole, que un hombre tan rico como él no debía negarse este placer, y sobre todo, que debia ir una vez á tomar idea de la corte, en donde únicamente se puede encontrar lo que puede satisfacer el gusto: que Madrid era un teatro vasto donde se renuevan con frecuencia las decoraciones y donde se varían las escenas: que su grande movimiento divertia la vida, hacia pasar con dulzura, y sin sentir el tiempo: en fin, que él solo podia contentar espíritus grandes, para quienes son estrechos los límites de una ciudad.

Alguno dijo, que valian mas el reposo y la paz; pero él replicó, que esta era también su ventaja, pues á pesar de su inmenso torbellino, era fácil, si se queria, vivir á solas, ó no vivir mas que con pocas gentes, y bien escogidas: que en una corte tan populosa habia para todos los gustos: que el que ama los placeres continuos de comedias, paseos y fiestas, solo allí se los podia procurar sin fatiga, y á poca costa: que el que se sentia con inclinacion á las letras y las artes, allí solamente puede encontrarlas reunidas, porque allí solamente estaban [130] los grandes talentos, los ingenios fecundos, y los espíritus de mayores luces: que en fin Madrid era el paraíso de la España.

Un anciano que estaba allí dijo friamente: yo he estado muchas veces en Madrid, y lo que he visto es muchos cortesanos frívolos y corrompidos,

que se burlan grandemente de los provincianos bisoños, que los van á admirar. Confieso que en todos los grandes pueblos, donde hay mas hombres y caudales, el exterior debe ser mas lucido, la instrucción mas estendida, y el estilo mas culto: que deben conocerse mejor las leyes de los usos, y los caprichos de las modas: en fin, que los que allí viven, deben saber mejor lo que se llama ciencia del mundo, que no un pequeño número de ciudadanos, que no sale de su rincon, y vive encerrado en la corta esfera de una ciudad sin pensar mas que en su familia, y en los afanes de una fortuna moderada, que apenas le puede dar una subsistencia suficiente.

Pero la esperiencia me ha enseñado, que el que vive así tiene otras recompensas, y quizas mayores. Las frívolas y aparentes ventajas de las cortes tienen inconvenientes mas graves, y que deben inspirar temor. Esas luchas de la ambicion, esas vanas ostentaciones de la riqueza, esas fiestas, diversiones y placeres no constituyen al hombre verdadero, ni á la criatura racional y estimable, y traen consigo mil peligros, que la embelesan y degradan. El deseo de agradar, y parecerse á los que se distinguen, quita á cada uno su fisonomía personal, y obliga á todos a vivir con una máscara en la cara. La virtud mas probada puede disminuirse ó alterarse, comunicando demasiado con el vicio. No es fácil precaverse y eximirse de la corrupcion moral de esta epidemia, que infecta los pueblos populosos y sobre todo al que es capital del imperio. En cuanto á mí, yo no creo que la especie humana gane nada en acercarse mucho. Sin duda que cuando sea muy numerosa, aumentará los gustos de la vida, multiplicará sus conocimientos, y aumentará sus falsos placeres; pero ¿cómo? á costa de la verdad y la virtud. Las almas pierden su energía, sus sensaciones entorpecidas son menos vivas, el amor de la honestidad se debilita, las necesidades se multiplican, y los corazones inocentes y puros se corrompen. Yo tengo para mí, que el que puede vivir cómodamente en su pais, hará muy bien en no moverse.

Estando en estos entraron otras visitas, y se mudó de discurso; pero va el golpe dado por el primero de los que hablaron, habia hecho grande impresion en el corazon de Marcelo. [131] Desde aquel instante se levantó un deseo de ir á Madrid. Muchos dias estuvo perplejo, y sin decidirse; pero habiendo sido vencido por su imaginacion, y por el anelo de contentar su curiosidad, fué á proponer su pensamiento á Martina. Esta que no amaba mas que las ocupaciones de su estado, y que no pensaba sino en la crianza de sus hijos, procuró disuadirle, diciéndole, que pues eran tan felices en su pais, y que tenian bastante con que divertirse en su propia casa, qué necesidad tenian de ir á buscar ni placeres, ni aventuras. Pero Martina, la decia Marcelo, nosotros somos jóvenes, ya tenemos dos hijos, y el cielo nos ha dado bienes de sobra, ¿qué mal harémos en divertirnos un poco en ver estas fiestas, y conocer á Madrid?

¿Pero no has oido el otro dia á aquel anciano tan sensato, que nos decia el riesgo de corromperse en esos grandes mundos? Eso es bueno para los jóvenes inespertos, la decia Marcelo, para los que no están radicados en los principios de virtud; pero tú y yo hemos pasado la edad de las ilusiones, tenemos hijos: yo tengo la ventaja de tener por esposa la muger que adoro: no hay hermosura en la tierra que pueda robarte la menor de mis aficiones: ¿qué riesgo pues puedes temer? -No temo ninguno; pero pues estamos tan bien, me parece inútil y ridículo dejar lo cierto por lo que

no es seguro. ¿Qué pueden añadir á tu felicidad las fiestas que pasan, y un Madrid en que no has de vivir? -Pero quedan recuerdos, se hacen amigos, y en fin, en Madrid, como en todas partes, se puede vivir, como vivimos aquí; esto es, con moderacion, y divirtiéndose (6) con el cuidado de no abandonarse á la disipacion, ni al remordimiento.

Pero ¿de dónde te viene ahora esta idea? ¿Porqué este nuevo deseo de estender tus gustos y placeres? ¿No tienes bastante con tu casa, con el cuidado de tu hacienda, con tus dependientes y criados, con tus hijos y tu muger? Me parece que si tú amaras bien todo esto, no pensaras en dejarlo por buscar fiestas, y gentes nuevas. Mira, como yo no amo otra cosa que á mis hijos y á tí, nada de eso me hace falta. Y aquí, en Madrid y en un desierto, no habrá mas fiesta para mí que tú y mis hijos; pero pues te ha venido esta fantasía, y que si no la satisfaces, podrás tener disgusto, yo no quiero oponerme á ella. Anda enbuenhora, y yo te esperaré, criándote tus hijos: te confieso; que tu ausencia me causará mucha pena. Dejar de verte es la única cosa que me puede afligir, y en Madrid puede haber muchos enemigos de mi corazon. Yo no tengo otro mérito que el de amarte, y si fueras á olvidarme, si otra... [132] ¡Ay, Marcelo! no olvides estas dos inocentes criaturas que te deben la vida. -Martina adorada, ¿tú puedes ni siquiera imaginarlo? Querida amiga, ¿tú puedes temer que el amor con que te idolatro...? ¡Ay! es muy vivo, muy puro, invariable y eterno, pues está fundado sobre la estimacion, la confianza, y el conocimiento de tus virtudes, y si yo quiero ir á la corte, es porque espero que tú vengas, que te diviertas, y que no nos separemos un minuto. En fin, despues de muchos discursos y debates, la dócil y obediente Martina, no queriendo oponerse á un deseo, que parecia tan decidido, se sometió á lo que veia ser gusto de su esposo, y partió para Madrid con él y sus hijos.

Marcelo llevaba cartas de recomendacion para diversos personajes de la corte, que le recibieron muy bien; pero el que gustó mas que todos, fué un cierto Marques de Dombal, porque le pareció muy amable, muy officioso, y con todas las calidades que podian hacer un buen amigo. En efecto, tenia la mas bella presencia, y mostraba un espíritu fino y delicado: parecia como de treinta y cinco años: siempre habia vivido en la corte y el gran mundo, y habia adquirido todas las gracias: se veia en él un aire de nobleza, que imponia respeto, y forzaba á la consideracion: todas las palabras que salian de sus labios, llevaban consigo una fuerza, y un atractivo que ganaba los corazones; en fin, todo lo que rodeaba su persona, tenia una especie de prestigio, que hechizaba las voluntades, y decidia en su favor.

Pero este hombre, que tenia un exterior tan amable, escondia el corazon mas corrompido. Su único objeto era gozar, divertirse, dominar; y de estas pasiones nacia todas las máximas, y las acciones de su vida. Ya habia disipado una inmensa fortuna en locos devaneos de su juventud, y entónces trataba de recoger una parte por todos los medios que podia. No conocia otro dios que el placer, y miraba como errores del vulgo las verdades mas respetables; pero su astucia ocultaba en su corazon este modo de pensar tan odioso, y solo se descubria con mucha precaucion á sus mas íntimos amigos. Su gran principio era el pensar, que el mundo es un teatro, en que cada cual hace su papel, y que el hombre hábil debe saber hacerlos todos, segun lo exijan las circunstancias, y sus intereses. En

efecto, nadie sabia como él quitarse y ponerse todas las máscaras que le acomodaban.

Con este talento pernicioso tenia tambien el de ser un [133] lisonjero muy insinuante y solapado. Apénas entraba en una concurrencia, cuando se ponía á observar la parte flaca, ó la opinion dominante de los que la componian, y con grande habilidad para distinguirla tenia la de saber aprovecharla. Marcelo le pareció un hallazgo, una mina de oro, que le podia ser muy útil. Desde luego era rico; pero á pesar de su opulencia era caballero de provincia, y estaba lleno de las ideas vulgares. Todavía era honrado y honesto, tenia lo que se llama buenas costumbres, deseo y amor á la virtud. Era pues preciso empezar por corromperle y seducirle con el atractivo del placer, porque una vez que se cae en este lazo, no se reflexiona mas. Es verdad que esta empresa parecia difícil, porque por un lado Marcelo no era un jóven inesperto y novicio. Ya habia pasado la fuga de la edad mas peligrosa, y estaba acostumbrado á una conducta arreglada, y por otra venia acompañado de una muger tan linda que era difícil hallarla en Madrid competidora; pero á pesar de todo, Marcelo era ardiente, petulante, y muy sensible á todo lo que le agradaba: seguia con ardor todos sus gustos: su corazon era noble, crédulo y confiado; en una palabra, muy fácil de engañar. Un carácter de este temple, cuando se desvía de la virtud, se precipita mas profundamente. Sobre estos fundamentos, y con la esperanza de sacarle dinero, y gozar de sus placeres, aquel hombre abominable empezó á poner en planta el proyecto de su iniquidad.

Desde luego se dedicó á acompañarle y divertirle. Su objeto era hacerle conocer que le era tan necesario, que no podria vivir sin él. Al principio echó los ojos sobre Martina: su primera idea fué tambien seducirla, y hacerse dueño de la casa; pero á poco tiempo conoció que seria tiempo perdido, y que aventuraba su confianza, y la de su marido. Con este desengaño su corazon empedernido, que no se dejaba dominar por la vanidad ni por el gusto, y que todo lo calculaba por su interes, se retiró prontamente, y ántes de que Martina conociese nada. Por el contrario habiendo reconocido su virtud y su solidez, no la hablaba mas que del honor, ni alababa sino á las que tenian reputacion de virtuosas, de manera que Martina se avergonzaba de haber podido sospechar de él alguna vez, le trataba con estimacion y confianza, dando gracias á Dios de que hubiese dado á su marido un amigo tan respetable. El impostor tragaba modestamente el incienso, y se reia en secreto de la credulidad de Martina.

Con su marido hacia otro papel. Marcelo imbuido de sus falsos estudios, y de algunos malos libros, habia tomado cierto [134] gusto por las disputas metafísicas, que son tan fáciles, y que no son más que el abuso del raciocinio, pues en vez de añadir órden y claridad, embrollan mas las ideas, y cuya resulta es, que no siendo posible entenderse, se cae en la oscuridad y el pirronismo. El Marques habia conocido este flaco de Marcelo, y le entretenia con discursos de esta especie, que le iban pervirtiendo. Un día hablaba con él del placer, y le dijo: el placer, amigo mio, es el único móvil, y el alma universal de todo lo que existe. Echad la vista sobre esta inmensa cantidad de criaturas que viven, se animan y nos circundan. ¿Qué es lo que las agita, las atrae, y las junta? El placer. Es verdad que en el mundo nadie lo dice, que todos se ponen una

máscara, que se llama decencia; pero con este salvo conducto cada cual lo busca, y con aire de cumplir lo que el mundo exige, todos satisfacen en secreto lo que le piden los sentidos. Esta es la marcha general á la reserva de pocos fanáticos ó estólicos.

Marcelo se azoró oyendo una doctrina tan horrible; pero contenido por la superioridad del Marques, apenas se atrevió á decirle: ¿pues qué la imaginacion, el corazon y la virtud misma no tienen sus placeres, y acaso mas finos y agradables? En cuanto á mí confieso que cuando puedo socorrer á un infeliz, cuando acaba el dia sin que tenga que baldonarme nada, cuando cumplo con honor mi palabra, cuando veo á mi esposa segura de mi fidelidad, cuando no doy ningun mal ejemplo en mi familia, y que con mi aplicación consigo establecer el órden, y hacerla feliz, siento, digo, que tambien yo lo soy; esto me causa un placer verdadero, y me da mas gusto que ningun otro que se pudiera imaginar. Si te examinaras bien, dijo el Marques, vieras que todo eso no es mas que orgullo y vanidad, que en nada de eso tienen los sentidos parte alguna, y que los sentidos son los únicos intérpretes, los fieles ministros de la naturaleza.

Por ejemplo, ¿qué comparacion puede haber entre hacer una nueva conquista, y triunfar de la resistencia de una hermosura que nos gusta, y entre todos esos insulsos placeres que me citas? Marcelo, yo conozco los hombres y las cosas, y no es fácil engañarme. Por mas amable que sea tu Martina, es preciso que ya haya perdido para tí el atractivo de la novedad, y esto es haber perdido mucho. Si no, confiésalo de buena fe. Tu muger no puede inspirarte ahora la misma deliciosa embriaguez, el mismo impaciente ardor, que tú sentiste los primeros dias. Mis deseos han podido perder parte de su vivacidad, respondió Marcelo, pero otra dicha mas dulce y mas durable les [135] ha sucedido, y yo la estimo mas. Ahora miro á mi muger no solo como una persona destinada á estos placeres de que hablas, y que me quita los deseos de otros, sino como la mas tierna, y la mas querida amiga: como una criatura preciosa, que me ha estendido la existencia en dos hijos, cuyas figuras nos repiten las nuestras, y cuyas virtudes serán tambien las suyas.

Todas esas son ideas morales de que suelen ocuparse los que no conocen el mundo, y que no pueden hacer comparaciones. Pero ¿qué diferencia de esos frios y alambicados sentimientos á los vivos y variados placeres...? Yo me detengo aquí, aunque el Marqués no se detuvo, ni tuvo rubor de esplicar á Marcelo, con pretesto de la confianza, y con la capa de la filosofía, las máximas detestables, que mi pluma no se atreve á referir.

Su designio era acostumbrarle poco á poco á estas conversaciones perniciosas, y familiarizarle con los principios pervertidos, para prepararle al golpe de teatro que le prevenia. El Marques tenia una amiga, que despues de haber servido de objeto á su corrupcion, era entónces por su rara hermosura, por sus muchas gracias y su inaudita astucia, el instrumento de que se valia para reparar por su medio todos los ménoscabos, que le habian causado sus desórdenes: era el móvil con que lograba todas sus astucias. Esta muger estraordinaria no tenia mas que veinte años, pasaba por viuda, y debió á la naturaleza todos los medios de seduccion, que el trato de las gentes habia perfeccionado. Lo mas peligroso en ella era, que tenía el arte de esconderlos: que sabia afectar

un aire de sencillez, un tono de candor y de ingenuidad, que engañaba á los mas diestros. Cuando queria, sus dos ojos negros y grandes, acostumbrados á todo el arte con que el amor inflama los corazones, eran dos hechizos á que no se podia resistir. Su tez era tan limpia como blanca, y fuera de otros muchos encantos, sabia dar á sus palabras un halago tan dulce, un interes tan vivo, que no era fácil desprenderse de ella, cuando determinaba apoderarse de un corazon.

El Marques concibió, que una muger de esta especie debia ser un escollo muy peligroso para el ardiente, inesperto y cándido corazon de Marcelo; porque la artificiosa Cipriana, como una sirena seductora, sabia dar á las espresiones mas indiferentes todo el interes y el atractivo del amor: sabia afectar una sensibilidad esquisita, una delicadeza tierna, y al mismo tiempo una ingenuidad, un candor y una tan noble sencillez, que parecia que un niño la podia engañar, y no dudó que el [136] alma nueva, sensible y crédula de Marcelo no se enredase entre redes que le serian tan bien tendidas. Despues de haberla instruido de su proyecto, despues de haberla explicado el carácter fácil, y las demas circunstancias del recien venido, y de haberse concertado con ella sobre lo que debian hacer, el Marques empezó á poner en planta su designio. Una tarde de verano se salió á pasear con Marcelo á las orillas del Manzanáres. Con pretesto de hacer ejercicio, dejando el coche, echáron pie á tierra, y gobernando el Marques la accion, dirigieron los pasos hacia los parages mas solitarios; pero todo esto tenia su designio particular.

Desde luego la soledad prepara mejor el alma á que reciba impresiones profundas. Por otra parte la hermosura nunca es mas activa que cuando se deja ver con simples adornos en medio de los hechizos de la naturaleza. El bosque ameno en que vaga, la dulce sombra que la cubre, y el campo solitario en que no se distrae la atencion que inspira, añaden mucho interes á la curiosidad, y la permiten que se satisfaga por entero. A la vuelta de una pequeña eminencia que les escondia los objetos, repara Marcelo en una dama elegante que estaba sola, y parecia embebida en la lectura: se sorprende á la vista de un espectáculo tan amable como poco comun, y se lo hace reparar al Marques, que tenia la vista en otra parte.

En efecto Cipriana (porque era ella) esperaba allí su presa en la aptitud mas estudiada. Vestida con todas las gracias que podian relevar su hermosura, estaba como recostada sobre un verde tapiz de yerba, que esmaltaba vistosas flores. Parecia Flora en medio de su imperio, ó la Diosa de Citera cuando esperaba á Adónis. Su pelo negro y desordenado en encrespados rizos emulaba los derechos de la naturaleza, que sabe seducir sin pretension, y adquirir nuevas gracias con su mismo descuido; tenia en las manos un libro, corrian sobre él algunas lágrimas, y estaba tan empapada en su lectura, que no se apercibió de los que la admiraban.

Pero el Marques, advertido por Marcelo, echa la vista sobre ella, y despues de haberla considerado, le dijo: ¡Ah! esta es una señora viuda de mucha distinción, muy estimado por su hermosura y sus grandes talentos. Yo la conozco poco, porque no gusta de visitas. Toda la corte desea ir á verla; pero despues de su viudez no quiere recibir á nadie y vive casi en la soledad. Pasa por una persona tan cumplida como virtuosa y viendose tan jóven, por el cuidado de su reputacion, se ha condenado á [137] tanto sacrificio. No ostante, la conozco bastante para poder acercarme á

saludarla; si quieres, nos podemos llegar. Marcelo, que no deseaba otra cosa, se lo suplicó, y el Marques llegándose hacia ella, la saluda. A las primeras palabras levanta la cabeza, y con este movimiento les deja ver todo el espectáculo de su hermosura peregrina. El pobre Marcelo ve pasar por delante de sus ojos un rayo de luz mas rápido que un relámpago, y que busca el camino de su corazon.

El Marques la dice: esa lectura debe ser, señora, muy interesante, pues merece que la honreis con vuestras lágrimas. Si señor, le responde ella con un tono de voz dulce y enternecido, que añadía mucho prestigio á la aventura del encuentro. Yo leía los combates de un corazon enamorado, que luchaba contra su inclinacion en favor de la virtud, y las que tenemos una alma tierna y sensible sabemos cuán doloroso es resistir á los halagos del gusto, y sofocar las inclinaciones del propio corazon. Diciendo esto, se pone en pie con un movimiento ligero, y manifiesta con esta accion la flexibilidad de un talle no ménos elegante y gracioso que fino y delicado. Se prosigue la conversacion, y la astuta Cipriana desenvolvió en ella todas las sales y gracias de un espíritu ligero y chistoso con que las mugeres piensan que se dan otro nuevo atractivo. No eran mas que las frases triviales y frivolas que las que tienen pretension al talento saben y repiten continuamente; pero el buen Marcelo, que no habia oido en su vida un estilo á su parecer tan brillante y gracioso, y que creía fruto de mucho ingenio y grande instruccion, bebia sin sentirlo un halago seductor que le hechizaba por instantes. El Marques no perdía ninguno de sus movimientos.

Lo que Marcelo pudo saber de Doña Cipriana por aquella conversacion fué que era viuda de un militar, que la habia dejado con poca fortuna: que se habia casado con él por amor, habiéndole sacrificado muchos pretendientes, y sobre todo uno que era muy rico, y estaba bien colocado en la corte; pero que el cielo por su desgracia la habia hecho nacer con una sensibilidad tan esquisita, que era siempre víctima de su corazon: que su marido, aunque pobre, le habia gustado mas que los otros y que ella le habia preferido á todas las grandezas y riquezas: que esta era la causa de sus desgracias, porque ella no conocia ni estimaba otra cosa en el mundo, que satisfacer sus inclinaciones, ni veía otra felicidad que la union de dos corazones, cuando la simpatía produce en ellos la conformidad de sentimientos: que á pesar de la mediocridad de su fortuna no sentia [138] haber perdido tan ricos establecimientos como pudo tener, porque la hubiera bastado vivir con el objeto que habia preferido; pero que la muerte la habia privado del único hombre, que era capaz de recompensarla de tantos sacrificios.

Que habia llorado mucho su pérdida, y que se habia determinado á no amar más á persona ninguna por no esponerse á igual peligro. Es verdad que ella sabia bien que una alma tan tierna y sensible como la suya no podia ser feliz sin amar; pero ¿dónde, ó cómo podria encontrar un corazon digno del suyo? Un corazon que supiese sentir, reconocer y estimar la delicadeza, el desinterés, y la constancia con que ella sabia amar? Hasta allí no habia conocido ninguno que mereciese que ella pusiese en él los ojos, y que no le queria buscar: que ella no amaba mas que por el gusto de amar: que así no queria mas que el amor, y que un hombre sin fortuna, y en un desierto que la supiese amar, valdria para ella mas que todos los reyes

de la tierra: que sabia que estas eran ideas platónicas, de que no sacaria mas que pesares, pero que nadie se hace á sí mismo, y que el cielo le habia dado este carácter.

Que viendo lo poco que los hombres saben amar, y que los amores del siglo eran tan viles ó tan falsos, y estaban tan lejos de la delicadeza, del desinterés y ardor con que solo pueden ser dulces y felices, se habia en fin resuelto á renunciar á toda idea de amar, á no volver á casarse, ni vivir mas que para sí y que esta era la causa porque vivia tan retirada, sin querer tratar con un mundo que le causaba horror: que todo su deseo era sepultarse en la oscuridad de un convento, adonde ocultaria á sus ojos la vista de tanta falsedad como veia entre las gentes.

A esta proposicion de convento gritaron el Marques y Marcelo diciendo, que era una idea horrible querer sepultar tantos encantos: que ella era digna de adornar y mejorar al mundo, y que no faltaria algun corazon sensible y generoso que conociera el precio del suyo. La conversacion se extendió en estos y otros discursos de la misma especie, de tal manera, que la noche los sorprendió, y estaba ya muy oscuro cuando lo advirtiéron. Ella les pidió licencia para retirarse; ellos la propusieron conducirla á su casa; ella se escusa diciendo, que no estaba acostumbrada á recibir visitas; ellos porfian diciéndola, que eran amigos íntimos: que el uno era forastero, y el otro hombre sin ceremonia, y que tenia el honor de ser conocido de ella, y que así no podia haber inconveniente en que la sirviesen con su coche hasta dejarla en su casa.

[139]
Cipriana resistia siempre, y fué menester mucho combate para reducirla; pero al fin las repetidas instancias la vencieron, y se entró con ellos. Llegaron á su casa, y viéndose forzada a cumplimentarlos, les propuso si querian descansar un instante en lo que ella llamaba su retiro filosófico. El templo era digno de la deidad. No era grande; pero le ennoblecian el gusto, el aseo, y una agradable simplicidad. Cipriana les hizo los cumplimientos de su casa con el aire las gracias, y la facilidad que enseñan los ejemplos de las gentes distinguidas, y que dan decencia y dignidad á todo lo que hacen; pero continuamente les pedia perdon de no poder recibir mejor á personas tan dignas, y se escusaba con su estado de viuda, con su poca fortuna, y su entera separacion de todo trato.

Este es, les decia, el solitario asilo en que gozo de mi misma, en que vivo para mí, y en que sepulto mi alma, que se halla muy mal cuando á su pesar las circunstancias la obligan a verse en el torbellino de las gentes. Mi sistema, señores, es que cada uno debe conocer su genio, su humor, y los impulsos de su corazon para arreglar por ellos su conducta. Yo he conocido que el mio es muy diferente de los que veo, y que no piensan mas que en divertirse y disiparse. Yo me conozco. Desde que amo no sé mas que amar, y fuera muy infeliz, si no me viera correspondida con el mismo ardor que soy capaz de sentir. Y pues es imposible encontrar un corazon del mismo temple que el mio, he tomado mi partido, que es vivir conmigo á solas. Aquí es donde vivo sin que nadie me inquiete, aquí donde paso mi vida en una melancolía agradable, aquí donde siento el placer de ser independiente, y aquí en fin donde me consuelo con la seguridad de no temer la ingratitud y la perfidia, y que puedo gobernar con mi razon y mi prudencia los impulsos naturales de mi muy peligroso corazon.

Nada es tan atractivo, ni que haga tanto efecto en el alma de un hombre poco experimentado en los artificios de las mugeres, como la idea de que una de ellas con un corazon sensible y delicado huya del mundo, y no quiera vivir mas que para el hombre que ama. Todas estas espresiones llenaban de entusiasmo y ardor al ardiente y crédulo Marcelo. Así la miró como una heroina sin compañera, y no concebía cómo en la corte los primeros señores no se la disputaban á porfia. La visita fue larga, y cuando los dos amigos se volvian, no hablaron de otra cosa que de este prodigio de discrecion, hermosura y virtud. El Marques volvió á decirle, que era una señora muy estimada: que todos buscarian su sociedad si ella no se negara tan obstinadamente [140] á toda solicitud: que era una gran fortuna que ellos hubieran tenido una casualidad tan favorable; pero que pues habian sido tan felices, era menester aprovecharla, porque era muger única, y que tambien era menester ver cómo hacerla tomar amistad con su muger, que tendria gusto en tratar una señora de su especie, digna de ella, y capaz de entretenerla y divertirla.

Marcelo se tragó todo el anzuelo, y apenas llegó a su casa, cuando contó á su muger todo el suceso pasado. Las almas buenas y puras difícilmente son sospechosas y como Martina no pensaba mas que en dar gusto á su marido, le dijo, que estaba pronta á hacer lo que quisiera; pero este allanamiento no era mas que obediencia, y el Marques dispuso las cosas de modo que Marcelo iba todos los dias á ver á Cipriana, y que Martina la veía muchas veces. Aunque el corazon de la dulce Martina no le hablaba por ella, queria dar gusto á su esposo, y por entónces este motivo le bastaba; pero las mugeres tienen un talento particular para conocerse, y por mas que Cipriana se valia de todas las armas de su astucia para encubrirse, Martina no tardó en sentir que aquel carácter no la convenia. Por una especie de instinto su alma noble y generosa, sin poder esplicarse el motivo, se cerraba á todos los cariños lisonjeros que le hacia la artificiosa sirena.

Martina no amaba en el mundo mas que á su marido y sus hijos, ni se divertia con nada sino con ellos, todo lo demas era para ella insulso y extraño. No conocia otra bienaventuranza en la tierra que la de un matrimonio bien unido. La parecia que para una muger que ama la virtud, las obligaciones mas difíciles son delicias, que los gustos de su corazon son sus deberes, y que solo ellos deben interesar á una muger virtuosa. En efecto, ¿qué deleite puede compararse con la dulce embriaguez, que produce en el alma la satisfaccion de un amor que puede confesarse con decoro, y que obtiene la correspondencia, la confianza y la estimacion de lo que ama? Esta era la idea que Martina se habia formado de su amor, y hasta entónces su marido parecia haberlo visto con los mismos ojos; pero despues de algunos dias ya hacia mas frecuentes y mas largas ausencias de su casa, y cuando volvía á ella, no mostraba tanto gusto ni tanta satisfaccion como ántes. Esta diferencia era al principio tan ligera, tan imperceptible, que el mismo Marcelo no la sentia; pero no se escapaban á los ojos atentos de Martina.

Entretanto el Marques y Cipriana concertaban la ruina del [141] infeliz Marcelo, y calculaban los momentos en que debia arrojarle en el precipicio. Sin duda que los malvados no saben ser amigos. Para serlo son menester virtudes; pero cuando la necesidad los junta, y pueden ayudarse,

el interes es un resorte, que adquiere casi toda la fuerza de la amistad. El incauto Marcelo corria al precipicio, y sus pasos eran ya tan rápidos, que Martina no pudo dejar de aperebirlos. Un día que estaba mas inquieta y apesadumbrada, le dijo: yo no sé, amigo mio, si me engaño, y empiezo por pedirte perdon; pero me parece que faltara á la franqueza del amor, si pudiera disimular lo que me inquieta. Mucho deseo engañarme: pero, Marcelo, me parece que estás mudado, que ya no me hablas con la antigua ternura, que cuando tus hijos vuelan á tus brazos, no los abrazas con el amor y alegría que ántes, y que alguna vez hasta sus caricias te importunan. No te puedo explicar la pena que esto me causa. Me figuro que ya es el principio de nuestra desgracia, porque nosotros no vivimos mas que para adorarte, y si fuera posible... Marcelo sorprendido con estas dulces quejas, y sintiendo el torcedor de la conciencia, se desata en llanto, la abraza y la interrumpe para decirla: ¿cómo puedes, mi única amiga, mi adorada esposa, desconfiar de tu marido? No, tu esposo es, y será siempre tu amante. Corre luego á sus hijos, estampa en ellos sus labios, y añade: ¿qué estos pedazos de mi corazon me importunen? No, jamas, jamas, y no solo son y serán mi única felicidad, sino que ellos bastarán para acordarme siempre lo que debo á su madre, que es la esposa de mi corazon. No temas de mí, Martina mia. Yo no sé lo que he podido hacer, que haya producido esas inquietudes; pero déjame examinar mi corazon. Yo escudriñaré hasta sus mas ocultos sentimientos, y si hallare alguno... Pero no; yo no puedo tener mas que los que debo á mi Martina y á mis hijos.

Marcelo se retira con el alma agitada, porque las dulces quejas de su esposa le habian hecho sentir que su conducta las merecia. Esta fué una luz funesta que le pasó por el alma, y que le descubrió verdades que le escondia su pasion; pero no se las mostró mas que á bulto, y quiso examinarlas mas despacio. Impaciente de verse solo se va á su gabinete, cierra la puerta, y se sienta junto á una mesa. Allí por la primera vez se agita para penetrar su corazon. Se pregunta á sí mismo con franqueza y severidad, y se horroriza de ver como poco á poco se ha dejado empeñar. Tiembla viéndose al borde de un abismo, y contemplando su espantosa profundidad, [142] ¡que! se dice, ¿yo he podido dejarme embelesar por los atractivos, ó por el mérito de una muger que no es la mia? ¿Yo me espongo á dejarla, tomando tanto imperio sobre mi corazon, y á que se debilite el amor que debo á mi muger y mis hijos? ¿Seria yo tan insensato, que haya dado entrada á una nueva pasion, hasta enamorarme de Cipriana? Esta idea le llena de inquietud, y no podia considerarla sin terror.

Pero su pasion ya muy formada queria seducirle, y le decia: ¡qué dices! ¿No es posible, cuando se encuentra una muger de un mérito extraordinario, tener el gusto de verla, de oirla, de admirar las gracias de su espíritu, hacer justicia á sus talentos, estimarla, buscarla, y entregarse á la dulzura de su trato, sin faltar por eso á su deber? Este pensamiento le halaga, y quisiera detenerse en él; pero muy presto la conciencia con su luz pavorosa le muestra los peligros, y exclama: ¡ah, Marcelo! ¡vil Marcelo! ¿tú quieres engañarte? Pero ¿cómo puedes disimular que te has mudado; que ya no eres el mismo? Tiembla, huye de la inclinacion que te arrastra. Ya has perdido la calma de la virtud; miráte inquieto, perplejo, y buscando los medios de conciliarla con tu pasion.

¿Quieres una prueba mas clara de que ya empiezas á ser culpado?

No (esclama levantándose con ímpetu), no, no es prudente familiarizarse con el riesgo. Ya es preciso tomar un partido, y el mejor es huirlo. Aquí es necesario valor contra sí mismo. Pocos dias han bastado para hacerme casi prevaricar, otros podrán cegarme. Yo me resuelvo á huir de Cipriana, y de todo lo que pueda fomentar en mi corazon su memoria. El sacrificio es duro, y sin duda me costará mucho; pero es necesario para mi reposo y el de mi familia, necesario para mi virtud. Un hombre de bien no está mas dispensado que su muger de guardarle fidelidad. El honor y la religion le obligan con la misma fuerza. Yo he jurado á Martina un amor inviolable. ¿Y qué no es ella muy digna de este amor? ¿No es la madre de mis hijos? ¿Qué dirán ellos cuando crezcan, si saben que su padre ha sido un hombre frívolo, y que ha causado penas á la mejor de las mugeres? ¿Cómo podria yo presentarme á su vista? Voy á ver al Marques, y él me ayudará, porque es mi amigo.

Cuando Marcelo iba á salir, el Marques entra, y viéndole, con un aire agitado le dice: ¿qué tienes que parece estás inquieto? Sin duda que lo estoy, respondió Marcelo, y pues estamos solos, yo voy á derramar mi corazon en el seno de la [143] amistad. ¡Dombal! ha dias que me confundo á mí mismo. Doña Cipriana. -Y bien, ¿qué tiene? ¿qué hay? -No hay nada; pero, amigo, es muy amable, demasiado amable, no hallo otro medio para conservar mi honor y mis obligaciones que no volver á verla. -¿Qué dices? -Que estoy resuelto á cortar toda relacion con tu amiga, y que voy á trabajar para olvidarla. Bien sé que me costará mucho; pero la religion, la felicidad de mi esposa, de mi familia, y la mia propia lo exigen absolutamente. Busca pues algun pretesto decente para que no vuelva á venir á mi casa, ni ver á mi muger, porque en cuanto á mí yo no volveré á la suya. -Escucha, Marcelo, y vamos con prudencia, porque estas especies de rupturas necesitan de grandes miramientos. El público las sabe con sorpresa; con esta ocasion dice lo que es, y lo que no es. Hombres como nosotros le debemos respeto, y no debemos conducirnos como pudieran dos rústicos aldeanos.

Si estás enteramente determinado á romper esta amistad, ve aquí lo que dos hombres de nuestra crianza y nacimiento pueden hacer. Lo primero es disminuir tus visitas poco á poco, y con mucho tiempo y destreza. Empezaremos porque vea poco á tu muger, y despues te irás tú retirando sucesivamente. Permíteme, amigo, que te diga, que es singular y ridículo no poder ver á una muger amable, sin enamorarse de ella como un loco, y que yo no hubiera debido esperar esto de un hombre de tu juicio. Pero dime, Doña Cipriana, ¿te ha dado á entender que le gustas, y que desea contraer contigo algun comercio de amor? -No; pero el mucho trato con una muger tan seductora puede hacer fácilmente que la amistad se transforme en los delirios del amor, y yo, amigo, jamas me perdonaria una flaqueza tan indigna. Yo amo á mi muger y mis hijos, y no quiero ni debo amar mas que á ellos. Ya ves que te hablo con franqueza, porque se que no abusarás de ella. Gobiername pues con tus consejos. Yo te obedeceré, pero sácame del laberinto en que me veo.

El Marques se alegró de ver que se dejaria gobernar por sus consejos, y lo que le dió gusto sobre todo fue conocer lo herido que estaba el corazon de Marcelo, pues aunque le veia batallar contra sí mismo, no dudó

que con sus perfidas astucias, le pondria presto en estado de que le fuese imposible superar su pasion. El sencillo Marcelo se sometió á todas sus ideas, y adoptó sus disposiciones. La primera fué, que el Marques conseguiria con maña de Cipriana, que disminuyese sus visitas á la Marquesa, y salió diciendo, que iba [144] á ver cómo podia persuadirla; pero fué á hacerla saber su victoria, los progresos que va habia hecho en el corazon del provinciano, y el sistema de resistencia que este se proponia. Despues de haberse burlado del inocente, convinieron en que ya era tiempo de combatirle, y poner en planta todas las baterías.

La viuda empezó á sentirse un poco indispuesta, y no podia salir de casa; pero poco despues su mal iba aumentándose. No habia nada peligroso, pero eran vigiliias nocturnas, y un cierto mal estar continuo que no la dejaba sosegar. Este estado la inspiraba una cierta languidez, que aumentaba el poder de su hermosura; porque la daba un colorido de melancolía, que le añadia un nuevo grado de interes. Marcelo, persuadido por el Marques, creia que lo menos que podia hacer para cumplir con la humanidad, la compasion y los buenos procederes, era enviar á saber de ella, y hacerle de cuando en cuando algunas visitas. Así lo hacia, y aunque el estado de la viuda, su dulce melancolía; y la aliñada simplicidad con que le recibia eran suficientes estímulos para un corazon ya resentido: y aunque ella misma hubiera animado el lenguaje de sus ojos, y la melodia lastimosa de su voz, Marcelo precavido contra tantos peligros, eludia con sus esfuerzos los ataques de tantos enemigos.

Una noche que fué á verla solo, la encontró con la pluma en la mano. Cipriana al instante que le ve se turba, toma el papel que escribia en la mano, y le hace pedazos. La accion fué tan viva, y la turbacion tan visible, que Marcelo no pudo dejar de estrañarla. Ella como que se recobra de un movimiento indeliberado le dice: vos estrañareis mi atolondramiento, pero mas os sorprenderéis cuando sepais que sois vos á quien escribia este papel que acabo de romper. ¿A mí señora? dijo Marcelo. A vos mismo, respondió ella. En verdad que mi accion era un poco ligera, y puede ser tambien que os hubiera parecido ménos decente. Yo doy gracias á Dios de que os ha traído para interrumpirme, y hacérmela reflexionar. Siempre es tiempo de corregirse, y ya habeis visto con qué prontitud me he corregido; pero en verdad que no me conozco. Yo me hallo tal, que ni siquiera sé lo que hago. ¡Ay, señor Don Marcelo! yo no soy digna mas que de lástima.

No bien dijo estas palabras, cuando se le escapan las lágrimas, que ella procuraba contener: Marcelo turbado y confuso, no sabiendo lo que todo aquello queria decir, con el [145] fuego en el corazon, y el agua en los ojos la dice enternecido: Señora ¿vos llorais? -Sí, Don Marcelo: yo lloro, y no hago otra cosa que llorar cuando nadie me ve. Si supierais mi suerte deplorable, si vierais las angustias de mi corazon, y el miserable destino á que estoy condenada... ¡Qué desgracia ha sido la mia! ¿Porqué habeis venido á Madrid? ¿Porqué me habeis encontrado cuando yo huia de todos los ojos? Y aquí redoblaba sus sollozos. Poco despues haciendo un esfuerzo sobre sí, para poder articular las palabras, y con un tono fuerte y decidido, le añade: Señor Don Marcelo, escuchadme: es preciso, absolutamente preciso que dejemos de vernos: vos sois casado, y yo no quiero perder ni mi reposo ni mi libertad. La virtud no se defiende sino huyendo.

El pobre Marcelo estaba inmóvil, atónito, y todos sus sentidos en un trastorno y revolucion que no es posible concebir. No sabia qué hacer, ni se determinaba á retirarse ni á pedir mayor esplicacion de lo que tanto se dejaba entender: pero la activa sirena, para fijar su indecision, le vuelve á decir: una muger virtuosa no debe esconder ni su flaqueza ni su peligro. El medio de vencerse es juzgarse con severidad, y tengo tan alta opinion de vuestra virtud, que no me he detenido en mostraros mi enfermedad, para que vos mismo me ayudeis á curarla. Ya veis los efectos, yo me seco y me consumo insensiblemente, y la muerte no tardará en poner fin á mis tormentos; pero entretanto ayudadme á sanar de esta infeliz inclinacion. Yo amo mucho á vuestra muger, y no quiero ofenderla: yo conozco vuestras obligaciones y las mias, y veo que debemos evitar tratarnos. Esto es precisamente lo que os escribía.

El Marques que lo escuchaba todo, creyó que ya era tiempo de hacer su papel. Entra como si viniera de fuera, y finge asombrarse de la situacion en que los halla, porque Cipriana parecia abatida con el desórden de su dolor, y Marcelo como fuera de sí: pero despues de algun silencio, ella le dice: vos venis á tiempo, y pues sois amigo de los dos, decidnos lo que debemos hacer. Ya sabeis que yo quiero ser siempre dueña de mi libertad, pero me ha sorprendido una inclinacion, que traidora se cubria con el velo de la amistad. Don Marcelo es la causa. Decidme ¿no debo huirle y separarme de él para siempre? Ya tú sabes Marques (la interrumpe Marcelo) la pasion que te he confesado, y que se aumenta todos los dias: yo sé que debiera oir las voces de la razon y huirla; pero me falta valor para dejar de verla: yo no puedo ni dejar de admirar [146] tanta hermosura ni privarme de discursos tan llenos de amabilidad y dulzura. Pero ¿porqué no podemos ser amigos? La virtud puede proibirnos el amor, pero nos permite la amistad.

Ve aquí lo que yo queria deciros la interrumpe al malvado Marques, y este es un tratado que ninguno de los dos puede rehusar. Los dos teneis un corazon sensible, que pudiera inflamarse. Lo que importa pues es que cada uno le sujete y le dirija: pero seria lástima que dos almas tan dignas la una de la otra se separasen por temor de un peligro que pueden evitar: y pues no quereis ni debeis reposar sobre el amor, reposad sobre la amistad, que tambien tiene sus dulzuras. No temais ningún riesgo: yo estaré á vuestra vista, yo seré vuestro ángel tutelar, y si os veo la menor flaqueza, la menor sospecha de una pasion que debeis combatir y superar, al instante os separo. Es preciso que mi amigo sea siempre fiel á su muger, que es muy amiga mia, y una persona que amo mucho: pero con tal de que esto sea, no veo inconveniente en lo demas. Vos Doña Cipriana, sois una filósofa, que sabreis añadir gracias á la amistad, sin que se le pueda baldonar nada. Marcelo no es libre, es esposo y padre; pero un trato inocente y desinteresado no perjudica á nadie. Gustar de la hermosura para venerarla, y de el talento para admirarle no es delito. Su esposa no puede llevar á mal que Marcelo conozca lo que valeis, y que os tribute sus respetos. Sed pues amigos, trataos como tales, y continuad viendos como haciais ántes. Nadie puede censurar una amistad pura y desinteresada.

Es claro que el débil Marcelo debia recibir sin resistencia las leyes que se imponian. Seducido por su propia flaqueza y halagado con la pasion de Cipriana le habia fingido, no hizo nuevo esfuerzo para quitarse la

venda de los ojos: con el pretexto de abandonarse á la amistad, dió nuevas fuerzas á su amor, y cada día se aumentaba su violencia. Con pasos de gigante corria al precipicio. La afición marital y hasta las dulces emociones de la paternidad se iban aflojando poco á poco. No ménos se debilitaban los sentimientos apacibles de la inocencia, la estimación de sí mismo, y la inquietud del alma, sentimientos preciosos, que hacen la felicidad de las almas delicadas, y que cuando una vez se pierden, no es tan fácil volver á recobrar.

Todos los días el corazón de Marcelo se sentía encadenar con prisiones más fuertes, y sentía perder alguna de sus antiguas [147] ventajas. Su carácter se endurecía, su humor se agriaba. Ya no se le veía ni su pasada dulzura de genio, ni la acostumbrada amenidad de sus costumbres. Estas calidades son las únicas que pueden hacer dulce y delicioso un empeño irrevocable, que autorizan la religión y la virtud. Mucho se había mudado. Se le veía triste, pensativo y disgustado. Ya no buscaba tanto ni las tiernas caricias de Martina, ni los inocentes juegos de sus hijos. Ya estos no le interesaban con sus dulces halagos, y Marcelo no parecía el mismo.

La sensible Martina se apercibía demasiado de esta transformación, pero por no afligir á su marido, no se permitía la más ligera queja. Al contrario, cuando veía el semblante de Marcelo cubierto de nubes, ponía en el suyo una serenidad inalterable: no combatía sus proceder poco delicados, y algunas veces sus durezas, sino con más vivas pruebas de amor, ó con finezas nuevas. Una de sus amigas que adivinó sus pesares, acusaba esta conducta de flaqueza; pero ella le decía: yo no creo que mi marido se extravíe, porque es muy virtuoso; pero si por desgracia se me escapara, yo no quisiera llamarle ni con escándalos, ni con baldones que pudieran acabar de irritarle: tarde ó temprano volverá en sí, y conocerá que en ninguna parte puede estar mejor que en su familia, porque nadie puede amarle tanto.

Por otra parte es difícil dar pena ó afligir á lo que se ama; y si Marcelo pudiera ofenderme, yo no dejaría por eso de amarle. Contenta con llorar en secreto, no le haría ver más que mi amor: creeme amiga. La mayor parte de las mujeres infelices, porque sus maridos las descuidan, dejarían de serlo, si en vez de los lamentos y las quejas, no opusieran más que la paciencia y la ternura. Estas son las armas que la naturaleza ha dado á nuestro sexo, para defenderse contra la tiranía de los hombres. Está segura de que yo, y mis hijos (que se conducirán por mis consejos) triunfaremos siempre en el corazón de Marcelo: que él nos buscará siempre y no se fijará más que entre nosotros; pero ya te digo que estoy cierta de que no puede tener culpa alguna, y que yo la tuviera, si me abandonara á sospechas injustas. ¿Dónde hallará un corazón tan tierno y tan agradecido como el mío? ¿Qué gusto puede sentir igual al de abrazar sus hijos? La verdad es que mi marido tiene un pleito, y que esto es quizás lo que altera su humor; pero nuestras caricias consolarán sus penas.

Un día que Marcelo, volvió á su casa con aspecto más [148] áspero y desagradable, Martina observó que apartaba los ojos de ella, con una especie de terror, y que los fijaba en el suelo. Con deseo de calmarle, se le quiere acercar, pero él la huye como si la temiera. Parecía que le agitaban los terrores de una mala conciencia. Su mujer le pregunta lo que

tiene. El guarda un silencio pavoroso, y solo se le escapan espresiones duras y llenas de furor. La tierna y muy sensible Martina, no puede ya contener las angustias que la estrechan el corazon; se deshace en llanto, y viene á arrojarle entre los brazos de su esposo; pero él la rechaza, y quiere sacudirse de ella, para esquivarse á sus caricias. Ella redobla sus sollozos, y le dice: ¿así correspondeste á mi amor? ¿Qué delito es el mío para tanto castigo?

Retírate Martina. Yo no te acuso de nada. Tú eres un ángel, pero yo soy un demonio: déjame porque quisiera verme sepultado en lo mas profundo de la tierra. -¿Qué! Marcelo ¿tú tienes penas, y no quieres que tu esposa las sienta contigo? ¡Marcelo mío, mi amigo! ¡Mi esposo no quiere derramar su dolor en el seno de su mejor amiga? -Ya no lo eres; yo debo perder hasta tu amistad y estimacion: ya no merezco mas que tu desprecio y tu odio. -¿Mi odio? ¡Aun cuando tú me dieras la muerte con tu mano, cuando yo misma quisiera, me seria imposible, no digo odiarte, pero ni siquiera fingir un sentimiento tan horrible? No, amigo de mi corazon: cuando tú me arrancarás la vida, yo te besara la mano. -No me digas esas cosas: yo no las merezco, y me haces mas culpado. -Pero Marcelo, aunque hubieras dejado de amarme, aunque me hubieras sido infiel, yo te perdonara, y no pudiera dejar de amarte siempre. -¿Seria verdad adorada Martina, que tú fueras tan buena... tan generosa...! ¡esposa mia!... ¡Martina! ¡yo soy el mas culpado de los hombres!

Marcelo se entrega entónces á todos los extremos del dolor, y en medio de un diluvio de lágrimas confiesa á su muger, que despues de haber combatido la mas violenta pasion, acaba por fin de rendirse á ella. Yo habia creido dominarla (la dice), yo pensaba que no era mas que amistad; pero estoy corrido, avergonzado y jamás me consolaré. Yo he sido infiel á mi querida Martina yo he olvidado todos mis principios de honor, de religion y de virtud: yo he desmentido hasta aquí mi pura y tranquila constancia, y en fin he deshonorado á mi familia, á mis hijos, y á mí mismo. Siento, veo y reconozco todo el exceso de mi desvarío; pero yo me castigaré, y [149] ya empiezan á castigarme mi implacable dolor, y mi voraz remordimiento.

Querida Martina, yo te he perdido: ya tu infame marido no es digno de tí: tú tambien has perdido al honrado, virtuoso y feliz Marcelo. Este se ha desaparecido, y en su lugar no te queda mas que un brutal, un adúltero, un mal esposo, y un infame padre. Este monstruo abominable no merece ya el nombre de marido de una muger tan pura y respetable como tú. Tambien ha perdido sus derechos, sus títulos, su reposo y su propia estimacion. ¡Ah pérfido amigo! Tú eres la causa de mi desastre, porque me has hecho conocer esta sirena peligrosa. Pero, Martina, dulce Martina, ¿no me dices nada? Tú me habias prometido perdonarme, ¿porqué pues estás tan pálida? ¿Porqué ese llanto? ¿Porqué cierras los ojos?

Martina procura recobrarse, y despues de alguna pausa le toma la mano, y le dice: no estrañes este primer movimiento de mi dolor. Yo no sabia que era posible partir un corazon. -¡Ah Martina, no me lo baldones! Yo no he partido el mío, siempre ha sido todo tuyo. Este ha sido un engaño de mis sentidos, un momento de error, y yo lo espiaré toda mi vida. ¿No me perdonas? -Sí, amigo, yo te perdono; pero deja correr estas lágrimas que se escapan: ellas se detendrán, y ya está todo olvidado: no hablaremos mas

que de nuestro amor. Diciendo esto corre á sus hijos, los trae entre sus brazos, y presentándoselos á su marido, le dice: Marcelo, ¿Cipriana te dará jamás dos hijos como estos? Oyelos que te hablan en favor de su madre. La infeliz no tiene los atractivos de la otra; pero sabe quererte mejor, pues que no vive mas que para amarte. Entónces los dos esposos se abrazan, confunden sus lágrimas, dan los mas tiernos besos á sus hijos, y se juran de nuevo un amor eterno.

Despues Marcelo corre á casa del Marques. Este se espanta, viendo el desórden con que viene. Amigo le dice, ¿qué te ha sucedido? -¿Tú mi amigo? Jamás lo fuiste, aunque tus impuros labios profanaban este augusto nombre. ¿Tú mi amigo? Tú me has hecho perder en un instante el fruto de una vida honrada y virtuosa, tú me has hecho llevar la muerte, el dolor y la angustia hasta el corazon de la muger más respetable, y digna de un amor que no emponzoñaban los remordimientos, pero que ahora va á ser el objeto de mi eterno pesar. Bárbaro, tú has sido mi asesino: anda á contar á tu digna amiga la pena y el despecho en que me ves, cuéntala la angustia [150] que me oprime por haber sido tan débil, por haber cedido á un momento de error. Dila...

El Marques queria interrumpirle; pero Marcelo no le daba lugar, y continuó diciendo, dila, que no me espondré mas, que no volveré á verla, que sus encantos no podrán quitarme otra vez la razon, y hacerme tan culpado como sus hechizos han logrado hacerme en un momento de delirio. Dila que yo la huiré para olvidarla, y apartar de mi vista imágen tan odiosa. Y tú, inhumano, alábate, complácete, jáctate de haberme arrastrado hasta el abismo. Ya está Martina instruida, ya se lo he contado todo, ya sabe que la he ofendido, y que tu funesta compañía, tus consejos perniciosos y tu espíritu seductor son los que me han precipitado. ¡Anda, pérfido, tan indigno del nombre de amigo! Tus ojos no volverán á verme jamás. Antes de que Dombal pudiese responder á este torrente de injurias, Marcelo corre presuroso á encerrarse en su casa, y pedir otra vez uno y muchos perdones á su muger. La dulce Martina se los ratificaba de nuevo, y le añadía nuevas finezas mas sensibles.

La viuda supo el funesto efecto que su condescendencia habia producido en el corazon de Marcelo, y no estaba poco picada de que estas fuesen las gracias que le diera; pero ella y Dombal se consoláron, porque uno y otro habian sabido sacar de Marcelo cantidades considerables con título de préstamos. No ostante, como la farsa habia durado poco, no habian tenido tiempo de sacar cuanto deseaban. Esto les afligia, y á Dombal sobre todo; pero su inagotable espíritu inventivo piensa que á pesar de todo el furor con que ha visto á Marcelo, este es tan cándido y visoso, que podrá engañarle otra vez, y con esta idea le escribe un papel, que decia así: «Marcelo, me es indispensable hablarte un instante: no es para que se quejen la amistad ó el honor ofendido: te doy mi palabra de que no me oirás una queja; pero es menester que te hable sobre tus intereses, y te espero».

Marcelo no se acordó de la máxima que dice: que no se debe hacer ningun tratado con los malos, y que quando fuera preciso sacrificarles su fortuna, es conveniente huir de ellos. Tambien se olvidó de la máxima que enseña que nadie debe confiarse en sus propias fuerzas. Se sentia tan indignado de su caida miserable, que le pareció que no tenia que temer;

que ya vuelto á la virtud y al amor conyugal, era incapaz de caer otra vez, y como le hablaba de intereses, y que tanto el Marques [151] como Cipriana le debian cantidades considerables, le pareció que debia á sus hijos el cuidado de recobrarlas. Con estas ideas va á buscar al Marques, y se le presenta con la firmeza de un hombre que no teme ni su cólera, ni otro deslíz. El hábil cortesano no le hace el baldon mas ligero ni le da la menor queja y solo le habla de lo que debe, y del deseo que tiene de satisfacerle. Con este motivo, afectando la mas noble y escrupulosa exactitud, le dice: que está en ánimo de vender todo su patrimonio para no ser deudor de un hombre, que ya no quiere ser su amigo; que la gratitud es intolerable cuando no la sostiene la amistad, aunque no ha hecho nada para desmerecerla.

Aquí deja escapar algunas señales de terneza y dolor, que no dejaron de enternecer al cándido corazon de Marcelo. El astuto Marques se apercibe, y le repite golpes mas sensibles. Cuando ya le pareció maduro, le añade: Sí, Marcelo, tú eres un ingrato. No puedo negar que te debo mucho, y que te estoy muy obligado por la fineza con que me has favorecido cuando lo necesitaba; pero está tranquilo: yo te satisfaré por entero: no te faltará un real de tu dinero: tú serás pagado. ¿Pero quien me pagará á mí del amor que me debes, del pesar y de los perjuicios que me va á producir esta ruptura? Ya ves que no te hablo como ofendido; que sé despojarme de todo lo que es orgullo y vanidad, para no mostrarte mas que la pena de un corazon sentido, y de una ternura lastimada; porque la verdadera amistad se olvida de todo, para no acordarse mas que de su propio dolor. Pero ¿qué quejas puedes tener de mí? ¿Cuál es mi delito, sino el de querer disfrutar contigo de las visitas de una muger amable, que la suerte nos proporcionó? ¿Es culpa mia el que tú te enamoraras de ella; y si ella y tú transformais en pasion lo que no debia ser mas que un trato inocente y agradable? ¿Es mi culpa, si tú has abusado de una muger que ha tenido la flaqueza de ceder á la pasion que has sabido inspirarla?

¿Y cómo la recompensas, Marcelo? ¿Es este el proceder de un hombre honrado? ¿Cuál es su delito tampoco, sino de haberte querido con demasia? ¿Y tú se lo pagas, no solo abusando de su flaqueza, sino corriendo á divulgarla, á deshonorarla y envilecerla? ¿No podias ser ingrato sin añadir una indiscrecion, que no se permiten los hombres menos delicados? Marcelo, tú conoces poco las mugeres, si piensas que puedan perdonar agravios de esta especie. ¿Y á quién vas á hacer esta enseñanza? A tu misma muger. ¿Te imaginas que pueda olvidar nunca que la has sido infiel? ¿Qué necesidad tenia de saber este [152] secreto? Que ames á tu muger, que la prefieras á todas, y que ella ocupe sola tu corazon, esto es justo, y ya has visto como he alabado siempre tu conducta estimable en esta parte; pero era menester ó resistir mejor á los hechizos de Cipriana, ó pues tuviste la desgracia de caer, no debias deshonorarla, contándoselo á tu muger, ni ponerla en estado de perder la vida de vergüenza y de dolor.

Ya Marcelo estaba medio vencido. Ya se decia que habia estado muy imprudente, y que no debia ni haber afligido á su muger con esta indiscrecion, ni haber quitado á Cipriana su honor; que su remordimiento le habia hecho injusto y ménos honrado. Pero cuando oyó que estaba para perder la vida, le dió un vuelco el corazon, y temblando de miedo, pregunta al Marques: ¿cómo perder la vida? -¿Lo puedes dudar? le responde

este. Ella ha sabido tu frenética locura, y lo que has hecho con tu muger. Desde aquel instante está fuera de sí, una violenta calentura la ha postrado en el lecho, y el médico teme que no pueda acabar el día. -¡Dios mío! ¡qué es lo que dices! -Que ya está moribunda, y que va á pagar con la vida la flaqueza de un momento. Pero ciertamente no eras tú el que debía hacérsela pagar, pues que no la ha hecho, sino por ceder á tus ruegos, obligada del amor que te tenía.

¡Ay Marques! yo me avergüenzo, y si pudiera socorrerla... -¿Qué socorro cabe ya? Yo vengo de verla, y ya es tarde para todo. Si vieras con todo eso como habla de tí, como no se le escapa una palabra que te pueda ser injuriosa, como me decia que te amaba siempre, y como te disculpaba; te aseguro que me rompía el corazón. ¿Crearás también que lo único que la inquieta es el embarazo en que se halla de tu deuda, y que no tiene otro deseo que el de pagarte antes de morir? Esta mañana me decia: si yo pudiera hablar un instante con el para que se hiciera cargo de todo lo que dejo, y que pueda satisfacerse, yo muriera contenta.

Ya Marcelo estaba cubierto de lágrimas, y después de haber estado un rato pensativo, le dice: yo no quisiera que me quedase el escozor de haber sido inhumano con una muger. ¡Dios mío! ¿porqué no nos hemos contentado con ser amigos...? -Ya esas reflexiones son inútiles, y Cipriana se muere. Yo no tengo la vanidad, tú me has quitado el derecho de aconsejarte; pero la verdad es que la infeliz no tiene ya más que un soplo de vida, y que si quieres ser humano con ella, no debes perder instante, porque podrás encontrarla sin ella. Marcelo [153] cada vez más afligido vuelve á caer en una meditación profunda, da muchos suspiros, se pasea desatentado por el cuarto, y al fin dice: yo había jurado no volver á ver una muger tan peligrosa, y que me ha sido tan funesta. Yo me lo había prometido á mí mismo, y se lo había prometido á mi esposa; pero Martina es tan benéfica y generosa, que si supiera... En efecto ¿Cipriana está tan mala? -No te respondo de que la encuentres viva. -Vamos pues, vamos otra vez, y que esta sea la última. Yo iré á verla esta tarde. -¿Me das la palabra? -Sí; pero con condición de que no volveré. -Cuando no dieras más que un consuelo á esta desgraciada muger, sería un acto de humanidad.

Ya el Marques tenía concertada su comedia con Cipriana; pero al instante corrió á avisarla para que todo estuviera pronto, y ve aquí como los hombres de bien son siempre víctimas de los inicuos, porque no tienen malicia para penetrar sus ardides. El buen Marcelo se fué á su casa, y contó á Martina el estado en que se halla Cipriana, y el deseo que tenía de verla para arreglar sus cuentas. Martina le dice al instante: amigo, corre, y no tardes en ir. La caridad nos obliga á socorrer y consolar á los que están en los últimos momentos, y en ellos no hay delito que no deba obtener perdón. Infeliz el corazón duro y vengativo, que á la vista de la muerte no se siente desarmar. Anda, y consuela á esa pobre muger: dila, que la compadezco mucho, que yo quisiera poder darle la vida; que me ha causado muchas penas; pero que se las perdono, y que no me acuerdo más que de las suyas.

Marcelo va; pero ¡qué espectáculo se le presenta! Toda la casa parece despojada. Hasta en la alcoba no había más que un pobre lecho en que estaba Cipriana, y todo presentaba el aspecto de la indigencia más estrecha. No se veía otra cosa que una mesa vieja, en que había un talego

que parecia contener dinero, y al Marques que estaba á la cabecera de la moribunda. Marcelo se asombra de ver que todo está tan desguarnecido y miserable, y por señas pregunta al Marques la causa de esta novedad; pero la enferma le responde: acercaos, Señor: este ha sido un sacrificio necesario, y es mi primer paso para la sepultura: yo os debia, vos me habeis prestado vuestro dinero con mucha generosidad: mi obligacion era pagaros, y he vendido cuanto tenia para tener el consuelo de satisfaceros antes de morir. Ahí teneis el dinero. Me ha sido preciso despojarme en vida hasta de lo mas necesario para cumplir con una deuda tan sagrada; pero al fin ya está hecho, y presto no necesitaré de nada. [154]

Mis penas, mi vergüenza, mis humillaciones y pesares me quitan la vida. Vos conoceis á quien debo todas mis amarguras; pero yo pido al cielo, que le haga tan feliz como él me ha hecho desdichada. Aquí no puede detener sus lágrimas, y solo añade: no puedo mas, y pues que Dios me da el consuelo de haberos pagado ántes de morir, solo os pido que le pidais por mí, que me perdoneis, y que no me negueis vuestra compasion. Marcelo aturdido, confuso, y con el corazon destrozado de todo lo que miraba y oia, echaba ojos de compasion sobre la enferma, y admiraba su noble proceder. ¡Qué! despojarse de todo (decia) cuando mas necesitaba de ello, á causa de su enfermedad, solo para poder pagarle, esto era un acto tan generoso y sublime que le llenaba de respeto á aquella muger. Se queja con dulzura de que se le haya creido tan bárbaro, que se haya hecho por él tanto esfuerzo: protesta que no tomará el dinero: pide al Marques que haga rescatar lo vendido, y que se emplee en curar á la enferma.

Le añade en secreto, que este golpe acaba de abrirle los ojos: que una muger que se conduce de esta manera, es una heroína: que su accion es sin ejemplo: que la que ha podido hacerlo, tiene mucha virtud y honradez: que está penetrado de dolor por lo que ha hecho: que quiere reparar sus imprudencias, y sus injusticias á toda costa, y que presto volverá á verla. Luego se acerca al lecho de Cipriana, procura consolarla, y la habla con el tono del interes mas vivo, con el aire de la amistad mas tierna, y en fin se despide de ella para volver, diciéndose á sí mismo: esta es una muger muy estimable; yo he sido un bárbaro, y si Dios la da vida, seré su fiel amigo, y seré cuanto es posible ser suyo, escepto amante. Este fué el proyecto con que salió, y volvió á encargar al Marques que viera si era posible hacer que cuando él volviera, ya encontrase la casa mas decente, y bien prevenida de todo. Yo quisiera, le dijo, sacarla de las garras de la muerte, ó á lo menos endulzarla los horrores de su fin. Dombal, esta es una muger rara y admirable. Martina la conocerá, y no volverá á estar celosa de ella, y si Dios la da vida, será nuestra amiga.

No bien el crédulo Marcelo estaba al pie de la escalera, cuando ya aquel par de malvados se burlaban de su bobería, y se reian de la comedia que habian representado con tanta habilidad; pero Marcelo llevaba en su corazon por un lado la dulce alegría que produce una buena obra, y por otro el disgusto de haber visto á Cipriana en tan fatal estado. Pedía al cielo que no muriese, y ya, para en caso de que se recobrara, se proponía [155] el plan de conducta que debia tener, y en el cual no veia peligro de caer otra vez. Al otro dia volvió á verla, y le dice, que se encuentra mucho mejor, porque el placer de haberle visto, y las atenciones que ha tenido con ella, la han dado la salud. Y así despues de darle las gracias,

le dice: no hablemos mas de nuestros errores, los dos perdimos un momento la razon, y harto me cuesta: pero esto se acabó. Desde hoy quiero ser la mejor amiga de vuestra muger. Yo seré la que no os dejará olvidar lo que la debeis, y nos animaremos mutuamente á la virtud.

Para en adelante os ofrezco la amistad mas pura y desinteresada, que tendrá tambien un nuevo estímulo en mi gratitud. Al instante que me desahogue de ciertos cuidados, os pagaré lo que ahora os debo de nuevo. Es tan dulce deber á las personas que se estima... Olvidemos pues nuestros defectos, y no seamos desde hoy mas que tiernos amigos. Si por mi flaqueza yo fuera mas débil, si pudierais observar, que á pesar de mis resoluciones me desvíó de la mayor pureza, corregidme, y ponedme otra vez en los límites de una amistad virtuosa. La respuesta de Marcelo fué la que se podia esperar de un corazon fácil, que se abria á todas las ilusiones, y que se tragaba todos los anzuelos. Se propuso en efecto seguir este plan con exactitud.

La enferma mejoraba como por milagro. Cada dia iba desenvolviendo nuevos encantos en sus talentos, y nuevas gracias en su corazon. Marcelo la veia todos los dias, y ya era tan amigo del Marques como ántes. El mal hacia progresos rápidos. Ya no era ilusion: ya era consentimiento deliberado. El marido de Martina empezaba á ser mas delincuente. Bien hallado con su mal, ni queria examinar lo que sentia, ni hablaba mas á su muger de Cipriana. Ya la ocultaba el número de visitas que la hacia; así sucedió lo que debia suceder. Una pasion que no se arranca de cuajo, tarde ó temprano echa por tierra al que la sufre, y por eso Mentor no deja á Telemaco en la orilla, sino con inflexible mano le precipita entre las aguas; y así Marcelo, que no supo arrancarse del peligro, poco á poco fué perdiendo de vista todas sus ideas de amistad y pureza. Se embriagó con la copa dorada del veneno mortífero, y en fin volvió á violar sus juramentos, su honor, la religion, el carácter de esposo, y cayó de bruces entre los brazos de la inmunda Cipriana.

Desde aquel instante todos los monstruos que acompañan [156] al vicio, se apoderaron de su corazon. El se hizo pródigo, insensible á los intereses y al amor de su familia. En su alma se aflojaron todos los resortes de la naturaleza. Ya no acariciaba, ni amaba á hijos. La dulzura y la resignacion de Martina eran baldones mudos que le atormentaban, y procuraba evitarlos, huyendo. Cada vez que venia á su casa, su conciencia le servia de un torcedor importuno, que con grito sordo, pero pavoroso le asustaba, y le condenaba á esconderse. Los remordimientos le espantaban; pero él procuraba acallarlos como un reo, que quisiera no escuchar la voz del juez que le intimida.

La infeliz Martina, que lo observaba todo, y que veia no solo que habia perdido el amor de su esposo, sino que este perdía la casa y el patrimonio de sus hijos, no sabia qué hacer. No le quedaba otra esperanza que la de su paciencia, ni veia otro medio para lograr una resolucion que le fuera favorable, sino el de su dulzura y buenos procederes. Su prudencia era tan delicada, que queria esconderle hasta sus lágrimas; pero estas se desquitaban cuando estaba sola. Un dia que daba algun desahogo á su dolor, un hijo suyo, que ya tenia seis años, la sorprende en su cuarto anegada en su llanto. La inocente criatura se entenece, y llorando tambien vuela á sus brazos, y la dice: ¿qué tienes, mamá? ¿Porqué lloras?

-Yo tengo, hijo mio, muchas penas. -¿Es que no tienes que comer? Toma este pan de mi almuerzo, yo no almorzaré, y cometelo tú. La madre, dándole un beso mojado con su llanto, le responde: no, hijo, no es pan lo que me falta; pero hay disgustos mas sensibles. ¡Quiera Dios que no los tengas nunca! -¿Qué tienes pues? -Yo temo que nos veamos reducidos á la indigencia. -Mamá, ¿qué es indigencia? -Es, hijo mio, que nos falte todo, y hasta la comida y los vestidos. -¡Ay, mamá! toma mis vestidos, y cuanto tengo. Yo tendré mas gusto en vertelos á tí, que no á mí. Cuando sea grande nada te faltará, y te amaré mejor que mi papá, que ya no está con nosotros, ni viene á consolarte; pero yo estaré siempre contigo, y te acariciaré, porque nunca estoy contento, sino cuando te veo, y te abrazo. -Hijo, pues me amas tanto, di á tu padre cuando le veas solo, que yo lloro mucho, y que me muero de dolor: él entenderá esto. -Yo se lo diré, mamá, yo se lo diré, aunque no le amo tanto como a tí. -Hijo, haces mal, tú debes amar á tu padre: Dios te lo manda. -Pero nadie me ha mandado que te ame, y yo te amo tanto. -El mismo Dios te manda que ames á tu padre y á tu madre. No olvides, hijo, lo que te encargo; díselo á tu padre. -No lo olvidaré; basta que tú lo quieras. [157]

En efecto, poco después vuelve Marcelo con un aire mustio y abatido. Su corazon estaba devorado con la vergüenza y los remordimientos, huía hasta de los ojos de Martina, y no sosegaba hasta verse en el destierro de su cuarto. La presencia de las personas virtuosas es un tormento para los malos que conocen sus culpas. Su hijo, que le ve irse á su cuarto, corre tras él con las gracias de la inocencia, que por desgracia duran muy poco, y no se recobran otra vez. Luego que estuvo con él, le dijo: ¡Padre! ¿sabes que mamá se muere de pena, y que no hace mas que llorar? -Anda, déjame en paz, le responde Marcelo. -¿Cómo? le dice el niño: ¿no quieres que te abraze? Pero haz que mamá no llore tanto, porque yo no puedo dejar de llorar cuando ella llora, y al instante se deshace en llanto.

A vista de espectáculo tan tierno, Marcelo se sintió conmovido. Habia empezado á rechazarle; pero entonces viéndole tan afligido, se enternece, le llama, le pone entre sus brazos y se disponia á hablarle con halago y ternura. Quizas este era el momento, que el cielo destinaba para el triunfo de la naturaleza, y el consuelo de Martina; pero por desgracia dos amigos del Marques, esto es, dos perversos de su especie, que tambien lo eran de Marcelo, pues ya no tenia otros, entran á su cuarto, y le disipan estas tiernas impresiones, que hubieran podido conducirle al desengaño y arrepentimiento. ¡Cuántos corazones extraviados por la corrupción del mundo sienten estos instantes de favor, y los dejan pasar! ¡Cuántos encuentran esta semilla de virtud, y la dejan morir, porque el soplo emponzoñado del vicio los vuelve á corromper! Pocos son los que en medio de sus costumbres corrompidas no sienten alguna vez estos estímulos; pero son ménos los que saben recogerlos y aprovecharlos.

Marcelo se volvió á olvidar de su hijo, de su muger, y de todas las leyes del honor. Su pasion subió al mas alto punto de embriaguez. Era un delirio frenético, que cada dia se aumentaba. Sus prodigalidades disipáron su fortuna, y ve aquí como obligado á llenarse de deudas, sus acreedores le atormentan. En su casa ya faltaba todo, y estaba muy cerca de verse en la triste situacion de la miseria. No solo habia consumido su propio patrimonio, sino hasta el caudal de su muger. Martina habia condescendido

con todo, y ya no la quedaban mas que sus diamantes; pero Marcelo era ya tan bárbaro que no tuvo rubor de pedírselos. Martina harta de pesares, acosada por las necesidades, y temerosa de que la falte pan para sus hijos, se atreve á negárselos. El se indigna, se enoja, la trata con dureza, la cubre de [158] oprobios. Martina sufre, no le responde nada; pero le escribe este papel.

«Yo moriré sin baldonarte nada, sin quejarme, y sin que salga de mis labios una palabra que te pueda humillar. Así no te escribo mas que para esponerte mi conducta. Ya has visto que jamas se ha desmentido, que mi amor ha sido sin ejemplo, y mi condescendencia sin límites. Quizas ha sido demasiada. La esposa no debia olvidar que era madre. Yo te lo he sacrificado todo, sin disimularme que mi facilidad era dañosa á tí mismo y á mis hijos. Ya es tiempo de que me detenga en medio del despeño á que nos precipitas. No por mí: porque ¿qué son la fortuna ni los intereses para una muger que no puede vivir mucho, y de quien tú te has olvidado? sino por tí mismo, y por tus hijos. No me arranques el último pedazo de pan que os queda. No des lugar á que yo tenga el dolor de saber cuando muera, que tú y ellos quedais sin recurso. ¡Ay, Marcelo! ¡mi siempre adorado Marcelo! ¿podia esperar esto de tí?

Este papel produjo mucho efecto en el corazon de Marcelo porque no era insensible, ni bárbaro; pero todos sus movimientos se perdian en la detestable sociedad que dominaba su alma. Esta es la marcha ordinaria de las pasiones. Empiezan por ceder por flaqueza; pero presto adquieren la dureza del vicio, y acaban por la inhumanidad. Así se ve que personas sensibles y virtuosas poco á poco, y de error en error llegan á la barbarie de los malvados. ¡Qué comunes son estos ejemplos! ¡Y qué precauciones no se deben tomar en lo escesivo de las inclinaciones y amistades! Un objeto indigno basta para conducir al corazon mas honrado al extremo de vileza en que estaba el infeliz Marcelo.

Cipriana y el Marques, que ya habian conocido el mal estado de los negocios de Marcelo, concertaron entre sí dejarle, y abandonar al infortunio una víctima, á quien habian chupado ya toda la sangre, y que ya no podia serles útil. Este es tambien el término ordinario de todos los amores y amistades, que no tienen mas que al interes por objeto. Ya se disponia Cipriana á buscar un pretexto para cerrarle (7) su puerta, cuando por casualidad un comerciante que venia de Méjico, oyendo el nombre de Marcelo, manifestó mucha curiosidad, y quiso informarse de todas sus circunstancias. Despues que Cipriana y el Marques le dijéron lo que sabian, él les volvió á decir: este Don Marcelo de la Vega será muy presto el hombre mas rico de España. Este discurso les sorprende, les agita, y le preguntan el cómo? [159] El les responde: la muger de Don Marcelo tiene en Méjico un pariente que goza de una inmensa fortuna, fruto de cuarenta años de trabajo. Yo sé que á mi salida estaba muy enfermo, y que ya habia hecho un testamento, en que deja por heredera á su parienta, y en defecto de esta á su marido.

¡Qué; le dice el Marques, si la muger de Don Marcelo falta, ¿es él quien lo debe heredar todo? -Así es, y en mi juicio ya estará muerto, porque los médicos no le daban un mes de vida. Yo he deseado encontrarle para darle esta buena noticia, sin poderle ver en ninguna parte, y como parto esta noche para Francia, donde me llevan mis negocios, no se lo

podré decir; pero pues es amigo vuestro, dadle esta noticia, que no puede dejar de agraderle. Ellos se lo prometieron y el comerciante se fué.

No bien quedaron solos cuando se abandonaron al delirio que les causaba esta impensada noticia, y la esperanza de apropiarse de toda aquella riqueza. Lejos de seguir el proyectado plan de despedirle duramente, no piensan mas que en los medios de redoblar sus lisonjas, caricias y artificios para atraerle con mas fuerza. Arreglan lo que deben hacer, y la primera condicion para lograr sus fines es que no sepa nada de la fortuna que le espera. Ambos se prometen guardar el secreto, y no perder instante para empezar su trama.

Viene Marcelo, y encuentra á Cipriana sola; pero muy triste y pensativa. El inquieto y cuidadoso la pregunta ¿que tiene? Ella muestra mucha dificultad en esplicarse: el insiste, y despues de muchas excusas y repulsas, le dice al fin; pues estamos solos, voy á descubrirte mi corazon. Yo no puedo tener ningun secreto para el hombre que adoro: ya ves la agitacion en que estoy, y que no puedo disimular mas tiempo; yo queria ser la víctima única, pero veo que tú también lo serás, y esto es lo que me aflige. ¡Ay Marcelo! ¿qué es lo que hemos hecho? ¿En que abismo nos hemos precipitado? El amor nos ha seducido, y lo peor es, que cada día siento que te amo mas: y diciendo esto, derrama un nuevo torrente de lágrimas, que la hacia mas interesante.

Marcelo, temblando, sin entender lo que queria decirle, y temeroso de alguna resolucion contraria á su amor, la dice: ¿No soy ya bastante infeliz y mi destino quiere prepararme otros golpes? -¡Ah! ¡qué estos golpes no son crueles sino para mí! ¡para mí, que no podré vivir sin ti! -Pero ¿qué quieres? Yo no puedo remediarlo. Los remordimientos vienen á emponzoñar [160] mi felicidad, y no me dejan gozar de ella. Al principio mi feliz ceguedad no me dejaba ver mas que la dulzura de mi amor, pero ahora mi razon me descubre mis delitos, y sobre todo uno, que es el peor de todos. Marcelo, por causa mia tú has perdido tu virtud, la felicidad que hallabas en tu familia, y hasta el amor de tu muger; de esa muger tan buena, y que hubiera sido mi amiga, si fuera posible amar á la que nos disputa el corazon, que es el único objeto de nuestro amor. ¡Ay Dios! ¿adónde me ha conducido una pasion tan fatal? ¡Ah Marques! ¡qué mal me has hecho, contribuyendo á mi flaqueza, y cuanto me cuesta haber perdido el dulce sistema de mi tranquila indiferencia!

Pero en fin mas vale tarde que nunca. Escúchame Marcelo, y tenme lástima. Ya has visto que eran muy dulces para mí los lazos que nos unian, y te declaro que nunca me han sido mas que ahora, que tú eres el único hombre que ha sabido llenarme el corazon, el único que he amado, y el único que amaré, y que nunca te he amado tanto como ahora que voy á perderte. -¿A perderme? -Si, Marcelo. Yo se que me costará la vida; pero este partido, aunque tan duro, aunque tan horrible, es indispensable, es necesario. -¿Que me dices? ¿tienes valor para...? -Ya no podemos dejar de abrir los ojos, ya es tiempo de quitarnos la venda que nos oculta el esceso de nuestros estravíos. Considera un poco lo que soy yo á los ojos del mundo, á los tuyos, á los mios propios. ¿Cómo es posible que me lo disimule? ¿Qué papel hago? El de una manceba, el de una adúltera. No puedo pues ser mas que un objeto de desprecio. ¿Y cómo me puedo consolar? Yo sé que me amas, pero tambien quisiera que me estimaras.

Marcelo estaba ya de rodillas, protestándola, que no solo la ama, sino que la estima y adora, pero ella le interrumpe para decirle: No nos engañemos: ya la venda se me ha caído de los ojos, ya veo la verdad, ya la escucho que me habla, que me condena, que me enseña las leyes que debo seguir, y ya veo que es preciso seguirlas: imítame: una mujer ¿tendrá más valor que tú? Sepárense, Marcelo: no volvamos a vernos. Yo iré a llorar en el retiro más oscuro mis flaquezas, mi amor, un amor... No, yo no viviré largo tiempo; pero tendré el consuelo de morir, sabiendo, que ya vives bien con tu esposa, que logras la estimación de todos, y que tú tendrás lástima de mí; porque te compadecerás de una infeliz que ya ni siquiera podrá verte. Bien sé que por más que haga, tú reinarás siempre en mi corazón, y que tu memoria me le destrozará. Este será [161] mi mayor tormento: pero ¿qué he de hacer? pues no puedo dejarte de amar.

Todo esto fue pronunciado con un diluvio de lágrimas. El crédulo Marcelo derramaba otro, y la decía: ¿cómo ¡cruel! tú puedes resolverte a separarte de mí? ¿No sabes que me quitarás la vida? -Marcelo no hay remedio: demasiado he vivido ya olvidada de la razón y el honor. El nombre de tu manceba o tu querida es un título de oprobio, y yo quisiera sepultarle conmigo en el centro de la tierra: a lo menos yo me iré lejos de Madrid, donde nadie me vea, donde tú no estés: pero ¡ay! ¿dónde irá mi corazón que no lleve consigo la imagen del hombre más querido? ¿Porqué el cielo no me hizo vuestra esposa? La tuya es la única mujer que me inspira envidia. ¡Qué dichosa es, pues puede gloriarse de quererte, y yo, infeliz de mí, que te amo mil veces más, yo debo esconderme y avergonzarme de este amor! A Dios, a Dios Marcelo. Lo que más me aflige en este lance es que ahora no puedo pagarte lo que te debo. -¿Qué me hablas de pagarme? Yo soy el que te debo hasta la vida, pues sin tí me fuera insoportable. Es verdad que he perdido mi fortuna; pero yo me consolaba pensando que tú me quedabas, y ahora ¿quieres abandonarme? -¡Marcelo! Yo apelo a tu misma probidad. Tú dices que me amas. Si esto es verdad, tú debes mirar por mi honor. Este exige que yo me sacrifique, que nos separemos, que nos olvidemos. -No, yo no podré jamás. -Tú debes ser el que me fortifique. El verdadero amante debe ser un amigo desinteresado. Yo aspiro a merecer tu estimación y la mía propia, y no puedo merecerla mientras no sea más que tu manceba. Esto no corresponde más que a tu esposa.

Estas palabras despiertan una idea terrible en el espíritu del desolado amante, y la dice: Martina está enferma, y no puede vivir mucho. Si yo quedara libre todo se remediaría. -¿Qué dices? -Que entonces yo pudiera satisfacer tus deseos y los míos. -¿Te casarás conmigo? -Al instante. -¿De veras? -¿Puedes dudar? -¿Te atrevieras a asegurármelo por escrito? -Con todos los escritos y juramentos del mundo. -Pues bien, si esto es verdad, escúchame: tú me conoces: tú sabes como te amo, y que en nada me conduce el interés: firmame pues un papel en que te obligues a darme cien mil pesos si, en el caso de estar libre, no te casas conmigo. Si me lo firmas entonces haré cuanto quieras. -¡Cien mil pesos! Ya ves que en el estado actual de mi fortuna... -No importa: ¿tú comprendes que jamás me servirá de este escrito? Pero quiero tenerle para poder representártelo a ti mismo en caso necesario... En [162] fin yo me valgo de este medio como de todos los que puedan asegurarme tu mano, aunque no dejo de conocer que es ridículo: porque ¿de qué me sirvieran todas las riquezas del mundo

sin tu corazon? Un amor como el mio no se puede pagar mas que con amor.

El insensato escribe y firma lo que la viuda le dicta. Ahora, le dijo esta (recibiendo el papel) puedo tomar un partido menos severo, porque la idea de poder ser un dia tu muger, me hace ménos vergonzoso nuestro trato. La esperanza de un himeneo me puede justificar. Yo deseo que viva Martina, pero á lo ménos ya puedo esperar ser tuya. Ahora amo á un hombre que, cuando pueda, será mi marido.

La pobre Martina estaba con efecto tan lánguida y desfallecida, que no prometia vida larga. Ya ni siquiera desahogaba su dolor. Petronila, que era la sola criada que la habia quedado, era tambien el único confidente de sus penas. La infeliz se secaba sin consuelo. Tomaba á sus hijos entre sus brazos para bañarlos con sus lágrimas, y los rechazaba. Escribia á su marido, y apenas acababa un papel, cuando le hacia pedazos. Ya no tenia mas que la muerte delante de los ojos, y esta imágen la consolaba algunas veces de sus penas; pero cuando consideraba que sus hijos iban á perder en ella su único arrimo, esta idea la traspasaba de dolor. Pedia al cielo socorro, y se quejaba con Petronila de su injusto esposo.

Cipriana se aplaudia con Dombal de su habilidad, y del cómo habia logrado su artificio. Ella habia sabido tomar todas sus precauciones con tanta destreza que en ningun caso podia temer la vigilancia de la justicia, y no se contentaban los dos malvados con los cien mil pesos, pues no dudaban que Martina no podia durar mucho, y estaban seguros de disfrutar todos los tesoros que Marcelo esperaba: solo el mismo Marcelo estaba pesaroso, porque desde que volvió en sí, y pudo reflexionar sobre aquel acto, no se pudo disimular el indigno hecho que acababa de hacer. Haberse obligado á tomar nuevas cadenas sin estar rotas las que tenia: haber prometido á una mujer darla la mano, sobre la ceniza caliente de la suya, todo esto le parecia horrible, y no comprendia cómo el delirio de la pasion le podia conducir á tanto esceso. Empezó á entrever el carácter interesado de Cipriana. Tampoco es fácil sofocar esta voz secreta de la conciencia contra una mala accion; y el esposo de Martina no podia sufrir su remordimiento interior. Este disgusto se aumentó mucho cuando va á ver á la [163] víctima que él mismo arrastra al sepulcro, y que lánguida y desfallecida, léjos de importunarle con sus quejas, no le hace ver mas que indulgencia, cariño y amor; pero tal es el carácter del vicio, que cuando se reconoce delincuente, se irrita contra sí mismo, y no pudiendo disculparse, se hace inhumano y feroz. Marcelo lo era con Martina, y respondia á sus caricias y finezas con durezas y brutalidades; pero no podia acallar la voz secreta que le perseguia. Ella le gritaba: Martina está viva, ¿y tú has hecho á otra muger una promesa odiosa, delincuente y sacrílega? No te falta mas que echarla tú mismo en su sepulcro: ¿y qué otra cosa haces cuando la ves consumida de dolor, y la abandonas? ¡Infeliz Marcelo! ¡Tú quitas la vida á tu muger! ¡Tú privas á tus hijos de su madre! ¿Se puede reparar esta pérdida? ¿Quién será su consuelo, pues ha largo tiempo que ya no pareces padre? Vamos, se decia, á arrancar este papel que me deshonra, y que sea despojo de las llamas. Otras mil ideas le pasaban por la imaginacion; pero apenas veia á Cipriana cuando de todo se olvidaba, y solo se acordaba de su amor.

Entretanto su desolada esposa, víctima del dolor que la consumia, estaba ya postrada, y en manos de los medicos. Cansada ya de una vida tan

triste, esperaba la muerte con indiferencia; pero dócil á la voz de la religion, se abandonaba á los socorros del arte, y consentia en tomar los remedios que se la prescribian. Se la habia ordenado una medicina, y esperaba la hora para tomarla: pero de repente entra Petronila, trayendo en el semblante todas las señales del terror, y sin poder articular una palabra. Martina se espanta al verla, y la dice: ¿qué tienes amiga? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mi marido? ¿Qué es lo que le amenaza? Sácame de inquietud. -¡Ay Señora! la dice, no me habéis de vuestro verdugo. El peligro es para vos misma. No tomeis esa medicina, que está envenenada. -¿Envenenada? -Sí, Señora, es veneno. -¡Qué dices! -Que tengo horror de deciros este secreto, pero es preciso salvaros. Han puesto veneno en ella, y sin duda por orden de vuestro esposo. -¿De Marcelo? ¿Del hombre que yo adoraba y adoro todavía?

El golpe de esta inesperada y terrible noticia altera tanto el corazon de la infeliz y ya desfallecida Martina, que se siente morir, y un súbito desmayo la hace perder los sentidos. Estuvo largo tiempo fuera de sí, sin poder pronunciar una palabra. Al fin se desata en un copioso y lastimero llanto, y cuando pudo hablar, decia: ¡Santo Dios! ¿Mi marido desea mi muerte? ¡Ah! si mi religion no me lo prohibiera, ¡cómo sabria vencer [164] mi repugnancia, para que Marcelo quedara satisfecho! -No, Señora, no lo quedaria, y en esta ocasión yo me atreveria á desobedeceros. -¡Ay amiga! si Marcelo quiere mi muerte, ¿cómo podemos impedirla? Mira, cuando ahora evitemos este golpe ¿podremos escapar de otros? Ya debes ver que mi sentencia está pronunciada. ¿No conoces que tarde ó temprano lo ha de lograr? Pero dime ¿estás segura que esto viene de mi marido? -¿Y lo podeis dudar despues del modo con que os trata? No basta haberos reducido á la miseria, el bárbaro tambien quiere enterraros. -Pero ¿estás bien segura? -Yo lo he sabido todo de la boca de una criada de la detestable Cipriana. Ella ha venido desalada á decirme, que un hombre debia venir á echar veneno en el remedio que se os preparaba. Yo he visto venir á uno, y sin duda que lo ha echado.

Martina repetia, ¿podia yo esperar esta barbarie? ¡O Marcelo! ¡Tú, por quien únicamente queria vivir! Tú, á quien ya habia perdonado, y que nunca he dejado de querer, ¿tú, deseas y procuras mi muerte? ¿Y para que te tomas este afan? ¿Porqué no dejas esta obra a mi dolor? El basta para acabarme, y ya no puede dejarme vivir mucho. Petronila, no llores, tengamos valor, solo te pido un servicio, y es el único que me harás. Yo siento que voy á morir. Este golpe acaba de extinguir la poca vida que me quedaba; pero cuando muera, di á Marcelo, que aunque he sabido que me queria apresurar la muerte, no he dejado de amarle y perdonarle. Recomiéndale mis pobres hijos; pero, amiga, me viene una idea. Yo quiero escribirle todos los tormentos de mi corazon, y tú le darás mi papel despues de mi muerte. En efecto, toma la pluma, y con una mano trémula escribe estas palabras, que iban todas bañadas con su llanto.

«Doy mil gracias al cielo de que me quite la vida en un momento, en que con tanto ardor solicitas mi muerte. Le agradezco que su bondad haga que no te sea necesario este delito, y que te libre de un eterno remordimiento; pero ¿cómo no has conocido que tu afan era inútil, pues para matarme me basta mi dolor? Sabe para consuelo tuyo, que no es el remedio emponzoñado el que me mata, sino las penas de mi corazon. No me

quejo de mi suerte; porque, gracias al cielo, estoy inocente, y voy á caer en los brazos de un Dios dulce, que es mi amoroso padre. Pero ¿quién servirá de madre á mis pobres hijos? ¿Será Doña Cipriana? ¡Ay, Marcelo! si se supieran tus designios, si se descubre que has echado veneno en mis remedios, ¿cuál seria tu castigo? ¿Cuál seria el deshonor de mis hijos? ¡Dichosa [165] yo, pues con mi muerte te escuso, y les escuso males tan terribles! Yo muero con la esperanza de que un día abrirás los ojos, y que conocerás la diferencia que hay entre una muger honesta, que jamas ha querido mas que á su esposo y sus hijos, y entre otra que... pero tú la conocerás. Yo te perdono y te disculpo, porque sin duda será ella la que te habrá aconsejado, y quizá conducido tu mano; pero Dios nos juzgará: yo la abandono á sus remordimientos.

A Dios, pues, querido Marcelo, trata mejor que á su madre á los infelices frutos de nuestra union. Acuérdate que no tienen en la tierra otro protector. Jamas sabrán que tú has intentado privarlos de su madre, y te amarán como yo. Si alguna cosa podrá espiar este delito, será que los ames, y los cuides. Yo no te pido otra recompensa de mi muerte. ¡Que desgracia es romper con tanta violencia unos nudos, que el amor mas tierno habia tejido! Pero no te olvides de que hay un Dios justo, y no tardes en ocurrir á su clemencia. A Dios, adorado Marcelo, á Dios para siempre».

Martina dió este papel á Petronila, que se deshacia en llanto, y la dice: ocúltame esas lágrimas, y no disminuyas mi valor: Mira, amiga, tú le darás este papel, y le dirás tambien, que mi último suspiro fué por el. Petronila procuraba esforzarla, y la decia: señora, no os abandoneis á vuestro dolor: vivid para castigo de esos infames, y que no consigan sus deseos malvados: vivid para vuestros hijos y para mí; pero Martina la replicaba: Petronila mia, una vida como la que yo tengo, ¿te parece digna de ser conservada? ¿Qué puedo ya esperar, sino penas y disgustos? Pero me queda otra gracia que pedirte, y es, que guardes un silencio inviolable y eterno sobre este triste y funesto secreto. Si se llegara á traslucir, el autor de mis penas seria rigurosamente castigado. Tú comprendes cuál fuera su castigo, y cómo la mancha se extendiera hasta mis pobres hijos. Querida Petronila, dame la palabra de que no se lo dirás á nadie. Tú eres buena, tú me amas, y no permitirás que yo baje á la tumba con este desconsuelo.

Petronila desolada, y sin poder sosegar, despues de muchos esfuerzos la da palabra de que guardará el secreto. Martina se saca entónces un anillo del dedo, y se le da, diciéndola: guarda esta sortija en memoria de tu ama desdichada. Poco vale; pero es todo lo que te puedo dar. ¡Cuánto siento no poder corresponderte mejor! Traéme ahora á mis hijos, para que recojan mi último suspiro. Yo quisiera escusarles este espectáculo [166] de dolor; pero no puedo negarme el consuelo de estrecharlos todavía en mis brazos desfallecidos. Petronila va, y vuelve trayendo por la mano á los dos niños. La tierna madre les prodiga millares de besos, mezclados con gemidos y sollozos. ¡Hijos míos! les decia: ¡hijos queridos de mi corazón! de aquí á un instante ya no tendreis madre. Petronila, ten cuidado de llevártelos á tiempo, para que no vean mi deplorable fin. Déjalos sobre mi seno miéntras me dura la razon; pero cuando veas que mis sentidos se turban, y que ya no puedo sentir, ni conocer, lleváelos contigo, y procura consolarlos.

Entónces juntando sus manos, y fijando sus ojos en el cielo, se pone

como quien dirige una fervorosa oracion, y como si aguardara el momento de verse en la presencia de Dios. La afligida criada, no sabiendo ya que decir á su ama, y pensando que esta iba á dar su postrer aliento, corre hacia la puerta para llamar gente, cuando Marcelo llega precipitado y despavorido. Echa los ojos por la pieza, y viendo un vaso de remedios sobre la mesa, va, le toma, y le arroja por tierra. Martina lo repara, y le dice; ¿eres tú Marcelo? La criada alborozada le dice: yo lo decia, señor: vos no podiais ser tan bárbaro. Pero Marcelo no la escuchaba, transportado y fuera de sí se habia echado entre los brazos de Martina, y la apretaba con los suyos, diciéndola: ¡Martina mia! ¡dulce esposa de quien me reconozco muy indigno! ¿Quizas habrás podido imaginar que yo fuera tan bárbaro que quisiera quitarte la vida? Pero no: mi iniquidad no ha llegado á tanto. Demasiado culpado soy por haberte quitado mi corazon; pero ya vengo á volvértelo, y ponerle á tus pies. Ya vas á verle destrozado de remordimientos, y lleno de dolor, de arrepentimiento y amor. Yo lo sé todo, todo, Martina mia; pero este atentado no era mio: era de ese monstruo... de esa infame, que habia turbado mi razon: esa muger abominable es la que ha intentado quitarte la vida.

Diciendo esto se anegaba en su llanto, y llenaba á su muger de caricias. Martina estaba absorta y sorprendida, y apenas podia entender lo que veia; pero sentia confusamente que todos aquellos movimientos le eran favorables, y su alma se iba abriendo poco á poco á las dulzuras del consuelo. Abrazaba á su marido, y parecia que su vida se aumentaba por instantes, Petronila se aprovecha de un momento para dar á Marcelo el papel de su ama. Marcelo le lee, se agita de nuevo, y volviendo á enlazarse con su esposa, la dice: sí, adorada Martina, yo soy un infame: yo he violado las leyes del honor, del amor y de la religion; pero ¿has podido pensar que fuera tan horrible, [167] que me valiera de un veneno?... ¿Que yo pudiera ser tu asesino?... ¡O Dios! ¡Qué idea tienes de mi! No, yo no puedo soportarla, ¡cielo piadoso! Yo veo tu providencia: mi muger iba á ser víctima de su dolor, y me creia su homicida: tú no lo has permitido. ¡Ah! Cipriana malvada, no te librarás de mi venganza. ¡Miserable! tú verás á dónde van mis fuerzas.

Marcelo estaba tan fuera de sí, tan agitado, que no pudiendo sostenerse, fué menester que se sentara. Entónces toma á sus hijos en sus brazos y con voz alterada y dolorida les dice: ¡hijos mios! ¡mis tiernos hijos! vuestra madre iba á morir, creyendo que yo era el autor de su muerte. No, no, mi iniquidad no ha llegado á tanto. Dos malvados me han engañado, me han seducido, me han hecho cometer mil errores; pero no les bastaba mi infamia; tambien querian la muerte de vuestra madre; y diciendo esto, volvía á caer en el delirio del furor. Dejaba á los hijos para enlazarse con su madre, y se desenlazaba de esta para ir á abrazar á sus hijos. Cuando pudo sosegar un poco, les contó como la criada de Cipriana le habia descubierto este misterio de iniquidad, para que lo impidiese. En el mismo momento llega la misma criada, que venia cuidadosa de saber si su aviso habia llegado á tiempo para estorbar el golpe, y les confesó, que al principio creyó que Marcelo estaba noticioso del proyecto, y que por eso no lo habia descubierto sino á Petronila; pero que habiendo sabido despues, que no, y que Cipriana y el Marques eran los únicos autores, se habia determinado á descubrirselo también á Marcelo, para que lo

estorbase.

Esta misma criada les añadió: pero aun me falta deciros la causa de su proyecto. Mi ama ha sabido que vuestra esposa tiene un pariente muy rico en Indias... Es verdad, dijo Martina, yo se que tengo un pariente, aunque ha mucho tiempo que no tengo noticias. -Pues bien, este se ha muerto ó está para morirse, dejándoos por heredera de todo, y Cipriana queria sucederos, y casarse con Don Marcelo; por esto queria despacharos... ¡Ah! si esto fuera cierto, dijo Martina á su marido, la herencia vendria á propósito para reparar tus quebrantos, porque desde ahora te la cedo por entero: yo no quiero mas riquezas que la de poseer tu corazon, y conservarle. ¡O cielo! esclama Marcelo, ¡que generosidad! ¿Cuándo ó cómo podré agradecer tantos beneficios? Esposa mia, yo no las quiero tampoco mas que para tí y nuestros hijos, y para hacer que me perdonen mis delitos; pero es menester castigar á los malvados.

Apénas pronuncia estas palabras, cuando toma su sombrero [168] con ademán de salir: Martina quiere detenerle con sus gritos; pero él no oye, y corre presuroso á casa de Cipriana. Esta, que aguardaba con inquietud noticias de los efectos del veneno, viéndole venir tan despavorido y precipitado, se imagina que viene á informarle de la muerte de Martina, y se preparaba á afectar lágrimas y gemidos. Así le dice: ¿qué tienes Marcelo? ¿Qué vienes á decirme? ¿Estaria tu muger en peligro? Sí, infame, la responde, sí, monstruo de perfidia y horror, mi muger ha estado en peligro, y ha visto la muerte muy cerca; pero la providencia velaba sobre ella, y la ha librado de tus furias. Gracias á Dios, tu atroz delito ha sido inútil. Ya lo sé todo: ya conozco el corazon que abrigas en tu seno: tú te has burlado de mí: tú has engañado mi simple credulidad: tú querias devorar mi nueva fortuna, la herencia de América; pero otro premio te aguarda.

En esto ve que el Marques iba á entrar, y levantando la voz, añade: tú le partiras con este traidor, que tampoco se escapará de un infame suplicio. Desde aquí voy á denunciar á entrambos, y sabed que tengo pruebas y testigos. Los jueces decidirán lo que mereceis. Temblad, ¡miserables! Vos habeis abusado de un corazon bueno, fácil y crédulo; pero vosotros le habeis enseñado á endurecerse, y él os perseguirá sin compasion. Vosotros habeis sabido darme los golpes mas crueles; pero yo sabré vengarme. Los dos inicuos estaban confundidos. ¡Tan terrible es la verdad para los corazones que se sienten culpados! El Marques tartamudea algunas palabras, reclamando su amistad. -Infame, le responde, ¿esa palabra puede salirte de la boca! ¡Tú me hablas de amistad! ¡Tú que me has clavado un puñal en el pecho! ¡Tú que me has quitado mas que mi fortuna, corrompiendo mi virtud y mi honor! ¡Tú que eres verdugo de mi muger! ¡Tú que querias que muriese, acusándome de este horror! Yo destrozaria tu infame corazon con mil golpes de mi mano, sino quisiera dejar al verdugo el oprobio de mancharse con tu sangre. Yo te llamaré delante de los jueces, tú les contarás los servicios que me ha hecho tu amistad, y ellos sabrán darte el premio que mereces. Pero ¿en qué me detengo? Allá voy.

Cuando iba á salir, entra Martina apoyada sobre Petronila, y casi sin aliento, por el esfuerzo que habia hecho para venir. Estaba pálida y descolorida y parecia moribunda. No ostante detiene á su marido, y le dice: ¿adónde vas, Marcelo? [169] Yo he sospechado tu intencion, y vengo á

pedirte una prueba de la nueva amistad que me prometes. Marcelo no podia creer sus ojos, y entre sorprendido y disgustado la dice: ¿eres tú Martina? ¡Tú en esta casa! ¡Tú con estos monstruos, que han intentado quitarte la vida! ¿Qué es lo que quieres? -Yo no pido mas que una gracia, y la espero de mi marido. Yo sé todos los pesares que me han dado, y que me han hecho mas mal que privarme de la vida, pues me han privado de tu corazon; pero solo con ver, que á pesar de sus iniquidades le recobro, quedarán bastante castigados. Créeme, esposo; los delitos llevan consigo su más cruel castigo.

Cipriana y el Marques se echan á los pies de Martina. Nada es tan bajo y cobarde como un delito descubierto. La aseguran de su arrepentimiento, y la piden que calme el justo furor de su marido. Marcelo se muestra inexorable, y repite muchas veces, que quiere entregarlos al rigor de la justicia. Martina les responde: yo no creo mucho que esteis arrepentidos, y fuerais muy dichosos si pudierais sentir los remordimientos, que debe escitar vuestra conducta; pero sabed que no me engañais, y que si suplico á mi marido, es por mí sola. Yo me he prometido libraros de un castigo público, para ver si con el tiempo corregís vuestra vida abominable, y espero que Marcelo desempeñará mi promesa. Este no queria; pero las instancias y solicitudes de Martina fuéron tan vivas y tan repetidas, que al fin se vio obligado á ceder. Prometió, que por sí no daria la queja, pero que si se le preguntaba, no podria esconder la verdad.

Martina contenta con esto, le sacó de aquella casa abominable, y se le llevó consigo. Desde aquel momento pareció que empezaba á vivir nueva vida con nuevo corazon. Esta experiencia afirmó su virtud, y en adelante volvió á ser buen marido, padre escelente, buen ciudadano, y hombre de bien á todas luces. Todos los dias crecia tanto en el amor y la veneración de su esposa, como en el cuidado y la atencion, que daba á sus hijos y familia. Poco despues les llegó la noticia y los caudales de su herencia. Marcelo hizo un justo y bien entendido uso de sus riquezas, aprendió á conocer los infelices y los necesitados, y gozó de la inefable felicidad de enjugar sus lágrimas, y de darle alivios y consuelos con sus beneficios. Martina no fué ménos dichosa. Vió crecer á sus hijos en su seno, y en medio de los buenos ejemplos. La indigna Cipriana cayó en la mayor miseria, y murió en un hospital devorada de dolores y remordimientos. Dombal, no [170] pudiendo sufrir el desprecio de la corte y del público, se vió forzado á espatriarse, y sus nuevos delitos le condujéron al suplicio; pero Marcelo y su muger gozaron de la felicidad que se permite á los mortales en la tierra. Viviéron muchos años, se amaron hasta el postrer suspiro, y murieron casi juntos, dejando una posteridad feliz y virtuosa.

Sabina o los grandes sin disfraz

PROLOGO

El título de esta novela dice mucho mas de lo que pudiera espresar la facundia mas abundante. ¡Qué de crímenes cometidos con premeditacion!... Pero ¿de qué no son capaces esos magnates que son la plaga de la sociedad?... Prepárate pues, lector, para horrores en cuyo cotejo son casi nada los de los salteadores de camino. Y sí debes al cielo un corazon

sensible, cierra el libro: quizás tu buena suerte te dejará vivir lejos de estos monstruos.

PRIMERA PARTE

Al principio del siglo décimo octavo, cuando se disputaba la sucesión de la corona de España, este reino estaba dividido en partidos. Las Castillas y el mayor número de sus grandes estaban por la causa que después favoreció el cielo. Felipe Quinto vino á Madrid, llamado por los Castellanos, y ellos supieron sostenerle; pero como todavía se combatía por el trono, y que á pesar de que el mayor número era fiel á Felipe, no faltaban aun entre los mas poderosos algunos que eran partidarios del Archiduque; su imperio estaba todavía vacilante. La desconfianza y el recelo rodeaban su dosel, y era menester emplear mucha vigilancia, y servirse tal vez de la severidad.

Entre los grandes de su corte habia dos que por respeto á sus familias no distinguiremos mas que por los nombres del Duque y del Marques. El Duque que vivia en una de las ciudades [172] de Castilla, y que era sinceramente partidario de Felipe, desde que este llegó á Madrid, vino á hacerle su corte, y obtuvo un empleo correspondiente en su palacio. Era de un carácter altivo y orgulloso. Miraba con desprecio todo lo que le era inferior, y habia pocos que le pareciesen iguales. Su temperamento era áspero, colérico, y violento. Se jactaba de ser enemigo irreconciliable, y la menor ofensa le causaba una implacable indignación. Así generalmente era temido, y con todo eso pasaba por hombre de bien, y por padre tierno. Habia poco tiempo que era viudo de una muger respetable, que tenia tanta dulzura y afabilidad, como su noble esposo mostraba orgullo y arrogancia. No le habia dado mas que una hija llamada Sabina, que sin sacar nada de su padre, habia heredado el dulce y benéfico carácter de su madre.

Sabina, ricamente dotada por el cielo, poseia virtudes simples y naturales, que la hacian estimar de cuantos la conocian. Desde su edad mas tierna descubrió la nobleza de su alma. Los discursos lisonjeros de los jóvenes que la veian, la hicieron saber que era hermosa. Ella lo ignoraba, aunque habia consultado su espejo muchas veces; pero las bendiciones continuas de los infelices que socorria, la hicieron tambien saber que el cielo la habia dado un corazon bueno y sensible. Este descubrimiento la causó mayor complacencia, y desdeñó tanto las alabanzas de los primeros, como estimaba los elogios sinceros de los segundos, porque ya conocia las ventajas de la virtud sobre la hermosura, y porque su noble corazon no buscaba otra recompensa en las continuas ocupaciones de su beneficencia mas que el delicioso placer que sentia cuando las ejercitaba.

Ya tenia diez y ocho años, y su padre que estaba precisado por su empleo á vivir en la corte, conocia muy bien el país, para esponer la inocencia de su hija al aire contagioso que se respira en ella. Determinó pues dejarla en poder de Doña Benita, que también era viuda, y hermana de su madre. Cuando llegó el momento de la separacion, la tierna Sabina derramó muchas lágrimas, y no pudo enjugarlas hasta que halló en Benita una tia amable, que la recordaba las finezas y el genio de su madre. No tardó en consolarse con tan dulce compañía, y su inocente corazon gozó

algun tiempo de la paz deliciosa, que siente una alma cuando no la atormentan las pasiones; pero ¡ay! este estado feliz le duró poco, y la providencia que la tenia destinada á grandes pruebas para ejercicio de sus virtudes, permitió se urdiese la trama que debia conducirla á las desgracias mas funestas. [173]

Venia mucho á casa de Benita un jóven de veinte y dos años, llamado Félix. Era hijo segundo de una familia de la primera clase, y estaba acostumbrado á visitar á esta señora con frecuencia. Su linda figura y su mérito personal eran todos sus mayorazgos. Habia ganado la amistad de Benita con su buen modo, con sus escelentes prendas, y con los pequeños y obsequiosos servicios, que los mozos bien criados hallan siempre ocasion de hacer á las señoras: también Benita estimaba su buena conducta y su mucho talento, en fin, le queria como si fuera su hijo. Félix no pudo ver á Sabina sin admirarla, y la admiracion no está lejos del amor. Lo peor fué que cada dia la admiró mas, porque cada dia la descubrió nuevas virtudes análogas á las que sentia en su corazon, y al fin se apercibió que no podia ser dichoso sino era amado de ella.

Dos corazones que están unísonos, presto se entienden. Los dos sienten que están heridos con una misma flecha, y los progresos de su pasion son rápidos. Aquellas dos jóvenes almas se hallaron de repente amantes sin saber cómo, y se espantáron. Mayor fué su asombro cuando reconocieron, que para ser dichosas era menester que se uniesen en un lazo dulce é indisoluble. Despues de todos los combates que se dan el pudor y la timidez, al fin se confesáron que se amaban. Félix la declaró su amor con todo el calor de la pasion, y Sabina le respondió con el temblor de la modestia. Todavía estaban inocentes, y muy lejos de la ficcion y el disimulo. Este arte no le enseña mas que la malicia, y sus corazones ingenuos y sencillos ignoraban lo que era un artificio. Benita penetró fácilmente el secreto de sus corazones, y como amaba tanto á Félix, aprobó su ternura, sin preveer, ni recelar las consecuencias.

Pero el orgullo del Duque, y sobre todo su ambicion estaban muy léjos de dar su hija á un jóven, que aunque en realidad era tan ilustre como él, en su concepto no igualaba á la elevacion de su prosapia. Otra razon, y quiza mas poderosa se oponia también en su corazon. Félix era hijo del Marques, y el Duque le guardaba una secreta enemistad, que el trato fortificaba cada dia. Los dos tenian los mismos proyectos de fortuna y su extrema ambicion aspiraba en secreto al mismo favor: se aborrecian pues, y se perjudicaban. El orgullo del uno no cedia al del otro. Las ideas ambiciosas eran las mismas, y cada cual de los dos hubiera sacrificado la equidad del honor, y hasta la felicidad de sus hijos á los intereses de su ambicion. [174]

A estas razones que bastaban solas para quitar toda esperanza, se añadia otra que no era inferior. El Marques, aunque fino y astuto cortesano, estaba sospechado de ser del partido del Archiduque, y habia habido justos motivos de creerlo, no ostante que con sus artes y disimulos habia procurado desmentirlos. Las sospechas eran vivas, y el Duque no lo dudaba. Todo esto formaba un cúmulo de dificultades, y debia persuadir que entre ellos era imposible formar una union política, y mucho ménos una alianza. Solo una muger por su carácter bueno y generoso podia imaginarse, que era posible superar tantos ostáculos. Benita, porque amaba á su

sobrino y á Félix, lo imaginó, y fué más feliz de lo que debia presumir.

Félix vino á la corte para presentarse al Duque. Le trajo cartas de Benita, que se le recomendaba con fuerza, y él supo con su lindo modo, sus humildes respetos, y su obsequiosa deferencia ganar el corazon del Duque. Félix no era ni bajo, ni adulator; pero estaba enamorado, y estímulo tan poderoso debe hacerle perdonar su estrema sumision. Su fortuna quiso que pudiera hacerle uno de estos servicios delicados que lisonjean el amor propio. El Duque le quedó reconocido, le llenó de favores, y le permitió aspirar á la mano de su hija. Este amante creyó verse ya cerca de obtener la única felicidad que deseaba, pues el Duque le estimaba, y Benita le sostenia. Entre las ideas del Duque una contribuyó mucho á facilitar su condescendencia. La familia del Marques era noble; pero no era muy rica, y el orgullo de enriquecer á su hijo aduló la vanidad del Duque. Era ambicioso; pero jamas habia sido sospechado de avaricia: así todo hacia esperar, que esta boda se haria.

Félix pasaba á los pies de Sabina todo el tiempo que podia. El Marques estaba encantado de este casamiento. La boda de Sabina era grande, y debia halagar mucho á un hombre que no pensaba mas que en el engrandecimiento de su casa. Por otra parte se alegraba de ver la felicidad de su hijo, y de hacer una alianza, que honraba tanto á su familia. Fué á ver al Duque, le dió gracias con las espresiones de la mas viva gratitud; pero al mismo tiempo como buen cortesano, buscaba nuevos medios para abatirle, y levantar sobre sus ruinas la grandeza de su ambicion.

Ya todo estaba pronto, y señalado el dia en que la boda debia celebrarse, no se esperaba mas que la presencia del Duque y el Marques para celebrarla. Los dos amantes con un recíproco amor gozaban de la felicidad suprema; pero ¡ay! los infelices no sabian que estos eran los últimos instantes de [175] su dicha. Félix estaba en casa de Benita al lado de Sabina, y tenia con ella estas conversaciones deliciosas, en que la lengua es la mas débil intérprete del corazon. El amor y la dulce confianza pasaban de sus ojos á sus pechos, y gozaban de estos placeres delicados que duran poco, y son tan superiores á los de los sentidos. Se amaban con inocencia, y se juraban un amor eterno, aunque sabian que sus corazones no tenian necesidad de juramentos.

Cuando ellos gozaban de situacion tan dulce, el Duque se les presenta de repente. Los dos corren presurosos á recibirle entre sus brazos; pero él abraza á su hija, y rechaza á Félix. Sabina se espanta, se turba, se pone pálida: el desvío que sufre su amante, la aflige mas que si ella le hubiera recibido. Félix se queda helado de sorpresa y terror; pero el Duque con una voz airada y espantosa dice á su hija: olvida á ese indigno, olvida para siempre al hijo de un traidor, y tú (volviéndose á Félix) da gracias al honor que corre por mis venas, sin el que ya hubiera satisfecho mi venganza; pero tú me responderás de las infamias de tu padre. Diciendo esto, se lleva consigo a Sabina, que iba con la muerte en el seno, y dejando á Félix sin acertar á hablarle. No ostante ántes de salir, le arroja una ojeada de cariño y asombro; pero el padre manda otra vez á su hija que no vuelva á pensar en su infeliz amante.

Félix, frio como un mármol, parecia una estatua. Tenia los ojos fijos, la lengua inmóvil, y el corazon helado. El dolor le hace volver en

sí, y corre tras el Duque para preguntarle la causa de su mudanza. El alma vengativa del Duque veía con gusto su despecho, contaba con alegría sus suspiros, y se dilataba en ver correr su llanto. No quiso decirle nada; pero supo después por Benita el motivo de reves tan inopinado. El Duque ya estaba de mal humor, porque le parecía que el Marques era mejor recibido en la corte, y últimamente habiendo solicitado con empeño un empleo para un protegido suyo, había sido rechazado, y el Marques le había obtenido para otro, á quien aborrecía. No fué menester mas para inflamar de nuevo su odio. Desde entónces no dudó que el Marques trabajaba por perderle. Un amigo le había contado en secreto cosas que no le dejaban duda, y temblaba de cólera y furor.

El Duque, aunque cortesano, no sabía disimular, su carácter violento no le permitía esconder sus pasiones, no tenía el talento de su competidor, y por esto no lograba la mayor parte de sus pretensiones. En esta ocasion se había puesto tan [176] furioso, como si hubiera perdido la razón. No pudo contener sus iras, y llegó su imprudencia hasta el extremo de insultar al Marques, y decirle palabras duras; pero el Marques mas hábil le escuchó con tranquilidad, y se reía viendo que él mismo con sus violencias se arruinaba. El Duque mas picado corrió á deshacer la boda de Sabina y de Félix.

¿Quién puede pintar el dolor de este amante infeliz? No le era posible renunciar á su amor. Veía que su destino estaba en las manos del Duque; pero cuando pensaba que su padre mismo era el autor de su desgracia, no se podía consolar. Se veía la víctima de su mutua enemistad: no sabía qué hacer: pero al fin el amor le dió aliento, y se atrevió otra vez á presentarse al Duque. Llevaba en su frente la imágen del dolor, y en sus ojos la espresion de sus lágrimas; pero con todo llevaba firmeza en el gesto y fuerza en la voz. Suplica rendido á un padre irritado; pero demasiado vengativo. El Duque tenía á su hija por la mano, y jamas le parece tan bella. Jamas tampoco se había sentido ni tan elocuente, ni tan tierno. Una sombra de melancolía estaba derramada sobre toda la fisonomía de Sabina, y parecía sumergida en un abismo de tristes reflexiones. Félix dijo todo lo que un amante puede decir, y prometió cuanto la virtud podía permitirle; pero el Duque estuvo inexorable.

Tu padre, le dijo, me ha ofendido, me ha insultado, es un traidor, y mi enemigo personal. No esperes que yo te dé jamas mi hija; solo pudiera dártela con una condicion, si quieres pasar por ella. La condicion es terrible; pero absolutamente necesaria. Yo la exijo, y sin ella no me vuelvas á hablar; pero si la quieres cumplir, todavía puedes ser yerno mio. Tú sabes la causa que se siguió contra tu padre: yo no ignoro que tuvo el arte de paliar su delito, y entra otra vez en favor; pero tambien sé que su traicion fué verdadera, y que tú no lo ignoras. Sé que si quieres, puedes darme luces y documentos que la prueben con evidencia.

Supuesto que yo lo sé, y que tú no puedes negármelo, mira ahora á quién quieres reconocer por padre, ¿ó á mí, que estoy sin tacha, ó á un hombre, que aunque es tu padre es traidor? Si es verdad que amas á mi hija, dame los medios con que pueda vengarme de tu padre, y al instante Sabina es tuya. Tu padre no titubeara un momento, y te sacrificara, si su interes ó su ambicion se lo pidieran. El ama su fortuna mas que á tí, y tú no debes perder la tuya por su causa. Por otra parte yo no quiero ni pido

su vida, no pretendo hacer [177] uso de estas armas para que pierda la cabeza: lo único que quiero es tenerlas para que sepa que las tengo, y se contenga, porque cada día me insulta mas, y temo que lleve muy adelante su osadía.

El honrado Félix se indignó, oyendo una proposicion tan infame. Todo su amor no pudo hacerle vacilar un instante; pero también se estremeció de temor, porque sabia que su padre no estaba inocente. Mil ideas que se le presentáron, le pusieron como suspenso y pensativo. El horror y el terror de que se sentia penetrado, no le permitian responder; el Duque se figuró que este silencio era la indecision de un corazon fluctuante que balanceaba entre dos partidos. Estaba persuadido á que Félix tenia en su poder ciertas cartas, que podian deponer contra su padre, y meditaba el modo de arrancárselas por seduccion ó por sorpresa. Estrañó que Sabina no dijese nada, y que no le ayudase á pedir á Félix esta prueba de su amor. Echó los ojos sobre ella, y observó que esta tierna y virtuosa amante léjos de manifestar en su gesto aprobacion ó deseo, tenia los ojos clavados en el suelo con un aire mustio y desabrido, y que parecia justificar la resistencia de su amante. Esta vista le indigna, y viendo que Félix no respondia, le añade, pues no quieres hacer este sacrificio por Sabina, jamas será muger tuya.

Al fin Félix se recobra, y con una entereza firme y decorosa le dice: Sabina, Señor, me despreciara, si yo aceptara una proposicion tan indigna, y yo fuera el hombre mas villano de la tierra, si cumpliera la odiosa condicion que poneis á su mano. ¿Cómo habeis podido imaginar que yo fuera capaz de tanta vileza? ¿Qué he hecho yo, señor, que os haya dado la idea de que podria ser tan pérfido y malvado, que consintiera...? El Duque no le dejó acabar: se levanta furioso, le arroja una mirada de indignacion, y se retira, llevándose consigo á su hija.

Félix quedó penetrado de horror y de dolor. Despues de esta escena ya no podia quedarle la menor esperanza; y las circunstancias de su desdicha se la hacian mas dolorosa; su propio padre era el primer autor de su desgracia, y necesitaba de toda su virtud para que su corazon no le acusara. Va á verle, y le da cuenta de su pérdida y su despecho. El ambicioso Marques hubiera visto sin conmocion las lágrimas de su hijo, si hubieran acomodado al interes de sus deseos insaciables; pero como entónces perdía una alianza tan alta, sintió esta desgracia ménos por Félix que por su propia vanidad. [178] Por otra parte se habia lisonjeado de que este casamiento haria entrar en su casa una inmensidad de riquezas, y este contratiempo descontentaba su avaricia; pero lo que mas le consternó fué saber la rabia con que el Duque queria perseguirle.

Como diestro y versátil cortesano, corre al instante á casa de Benita, donde sabia que hallaria al Duque. El pícaro y astuto Marques estaba acostumbrado á dominar su semblante, y darle el colorido que pedian las situaciones. Entónces toma el de una fisonomia afable en que se pintan el candor y la amistad. Llega con el aire del pesar mas profundo, sus labios tan impostores, como su corazon era falso, le dan las satisfacciones mas bajas, las mas sentidas, y las excusas mas humildes, con un tono de verdad, capaz de engañar á los que no le conocieran. Estrecha á su enemigo entre sus brazos, le hace las protestas mas terribles, y su artificio llega hasta verter lágrimas fingidas. En fin le

adula, le acaricia, y con las mas ingeniosas mentiras procura deslumbrarle, para persuadirle que eran puras calumnias todo lo que se decia contra él.

El Duque era violento, pero su carácter no descendia hasta los artificios, y mentiras; al contrario del Marques, que no habia hecho otro estudio, y era como el reptil, que baja la cabeza para vibrar mejor el veneno que sale de su boca. La esperanza de vengarse un dia, y de humillar al que ahora se ve precisado á lisonjear, y de hacerle pagar caro este momento de vanidad, le daba fuerzas para rebajarse tanto. Pero el Duque que no creia que nadie fuera capaz de ser tan vil, y que por otra parte se baldonaba haberle tratado con dureza, viéndole ahora sin cólera, ni deseo de vengarse, satisfecho tambien de verle tan humilde, creyó que debia ceder. Tambien contribuyó á hacerle tomar esta partida la idea de que el Marques podia hacerle buenos oficios en la corte, en donde temia estar ya mal puesto.

Por estos motivos admite las excusas, le vuelve su amistad, y el fruto de esta reconciliacion es el casamiento de Félix con Sabina, que otra vez se renueva. Los dos amantes transportados de gozo, se vuelven á entregar á las mas dulces esperanzas. Exaltan, alaban y agradecen al alma generosa del Marques, que ha sabido sacrificar su orgullo, vanidad y ambicion á la felicidad de los dos, siendo así que no la debian mas que á las ideas profundas y secretas de este peligroso cortesano. ¿Con qué desprecio debe mirar el hombre cuerdo, que sabe penetrar el corazon humano, tantos elogios precipitados, que [179] se prodigan á las apariencias? ¿Cuántos falsos amigos de los hombres usurpan un incienso que no merecen sino pocos?

El casamiento se celebra, y los esposos son felices: pero el vengativo Marques no se duerme. Desde que se vió heredero de los bienes del Duque por la boda de su hijo, piensa que es tiempo de consumir sus deseos de venganza, y sobre todo de impedir al Duque los proyectos que habia mostrado de perderle, usando del crédito que tenia en la corte, y por todos los medios y calumnias que le pudo sugerir su talento, hizo de modo que el Duque fué desgraciado, y que se le quitase el empleo que tenia; pero lo hizo con tal cautela, que nadie pudo saber que era él el autor de su desgracia. Su astucia supo disfrazar su alegría con la máscara del pesar, y hasta pareció desaprobador y resistir que se confiriese á su hijo Félix el empleo del Duque. Félix hizo una resistencia sin ejemplo; pero los órdenes absolutos del Rey, que queria ser obedecido, y los consejos de sus amigos que le aconsejaban dejar pasar la tempestad, y guardar en depósito el empleo, para cuando el Duque se justificase, le obligaron á aceptarlo.

El Duque sospechó que este golpe fatal venia del Marques, y habia aprendido de él las armas con que se le debia combatir. La leccion que habia recibido, le enseñaba los medios de prepararse á la venganza. Sabina y Félix estaban inconsolables. El Duque desgraciado, infeliz y de mal humor, no los veia ya con los mismos ojos. Félix como hijo del Marques, y como sucesor de sus empleos le parecia cómplice de su infamia: su hija perdió tambien todo su amor, porque amaba al hijo de su cruel enemigo. El Marques solo triunfaba y gozaba mas de su triunfo, por lo mismo que lo disimulaba; pero Félix estaba muy léjos de gozar en paz de la opulencia y

distinciones, que le procuraban sus nuevas dignidades. Las afectadas caricias de su padre no le satisfacían, sospechaba los odiosos artificios empleados por él para conducirle á esta elevación, y las incesantes doloridas lágrimas que derramaba la sensible Sabina, le hicieron sentir todo el dolor de su ternura filial.

Su deseo era enjugar estas lágrimas preciosas, y quitarlas su justo motivo. No había aceptado los empleos de su suegro sino como depósito, y con la esperanza de que se le volverían; pero viendo que el tiempo pasaba sin que pareciese el menor rayo de luz que la pudiese realizar, empezó á sentir el oprobio de que estaba cubierto. Le pareció indigno disfrutar tan largo tiempo un lugar que la virtud le prohibía, y de que el honor le debía arrojar. Bien sabía que le ocupaba sin arbitrio, que [180] se había visto forzado á recibir estos empleos con el designio de restituirlos á su dueño; pero viendo que esto se dilataba sin apariencia del logro, creyó que era indecente conservarlos. El rubor se apoderó de su alma. Los remordimientos de su corazón, su espíritu noble y generoso prefiere la justicia, la equidad, y su propio decoro á su elevación, y á la de su mujer, y se determina á renunciarlos.

Ocorre al Monarca por medio del Ministro, le suplica en un memorial, que le conceda la gracia de seguir los movimientos de su corazón, y los estímulos de su conciencia, que le permita restituir sus empleos á su legítimo dueño y antiguo poseedor, ó que si esto no es de su agrado, le dé licencia para ponerlos en sus reales manos, á fin de que los coloque mejor. Señor, añadía, yo no los he aceptado mas que para obedeceros; pero la conciencia, este soberano secreto que llevo en lo interior de mi corazón, y contra quien no disputo jamás, me ha mandado dejarlos. Esta pretensión pareció extravagante. El estilo de la virtud es bárbaro entre los que no la profesan, y los ambiciosos no le entienden. No era posible restituir sus empleos al Duque, pues el Marques había logrado hacerle sospechoso al Ministro. Se insinuó pues á Félix que abandonase ideas tan extrañas, y que continuase en los empleos, porque el Rey estaba contento con su persona. Félix insistió, pidió de nuevo, y esta resistencia pareció osada desaprobación de la conducta de la corte, una tenacidad poco respetuosa, y sus envidiosos se aprovecharon también de la circunstancia para hacer sospechosos sus designios.

¿Qué resultó al fin de esta conducta magnánima y generosa? ¿Cuál fué la recompensa de este acto de virtud? La desgracia el destierro. Se hizo saber á Félix que se aceptaba la dimisión de sus empleos, y que saliese desterrado de la corte. Le fué preciso obedecer con el dolor también de ver, que su sacrificio era infructuoso, pues en vez de reponer al Duque, supo que por efecto de sus instancias, aunque hasta aquí se había dejado al Duque en Madrid, se le dió orden también para que saliese desterrado al mismo lugar que se le había señalado á él, y además de esto reconoció también que su proceder le había adquirido todo el odio de su padre.

El infortunio produce entre los infelices una especie de unión y confianza, que suele ser mas estrecha que la que inspira el parentesco, y por lo ordinario esta amistad es mas viva cuando la desgracia es mayor, ó cuando sorprende mas imprevista. No era extraño, pues, que viéndose el Duque y Félix [181] condenados al mismo destierro, y por motivos tan generosos del segundo, se uniesen en nuevos lazos de amistad. Esta unión

de tanta intimidad y confianza era para el virtuoso Félix el único alivio, que le consolaba en sus adversidades, y desde que la desgracia le unió con el Duque, ya no veía otra cosa que al padre de su esposa oprimido en su triste destino. Este era el objeto que dominaba los afectos de su corazón. Félix lleno de candor y de ternura se le abría sin reserva en aquellas conversaciones afectuosas en que los infelices dejan escapar sus secretos con sus lágrimas. Quizas le dijo mas que lo que le debía decir. El Duque que con un exterior tranquilo se sentía devorar por todo el ardor de su venganza, abusó de su buen carácter, y recogió con disimulo los secretos que su astucia buscaba, sin que Félix lo advirtiera. Se apoderó de ciertos papeles, y entre ellos encontró cartas de correspondencia, que probaban con evidencia, que el Marques había tenido correspondencia con los enemigos del estado.

¡Qué hallazgo para el corazón implacable del Duque! El de un tesoro no le hubiera gustado tanto. Corre á la Corte de secreto. En aquellos tiempos difíciles en que el Rey se veía tan mal sentado sobre el trono, y en que las traiciones y la desconfianza le tenían cercado, el mayor delito era ser sospechoso, y la vigilancia y la severidad eran el moral único de las circunstancias. El Duque no traía sospechas sino pruebas irresistibles. Las hace ver al Ministro, y en un instante arruina al Marques ambicioso. El Duque tiene el placer de derribar á su enemigo, y de verle pasar de la cima del poder al desprecio público, y de servir de escarnio á los viles cortesanos, que pocas horas ántes estaban en su presencia con el ademan de la adoración.

Pero no se contentó con esto su insaciable venganza. Para hacerle mas doloroso el golpe esparció la voz, afectando secreto, pero con el fin de que fuese pública, que Félix que era el que guardaba los papeles se los había entregado, y que era el delator de su padre. Este discurso era tan falso como odioso, pero era verosímil. El Marques fué condenado á una prisión, sus bienes fueron confiscados, y toda su familia degradada. Félix, el virtuoso Félix fué maldito por su irritado padre, fué detestado de todos los hombres de bien, y causaba horror hasta á los enemigos del Marques. No le quedó otro amigo que su inocencia; pero su desgracia era tal que ni siquiera podía justificarse, porque el padre de su esposa era el autor de este nuevo delito y este dolor no era el que menos le afligía.

[182]

El implacable Duque no estaba satisfecho con haber perdido al padre, y haber deshonrado al hijo; también pensaba en quitar á este su libertad, y lo que es mas, su adorada esposa. Las cartas que acusaban al Marques demostraban la inocencia de su hijo, pero el Duque ya repuesto en sus empleos, dignidades y crédito, procuraba hacerle sospechoso. Nunca falta á la malignidad ingenio y artificios, para acusar á la virtud, que no se defiende, y mucho más en un gobierno, que tenía tantos motivos para estar desconfiado. Sabina supo el riesgo de su esposo, y le obligó á ponerse en salvo: su fuga fué nueva razón para creerle delincuente. Ya no quedaba al infeliz mas que su inocencia, y el amoroso llanto de Sabina. Esto bastaba para consolarle en sus desgracias; pero ¡qué valor no es menester para quedarse á solas con su virtud! Su mas punzante dolor era verse separado de una mujer idolatrada, cuya voz dulce y consoladora le hacía menos intolerables sus disgustos.

Cuando el Duque vió que se habia puesto en salvo, y que no podia quitarle la libertad, quiso despicarse con darle otro golpe que le seria mas sensible. Intentó anular su casamiento, tuvo bastante crédito y autoridad para conseguirlo, con el pretesto de que en el contrato se habian olvidado ciertos frívolos requisitos, que quiso llamar esenciales. Pidió y obtuvo la declaracion de nulidad. Las súplicas de su hija, sus lágrimas, su afliccion y toda la elocuencia de un amor desesperado no pudieron aplacar sus invencibles iras. Despues que logró esta iniquidad, quiso el bárbaro consumir otra mayor. Habia en la corte un jóven Conde, que tenia mucho crédito en ella, y de quien nadie dudaba que llegaria presto al ministerio. Era un sol levante á quien todos volvian los ojos, y á quien el Duque procuraba ganar. Pensó, pues, que el medio de asegurar su poder, y vengarse de Félix era casarla con él.

El Conde era un mozo brillante, de presencia agradable, de calidad distinguida, y de un talento extraordinario, pero de una alma vil. No debia su elevacion mas que á su hipocresia y sus bajezas. Afectando una conducta honrada, tenia el arte de servir las pasiones de los que podian serle útiles. Habia siempre estado enamorado de Sabina. Habia deseado con ansia su mano, aunque como todavía no estaba en tan alto poder, el Duque no lo habia advertido, pero ahora era ya la esperanza de su ambicion; y desde que le dió la primera idea de que la boda de Félix estaba anulada, y que podia desposarse con ella, la pasión del Conde se inflamó de nuevo, sin que le detuviera ni el saber que amaba á su marido, ni el conocimiento de la violencia que sufria. La desventurada Sabina no tenia á quien [183] volver los ojos. Un padre despótico y violento la estrechaba con las amenazas más terribles; el Conde atrevido por carácter, y autorizado por el Duque, la atormentaba con instancias, y cada día era mas insolente. Sus lisonjeros le querian servir, y no la dejaban respirar; la infeliz se sentia oprimida, sin hallar asilo en nadie. Benita, la indulgente Benita, que amaba tanto á Félix era su único consuelo, su única amiga, pero hay casos tan estrechos, circunstancias tan difíciles, que la amistad misma no se atreve á aconsejar lo mismo que se atreviera á resolver.

El Duque cansado de tantas dilaciones y resistencias, se sirve de su autoridad, y señala el día en que la boda debe celebrarse. Para quitar á Sabina todo pretesto, la hace entregar una carta fingida de Félix, en que se habia contrahecho su letra, y en que consentia en la ruptura de su casamiento. El artificio era grosero: Sabina creyó más á su corazon que la letra de Félix, y sospechó la verdad; pero considerando, que un padre que llegaba á usar de medios tan abominables, era capaz de todas las violencias, reconoció que no le quedaba mas partido, que el de la fuga, y se determina á ponerla en planta. Este remedio no era fácil, porque la dignidad de su persona la tenia siempre rodeada de criados, y no podia fiarse de ninguno. Sintió, pues, que necesitaba de prudencia, y usar de mucha reserva y discrecion.

Va á descubrirse con Benita, porque era la única persona de la tierra á quien se podia descubrir, pero Benita se horroriza, y tiembla del proyecto. Al instante se la presentan todas las dificultades, y se las espone. Sabina las reconoce, pero dice: peor es ser infiel á mi esposo, y aceptar casada la mano de un tirano. Benita que no duda que esta será su suerte, se hace cargo por fin de que hay lances en que la virtud debe

pasar los confines de la prudencia, para no desmentirse: ¿pero adónde irá Sabina, ó dónde se podrá esconder? Ella no puede darla asilo en su casa, pues allí no está mas segura que en la de su padre: tampoco puede ocultarse en casa de amigos ó parientes, porque el imperioso Duque ha tomado un ascendiente sobre todos, y todos temen su violento carácter.

Sabina hubiera querido saber dónde estaba Félix, para ir á buscarle, y ayudarle á pasar su miseria, pero no lo sabia: su cruel padre la habia cortado toda correspondencia, y la habia ocultado hasta la menor noticia. Despues de muchas reflexiones, Benita y ella consideran, que dentro del reino en ninguna parte estará segura, y que es indispensable que busque [184] un retiro en países estrangeros. Benita se acuerda de que tiene una amiga en Lisboa, y Sabina para quien toda la tierra es un desierto, cuando Félix no está en ella, se somete á su juicio. Se determina pues á ir a Lisboa; pero ¿cómo la jóven inesperta y delicada Sabina podrá hacer un viage tan largo, que necesita de muchos días de camino, si no tiene quien la dirija y acompañe? Esta dificultad estuvo para echar por tierra el proyecto, porque sintieron bien una y otra, que no era posible servirse de criado ni de persona de confianza, pues por temor del Duque nadie se atreveria á seguirla, ó se lo iria á revelar.

Muy afligidas las dejaron estas reflexiones, y la desolada Sabina viéndose sin remedio, invocaba la muerte, pero la compasion cuando es noble, y la amistad cuando es generosa, tienen un genio sobrenatural que vencen los obstáculos. Benita la dice, no te desconsueles, yo iré contigo hasta dejarte en casa de mi amiga. Ya ves lo que aventuro con tu padre; pero tú no serás víctima de su tiranía. Sabina da las gracias con las lágrimas y los brazos, y allí conciertan, que Benita fingirá un viage, que irá á esperarla en cierto parage, á tal hora de la noche, que entraria en su coche, y la acompañaria hasta Lisboa.

La suerte favorece sus designios, y salen de Madrid con felicidad. Sabina iba con trage y título de criada de Benita. Las dos caminaban muy escondidas en la noche, porque creyeron que el Duque, luego que se apercibiese de la fuga, enviaria por todas partes gentes que las siguieran. Abanzaron todo lo que pudieron el primer día; pero siendo preciso reposar el ganado, se detuvieron en un lugar miserable por donde pasaban, pareciéndoles que allí pararian ménos pasajeros, y que serian ménos conocidos. Preguntan si hay en el lugar alguna posada, se les responde que no hay mas que una para arrieros: se encaminan á ella, el huésped confundido de ver un coche, sale á decirles que no puede alojarlos, porque no tiene las comodidades propias para gentes como ellas; pero estas le dicen, que solo quieren descansar un rato, dar un pienso al ganado, y que luego partirán.

En aquella triste casa no habia mas que una infeliz pieza, y en ella estaba por entónces un pobre caminante enfermo á quien por caridad habia permitido el huésped que reposara un momento.

Cuando vió gentes de aquel porte, quiso hacerle salir: [185] Benita sabiendo que estaba enfermo, le pidió que le dejase, asegurándole, que pues ella no estaria mas que un rato, podian estar juntos, y acompañó este ruego con una dádiva que le hizo para que socorriera al infeliz. Esto hizo que la obedeciese sin replicar. Las señoras entran y ven detras de una especie de biombo un hombre miserable, envuelto en una capa, y tendido

sobre un jergon. Un gorro le cubria casi toda la cara, y lo poco que se le veia estaba tan pálido que presentaba la imágen de la muerte. Parecia que todos los males de esta vida se habian acumulado contra él, y las señoras no pudieron dejar de apercibir el profundo letargo de su alma, viendo la insensibilidad con que se mantuvo cuando entráron con el huésped.

No pudieron ver una imágen tan terrible de la miseria y abandono, sin estremecerse con dolor. Dios mío (dijo Sabina á Benita) ¿habrá en la naturaleza quien sea mas infeliz que yo? Pero no, este miserable tendrá un padre que le amará. Los infelices de ordinario comparan los males agenos con los que ellos sufren, y cuando los compadecen, se compadecen á sí mismos. Sabina mirando con lástima á este pobre extranjero, creyó que estaba dormido. Un movimiento de piedad hace que se le acerque, y ve sobre una mesa que estaba á su lado un papel abierto. Echa la vista sobre él, y ¡cielos qué sorpresa! reconoce su letra propia, apénas puede creer sus ojos, se acerca mas, y lo primero que advierte es su firma, la toma en las manos, y lee estas palabras:

«¿Porqué os obstinaís en hacerme infeliz con vuestro amor? Ya debeis saber, que en las fatales circunstancias en que nos hallamos, no podeis ser esposo mio. No me priveis pues del amor de un padre que amo mas que mi vida. Si es verdad que me estimais, no turbeis mi reposo. Mientras dure vuestro fatal amor, no puedo ser dichosa. Si vuestra pasion me deja tranquila, os ofrezco mi amistad, pero si sois tan vil que me persigais todavia con el vano pretesto de unos derechos imaginarios, no os prometo mas que aborrecimiento y desprecio: á Dios. Sabina.»

¡Cómo se quedó esta infeliz cuando encontró esta carta que habia escrito al Conde! Pero ¿cómo ó quién la habia traído allí? Agitada, temerosa y confusa, el corazon la bate con violentos latidos, y no pudiendo sostenerse se recuesta sobre su amiga, diciéndola con un acento lamentable: socorreme, Benita. Esta inquieta la recibe en sus brazos, y la dice alborotada: ¿qué tienes Sabina? A estas voces, y á estos nombres [186] el enfermo abre los ojos, y hace un esfuerzo para volverse á ver las personas, que allí estaban; pero ¿cuál fué su asombro viendo lo que adoraba? Mas su debilidad no le permitió sino tender acia ellas sus trémulos brazos. Sabina, á pesar de la palidez de aquel semblante, reconoció el de su marido, y se precipita acia él; le estrecha contra su pecho, y estaba como sin palabras ni sentido.

Benita temió que este encuentro, y esta escena tuviesen resultas peligrosas para los dos amantes: procuró calmarlos, ellos sumergidos en las mas vivas conmociones no recobraron el sentido mas que para derramar los diluvios de lágrimas, pero estas lágrimas eran deliciosas. Es muy dulce llorar sobre el pecho que se ama: sus brazos estaban enlazados, y se confundian sus suspiros. En aquel instante se olvidáron de todas sus penas, para no sentir mas que el placer de verse. Las preguntas se sucedian sin que se esperasen las respuestas, y no podian entenderse. Al fin despues de largos discursos perdidos en la confusion de sus ideas, y mal entendidos con la viveza de sus sentimientos, Sabina llegó á comprender, que el papel que tenia á su lado le habia inspirado tedio de la vida: tambien comprendió que no habia sido menester á los malvados que le engañáron, mas que dirigírsele como si hubiera sido escrito para él, pero no perdonaba á Félix, que la hubiese creído capaz de tanta infamia.

Por desgracia los infelices son ingeniosos en tormentarse, se creen abandonados de todo el universo. Penetran con sus propias manos el dardo que les destroza el corazón, y cuando desconfían, no tienen ojos más que para ver perfidias y crueldades. Félix había sabido, que violando las leyes más sagradas, su casamiento había sido declarado nulo. No ignoraba el amor del Conde, sus pretensiones y sus derechos fundados sobre la voluntad del Duque. Félix amaba, y era infeliz. ¿Qué mucho pues que creyera, que el papel de Sabina fuese para él? Félix confiesa á Sabina, que había tenido la flaqueza de creerlo, que despechado corría á la corte para quitarse la vida á sus propios ojos, y que solo su enfermedad le había detenido; pero también la asegura, que una palabra de los labios de su digna esposa le deja satisfecho, y que la vuelve á mirar con los mismos ojos con que la vió el día que empezó á amarla; le prodiga las caricias más tiernas, condena sus indignas sospechas, las abjura, se confiesa culpado de que pudo tenerlas, se disculpa de este delirio con el rigor de sus desgracias, y renueva con juramentos un amor de que Sabina no dudaba. [187]

Pero esta no estaba tranquila. La enfermedad de Félix la inquietaba. Ya se habían desaparecido de sus ojos los furores de un padre, el trastorno de la fortuna, y hasta el rumor de la calumnia que iba á levantar la voz contra su fuga. Ya nada de esto la intimidaba. Estas sombras funestas habían sido desterradas por la luz que veía. Inmóvil, y con los ojos inundados en llanto placentero contemplaba á Félix en el silencio estático del gozo, le apretaba las manos con las suyas, y no podía saciarse de una vista tan dulce. Adorada Sabina (la decía su esposo) bendigamos al cielo. Nuestros males han sido grandes, pero ya están todos reparados. Vivamos ahora para nosotros, olvidando los furores del odio y la venganza. Entreguémonos al amor, á nuestro amor puro y legítimo, á este sentimiento consolador que eleva el alma sobre todas las borrascas de la vida. ¿Crees tú que los que nos persiguen, sean tan felices como nosotros? Yo no envidio su suerte. Nosotros tenemos al cielo y la inocencia. ¿Qué nos importan sus dignidades y tesoros? Yo tengo los mayores en tu corazón, y con él más derechos que ellos á la felicidad.

La prudente Benita que tenía la cordura que falta á los enamorados, rompió una conversación que era demasiado viva para no ser peligrosa; y en efecto la delicada Sabina sintió debilitadas sus fuerzas con tan imprevista revolución. Benita les procuró el reposo, y los socorros que la situación permitía, y al otro día los enfermos se hallaron mejor. Entonces se pensó en lo que se haría. Todos conviniéron en que el partido más cuerdo era el tomado, y continuáron su camino á Lisboa, para esconderse en el asilo que Benita había ofrecido á Sabina sola. Acordes en esto, parten sin dilación. El huésped quedó contento de la generosidad de los viajeros, y la salud hija de la alegría circuló por las venas de los dos esposos. Cada día sintieron aumentarse sus fuerzas, y las necesitaban para los nuevos reveses que les preparaba su destino enemigo.

No pudiendo el Duque saciar la rabia de su corazón contra su hija y su yerno, porque la fuga los preservaba de sus iras, pensó en el único recurso que le quedaba á su venganza. Resolvió casarse para tener un heredero, y despojar á Sabina de su herencia. Se casó con una hermana del Conde, y con el pretexto de su fuga y su presumida muerte solicitó, y

obtuvo permiso para declarar heredera á su nueva muger. Lo que hay de mas horrible es que hizo un testamento en favor de ella, y que fué revestido de todas las formalidades necesarias. El Conde su hermano subia como espuma. Cada día [188] su favor se aumentaba, y nadie dudaba de que no llegase presto á los primeros grados del poder. El ambicioso y vengativo Duque queria asegurar su proteccion para satisfacer á todas sus pasiones. Ya estaba sordo á las voces de la naturaleza. Esta le hacia oir sin fruto los gritos con que clamaba; pero un corazon que se atosiga con el veneno del odio, sofoca todos los movimientos que la ternura inspira.

Félix hubiera sido insensible á este golpe, si le sufriera solo; pero tambien heria á su amada Sabina, y la imágen de la miseria se presentó á sus ojos con todo el asqueroso aspecto de su inmunda figura. ¿Cómo (se decia) podrá una mujer criada y mantenida en la abundancia, pasar de repente á la indigencia mas estrecha? ¿Qué valor se puede sostener cuando se ve precisado á luchar contra las primeras necesidades de la vida? Cuando la imágen de esta dolorosa perspectiva oprimia su corazon, solia decir á Sabina: tierna y desdichada esposa, la desgracia que se ha declarado contra mí, te persigue para hacer mis pesares mas terribles. Abandóname á mi mala suerte, pues ves que tras mis pasos viene el infortunio. Huye de un hombre que debiera hacerte dichosa, y que te ha asociado á todas sus desgracias. Sin mí tú estuvieras tranquila, y vivieras contenta y respetada.

Húyeme, querida Sabina, huye al enemigo de tu reposo y de tu gloria. El te priva de la amistad de un padre, él te hace perder los derechos de tu nacimiento y tu fortuna. El cielo descarga contra él todas sus iras: ya no te es permitido amarle. La triste indigencia va á marchitar los lirios y las rosas de tus bellas mejillas, y te hará derramar las lágrimas duras que arranca el rigor de las necesidades. ¡Ay Dios! yo me siento con bastante valor para soportar todos mis males; pero los tuyos me despedazan el corazon: tú me haces conocer la rabia del despecho, y cuando te veo sujeta á la suerte que me oprime, mi flaqueza no puede contener su amargo llanto. Desconozco la paciencia, no puedo alcanzar á la resignacion, mi espíritu se enajena, el furor hace bullir en las venas la sangre que me anima, y sufro mas tormentos que si me sintiera delincuente.

Sabina procuraba templar el dolor de su esposo con aquella dulce suavidad que nace de la fuerza del alma. Lloraba con él; pero se sonreia. Grande sin ostentacion, y sensible sin flaqueza, le mostraba esperanzas sin inquietud, y le hacia ver la firme seguridad que dominaba en su alma. Sus consuelos estaban llenos de virtud, de dulzura y amor. Querido [189] Félix, le decia, no te inquietes por mí; yo no tengo temor del porvenir, y me abandono consolada á la mano que arregla todos los destinos de los hombres. ¿Sin nuestro amor seriamos felices, aunque nos viéramos en medio de la opulencia y los honores? Sin duda que seriamos mas ricos; pero todos los tesoros del mundo ¿pueden jamas valer la union de los corazones? Quizá las ventajas de la fortuna y el poder perjudicaran á la viveza de nuestro amor, y quizá tambien á nuestra virtud. ¿Qué bienes pueden recompensar tantas pérdidas? Entónces sí que fuéramos infelices, y que debiéramos llorar nuestras desgracias. El corazon humano se corrompe en la prosperidad, la abundancia le cansa, y presto se fastidia. Demos pues gracias á Dios de que nos deja los verdaderos tesoros, los bienes únicos

que hacen amar la existencia y la vida.

Anda, amigo, no temas sino una cosa, que es nuestra separacion. Asegúrame que nunca me separaré de tí, y yo te podré asegurar que jamas la melancolía ni la tristeza podrán hallar lugar en nuestros pechos. No echemos pues á perder con el temor de pesares que podrán no venir, la felicidad de que gozamos. Si queremos, nada la puede disminuir, y será toda nuestra. Nosotros estamos juntos, somos inocentes, y nos amamos. ¿No basta esto para ser felices? Gocemos pues de tanta dicha, y olvidemos lo demas del mundo. La tierra es grande en todas partes, el hombre laborioso puede ganar su pan, y el mio me será sabroso siempre que me venga de tu mano.

Ve aquí cómo esta heróica muger se elevaba sobre su mala suerte, y contra todos los temores del porvenir. El amor la inspiraba su intrépido valor. Félix oyendo hablar á Sabina con tan magnánima constancia, la estrechaba con su corazon, y abjuraba sobre él la desconfianza que le habia arrastrado al desaliento. Del corazón de Sabina salieron las influencias que le hicieron recobrar su antiguo valor: ya nada la aterra ni en lo presente, ni en lo futuro, y se sentia capaz de superar todo el esfuerzo de las adversidades. Llegan á Lisboa, Doña Eulalia, la amiga de Benita, los recibe con el celo que se debe á la amistad, y con el respeto que merecen las desgracias. No sabe lo que son; pero sabe que son infelices, y le basta. Benita se vuelve presurosa para ver si puede desmentir, ó disimular el motivo de su ausencia.

Doña Eulalia parte con ellos su habitacion, y cuanto tiene; pero los que recibian su hospitalidad tenian el alma demasiado [190] noble para abusar de su generosa compasion, y tambien se hubieran avergonzado de vivir en una indecente ociosidad; su huésped no era rica, apenas disfrutaba una fortuna suficiente, y por lo mismo que les mostraba una bondad tan desinteresada, dos almas tan nobles debian oponerse á gastos que la debian disminuir. Ya habia hecho mucho por ellos, y fué preciso dejarla á su pesar. Alquiláron pues una pequeña casa, donde esperáron mantenerse escondidos. Sabina vendió los diamantes que pudo sacar de su casa, y que la pertenecian. Pagó con su precio lo que creyó deber á Doña Eulalia, y vivia con lo demas. Aunque á las personas honradas no deben avergonzar los beneficios generosos, cuando los necesitan, es muy dulce poder vivir desconocido y con independencian. Pero Félix previó que este recurso no era inmenso, y que era menester buscar otros para cuando se acabara: sabia muchas lenguas, y en aquel pais muchos deseaban aprender el español. Tambien era superior en el dibujo. Estos talentos le fueron más útiles que otros mayores que hubiera podido enseñar.

Determinó pues aplicarse á dar lecciones de español y dibujo, y dió a esta ingrata ocupacion toda la exactitud que pide la rigurosa probidad. Entónces conoció la dificultad de formar un espíritu nuevo, y de dirigir bien sus estudios y progresos. Entónces conoció que nada es tan digno, pero tampoco tan difícil como humillar su ingenio, y hacerle descender á los elementos primeros, para saber enseñarlos con un orden que añada facilidad á la instruccion. Adquirió la confianza y estimacion de los que le conocieron y admiráron la prontitud y claridad con que instruia á sus discípulos. Félix no tuvo el fatuo orgullo de creerse superior á esta especie de mérito subalterno.

Sabina trabajaba por su lado en las labores de su sexo, como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa que manejar la aguja y el dedal. Lo singular es, que en esta triste y no acostumbrada aplicación se la veía siempre la alegría en los ojos, y la risa en los labios. Este virtuoso matrimonio á quien el cielo miraba complacido, hallaba en su honrado trabajo el fruto de una subsistencia desahogada, y conoció el deleite con que se saborea el pan que se ha ganado con sus manos. No hay placer que satisfaga tanto como la confianza de hallar en los propios esfuerzos recursos contra los rigores de la adversidad. Es muy dulce poderse decir: en cualquier clima que la suerte me ponga, puedo desafiar, y burlarme del orgullo y la avaricia de los ricos. Así el trabajo me sustentará. [191] El opulento no se confía más que en su oro, que se le puede escapar sin saber cómo; pero yo apoyaré mi subsistencia sobre bases mas sólidas, que serán mi industria y mi constancia.

Los dos esposos vivían felices, y estaban tan acostumbrados á su nueva situación, que nadie hubiera imaginado que no habían nacido en ella. Sólo las almas grandes y elevadas pueden conocer, que una pobreza honrada, hija de no merecidos infortunios tiene placeres secretos, que no advierte el lujo, ni distingue la grandeza orgullosa. Ellas solas soportan con firmeza los reveses de la suerte, y están tranquilas en medio de un abatimiento que no se pueden baldonar. Ellas solas saben olvidar el fausto y esplendor de que gozaron, y sufrir con la misma serenidad la escasez que padecen. Es verdad que Félix no podía observar las miradas del príncipe, no se veía adorado del pueblo, y no estaba su antesala llena de pretendientes. Nadie se prosternaba en su presencia; pero tampoco era objeto de la envidia, de la calumnia, y de la sátira. El día que le rayaba, era todo suyo, sentía todo el precio de su independencia, y jamás fue tan libre como en su feliz mediocridad.

En ella no veía el espíritu dulcemente feroz del cortesano inicuo. En ella su hiel disimulada y su mordicante ironía no lastimaban sus oídos. Su corazón se abría á la sencillez de gentes rústicas y simples, que con la apariencia de la grosería suelen esconder almas no desproveídas de calor y de luz. Los dos esposos estaban contentos, y hubieran deseado acabar allí sus días sin penas ni disgustos, dando gracias al cielo; pero esta dulzura era una corta pausa que la providencia les concedía en el penoso y desgraciado viage de su vida, un intervalo que les permitía para que tomaran aliento, porque les preparaba duras pruebas á su virtud.

Una noche de primavera que Félix, después de haber llenado las obligaciones del día, volvía á su habitación á la hora acostumbrada, vió dos hombres que rodeaban su casa, y la observaban con cuidado. Uno de ellos entró, y volvió á salir. Esta marcha misteriosa escitó su desconfianza. Los siguió tanto como lo permitió la oscuridad, y vió que se ocultaban. Su casa estaba situada no solo á la estremidad de la ciudad, sino en un barrio escusado, solitaria, y separada de las otras. Félix no dudó que eran ladrones, que estudiaban su casa para sorprenderla. Los ejemplos recientes de otras casas que habían sido robadas, aumentaron su inquietud. No [192] halló mejor medio que el ir determinadamente á examinar á estos curiosos, saber quiénes eran, y hacerles ver que había conocido su designio. Va al sitio en que se habían ocultado, y los dos echan á huir. Félix detiene al uno, y con tono resuelto le pregunta,

porqué examinaba tanto su casa; pero no recibe otra respuesta que la de ver que saca un puñal, y que le quiere herir.

Félix mas listo da dos pasos atras, saca su espada, y se pone en defensa; pero su enemigo abalanzándose á él con ánimo de matarle, se mete por su espada, y cae á sus pies. El infeliz se esfuerza para volverse á levantar. La espada que le atraviesa se lo impide. Despues de algunos esfuerzos se abandona, y le dice: vencíste, Félix: ya estás vengado: tú has muerto al Duque. Félix se queda inmóvil de terror. Corre á sacarle la espada, la arroja léjos de sí, y con un grito doloroso se le acerca para socorrerle; pero al instante se le presentan todas las consecuencias de este lance. ¡El Duque en aquel país! ¡El padre de su esposa anegado en su sangre, y muerto por su mano! Todo esto le llena de espanto y terror. Luego se figura ver á su muger, que pálida y horrorizada le arroja de su seno como asesino de su padre, y todas las demas imágenes de suplicios y horrores, que deben ser efectos de estas desgracias, le inundan como un torrente el corazón; pero no se detiene en ellas por acudir á su socorro.

Sabina que le esperaba, tenia el oido alerta para cuando tocase; pero oyendo el rumor del combate, se sobresalta. El amor es siempre tímido. Se levanta asustada, corre presurosa para saber lo que es, y mas para saber si Félix corre algun peligro; pero se consuela, viendo que sostenia á un hombre que no podia tenerse en pie. Su vista despedaza el corazón de Félix: quisiera huir; pero debe sus socorros al Duque, y esta consideracion le detiene: tiembla, se estremece. Sabina se le acerca, y le pregunta trémula, si está herido, y al mismo tiempo con una voz llorosa y alterada grita, pidiendo auxilio. Félix con un acento oscuro y sofocado la responde que no, y la infeliz siente que la alegría viene á su alma en medio de esta escena de horrores.

Félix la dice: socorramos prontamente á este desgraciado. Los dos le toman en los brazos, y le transportan á su casa á pasos lentos. El Duque traia apoyada la cabeza en el pecho de Félix; pero ya la cercanía de la muerte le habia mudado el corazon: ya empezaba á ver el horror y los frutos de su carácter vengativo. Luego que llegan, le ponen sobre su [193] propio lecho, y Félix pide á Sabina, que vaya á llamar á su amigo el cirujano que vive enfrente, escusándose de no ir él mismo con el cuidado de asistir al enfermo. Sabina vuelve con el cirujano. Félix por alejarla, pide á su muger que prepare vendas, y las demas cosas necesarias. Ella se ocupa en este encargo, y entretanto el cirujano reconoce al enfermo, ve que la herida es mortal, y declara que no hay remedio. No ostante se pone á recoger la sangre, y ponerle el aparejo conveniente. Félix procuraba desviar á su muger con distintos pretextos; pero á pesar de sus esfuerzos la activa, solícita y caritativa Sabina no pudo dejar de reconocer al herido, y no pudo dejar de ver que era su padre.

Al instante que le reconoce, da un grito de terror. Echa los ojos sobre Félix, y ve su turbacion. El dolor, el despecho y la consternacion eran visibles en sus ojos. Sabina se precipita sobre el Duque, gritando con el acento mas lastimoso: ¡Mi padre! ¡padre mío! ¿qué es esto? ¿dónde estamos? ¿El cielo inventa nuevos tormentos para castigarnos? ¿Qué cruel mano os ha herido? Que perezca mil veces en los tormentos. Diciendo esto, pierde la palabra, sus lágrimas la sofocan, y se mezclan con la sangre que inundaba su lecho. ¡Cómo estaba entónces el corazon de Félix destrozado

por este espectáculo terrible! Levantaba los ojos al cielo, despues los fijaba en la tierra, y hubiera querido esconderse en su centro para librarse de los tormentos que le devoraban. ¿Con qué valor podrá acercarse en adelante á una esposa, que debe verle como el homicida de su padre?

El Duque en medio de los horrores que sufría, sintió que ya estaba cerca de su fin. Su hija desesperada le tenía en sus brazos, y quería detenerle el alma que se le iba á escapar. La palidez de la muerte, que ya estaba grabada en su semblante, tenía desfiguradas sus facciones. Ve que la eternidad se le acerca, que la terrible eternidad va á tragarle en su abismo espantoso, y la cólera de un Dios poderoso y ofendido le llena de terror. Su odio afloja, su furor se desarma, la venganza no es dulce á la hora de la muerte. Reconoce su ceguedad, y las ilusiones que le inspiraban los delirios de su orgullo. ¡Santo Dios! ¡qué desgracia es que los hombres no reconozcan sus errores sino cuando ya no pueden repararlos!

El Duque se acuerda de todas las violencias, injusticias, y atroces iniquidades que su vanidad se ha permitido, y considera la cuenta rigurosa que dentro de un instante debe dar [194] de todas al juez incorruptible. Esta idea le turba: sabe que está culpado, y que va á presentarse á un tribunal en que tiembla hasta la virtud. Su imaginacion se asusta, representándole al inexorable y justo repartidor de los destinos eternos, y los tormentos que prepara á los corazones duros y perseguidores. Su espíritu estaba tan consternado, que no podía articular palabra; pero haciéndose esfuerzos, y forzado por los remordimientos de su arrepentimiento, aunque tardio, dice á Sabina con tono dolorido: ¡hija! no me llames tu padre: yo no merezco este nombre, y por eso el cielo no me permite conservarle mucho tiempo. Mi muerte es castigo de Dios. Yo te envidiaba la triste tranquilidad de que gozabas, y venia a quitártela; pero el cielo se venga, y me castiga. Las pasiones me han cegado; me han hecho desconocer los derechos de la naturaleza, y he perseguido mi propia sangre. La mano de Dios lenta, pero terrible descarga sobre mí los últimos golpes de su saña, y quiere que á tu vista...

Sabina deshecha en llanto le interrumpe para decirle: no, padre, yo no os acuso: el cielo sabe que yo he respetado todo lo que la cólera os dictaba: yo veía que Dios me castigaba con ella, y sin duda que lo merecía; pero Dios que ve mi corazon, sabe que no os baldono nada, y que solo le pido vuestra vida. Mis ruegos la obtendrán, señor. Dios tendrá compasion de una hija desdichada que os ha querido siempre, que nunca os ha tenido por culpado, y á quien vuestra muerte quitará la vida de dolor. El se aplacará con las lágrimas de la naturaleza y el amor. Tranquilizaos, padre confiad en el Dios de clemencia, que no se ha dignado de abriros los ojos para castigaros: su piedad perdona al que reconoce sus culpas, y desea espiarlas. Este Dios de bondad no cerrará sus oidos á mis ruegos. El corazón me lo dice, y el vuestro debe esperar en su misericordia. Aquí el Duque la interrumpe también para decirle, no perdamos tiempo, los momentos son preciosos; ya siento que las urgentes Parcas van á cortar el hilo de mi vida desastrada: yo he cometido muchas injusticias, pero que á lo ménos repare una: yo te he desheredado: perdóname hija, y haz venir á un escribano para que á lo menos pueda... En el mismo instante pierde la palabra, su mano que estaba entre las de Sabina se yela, y exala el último suspiro.

Félix estaba en pie á un lado de la cama, y ocultaba su rostro. No derrama una lágrima: su dolor era tan intenso que parecia insensible; pero Sabina se abandonaba á su despecho: daba gritos lamentables, pedia venganza contra los matadores [195] de su padre. ¡Ah! ¡si supiera cuál es la mano que le quitó la vida, no fuera tan implacable! Pero en su ignorancia baldonaba el silencio de Félix, y le decia: ¿cómo estás tan tranquilo? Vuela y persigue los asesinos de mi padre. Yo no conozco al odio, ni amo la venganza; pero en esta ocasion la indiferencia fuera delito. Corre pues, y acuérdate de que es el padre de tu esposa, de que tú eres su hijo, y que debes a su memoria el suplicio de los traidores: á lo ménos vamos a despertar á la justicia, corramos a escitar los corazones para que nos ayuden á vengarle: ven conmigo. La sangre humana derramada grita al cielo, que no deja sin castigo al inhumano que la vierte. ¡Dios justo y eterno! descarga los rayos de tus iras sobre el bárbaro que ha muerto á mi padre: que los remordimientos le destrocen, y que el suplicio le esterminie.

Félix aterrado, confundido con imprecaciones tan terribles, la responde con un aire feroz, y con voz formidable, que hizo estremecer a Sabina: sosiégate, y suspende tus maldiciones: tu padre será vengado: sí, yo te aseguro que lo será, y mucho más quizá de lo que tú deseas. El asesino de tu padre... La confesion terrible iba á salir de sus labios; pero un estrépito súbito y tumultuoso distrae la atencion de todos. Tocan á la puerta, y presto entran en la pieza alguaciles acompañados de soldados. A su cabeza estaba el compañero del Duque, que era un criado de confianza, y el mismo que observaba con él las entradas y salidas de la casa. Desde que este vió al Duque caido por tierra, le creyó muerto, y fué corriendo á avisar á la justicia: esta vino presurosa, su conductor estaba furioso, y luego que se encontró con los ojos de Félix, les dice: este es el matador del Duque: yo le he visto meter su espada en el pecho del infeliz: llevadle á la cárcel.

La tropa se apodera de Félix. Sabina se sorprende: la turbacion la ofusca; pero el dolor la anima, y con todo el valor del despecho, con todo el interes del amor, y con la persuacion de la inocencia les grita: no, deteneos. Mi marido no es el culpado. Léjos de haberle muerto, él es quien le ha defendido: ¿cómo pudiera darle la muerte si es hijo? Yo os digo que es su hijo, y esta palabra os debe convencer. Su acusador, engañado por la oscuridad, le confunde sin duda con su vil asesino; pero yo os repito, que es su hijo: salid de vuestro error: y diciendo esto, tomaba á su esposo por las manos, le cerraba entre sus brazos, y no queria separarse de él; pero el desgraciado Félix, apartando la cara, rechazando [196] sus esfuerzos tiernos, y con el corazon hecho pedazos, la decia: ¿qué haces, infeliz muger? Apártate de mí, déjame perecer, yo soy el infame asesino de tu padre. Sabina perdida, aterrada con estas palabras espantosas, se queda inmóvil, como si un rayo la hubiera sorprendido; pero poco despues cae desmayada entre las sombras de la muerte, y mientras ella estaba sin sentido llevan á su esposo, y le meten en un calabozo de la cárcel.

SEGUNDA PARTE

¿Quién puede describir los sentimientos de los esposos infelices en esta escena de horror y de dolores? Echemos un velo sobre ella, hagamos como los pintores, que sintiendo la insuficiencia del pincel, cubrían con un velo las caras de las jóvenes víctimas destinadas al triste sacrificio. Abandonemos un momento á su dolor, á su asombro y su desolacion, á estos corazones, que su inflexible y rigurosa suerte vuelve á separar, y para reposar una imaginacion lastimada, sepamos como el Duque se puede hallar en Portugal, y como pudo ser víctima de encuentro tan funesto. Este padre feroz, abandonado á la insensata violencia de su cólera, procurando la desgracia de sus hijos, trabajaba por la suya propia. Aborrecia á Félix con furor: y ciego con el ardor de la venganza, llegó á estender sobre su hija los rigores de su enemistad. La habia amado en su niñez; pero su orgulloso corazon se sintió indignado, furioso, y perdió todas las dulzuras de la ternura paternal, cuando vió al fin que toda su autoridad no podia quitarle el amor de su esposo. Primero la amenazaba solo con el designio de intimidarla; pero la insuficiencia de este medio irritó su altivez, y el odio iba ganando todo lo que perdía la esperanza de su sumision.

Lo que acabó de irritarle, y dar á su cólera todo el resorte á que podia llegar, fué el que después de haber concebido la esperanza de casarla con el Conde, que imaginaba ser el grande apoyo de su ambicion, Sabina supo esconderse á su vigilancia, y huirse de su casa. No dudó que iria á buscar á su marido, y esta nueva y valerosa prueba de su amor llenó todas las medidas de su indignacion. Por otra parte [197] esta fuga le parecia tanto un oprobio de su honor, como una burla de su autoridad. Le pareció que iba á ser la risa y el escarnio de la corte; que perdía en el Conde el apoyo con que se creía exaltar, y el amor propio, el odio, la ambicion, y en fin todas las pasiones juntas contribuyéron á hacerle mirar este suceso como un desaire, como una pérdida, y como una mancha de que no se podia lavar, si no la sabia reparar.

Con estas ideas su genio mal sufrido, y poco acostumbrado á dominarse, envió espías por todas partes para desenterrarlos del asilo mas escondido. El que envió á Portugal fué mas feliz, porque reconoció á Félix y su esposa: no se descubrió á ellos, pero los observó; y no solo escribió al Duque haberlos encontrado, sino le informó de la dulzura, tranquilidad y estimacion con que vivian. Al instante el Duque proyecta arrancar á su hija de aquel retiro, y se pone en camino por no fiarse de brazo ménos seguro que el suyo. No era fácil que pudiera servirse de autoridad ni de violencia en un pais extranjero, donde reinan las leyes, y con una muger que estaba ya en el poder de su marido; pero le pareció que lo que la fuerza no alcanzaba, sabia conseguirlo el artificio. Su intencion era sacarla por sí mismo de su casa en la ausencia de Félix, y hacerla conducir en coches que tendria prevenidos. En caso de resistencia, imaginaba que el título de padre justificaria lo irregular de su proceder.

Parte pues solo y de secreto. Al instante que llega va con su confidente á examinar la casa para tomar despues medidas concertadas y seguras; pero el cielo, que velaba sobre la inocencia, le iba ya preparando su castigo por la mano del hombre que perseguia con tan cruel teson. Entónces sucedió el fatal encuentro que le costó la vida. El criado que lo vió no tuvo valor para acudir á su socorro: los malvados son

tímidos, y los viles cobardes; pero ocurrió á la justicia, haciéndola saber el nombre, la clase, y las dignidades del Duque; la justicia fué al instante, y puso en prision la persona de Félix.

Cuando Sabina volvió en sí conoció toda la estension de sus males, y el rigor de su despiadada suerte. No se atrevia á entregarse á su dolor, ni á desahogarle con su llanto. Por un lado veia á su padre muerto en sus brazos, por otro a un esposo atado con cadenas, privado de la luz, yaciendo sin consuelo entre los horrores de un solitario calabozo. Estas dos imágenes la atormentaban igualmente, porque su tierno corazon se interesaba por los dos; pero su desgracia mayor [198] era, que uno habia muerto por las manos del otro, y no podia resistir el tormento que la daba esta idea. Cuando considera que su esposo, este esposo que amaba tanto, habia atravesado con su propia mano el corazon del Duque, se llenaba de horror, entónces todos los sacrificios que habia hecho á Félix, la parecian otros tantos atentados hechos contra su padre, y se creia culpada de su muerte: se acordaba de las caricias que le hacia en su infancia, y que todavía á pesar de su conducta posterior estaban frescas en su sensible y generoso corazon. Esta memoria la destrozaba el alma, y el nombre sagrado de padre, los altos derechos que le concede el cielo, este título respetable, símbolo y origen de toda autoridad, violados por un esposo que le debia el mas profundo respeto, la mas inalterable sumision, le ofuscaban las ideas, su muerte la parecia el atentado mas odioso, ella se creia cómplice por su amor, y se llamaba sin rebozo parricida.

Pero cuando volvia á considerar la felicidad de que gozaba, cuando repasaba en su memoria los dulces y deliciosos dias que le habia hecho pasar su idolatrado marido; cuando se acordaba de sus virtudes, de su paciencia, del valor con que sufria las persecuciones de su padre, de sus sentimientos nobles y virtuosos, que le alejaban tanto hasta de la sombra de un delito; y en fin, de tantas finezas que le debia, entónces hubiera querido dar su vida por salvarle. Lo que ella debia á la ceniza de su padre, debia separarla de un marido á quien la suerte condenó á quitarle la vida; pero el amor que le tenia, y la persuasion de su inocencia, la imponia la obligacion de defenderle. Ella es hija, como tal la toca la venganza de su padre, y Félix es su homicida; pero Félix es su esposo, el esposo mas tierno, y mas digno de ser adorado: ademas de eso, está inocente, ¿cómo puede pues pedir á la justicia una sangre que no está culpada? ¿Cómo puede desmentir su propio corazon, persiguiendo con crueldad al hombre por quien quisiera dar su vida?

El amor y la razon la determinan en fin á volar al instante á su socorro: sus primeros pasos se dirigen á la cárcel para verle, consolarle y consultarle; pero no encuentra mas que puertas de acero, que no se abren al ruego, cadenas inflexibles, que no ablandan las súplicas, semblantes severos, que no se enternecen con las lágrimas. Ella habia sabido hacerse con su carácter amable, y sus virtudes dulces, algunos amigos honrados y pacíficos; pero que tenian poco crédito. No pudieron ayudarla; pero supieron desengañarla, y la dijéron, que en aquellos primeros dias la seria imposible ver á [199] su marido: que las leyes ponian á los reos en el secreto, y no se les dejaba hablar á nadie hasta que les tomase la confesion; y la persuadiéron que tuviese paciencia miéntras esta diligencia se evacuaba, con la esperanza de que podria verle despues.

El dolor de Sabina era impaciente, y no se acomodaba con tan funestas dilaciones; pero era menester ceder á la necesidad. Sus amigos la aconsejaron tambien que fuera á visitar á sus jueces para escitarlos á la indulgencia. Un eclesiástico respetable se ofreció á acompañarla, y se concertaron para empezar sus visitas al otro dia por la mañana; pero la noche misma, una criada que tenia la informo de que la causa criminal estaba ya en movimiento: que la opinion pública estaba declarada contra Félix: que todos estaban persuadidos á que la muerte del Duque era un asesinato, y que nadie dudaba que no le condujese al suplicio: Sabina temblaba, dirigia su corazon al cielo, y estaba anegada en sus lágrimas. Lo que mas la afligia era no haber podido todavía ver á Félix para saber lo que debia hacer; pero este fué mas dichoso que ella. El hombre que estaba encargado de guardarle, era compasivo; y rogado por él le habia dado pluma y papel, y se ofreció á llevar una carta á Sabina. En efecto, se la lleva cubierto con las sombras de la noche, y se la presenta. Ella la recibe con mano trémula, reconoce la letra, un frio mortal traspasa, y lee lo que sigue:

«Adorada Sabina, ya no me atrevo á llamarte mi esposa; pero Dios que registra los corazones, conoce mi inocencia: él sabe que mi mano estaba ciega, y que no conocia el pecho que ha tenido la desgracia de herir: yo defendia mi propia vida, infeliz, que ¡ojalá hubiera perdido en aquel lance! Mi muerte hubiera sido un don del cielo, porque me hubiera preservado de la situacion en que me veo. No hay consuelo para mí. Yo me baldono haber causado la desgracia de tu padre y la tuya. Yo miro la muerte sin espanto. ¿Pero de qué me servirán ni la inocencia ni la muerte, si no puedo enjugar tus lágrimas, ni salvarte de la suerte desventurada en que te he puesto? Dios mio, ¿porqué delito he merecido tan terrible castigo? Sin duda lo merezco, pues el cielo me lo impone. Pero ¿qué has hecho tú para que te dé tanta parte? Lo único que me aflige es que tambien merezco perder tu corazon. Si yo pudiera satisfacerte vertiendo á tus pies toda mi sangre... pero ¡ay! ¡qué destino es el mio tan bárbaro, tan inaudito! Tú lloras un padre, y presto llorarás un marido. [200]

Perdóname, Sabina: yo no puedo pedirte el mismo amor; pero no me es posible sufrir la idea de tu odio. Yo invoco la muerte, yo quisiera apresurar este momento, que dará fin á mis angustias intolerables. Compadece á lo menos á esta víctima de un tirano destino, á un esposo que se da este título por la última vez, y que con una mano trémula, que te fué querida, y que ahora debe serte odiosa, te pide por única gracia, que te consueles y que vivas. A Dios, Sabina idolatrada, recibe el último suspiro del desdichado Félix.»

Es imposible concebir el estado en que puso al alma de Sabina la lectura de esta triste carta. Sus congojas y sollozos la sofocaban. Al instante toma la pluma, y sus lágrimas borran lo que escribe. No pudiendo detenerse, porque el hombre que la trajo la carta la daba prisa, diciendo que no podia estar mucho tiempo fuera de su puesto, se contenta con protestarle su inalterable amor: le consuela, y le dice, que al otro dia iria á ver á sus jueces: le promete los últimos esfuerzos de su cariño, y le asegura que le salvaria, ó que moriria con él. El hombre se fué, y ella quedó condenada á pasar la noche con los tormentos de su imaginacion. Deseaba con impaciencia que llegase el dia para empezar sus diligencias. A

la hora regular vino el virtuoso eclesiástico, que debia acompañarla, y esta compañía sola era una presuncion de su inocencia, por la general estimación que le habia adquirido su pública virtud.

La sensible Sabina halló en los semblantes de sus jueces aquella áspera severidad, que inspira la persuacion de un delito atroz. La idea de que su marido proscripto y fugitivo habia dado la muerte al padre de su esposa, y un padre de tanta distincion, los habia indignado contra él. Todos estaban prevenidos contra ella; pero cuando vieron su juventud, su hermosura y modestia; cuando vieron su dulzura, candor é ingenuidad, todo les habló en su favor. Ella les contaba su historia, disimulando las atrocidades de su padre, y persuadiendo las virtudes de su marido. Atribuia al error de un acaso enemigo la iniquidad de la tragedia. Ella abogaba tambien con tanta gracia, y con lágrimas tan dulces, que los enternecia, y no se apartaba de su vista sin dejarles el deseo de que su esposo no estuviera culpado.

En esta ocasion se esperimentó el poder de la hermosura afligida, que cuando pide postrada, es cuando manda mas absoluta. Sus lágrimas toman un ascendiente irresistible sobre los corazones. Empiezan por seducirlos, y acaban por dominarlos. [201] Con la primera impresion producen el deseo de poder obligarla, y tras de este deseo vienen las ilusiones del alma, y hasta las alucinaciones del corazon. La dulzura de Sabina cubria con un hechizo secreto sus modestos ruegos, y atraia los corazones por su noble constancia en sus desgracias. Nada hay que interese tanto como una virtud tímida, y la que sufre perseguida por el infortunio inspira mas admiracion que la que goza próspera y tranquila. Cuanto mayor es la desgracia, y se sostiene con mas fuerza, tanto mas crecen la compasion y el interes que producen las personas, y por eso el marido virtuoso de una muger pérfida, ó el hijo respetuoso de un padre despreciable inspiran mas tierna compasion, porque al respeto que se debe á la virtud se añade un contraste que la hace resaltar.

La modesta Sabina ganó tanto los corazones generosos, que todos empezaron por desear la inocencia del esposo que amaba. Muchos se dedicaron á buscar luces sobre el suceso y adquirir noticias de las personas: todas las informaciones que se hacian, añadian nuevas verosimilitudes en su favor. Se sabia que el Duque habia venido de secreto á buscar á Félix: que este no le esperaba, y no se le podian suponer intenciones que el otro podia traer. Tambien se supo su antigua vida, su virtud conocida, la modestia con que vivia, sus ocupaciones honradas, y lo estimado que era en su barrio. No se ignoró la enemistad del Duque, y su violento carácter. Las pruebas de su aborrecimiento fueron conocidas, y todas estas cosas formaron un cúmulo de presunciones, que persuadieron al pueblo y á los jueces. De modo, que las lágrimas y las virtudes de Sabina mudaron la opinion pública y el concepto de los que debian juzgar á su marido. Ya se decia abiertamente, que el Duque habia sido el agresor, y se creia sin sospecha contraria lo que Félix habia confesado con sinceridad. Muchos vinieron á ofrecer á Sabina oficios y socorros, y hasta los jueces la daban esperanzas y consuelos. El pleito criminal, que empezó con tanta acerbidad, se continuaba, y estaba ya concluido en términos favorables al reo. Ya estaba señalado el dia en que debia verse la causa, y nadie dudaba que la decision no fuese propicia á la inocencia. Félix estaba tranquilo

sobre su suerte. Ya gozaba en la prision de todos los alivios que el afán de Sabina le habia podido procurar. Ya miraba cercano el término de su libertad, y estaba tan agradecido como admirado del constante y heroico teson, con que su digna esposa habia trabajado en su favor. Ella persuadida del buen éxito daba gracias á Dios de haber sido útil al marido que amaba, y contaba con ansia [202] las horas que la faltaban para unirse con él. Todo era consuelos y esperanzas para estos amantes desgraciados; pero el hado inexorable, que habia jurado hacerlos infelices, les urdió una nueva trama, que volvió á sumergirlos en otro nuevo abismo de desdichas.

La víspera del dia en que debia verse la causa, y que los dos infelices miraban como el término de sus males, vienen á informar á Sabina de que por orden de la corte habian sacado de la prision á Félix, y que le llevaban preso, y maniatado á España: corre despavorida á saber si es cierta la noticia, y apura presto la funesta verdad. La corte de España, noticiosa del suceso, despacha un correo á Lisboa pidiendo el reo. Es regular que los delitos se examinen donde se cometen, porque allí pueden examinarse mejor, y porque es justo que se dé el ejemplo de la justicia á los que fuéron testigos de la iniquidad. Pero el Conde, que ya habia llegado al ministerio, y que tenia en su mano todo el poder de la Soberanía, tuvo por conveniente hacer venir á Félix a Madrid, tanto por acudir y asegurar los intereses de su hermana, como por vengar un amor despreciado.

Escribió pues á Lisboa pidiendo que se le entregase el reo, y esta corte que no tenia interes en conservarle, y que vió que el muerto era un hombre distinguido, cuya calidad y circunstancias podian servir de escepcion á las reglas comunes, no tuvo dificultad en concederlo. Dió orden que se entregase á los satélites que habian venido á conducirlo; y cuando su muger lo supo ya estaba en camino para España. ¡Cuánto debió abatir este nuevo golpe de la adversidad á su ya fatigado corazon! Pero su constante y generoso amor la inspiró nuevo aliento; y aunque los conductores de su esposo la llevaban alguna ventaja, logró llegar á Madrid la noche del dia en que habia llegado su marido.

El corazon de Sabina no iba tan desconsolado en este viaje. El ejemplo de Lisboa la hacia esperar que en Madrid podría encontrar tambien compasion y justicia, y aun lo esperaba mas, porque allí tenia amigos y parientes que la podian ayudar. Llegó pues llena de esperanzas; pero allí aprendió muy á su costa, que si la justicia y compasion pueden hallar entrada en los humanos corazones, cuando el interes no domina ni sojuzga el terror, estas dos divinidades de las cortes las arrojan de su suelo, y les hacen inaccesibles sus mansiones. Que cuando el interés del poderoso lo exige, el débil es atropellado sin piedad: que el temor acobarda á los [203] mas amigos; que la pereza detiene á los indiferentes: que la opinion pública, ciega y variable, condena ó absuelve ligeramente sin conocimiento de causa, sin instruccion, y sin haber porqué; y en fin, que el mal se hace sin reflexion, que muchas veces se hace por instinto, y otras por el impulso que saben dar aquellos que dominan.

Apénas llega cuando va á ver á la desconsolada Benita, que no podía darla mas que tristes consuelos, ya la encuentra sumergida en su llanto, porque sabia el arribo de Félix, y que venia preso y maniatado. La llegada

de un hombre tan ilustre y conocido, y que llegaba con tanto aparato de rigor, habia hecho una sensación general. Ya habia oido á muchos cortesanos, órganos de otra voz secreta y poderosa, que era un vil delincuente, y que no le podia esperar mas que un infame suplicio. Estos discursos habian afligido su corazon, y no pudo escondérselos á su infeliz amiga.

Esta siempre mas valerosa, cuanto mas oprimida, se echa á ver á los amigos y parientes de quienes esperaba auxilios y consejos; pero ¿cuál fué su asombro, cuánta su indignación, cuando vió que no podia encontrar mas que corazones frios? Los unos helados por el terror no se atrevian á compadecerla; los otros mas viles, á quienes solo gobernaba el interes, no querian disgustar al que tenia las gracias en su mano. En vano les espuso la verdad con toda la elocuencia del amor. Todos la escuchaban con una triste y fria sequedad, sin poder sacar de ninguno el menor indicio de interes.

Peor fué cuando pudo advertir que ella misma, víctima también del poder, perdía por la malignidad de la calumnia la buena reputación de que hasta allí habia gozado. El infame espíritu del mundo, ese espíritu vil y cruel, que no respeta la virtud y que la denigra fácilmente con tanta tiranía como ceguedad, se ocupó también en hablar de esta infeliz muger con espresiones que ajaban su decoro. La sátira que tiene allí su trono, y que es tan ingeniosa y sabia cuando puede dañar, decia sordamente: ¡cómo! ¿esta Sabina que parecia tan honrada, se atreve á tomar la defensa del asesino de su padre? En lugar de esconderse, y sepultar un asunto tan feo en las tinieblas más oscuras, ¿se atreve á proteger un delito que quizás si fuera mejor conocido, la pudiera hacer pagar muy caras las imprudencias de su amor?

Por estos y otros artificios sus enemigos y los de Félix (porque los corazones virtuosos suelen tener mas que los corrompidos) [204] hacian una guerra cruel á la infeliz Sabina. Sus discursos pérfidamente envenenados eran mas terribles, por lo mismo que el veneno era sutil, y estaba cubierto con astucia. Procuraban hacer sus diligencias sospechosas, y destruir el efecto de sus activas solicitudes. El pueblo que no examina nada, que es siempre de la general opinión, y que está dispuesto á creer los delitos más enormes en los grandes, decia sin embarazo y creyendo hablar por la justicia y por las leyes, que el marido y la muger eran culpados, y que uno y otro merecian castigo. Los cortesanos mas hábiles, que saben atinar la calumnia, y que no ignoraban que complacian al ídolo de su ambicion, decian tambien sin rubor, que sin duda Sabina era delincuente, que su padre no hubiera ido solo al sacrificio si ella no le hubiera engañado, que era natural que ella le hubiera hecho venir, para que su marido embriagado de amor y de venganza pudiese sin temor hacer el parricidio.

Estos rumores calumniosos se esparcian por todas partes, y adquirian mayor consistencia por lo mismo que eran tan absurdos. Nadie se atrevió ni pensó en proteger la causa de los inocentes. Los mas justos y moderados, sabiendo este horrible atentado, se contentaban con decir, que las apariencias estaban contra ellos; pero que deseaban que en el juicio se declarase que la acusación era falsa, de modo que parecía que la corte estaba encarnizada contra estos infelices, y que su empeño era hacerles

sentir los disgustos mas amargos. Sabina pues se vió sola, sin mas compañía que la de su valor, y sin saber á quién podia dirigir sus ruegos, porque por haber hablado en favor de su inocente esposo, ya estaba abandonada de todos sus parientes, y ya la huían con horror todos sus amigos, ó los que se llamaban tales.

Este aparato de rigor la consterna, pero no la abate. Las sátiras esparcidas contra su reputación la indignan, pero no la confunden. Segura de su conciencia, y de que no tenia nada que baldonarse, no pierde su tranquilidad. Estimaba la buena reputacion; pero mas deseaba merecerla que conseguirla, y nunca se habia valido de ningun artificio para aumentarla. Ella vió que el público la destrozaba, sin alterar por eso su sosiego, porque se contentaba con la satisfaccion interior de poder estimarse á sí misma. Tambien sacrificaba generosamente la gloria de su decoro; pero esto la costaba mas, porque veía que este sacrificio la desviaba los pocos amigos que podian servir á su esposo, y escuchar su justicia con oídos compasivos. Lo que la llenaba de terror era ver que se acercaba [205] el golpe fatal, que iba á destrozarla con su esposo, sin que la fuera posible detenerle con mano fuerte y vigorosa. Esta idea la hacia estremecer, y era la única que la quitaba su valor.

Solo Benita la era siempre fiel y generosa. Este era el único corazón que la quedaba en la tierra, y ella fué la que la dió el consejo de ir á echarse á los pies del Conde. En los males extremos (la dijo) es menester ocurrir á todos los remedios. Bien sé que el Conde es un malvado, un hombre injusto y vil: demasiado lo sé; pero es el único que puede protegerte, y salvar á tu esposo. Este monstruo te ha querido, y quizás podrás despertar la piedad en su corazón. El posee ya tus bienes con el pretexto de su hermana. Quizá se levantará en su alma algun remordimiento. Lo cierto es, que si tú no le imploras, no hará nada por tí; ¿y quién sabe si picado de tu olvido, su orgullo no será mas bárbaro, y te perseguirá con mayor saña? Ya ves que todo el poder está en su mano; que él es el único árbitro de la vida ó la muerte de Félix: que su carácter es terrible, astuto y pérfido: que aborrece á tu marido: que si le abandonas á sus movimientos naturales, es verosímil que le haga sacrificar, afectando que no tiene parte en su suplicio; pero si tú le ruegas, quizá podrá serle favorable, aun cuando no sea mas que por un motivo de política.

Sabina sentía mucha repugnancia en ir á rogar á un hombre que no estimaba, y cuya perfidia conocía: pero Benita la volvió á decir: mira, Sabina, si vas á hablarle lisonjeas su orgullo, reconoces su poder, y ya sabes cuánto le gusta mostrarlo. Me parece que ya no tiene ningun interes en perseguirte. Ya se ha casado con otra: su fortuna es inmensa, y la ambicion mas desenfrenada se pone un término, cuando ya no tiene como estenderse, ó cuando ya no alcanza á ver un punto que la pueda poner mas arriba. Creo pues que estas razones son bastante buenas, para que no temas que pueda enconarse mas contigo. Ya no puede ser tu marido; ¿porque motivo pues querrá perseguir al tuyo? Bien sé que es hipócrita y disimulado; pero no pasa por vengativo; ¿y cómo lo sería, pues nada le resiste? Anda pues y ruégale. Pídele, que no es abatirse, humillarse al que tiene la autoridad, y puede sin rubor echarse á los pies del poderoso la que como tú tiene un interés tal como el de salvar la vida del esposo que adora. Al fin Benita

la persuade, y Sabina pide una audiencia al Conde. Lo singular es que de todos los cortesanos que habia solicitado, el Conde fué el único que la recibió bien. [206] La escuchó con un aire, que parecía penetrado de sus desgracias, y persuadido de su justicia. La compadeció de todas las calumnias que se habían esparcido contra ella, la dijo que habian llegado á sus oídos; pero que jamas las habia creído, y la ofreció no solo la proteccion que las leyes deben á la inocencia, sino los oficios de la mas ardiente amistad. En fin, su generosidad escedió todas las esperanzas de Sabina, y daba gracias en su corazon á Benita que la habia dado tan buen consejo. Despues el Conde la añadió: señora, vuestro padre, seducido por el amor de mi hermana, y tal vez arrastrado por la amistad que me tenia, cuando pensaba unir mi mano con la vuestra, ha hecho un testamento demasiado favorable á mi familia, y en que ha desconocido vuestros derechos justos. El disgusto tambien de no verse tan obedecido como creia merecer, le ha inspirado disposiciones que os perjudican mucho; pero conocedme: yo no soy capaz de abusar ni de su cólera, ni de su amistad. Yo no pudiera gozar sin remordimiento de bienes que os pertenecen, y que os han destinado el cielo y la naturaleza. Bien sé que la envidia habla de mi con desafuero; pero quiero hacerla ver, que yo tengo conciencia y honor y que todos los bienes del mundo no me obligarán a una accion que pueda envilecerme: tampoco quiero aceptar riquezas á costa vuestra, pues sacrificaría todas las mias por aumentar vuestro lustre y comodidad.

En esto saca el testamento de un escritorio, le hace pedazos, y la promete, que en el día hará un instrumento en que renunciarán él y su hermana los bienes del Duque, declarando los legítimos derechos de su hija. Sabina llena de admiracion y respeto buscaba palabras para poder explicar su gratitud. Su alma, que era tan sensible á los menores beneficios, no podía dejar de serlo á finezas tan grandes, y ya le perdonaba con todo su corazon sus pasadas persecuciones. Le dió gracias tan vivas, y tan bien sentidas, que el Conde pareció satisfecho, y cada instante la manifestaba mas celo y mas ardiente deseo de servirla. En fin, la prometió con franqueza, y con un tono seguro y resuelto, la gracia de su esposo.

Sabina oyendo una palabra tan positiva, que era el único objeto de sus inquietudes y deseos, se sintió tan enternecida y gozosa, que fuera de sí misma no podia decirle nada. Su tierno y delicioso llanto la sofocaba; pero no pudiendo tampoco dejar de mostrarle su reconocimiento, con un impulso á que la escitó su corazon, se levanta para tomarle la mano y besársela. La infeliz se olvidaba que hablaba con un [207] malvado, y que las caricias de los tigres son los anuncios del destrozo. Su alma sencilla y generosa no vió en las promesas del Conde mas que nobleza, honor y generosidad, y escitada por los sentimientos de la admiracion y la gratitud, no sabia mas que venerarle y darle gracias. Sus ojos se encendieron con el fuego del reconocimiento, sus mejillas se colorearon con los matices de la alegría, y todos los afectos de su alma la animaron de suerte, que parecia mas interesante y mas bella que nunca.

Pero el bárbaro alentado por las mismas expresiones de un agradecimiento tan sentido, se atreve á descubrir el funesto enigma de su odiosa generosidad. El sacrificio de su virtud debía comprar la vida de su esposo. Sabina se horroriza oyendo esta espresion; pero procura disimular

el temblor con que se estremece, y el horror que la causa, y afectando una firmeza que no tiene, con el tono de la dulzura y la virtud emplea el estilo de la razon y de la humanidad, para hacerle sentir las leyes de la religion y del honor. Le habla con dignidad, con fuerza, y con una sensibilidad amable, modesta y decorosa; pero ¡ay! el monstruo no sentia nada. Todo lo que era virtud, era perdido para su insensible y corrompido corazon. Los puestos que ocupaba, sus derechos terribles de bienhechor, el absoluto desamparo de Sabina, y mas que todo el privilegio de la impunidad le hiciéron bastante temerario para parecer á los ojos de esta muger virtuosa el mas vil y despreciable de los hombres.

Con atrevida mano quiso profanar encantos que el honor hubiera respetado; pero ella rechazó sus osadías con una firmeza serena. Ni siquiera se dignó de mostrarse enojada por la injuria; pero se opuso á todos los desacatos con el orgullo tranquilo que tanto sienta á la virtud, cuando se ve ultrajada. Este ministro tenia un carácter duro y despiadado. Era uno de estos poderosos á quienes ningun esceso acobarda cuando quieren satisfacer sus apetitos. Estaba acostumbrado á sojuzgarlo todo: se veia en un puesto muy alto, para no proceder como absoluto, y no habia dudado, que lograria aprovecharse del infortunio de una triste muger; pues aunque ántes le habia despreciado, ahora estaba sin socorro ni apoyo. Los infelices no inspiran respeto, ni causan sujecion. Se les envilece fácilmente, y con una inhumana seguridad son el ludibrio y la mofa de los hombres opulentos, que con el oro en la mano compran su honor, regatean sus virtudes, y se indignan de que se les resista. [208]

Así el Conde se irritó con la seria resistencia de Sabina, y tuvo la avilantez de tratarla con dureza, y aun decirle palabras injuriosas. Fuese por desquite, ó por inspirarla algun temor, la dijo: ingrata, ya es esto demasiado; pero sabe, que ó tú me concederás lo que mi amor te pide, ó tu marido será víctima de tu resistencia. Resuélvete á salvar su vida, ó á precipitar el instante de su muerte. Mi pasion es ya loca, y está furiosa: teme su violencia. Tu hermosura fatal ha seducido mi corazon, y tus rudas repulsas han emponzoñado todos los gustos de mi vida. Ya no quiero sufrirlas mas. Si no te determinas á aliviar los males que me causas, yo me consolaré haciendo que los tengas. Ya sabes que lo puedo todo, que la vida ó la muerte de Félix están en mi mano, que nada me resiste: teme pues mi furor, y cede, ó tiembla. Yo te doy un dia para decidirte, y si mañana no te encuentro mas dulce, verás á tus pies la cabeza de Félix.

¡Un día! le responde Sabina: esta dilacion es inútil. Hombre bárbaro, yo renuncio tu proteccion. Recoge los bienes de mi padre: yo te abandono mi fortuna y mi vida. Yo te vuelvo tus palabras: yo no acepto beneficios de los que no estimo, y tampoco me cansaré en mostrarte el horror de tu iniquidad, y la fealdad de tu vileza, porque para que me entendieras, era preciso que conocieses lo que es la buena fe, el honor, la religion y la virtud, y estos nombres sagrados no tienen sentido para tí; pero sabe, que mi partido está tomado, que yo creyera cometer un delito, si te lo dejara dudar un solo instante. Si mi esposo perece, tú serás reo de su sangre, y yo sabré morir con él. Tú podrás vivir en los empleos que tienes; pero sentirás los remordimientos que devoran á los asesinos, hasta que llegue el dia destinado por el cielo para que empiecen tus eternos suplicios.

¿Quién creará que despues de una respuesta tan enérgica tuvo el Conde

la insensata osadía de ir á verla el dia siguiente á la hora que señaló, y que tuvo la desvergüenza de preguntarla á qué se habia determinado? Pero no deben estrañarlos los que saben cómo los malvados cuando son poderosos, abusan de los infelices que ven sin proteccion, y cómo los befan por el mas ligero interes. El duro Conde la encontró en un abatimiento que hubiera enternecido al corazon mas depravado, si no estuviera ya insensible; pero firme y tranquilo en el proyecto de su iniquidad, la muestra la sentencia de muerte ya pronunciada contra su infeliz marido. En ella se le condena á morir en un cadalso, como homicida del Duque, y como enemigo de su patria. Sabina se estremeció, [209] y se puso á temblar desde la cabeza á los pies. Desde luego consideró que no era Félix el primer inocente que las pasiones de los poderosos sacrificaban á su interes, ó á su furor; pero ¿qué podia hacer, si para salvarle era menester abandonar su virtud?

El Conde para estrecharla mas, la dice: ya ves la sentencia, y para que se ejecute, no falta mas que mi firma: determina lo que debo hacer. Yo pongo la vida de tu esposo en tus manos: pronuncia una palabra sola, y al instante corro á ver al Soberano. Yo sabré darle razones para que la revoque, y volveré á verte con la gracia: pero si siempre inexorable, no me tratas con mas dulzura, aquí mismo la voy á firmar á tu vista, y no podrás quejarte mas que de tu inflexible terquedad... Firma, le interrumpe ella con tono noble y magestuoso, firma que yo no compraré con un delito la vida de mi esposo; pero sabe que Dios te verá firmar, sabe que en este mismo momento nos está mirando, y que no se le puede engañar como á los monarcas de la tierra. El te pedirá un dia cuenta de la sangre que vas á derramar: y yo me levantaré contra tí en su tribunal incorruptible. El mundo pasa presto. El triunfo de la injusticia es corto; pero la eternidad no se acaba, y allí cada cual tendrá el lugar que merece: tú tendrás el que se debe á tus barbaries, y yo el que puedan merecer mis sufrimientos y constancia.

Sabina pronunció estas palabras con tanta energía y magestad, que parecia que un espíritu sobrenatural la inspiraba. La fuerza que da la virtud á sus acentos, no la puede imitar el artificio, y su espresion se hace sentir hasta en el corazon mas corrompido. El Conde se turbó, viéndola esplicarse con tanta elevacion y dignidad. Su tono y su estilo le espantan, y no se atreve á responderla; pero habia mucho tiempo que vivia en la corte, para no saber disimular su terror. Procura recobrarse, y afectando la resolucion que no tenia, firma la sentencia con ademan de despecho, y acusando la tenacidad de Sabina. Esta le ve escribir con una firmeza heroica: un suspiro que dirigió al cielo, fué el único grito de venganza que se escapó á su corazon.

El Conde se va, y la deja abandonada á toda la amargura de sus dolorosas reflexiones. El único consuelo que tenia, era no poder baldonarse nada; pero su corazon no estaba ménos destrozado con la idea de que su marido no tardaria en ser despojo de un suplicio, y víctima de su propio honor. Levanta los ojos á la imagen de un Crucifijo que tenia en su [210] cuarto, y echándose por tierra, le dice llorando: ¡ó Dios inocente y crucificado, que quisiste sufrir la muerte en un suplicio, por lavar nuestras iniquidades! ¡Dios de amor! ¡Dios que ves los sufrimientos de mi corazon! yo estoy pronta á beber con sumision el cáliz de amargura que me

envías; pero, Dios poderoso, mi marido es un inocente: vos lo sabeis, y va á morir en el oprobio y los tormentos. El necesita de tu divina gracia, de tu socorro celestial: ten piedad de nosotros. ¡Dios de misericordia! yo adoro humillada bajo tu terrible mano tu justicia; pero si te dignaras de cambiar esta sentencia de muerte... Si te contentaras con que muriera yo, que he sido la primer causa de tantos desastres, yo alabaria tu bondad, y bendijera tu clemencia. Descarga, Señor, tus golpes, pero solo contra mí: salva al virtuoso esposo que me díste: yo me ofrezco por víctima, y tu bondad...

No pudo acabar, porque los sollozos sofocaron su fervorosa oracion. Se quedó largo tiempo prosternada, con el rostro pegado contra el suelo, y sin atreverse á mostrar otros deseos, ni pedir mas favores por el profundo respeto con que adoraba los augustos decretos del Señor; pero á pesar de su resignacion se veia rodeada de las imágenes mas funestas. A cada instante creia ver á su desventurado esposo arrastrado al suplicio. La parecia oir ya los suspiros que salian de sus descoloridos labios, y ella los acompañaba con los lastimeros gritos de su dolor. Sus dias eran largos y melancólicos, sus noches agitadas y turbulentas, y en fin, parecia sumergida en aquel estado de aniquilacion y de muerte, que siente una alma cuando ya fatigada su constancia, se abandona á los males que la oprimen.

Estando en estas agitaciones la viniéron á decir, que se habia dado orden para diferir el suplicio de Félix, y esta noticia la causó una alegría tan activa y desmesurada, que se temió no perdiese la vida. Los infelices sienten con viveza las apariencias mas ligeras de consuelo ó de felicidad. Una luz de esperanza se introdujo en su corazon, y la volvió á animar; pero lo que acabó de sorprenderla y consolarla es, que poco despues viene á buscarla un hombre desconocido, que con mucho aire de misterio la presenta un papel de su marido, que decia así:

«Yo sé, querida esposa, las diligencias que haces para salvar mi vida, y se me hace esperar, que tu ternura lo podrá conseguir. ¿Tú me amas pues todavía, mi dulce y excelente amiga? Esto solo basta para hacerme feliz. Ya ves que debo [211] amar la vida, pues que la tendré de tu mano; pero otra mayor felicidad se me presenta, y es la de poder verte en mi calabozo. Fíate en el sugeto que te entregará este papel: es alcaide de mi prision, y el que me guarda; pero es honrado y fiel, tiene buen corazon, y me parece digno de mejor empleo que el que ejercita en esta mansión de dolor. Me ha llenado de consuelo, diciéndome, que te traerá, y que me procurará un rato de conversacion contigo: ven, querida Sabina, quizá te pido demasiado, pero acuérdate de que es infeliz el que te implora».

Sabina no cabia en sí de gozo con este papel. El alcaide de la prision la aseguró que podia venir sin temor, que él tendria cuidado de llevarla, sin que nadie la viera, y que podria hablarle con seguridad. La tierna esposa hubiera volado por entre espadas y picas para tener el consuelo de abrazar una vez á su marido, y morir en sus brazos; así no tardó en decirle, que estaba pronta á seguirle, y se concertó con él para ir la noche siguiente á su visita. ¡Qué movimientos tan diferentes y tumultuosos se levantaron en su afligido corazon miéntras llegaba un momento tan impensado y tan feliz! La noche llega, y el alcaide la viene á buscar. Benita que no se apartaba de Sabina, la acompaña. El alcaide las introduce en su cuarto y dejando á Benita en él, porque no se atrevia a

hacer entrar dos personas á un tiempo, introduce á Sabina en lo interior de la prision.

Sabina entra por la primera vez de su vida en esta lúgubre mansion; pero no es la primera que ha respirado la inocencia el aire del delito. Atraviesa las tristes habitaciones cuyas paredes denegridas y oscuras han oido tantos y tan tristes gemidos de los innumerables infelices que albergáron en su recinto pavoroso. Sus delicados oidos se sienten lastimados con el lúgubre ruido de las cadenas, y con el sordo rumor de los lamentos: sus pies con pasos tardos marchaban torpes, y á cada movimiento su corazon se helaba de terror. Despues baja á los calabozos oscuros, mas horribles que los sepulcros de los muertos. Entra en esas habitaciones del dolor, á que la luz no alcanza, donde el hombre se encuentra sepultado en un aire grosero, que nunca se ventila, y donde solo vive para sentir que sufre. El sol no existe para estos infelices, y el pálido terror arroja de su seno hasta la idea del consuelo.

La consternada y trémula Sabina iba diciendo entre sí: estos son los terribles lugares en que la justicia humana, sorda [212] al grito de la compasion, ejercita un rigor inflexible para esterminar los perjuicios de la sociedad; pero no debian yacer en ellos los que ni la ofenden, ni la turban. ¿Cómo has podido venir aquí virtuoso Félix? ¿Cómo te han podido arrancar con violencia de los brazos que te adoraban para sepultarte en estas tumbas que atormentan á todos los sentidos? En estas negras y funestas bóvedas: en estos muros húmedos y frios te tienen encerrado con todos los fantasmas que produce el terror, y quizá han entregado tu corazon al horror del despecho. ¡Santo Dios! protégele, y sostenle con el broquel de la virtud. Ella iba temblando, con el auxilio de un farol, cuya luz escasa y pavorosa apenas despejaba un corto recinto de tinieblas.

En el horror que la ocupaba se volvia á decir: ¡qué habitacion, ó Dios, para el hombre virtuoso! ¿y tantos malvados habitan en palacios suntuosos, donde sin temor de castigo acumulan horrores y delitos? Haciendo estas reflexiones se acercaba al mísero jergon, en que la dijo el alcaide que yacia su desdichado esposo. Llena de alegría, y temblando de horror abre los brazos, y con ternura muda que no podía articular palabra, se suspende de su cuello: sus lágrimas solas hicieron conocer al infeliz las tristes agitaciones de su esposa. El mismo oprimido con tan dulces caricias hace esfuerzos por levantarse, y estrecha á esta amada muger entre sus brazos. Hasta allí su amor, aunque tan espresivo, habia sido mudo, porque ninguno de los dos podia hablar, y porque les era preciso contenerse, forzados por las advertencias del alcaide; pero no cabiendo en sus corazones tanta conmocion de sentimientos, se desahogáron con diluvios de lágrimas, sin poder detener sus suspiros, que presto se graduáron á sollozos.

Entónces el alcaide, temeroso del ruido que hacian, se les acerca, y les pide que callen: les dice, que hacen mucho ruido, que el centinela podía oirlos, y perder á los tres, que era menester separarse por entónces, que la noche siguiente podría facilitarles una entrevista mas larga si le prometian mas cuidado y silencio, y con esto quiere obligar á Sabina á que le siga. Los dos esposos cerrados el uno contra el otro, no podían dividirse, fué menester que el alcaide arrancara con violencia á Sabina de los brazos de Félix. La esperanza de verse al otro dia disminuyó

un poco el disgusto de una visita tan corta. El alcaide les ofreció de nuevo, que se verían el día siguiente, diciéndoles, que tomaría mejores medidas, pero exigiendo absolutamente el más profundo y absoluto silencio. Ambos se le prometieron: Sabina le hizo un regalo [213] considerable para animar mejor su celo: él la llevó á su cuarto, donde encontró á Benita, y las dos se volvieron sin ningún accidente.

Sabina refería á su amiga, y repasaba en su corazón esta dolorosa escena, que había sido tan rápida y fugaz. Contaba con impaciencia los momentos que la faltaban, para que otra vez se renovaran, y divertía el tiempo hablando á Benita de las virtudes, la constancia, y sobre todo del amor de Félix. En fin llegó la noche, esta noche tan anhelada, y que debía cubrir con sus funestas sombras el más atroz de los delitos. Parecía más oscura que la otra, y el amor le daba gracias, porque creía que era para favorecer los sentimientos de una mujer virtuosa; pero ella se preparaba para el triunfo del vicio. Sabina cubierta con el mismo disfraz, llega llena de ardor, pero le es imposible acostumbrarse al horror de la cárcel: los cabellos otra vez se le erizan, y el corazón la palpita en el pecho. La oscuridad era profunda, y esta vez el alcaide la conduce sin luz; y llevándola por la mano, la guía por entre las tortuosas y tenebrosas sendas de aquel inextricable laberinto.

Entra por fin en el calabozo de Félix, y al instante se siente estrechar entre sus brazos. Ella le corresponde con no menos ardor, y entonces el alcalde los deja solos; pero antes de partir les recomienda, que no hablen, que no se digan una palabra, que el centinela está muy cerca, y no podrá dejar de oírlos, que si se conducen con prudencia él podrá facilitarles otras entrevistas: que la felicidad de todos depende del secreto, y el secreto de un silencio absoluto. Los dos amantes corazones no atreviéndose á hablar, se abandonan á toda su ternura: en medio de los horrores que los cercan, no se acuerdan sino de que se aman: todos los dolores pasados se olvidan con la dicha presente, y Sabina entre las caricias del hombre que adoraba, se imagina, que á pesar de sus enemigos ha robado á su tirano destino un momento de felicidad. ¡Pero ay! ¡qué poco le duró esta dulce ilusión! Un suspiro involuntario se le escapa al hombre que con ardor tan inocente estrechaba contra su casto seno, y la infeliz Sabina reconoce que no ha salido del pecho de su amado esposo. Le parece del odioso y abominable Conde, y en un instante pasa del más alto grado de felicidad al mayor extremo de sorpresa y de horror.

Se arranca con violencia de tan perversos brazos. Esclama dolorida ¡qué es esto Dios mío! Si el infierno con todas [214] sus llamas devorantes se hubiera presentado de repente á sus ojos, la hubiera horrorizado menos. La infeliz engañada no puede contener la violencia de su dolor, y da gritos horribles y espantosos, que resuenan en las bóvedas del vasto subterráneo. Se abandona á todos los furores de un violento despecho. Maldice al malvado que la engaña, invoca los rayos del cielo para que le confundan. Se acusa de imprudencia dirige al cielo los ruegos más ardientes, y con una voz descompasada, en que no se escuchaban más que los acentos de la rabia, clama á su esposo, y repite con gritos como si le llamara: Félix, mi querido Félix.

El perverso robador de su honra, el sacrílego profanador de su virtud, aunque cortesano y aguerrido, se intimida y tiembla, teme los primeros

furios de cólera tan justa, se acobarda y confunde, viendo que la violada Sabina intenta quitarse la vida, que golpea su cabeza contra la pared, que se despedaza las carnes, y que se arranca los cabellos. Empieza á temer las consecuencias de su exceso. Por la primera vez sintió la turbacion que dejan los delitos, y el natural temor de su castigo. El insolente se atreve á echar á los pies de Sabina; osa pedirle perdon, y quizá se lisonjea con la esperanza de obtenerle; pero Sabina no le escucha, ni hace otra cosa que redoblar sus gritos: el alcaide los oye, y acude con un farol. ¡Qué espectáculo alumbra aquella luz! Una muger ensangrentada con las heridas de su propio dolor, que vergonzosa se cubria el rastro con las manos, y que rechazaba con el gesto y la voz al delincuente poderoso que tenia á sus pies. Este hombre tan altivo suplicaba a la muger que habia ultrajado con una bajeza igual á su osadia. La ofrecia la libertad de su esposo por precio de su silencio, pero no podia conseguir su gracia, y se veia confundido por el noble valor de la virtud.

De repente la ultrajada Sabina hace un esfuerzo. Manda á sus lágrimas que se suspendan: desdeña la queja, y si ántes la indignación de sus miradas aterraba al tirano, ahora ni siquiera le mira: se queda inmóvil, parece insensible, pasa á una inaccion tan estática como aquella que suele ser la precursora de la muerte. Ya no podia resistir á las angustias que la destrozaban, y víctima de su dolor cae en el calabozo sin sentido. Su desmayo fué tan profundo, que estuvo largo tiempo fuera de sí, y cuando pudo reconocerse se halló en su casa, entre los brazos de Benita. El alcaide la habia hecho conducir, y la entregó, diciéndola, que la habia dado un accidente; pero esta buena amiga, viendo su palidez, los surcos que [215] las lágrimas habian abierto en sus mejillas, el desórden de su espíritu, las quejas que se la escapaban, que sofocaba el rubor, sospechó la verdad: procuró darla los mas tiernos consuelos de la amistad; pero ¿qué puede consolar en tan fiera desgracia? La llaga era profunda, envenenada é incurable. Ninguna mano humana la podia sanar.

El infame Conde habia imaginado este horrible artificio para sorprender su virtud, y satisfacer su pasion. No le fué difícil conseguirlo. Nunca faltan á los poderosos instrumentos viles que les presten su odioso ministerio. El alcaide, corrompido por sus favores, y por adquirir derechos á su proteccion, escondió su codicia con la máscara de la piedad, y todo lo hizo de concierto con él. Los infelices son crédulos, y fácilmente los engaña el que les parece sensible á su dolor. Félix creyó compasivo el que era codicioso. El Conde de propósito, no quiso parecer hasta el segundo dia, para inspirar confianza á Sabina con la experiencia del primero. Se habia conducido á Félix á otro calabozo, para que el ministro ocupase su lugar y representase su persona en el silencio y la oscuridad; pero el cielo no quiso que gozase de esta terrible iniquidad sin descubrirse.

Habiendo contentado su capricho, y no teniendo ya interes de continuar tantos horrores, puso á Félix en libertad, y le hizo declarar inocente de la muerte de su padre. Félix no esperaba tanto bien, ni siquiera podia alcanzar cómo habia obtenido dicha tan impensada; pero no se detiene en estos pensamientos: ansioso de consolar á Sabina, corre con el deseo de sorprenderla, llega á su casa; pero ¡cual es su pena cuando la encuentra recostada en el seno de Benita, y derramando un llanto dolorido!

Se arroja entre sus brazos y la dice: no llores mas, esposa mia. Aquí tienes al hombre que te adora libre y justificado. El cielo se ha apiadado de nosotros: gocemos de las dichas que reserva á la constancia de nuestro amor. Félix esperaba que Sabina le recibiera con la misma ternura y alegría; pero ¡de qué horror se llena su corazon, cuando no la ve mas que lágrimas tristes, cuando no la oye mas que sollozos que quiere sofocar, y en fin cuando por toda respuesta no recibe mas que gemidos sordos y mal articulados!

La sangre se le hiela en las venas, su semblante se cubre con los pálidos colores del terror, se acuerda de que dió la muerte á su padre, y la dice: tu horror es justo: yo debo serte odioso; pero ¿porqué has querido tú misma conservarme la [216] vida? ¿porqué te has dado tanto afan, si me quieres hacer miserable? Yo no estimo la vida sin tu amor. El solo me ha hecho sufrir las calumnias y los calabozos: tu imagen me sostenia; pero ¿cómo tú, que te has dignado perdonarme, puedes vengarte ahora, y con tanta crueldad? Dios sabe que yo hubiera querido verter toda mi sangre ántes que una gota de la suya: ¿porqué pues estás tan fria con un esposo, con un amante, con un infeliz? ¡Qué Sabina! ¿no me respondes? Ya te entiendo: yo sabré satisfacer á una venganza tan durable con una pronta muerte.

Sabina tenia el corazon hecho pedazos, y hubiera querido dar los brazos á su esposo; pero la parecia que estaba deshonorada, que ya no merecia abrazarle, y la detenia el sentimiento de su indignidad. Triste, vergonzosa, confusa, á veces levantaba los ojos al cielo, otras los bajaba á la tierra, y no se atrevia á responder. Este silencio hacia mas vivo el despecho de Félix. Recela de su muger llena de honor y de virtud, no quiera ya conocer por esposo al que dió á su padre la muerte, y esta resolucion le parece tan justa, como heroica; pero ¡cuanto se engañaba en el motivo! Benita que lo conocia, deploraba su horrible situacion, sin poder aliviarla, pues no podia revelar el terrible secreto, y Sabina, devorada por el disgusto que la consumia, no puede resistir mas, y cae sin sentido.

La llevan á su lecho, y cuando se recobra siente que una fiebre violenta la destruye: se consuela viendo que la muerte va á terminar su desgraciada vida, y sintiendo que la quedan pocos momentos, dice á Félix, que la sostenia con sus trémulos brazos: Félix, no te quejes de mi. Yo te he amado siempre, sin haber dejado un instante de amarte. No ha entrado en mi corazon el menor deseo de venganza, porque sé que fuiste infeliz, y no culpado; pero yo soy indigna de tí. El infame Conde... Mas no, déjame que sepulte en mi tumba tan horrible secreto. A pesar de mi desdoro, mi corazon ha sido siempre puro, y siempre tuyo; pero yo te respeto demasiado para permitir que recibas en tus brazos una infeliz, que el delito ha logrado deshorrar. A Dios, querido esposo, perdóname; yo muero, pero estoy inocente. El cielo no ha puesto la felicidad en la tierra.

Estas terribles palabras hiciéron entender á Félix el motivo del perdon que le pedia, y todos sus miembros temblaron de dolor y terror; pero no pudo detenerse en esta pena, porque la muerte de Sabina absorbió su atencion. La infeliz murió [217] entre sus brazos, y su pesar fué tan vivo, que parecia haber perdido el espíritu. La afliccion del alma es un veneno destructor, para el que no hay remedio. La de Félix le arrastró á

la tumba al lado de su amada Sabina, y los corazones generosos, los amigos de los infelices derramaron en su sepulcro las lágrimas preciosas, con que la tierna veneración honra las cenizas de la inocencia. ¡Cuántos ejemplos vemos en la tierra de personas de mérito, infelices y perseguidas! Pero ¡qué consuelo es saber que hay otra vida después de esta, que en ella se cambian los destinos, y que son tan terribles los castigos de la opresión y del delito, como son dulces las recompensas de la paciencia y la virtud!

[218]

Lucía o la aldeana virtuosa
PROLOGO

En cualquier situación que la suerte ponga al hombre, la virtud puede elevarlo hasta donde apenas se determinaría a levantar los ojos. La heroína de esta novela llama la atención de los grandes y poderosos desde el abismo de la mayor miseria: sus virtudes brillan en la oscuridad de su estado aun más que si se encontrara en la mayor grandeza. Toda su familia presenta el cuadro interesante de la desgracia, no merecida, y soportada con heroicidad. El lector puede en él aprender a sufrir las adversidades, y aun a amarlas, pues pueden procurarles goces tan puros e inocentes.

*

En un lugar no lejos de Madrid vivía después de algunos años un excelente hortelano. No era natural del lugar; pero había venido a servir a otro, y por su muerte se quedó con la huerta, y la trabajaba de su cuenta. Este hombre más hábil que ninguno de los del país, se había distinguido de todos los de su profesión por la superioridad de su talento. No solo cogía las mejores y más esquisitas verduras, sino que se adelantaba en el tiempo a todos los demás, y podía vender los frutos nuevos antes que ninguno. Estas ventajas le daban los medios de mantener su familia con desahogo; y como su hogar estaba situado tan cerca de la Corte, hallaba en ella fácil salida de todo lo que podía recoger; pero lo que más le había recomendado con todos los vecinos, era su carácter. Desde que llegó al lugar, se hizo distinguir por su conducta, [219] su urbanidad y las costumbres más estimables, que parecían superiores a su profesión. Ocupado siempre en su trabajo, y siendo de una condición dulce y pacífica, nunca pudo nadie quejarse de él. No solo vendía sus frutos a menos precio que los otros, sino que los daba de valde, cuando los pobres los pedían. En fin se hizo con todos tan bien quisto, que comúnmente le llamaban Alberto el bueno.

No era menos estimada su mujer, que cuando llegó al lugar, a pesar del pobre traje que la cubría, era de una figura muy bien parecida, y además de su mucha dulzura y agrado, se la veían ciertos modales, que parecían más finos que los de su esfera; pero lo que más asombró a los naturales fue su estilo, su juicio, su retiro y los continuos actos de religión en que se ejercitaba. Era la primera que asistía a todas las funciones de la Iglesia, y se mantenía en ella con un recogimiento tan reverente y decoroso, que edificaba a cuantos la veían.

Este buen matrimonio había traído consigo dos hijas pequeñas, Marina de cuatro años, y Lucía de tres. La madre se ocupaba mucho en su

educacion, y de un modo que no era practicado ni conocido en el lugar. Todos se admiraban del progreso que hacian aquellas dos niñas, y cuando llegaron á la edad de catorce y quince años, parecian un prodigio á hombres que no estaban acostumbrados á aquella especie de tono y decencia con que vivian. El cielo las habia dotado de hermosura y de gracias, pero la educación las habia enseñado una modestia y compostura noble y decorosa, que era desconocida entre aquellas mozas del lugar, y estas por una ironía envidiosa las llamaban las señoritas.

Su madre las habia enseñado tambien todo lo que pertenece á las haciendas de muger. Las habia acostumbrado á una especie de aseo, que á pesar de la simplicidad de sus trages, parecian como si estuvieran muy aliñadas; pero en lo que se habia esmerado mas, era en hacerlas aprender la religion; y no solo las habia instruido en ella mas de lo que se acostumbraba de ordinario, sino que las habia inspirado con su ejemplo y sus instrucciones el temor de Dios, el amor de la virtud, y la estimacion de la honestidad. Eran sus continuas compañeras en la Iglesia, y no se mantenian en ella con ménos devocion y reverencia.

Ya se ve que dos muchachas de esta especie, comparadas [220] con el comun de las paisanas, debian parecer como estrañas, como dos flores en un campo inculto, ó como dos estrellas en un cielo oscuro. Ya se ve tambien que no podian dejar de producir muchos deseos entre la juventud de aquel lugar; pero unos no se atrevian á esplicarse, otros se sentian poco propios para aquella conquista, y los mas atrevidos se arredaban viendo la inflexible tenacidad de su modestia. Por otra parte la vigilante custodia de los padres era un continuo estorbo de todas las osadías.

Esta estimable familia vivia tranquila, debiendo su dicha y bien estar á sus trabajos, ocupaciones y virtudes, cuando la suerte enemiga del reposo de los buénos vino á cubrirla de dolor. Sinforosa, esta esposa tan respetable, esta madre tan digna, se siente acometida de una enfermedad, y en pocos días la conduce al sepulcro. Muere entre los brazos de su esposo y sus hijas, y les dice en sus últimas palabras: Yo voy al seno de Dios, fiada en su bondad; lo único que me aflige es dejar dos huérfanas pobres en el momento de los peligros; y cuando mas necesitaban de la madre que las amaba, y de la amiga que las dirigia, pero Dios, que es el padre comun, os cubrirá con sus alas paternas. No olvideis, hijas mias, que la honestidad es la primera virtud de las mugeres, y yo me atrevo á predeciros, como si el cielo me inspirara, que si os manteneis en la pureza y honestidad de vuestro sexo, Dios os llenará de bendiciones.

¿Quién puede describir el dolor y las lágrimas de esta familia desconsolada? Largo tiempo lloráron los tres desconsolados corazones; pero al fin el tiempo y la religion obtuviéron, que cada uno volviese á sus trabajos necesarios. Ya era preciso que las dos hermanas supliesen la falta de su madre; mas esta las tenia tan acostumbradas, y la habian ayudado siempre con tanto celo, que desde luego pudieron continuar, sin que se echase nada ménos en el servicio de la casa. No contentas las dos muchachas con hacer las haciendas domésticas, cuando las acababan solian venir al huerto á ayudar á su padre. Este sufria con pena este servicio; pero ellas insistian, sobre todo en ciertos tiempos mas urgentes, para evitarle el coste de un jornalero indispensable.

Así continuáron tres ó cuatro años mas, con la misma modestia y la

misma tranquilidad. Su recogimiento era absoluto, los dias de trabajo estaban los tres dedicados cada cual á sus ejercicios; los de fiesta, despues de haber pasado una parte [221] en la Iglesia, daban otra á lecturas cristianas y decentes, en que alternaba el padre con las hijas. Así ocupando todo su tiempo, no daban lugar á visitas inútiles. Apenas veian ninguna persona estraña, y el único con quien trataban de continuo era con Antonio, ordinario del lugar, mozo honrado y buen cristiano, que iba con frecuencia á Madrid á hacer las comisiones del lugar, y vivia con esta profesion. Antonio despues de largo tiempo llevaba á vender las hortalizas de Alberto, y siempre le habia dado buena cuenta.

Esta familia era pues muy dichosa en su feliz mediocridad; pero no hay dicha estable sobre la tierra. Un dia que Alberto se habia subido en una escalera, para coger ciertos frutos que estaban altos, cae desgraciadamente sobre una hazada que habia dejado al pie del árbol, y le hace una herida en la pierna. Al principio le pareció poca cosa, y despues de los primeros remedios, se volvió á trabajar; pero sea que sus humores estuviesen mal dispuestos, ó que la herida penetrase mas de lo que se creyó, cada dia fué enconándose de manera, que en poco tiempo le fué imposible tenerse en pie. Entónces fué preciso llamar al cirujano, y esta fué la época en que comenzáron sus desgracias; porque á pesar de todos los remedios cada dia la herida fué tomando tal carácter de malignidad, que se temia la gangrena. En este estado Alberto no podia mantenerse mas que en el lecho, y se acabáron todos sus recursos al mismo tiempo que se aumentáron sus gastos. Sus dos hijas se pusieron á trabajar en el huerto los ratos que les quedaban; ¿pero qué podian hacer dos pobres muchachas, que por otra parte necesitaban de acompañar á su padre, asistirle y hacer las demas haciendas de la casa? Su débil trabajo no pudo impedir, que todo fuese pereciendo poco á poco, y ántes de dos meses ya no quedaba nada que vender en la huerta; pero como era necesario pagar al cirujano, y los remedios al mismo tiempo, se apuráron todas sus facultades, y les fué preciso empezar á vender algunos de sus propios vestidos. Poco despues fué menester llegar á las sábanas y ropas mas necesarias, y como la pierna lejos de curarse iba cada dia peor, llegó el caso de que faltase que vender, cuando era mas urgente gastar.

Las dos hermanas apuradas no sabian ya qué partido tomar. Alberto afligido con sus dolores; y no pudiendo ignorar la triste situacion de sus hijas, lo sufria todo con una paciencia invencible, y solo las decia: consolaos, hijas mias, Dios me castiga; pero su providencia no os abandonará. Llegó el caso [222] que se llenáron de deudas, y que no habiendo podido pagar nada en largo tiempo de lo que se las fiaba, nadie las queria fiar mas. Viéndose en tan estrecho caso, y despues de muchas lágrimas estériles, de muchas oraciones infructuosas, y de otras mil tentativas inútiles, una noche Lucía dijo á Marina; hermana, ¿oíste á Antonio, que nos dijo ayer que una señora de la casa, en que va á hacer comisiones en Madrid, le habia encargado que la buscasse en el lugar una moza honrada para que la sirva? Desde que lo oí esto, el corazon me dió un vuelco, y habiéndolo considerado á mis solas, he pensado que Padre no necesita de las dos para su asistencia, que una sola le bastaria, que así una de las dos está demas, y no hace otra cosa que comer sin ayudar. Me parece pues que una de nosotras podia ir á ofrecerse á esta Señora, que de

este modo no solo aliviará á la que se quede, sino que enviándole el salario que gane, y lo que pueda recoger, contribuirá á los gastos de la curacion y subsistencia de nuestro Padre. Marina halló este proyecto tan luminoso, que la respondió, que le miraba como una inspiracion del cielo; y al instante corrió á proponérselo á su Padre. Este no pudo oirlo sin estremecerse, y sin derramar un diluvio de lágrimas. ¡Qué! decia sin poder articular bien ¡qué! ¡yo me separaria de ninguna de mis dos tiernas hijas! ¡yo me arrancaria la mitad de mi corazon! ¡no! que la muerte venga primero á sepultar mis tristes ojos; pero despues de una larga efusion de sentimiento y llanto, sus hijas le representáron todo lo que ya debian, las dificultades nuevas de cada dia para encontrar socorro, y le hiciéron ver, que á pesar del dolor comun era indispensable tomar algun partido, y que no les presentaba otro la providencia. El buen Alberto acostumbrado á la resignacion se sometió á la ley de la necesidad, y dijo: hágase, pues Dios lo ordena. Entónces empezó entre las hermanas un combate de generosidad; porque cada cual queria quedarse con su padre, y que la otra fuese á acomodarse á Madrid. No era fácil conciliarlas, y el Padre no tenia valor para decidir por ninguna. Marina decia, que ella era la mayor, que tenia mas fuerza para volver á su Padre, que no podia volverse por sí mismo, y que necesitaba de auxilio, que ya ella sabia el modo, que su Padre estaba tambien acostumbrado, y que Lucía no podia hacerlo tan bien, así porque era mas delicada, como porque no podia aprender y acostumbrarse, sin que su Padre sufriera.

Lucia respondia: que no era tan difícil aprenderlo, y acostumbrarse, que se sentia bastante fuerte para ello, y que algunas veces lo habia hecho sin que su Padre hubiera sufrido: [223] por otra parte, que debiendo una de las dos ir á Madrid, esto tocaba á Marina, que por su mayor edad y esperiencia era capaz de conducirse mejor, agradar más á sus amos, y saber libertarse de los peligros, que son mas comunes en una ciudad populosa; que ella como mas jóven, y todavía muy inesperta, no era buena mas que para la soledad de su retiro, y que por todas razones, le parecia que Marina estaria mejor en Madrid, y ella en el lugar.

Mucho tiempo duró esta lucha, sin que el padre dijera una palabra, ni pudiera hacer otra cosa miéntras duró este tan honrado altercado, que verter sin cesar un diluvio de lágrimas; pero al fin como Lucía estaba acostumbrada á mirar á su hermana mayor con cierta especie de sumision, y como esta insistia siempre en la razon decisiva de que ya su Padre estaba acostumbrado á su servicio, y de que no le queria fiar á otras manos que las suyas, no se atrevió á replicar mas, y dijo que partiria. Entónces la abrazó Marina, y su Padre la recibió entre sus brazos, inundándole el rostro con su amoroso llanto. Marina dijo, que pues Antonio debia partir por la mañana, era preciso advertirle, para ver si queria llevar á Lucia.

Antonio estuvo pronto y supondrémos las lágrimas, la despedida y los consejos del Padre y de la hermana, para decir que Lucía, cubierta de su llanto, llegó á Madrid; que Antonio debia empezar por ir á la calle de Alcalá á descargar y entregar sus encargos, y que estando en ella propuso á Lucía, que entrase en la iglesia de los Carmelitas, y le esperase allí, prometiéndola que luego que cumpliese con sus comisiones, volveria á buscarla para ir con ella á la casa donde debia conducirla. Lucía entró en la Iglesia, y se acercó al altar mayor, donde le pareció que se celebraba

una fiesta.

A poco rato vió entrar una señora acompañada de su page y de lacayos vestidos todos con ricas libreas, que por acaso se puso cerca de ella: jamás había visto Lucía una señora de esta especie: su edad parecía como de cuarenta años; pero todavía estaba muy fresca, y conservaba muchos restos de una rara hermosura. Lo que mas la sorprendió fué el aire noble que estaba derramado en toda su persona, la dignidad y decencia de todas sus acciones, y una cierta, dulce y decorosa afabilidad que resplandecía en su semblante: jamas había visto Lucía una señora de un aspecto tan decoroso, y que la inspirase al mismo tiempo tanto respeto y amor: se figuró que tenía alguna semejanza con su madre, y no dudó tanto por su traje como por sus criados [224] y nobleza de su porte, que era una dama de alto carácter: su vista hizo estremecer á la pobre Lucía, y volviendo los ojos al altar dijo en su corazon: ¡oh! ¡si Dios me deparara una ama como esta!

Empezó la misa, y observó que la señora se puso á oirla con toda la devocion y reverencia con que su madre la oia, y que había enseñado á sus hijas, y aunque ella, siguiendo su costumbre, procurase hacer lo mismo, la curiosidad por un lado, y por otro un cierto movimiento de benevolencia que se había introducido en su corazon, la obligaban á volver los ojos sobre aquella respetable persona; pero lo que le pareció mas singular fué que la señora ponía tambien la vista sobre ella, y la fijaba con atencion. La modesta Lucía al instante retiraba la suya, y cuando creía que ya no la vería la señora, volvía ella á verla; pero muchas veces se encontraron sus ojos, y este combate de las vistas fué tan repetido, que Lucía confusa, avergonzada y temerosa se retiró sin atreverse á mirarla de nuevo. No podía alcanzar lo que podía en ella ocupar la atencion de una señora, que le parecía tan distinguida.

La misa se acabó, y las gentes empezaron á irse. La humilde Lucía no osaba levantarse por respeto; pero habiendo visto que la señora ya estaba en pie, y se iba seguida de sus criados, sin saber lo que hacia, se levanta tambien, y con movimiento indeliberado la fué siguiendo por detras de todos; la señora salió y continuó á pie su camino, porque su casa estaba cerca. Lucía sin reflexion la seguía siempre, como el hierro sigue al iman. En esto pasó un caballero que saludó á la señora diciéndola, á los pies de V. E., y se detuvo á hablar con ella. Esto confirmó á Lucía en su concepto, y mientras duró la conversacion se quedó detenida por detras. La señora volviendo la vista por acaso, reparó en ella, y habiendo observado diferentes veces que siempre se mantenía allí, despues que se fué el caballero se vuelve á ella, y la dice, acércate hija.

Lucía se acerca con un aire tímido y sometido. La señora la pregunta quién es, y si quiere alguna cosa. Ella la responde con los ojos bajos, que siendo hija de un padre, pobre, que no la puede mantener, ha venido á buscar amo, y que espera un mozo de su lugar que debe llevarla á una casa donde buscan una criada. Cuando decia esto pasa Antonio, quien viéndola allí sin detenerse en la señora con quien hablaba, la dice con su rústica simplicidad: yo he ido á la casa para prevenirles que estabas aquí; pero se me ha respondido que ayer han recibido [225] otra criada, de que están contentos, y que llegamos tarde. Paciencia, otra vez serémos mas felices; pero ahora es menester volvernos al lugar.

La pobre Lucía quedó aterrada con esta mala nueva, y sin poder contenerse le saltaron dos raudales de sus ojos. La señora se enterneció viendo su pena, y la dijo con dulzura: hija el cielo no falta á la virtud. Yo te miro como enviada por la providencia. Ayer se ha casado una de mis criadas, que debe ir á vivir con su marido, y yo te tomaré en su lugar. Tú no has menester recomendacion. Tu modestia me ha informado de tí, y espero no engañarme. Lucía quiso echarse á sus pies para darla gracias, pero la afable dama la recibió en sus brazos, y la mandó seguirla hasta su casa, de que estaban muy cerca. Cuando llegaron á ella dijo á Antonio: tú puedes volver á tu lugar, y dí á su padre que está sin cuidado, que queda con la Condesa de Pastrana, y que se encarga de ella.

Luego que entraron en la casa, la Condesa llamó á Doña Elvira, que entre sus criadas era la mas antigua, la de mayor confianza, y la que la servia mas de cerca. La contó lo que habia pasado, y la mandó que recibiese á Lucía en lugar de la que se habia casado. Doña Elvira la recibió con un aire agradable, y fué á ponerla en posesion de su lugar y sus encargos; pero interiormente sentida de que su ama la hubiese recibido sin haberla consultado, porque estaba acostumbrada á que la Condesa en este punto y todos los asuntos domésticos confiriese con ella, y admitiese sus consejos. Así cuando volvió, y estaba á solas con ella, preguntándole la Condesa, ¿qué le parecia de Lucía? la respondió: la muchacha parece modesta y juiciosa; ¿pero quién puede saber lo que es? Hay mucha hipocresía en el mundo, y es muy arriesgado tomar criadas en medio de la calle, sin informaciones ni seguridades. Si tú la hubieras visto llorar, la dijo la Condesa, tambien te hubieras enternecido. No cabe falsedad en carácter tan ingenuo; pero en fin ahí la tienes, y puedes observarla.

La Condesa era una de las primeras damas de la Corte, que habia quedado viuda en tiernos años, y sin hijo alguno. Era muy rica porque habia sido la heredera, y la casa era suya; pero era mas estimada por su virtud y conducta siempre decorosa. Consagrada á todos los ejercicios de la religion, su vida era ejemplar, y no habia contribuido poco á ganarla el corazon el recogimiento y respeto, con que habia visto á Lucía en la Iglesia; ¿pero cuánto creció su concepto cuando la fué conociendo [226] mas interiormente? A cada paso se asombraba de descubrirla talentos, que no eran de presumir en una simple paisana. No solo la encontró instruida en todo lo que pertenece á las labores de su sexo, sino que la halló una noticia y un saber en asuntos de religion, que no es comun aun entre las personas mas bien educadas, y todo esto la admiraba.

Despues de algunos dias estaba indispuesta, y no hallaba otro consuelo que hacerse leer por uno de sus pages que leia bien; pero sus incomodidades la hacian sufrir largos desvelos, y su moderacion se los hacia pasar sola, por no querer hacerse leer á hora tan incómoda. Lucía que observó esto, y que la servia con el vivo interes de la mas tierna aficion, se ofreció á leerla cuando no durmiese. La Condesa oyendo esta oferta la quiso probar, y la mandó leer en un libro que la dió. Quedó asombrada oyéndola leer con tanta inteligencia y sentido. Lucía leía mucho mejor que el page. Desde aquel día no quiso que nadie la leyese sino ella, y el page quedó muy picado.

Una de las noches que la Condesa no podia dormir, y que necesitó de alguna cosa, tocó su campanilla para advertir á Doña Elvira, que era la

que se acostaba mas cerca de ella; pero al instante Lucía que estaba á los pies de su cama, la pregunta lo que quiere. La Condesa se espanta y la pregunta, porqué está allí. Lucía le responde que está para poderla leer, en caso que no duerma. Esta atencion tan fina, añadida á la continua solicitud y vigilancia, con que despues de hacer perfectamente todos sus encargos, la procuraba adivinar los pensamientos, no podian dejar de ganar el corazon de la Condesa, y viendo que Lucía era la primera á todo, y que Lucía sin poderla contener se quedaba las mas noches en vela, por si podia leerla en sus desvelos, hizo que la Condesa, para incomodarla menos, mandase poner su cama en un gabinete que habia cerca de su lecho, y donde la tenia mas á la mano.

Esto desagradó mucho á Doña Elvira, pero no era lo único que la podia desagradar, porque ya hacia un mes que estaba Lucía en la casa, y era visible la preferencia con que la Condesa la trataba. En efecto era imposible no preferir á la que despues de ser tan superior á las demas en talentos y virtudes, la servia con un celo tan vivo y afectuoso. La Condesa la habia dicho ya muchas veces: Lucía, ¿quién te ha enseñado tantas cosas? ¿Quién te ha inspirado sentimientos tan nobles? Es imposible que tú no seas de buen nacimiento, á lo menos que no hayas tenido una buena educacion: no señora, mi padre es un [227] pobre hortelano, y mi madre, que perdía ahora cuatro años, me enseñó lo poco que sé.

La Condesa estaba encantada con su nueva criada, su estimación y amor crecian por momentos, ya la miraba como si fuera hija: tenia en su casa un eclesiástico instruido y virtuoso, que admiraba tambien las bellas calidades de Lucía, y decia que era un ángel del cielo, que solo una gracia especial podia hacer que una aldeana en edad tan corta fuese capaz de tanta virtud, recogimiento, prudencia y discrecion. La Condesa no pudiendo desahogar de otra manera la inclinación y agradecimiento á esta criatura angelical, quiso que se la descargase de todas las ocupaciones de fatiga, para poder acercársela mas, y estar mas tiempo con ella.

Al mismo tiempo la dió algunas de sus batas, y sus otros despojos para que se los acomodasen, y la hizo vestir de una manera tan distinguida, que podia parecer su hija mas que su criada. Estos aliños sentaban tan bien á su linda figura, que mas parecia señora que aldeana. En efecto como despues de algun tiempo ya no salia al aire, su tez se esclareció, su fisonomía, que ella animaba con el deseo de agradar á su ama, adquirió nueva viveza, y una expresion mas graciosa. Sus facciones parecieron con mas lustre, y los vestidos bien ajustados á las dimensiones de su talle, desenvolvian en la forma de su cuerpo gracias y gentilezas que estaban escondidas en la grosería de su antiguo trage, porque descubrian la agilidad de sus miembros, y las bellas proporciones de sus contornos.

En pocos dias Lucía pareció otra cosa. Su gracia natural la hizo servirse de todos aquellos adornos como si la fueran propios, y como si estuviera acostumbrada á ellos. Su buen talento la hizo siempre conservar su modestia y su tono decente, y este carácter añadido á tantas perfecciones, que ponian en claro sus nuevos adornos, la hicieron parecer una hermosura, llena de espresion, y acompañada de todos los atractivos de la ingenuidad y la virtud.

La Condesa que ya la amaba con ternura, y que no podia separarse de

ella, se complacia en lo que creía ser su propia obra, y era menester que la misma Lucía detuviese la efusión de su beneficencia. A pesar de su desazón aceptaba lo que no podía rehusar, porque la repulsa hubiera parecido ingratitud; pero no eran batas ni cofias lo que ella buscaba, pues nada de esto podía aliviar á su padre y hermana. [228]

No era menester tanto para escitar el mal humor de Doña Elvira, y la envidia de las otras criadas, que orgullosas con la medianía de su nacimiento, la llamaban por irrisión la recogida en la calle, y otras veces la aldeana, ó la aventurera. Entre los gentiles-hombres de la Condesa habia uno cuyo nombre era Fadrique, y éste desde que Lucía llegó la vió con interés, y como un objeto propio para su diversion. Era un mozo atrevido, y de costumbres viciosas, pero astuto, tenia el arte de esconderlas á la Condesa, y se conducia con reserva y duplicidad. Le pareció muy cómodo que le trajesen á casa una paisana bonita, que seguramente no podría defenderse de sus insinuaciones y lisonjas; y desde luego á poco tiempo empezó á acercársele, á tratarla con dulzura, y á buscar el modo de ganar su confianza, con el pretesto de aconsejarla y protegerla.

En efecto la sencilla Lucía se dejaba ganar por aquellas demostraciones de interes, y le miraba como un hombre que la queria hacer bien, y se prestaba con docilidad á sus caricias. Cuando Fadrique la creyó bien madura, empezó á querer tomar algunas libertades, y la primera fué tomarla la mano con un ademan afectuoso. Lucía sorprendida la retira con violencia. Fadrique porfia por tomarla, pero ella se levanta presurosa, y se va derramando sobre él una ojeada de indignacion. Conoció Fadrique que se habia engañado, se imaginó que habia errado el golpe por haber acometido demasiado presto, y se propuso volver á tomar el camino mas despacio; pero en esto se engañó mas, porque Lucía no volvió á dar ocasion. Desde aquel momento jamas dió lugar á otra conversacion, ni se puso en parage de que la pudiera hablar á solas.

La sequedad y desden de Lucía picaron su orgullo, al mismo tiempo que irritaron su pasion, y como las distinciones y el amor de la Condesa, que se iban aumentando cada día, eran nuevo ostáculo para sus esperanzas, este mozo entró en una especie de furor. Ya habian todos los criados observado en la mesa, que Lucía era muy parca, pero lo que estrañaban más era, que nunca comia el pan que se la daba, sino que lo guardaba, y que sí se le daba alguna fruta, ó cualquiera otra cosa que pudiera guardarse, tampoco la comia, y lo guardaba todo. Ya habian hecho conversacion de esto, y no sabian lo que Lucía hacia con lo que guardaba. Las criadas decian que queria hacer la delicada, afectando que comia poco en la mesa; pero que se hartaria cuando estaba sola. Fadrique mas astuto y celoso sospechó parte de la verdad. [229]

En efecto Antonio solia venir con frecuencia á traerla noticias de su padre y hermana, y todas eran tristes, pues cada día su padre estaba peor, y su hermana tenia menos recursos. La pobre Lucía llevaba escondido en sus faltriqueras todo lo que habia y podia recoger (8) en la mesa, y se lo dába en secreto á Antonio, que lo llevara á su hermana. Este socorro era pequeño, pero Lucía no podia hacer mas. Ya Fadrique habia reparado estas frecuentes visitas, ya habia sospechado que este rústico podia ser un amante, ya su presuncion le habia atribuido los desdenes de Lucía, ya su

orgullo habia imaginado, que sin este motivo una aldeana no le hubiera rechazado con tanto desprecio, y ya le habia ocurrido, que siendo este amante miserable, la enamorada Lucía se quitaba los bocados de la boca para mantener á su pobre galan; y atormentado por todas estas ideas quiso verificarlas, tanto por abatir la vanidad de Lucía, como por vengarse de ella, descubrir su hipocresía, y hacer ver á la Condesa la vívora que acariciaba.

Se puso pues á observarla con mucho cuidado, y un día que Antonio vino segun su costumbre, la trajo noticias muy funestas. La dijo que su Padre estaba mucho peor, que se temia no le entrase la gangrena en la pierna, que el cirujano le habia ordenado caldo de ternera, y otros remedios costosos; pero que Marina léjos de poder costearlos, no tenia crédito siquiera para lo mas preciso del dia. La pobre Lucía no pudo oir nuevas tan tristes sin derramar un arroyo de lágrimas. Fadrique, que la observaba á distancia, aunque no podia oir lo que decian, pudo ver que Lucía lloraba con mucha amargura: su ánimo era quedarse allí para ver si le daba algo; pero para asegurarse mas, y poder probarlo mejor, le ocurrió ir á esperar á Antonio á la puerta, reconocerle, despojarle si le encontraba algo, y poder decir que le habia cogido con el hurto en las manos. Lucía, viéndose sola, le dió lo que llevaba guardado, y despidiéndose de Antonio, vino á echarse en su cama para llorar en ella con desahogo.

Fadrique, acompañado de un lacayo, espera á que Antonio salga, y con el pretexto de su celo, y de la desconfianza, le registra, y le encuentra el pan y otras cosas. Le pregunta cómo ó por qué saca esto de la casa. Antonio responde sencillamente, que Lucía se lo ha dado para su hermana. Fadrique le replica que ese es un pretexto, y que es una desvergüenza, que un rústico como él tenga osadía de venir á socaliñas con las criadas de una casa como aquella; que no se atreva á volver otra vez, porque si vuelve se le castigará como merece. El pobre [230] Antonio aturdido se escapa lo más presto que puede, y Fadrique recoge en un pañuelo todos aquellos despojos, para llevarlos á las otras criadas, como el trofeo de su expedicion.

Ya se puede discurrir, qué gozo causaria este descubrimiento en aquellas almas envidiosas, y mientras ellas estaban en esta algazara, Lucía lloraba en su cama con triste desconsuelo. La Condesa, que no se hallaba sin ella, fué á buscarla á su cuarto, y se sorprende de hallarla sobre el lecho. Lucía por disimular su pena, la dice que tiene dolor de cabeza, y su tierna ama la dice que no se mueva, y que va á salir á una visita. En efecto sale, y entre tanto las otras criadas hacian su conjuracion, y se preparaban á hacerla conocer la nueva criada que la habia entrado tanto por el ojo; esta era su espresion.

Lucía despues de haber dado mucho desahogo á su llanto, empezó á hacer reflexiones: consideró que ya habia mas de cuarenta dias que estaba en la casa, que ya se la debia mas de un mes, que la casa de la Condesa estaba tan arreglada, que el primero del mes se pagaba á todos los criados, y que si á ella no se la habia pagado el precedente, era por haber entrado á la mitad del mes; pero que en el primero que iba á entrar, se la pagaria el ya pasado con los dias que tenia de mas. Veia pues que dentro de poco tendría un socorro que enviar á su hermana; pero esto no la

consolaba, porque el mal de su Padre era urgente, y no podía esperar tanto. No dudaba que si pedia á su buena ama que se la pagase, desde luego lo haria; pero en esto sentia una extrema repugnancia. La cortedad de su genio, que no estaba acostumbrado á pedir nada, la hacia muy áspero este paso. Por otra parte temia que si era conocida en la casa la bajeza de su estraccion, y la miseria en que se hallaba su familia, la desdeñasen mas las criadas, y que aun la misma ama, á pesar de ser tan buena, la juzgase indigna de alternar con ellas.

Estas reflexiones la agitaron mucho; pero viendo que el peligro de su padre era muy urgente, á pesar de su discrecion y sus temores hizo un esfuerzo sobre sí, y se determinó á pedir á su ama, que la hiciese pagar desde luego, sin decirle otra cosa, sino que su Padre estaba enfermo. Mucho combate la costó resolverse, y solo el riesgo de su Padre podia obligarla á esta violencia, y cuando ella estaba en este combate, su ama la llama.

La Condesa estaba acostumbrada á ir los sábados al anochecer [231] á la iglesia de los Carmelitas. Iba á pie y no se hacia acompañar mas que por una criada. Aquel dia llama á Lucía, y la dice, ponte la basquiña, y ven conmigo á la Iglesia. Lucía obedece, y como la intencion de la Condesa era ir despues á una visita, dió orden de que la llevasen el coche á la puerta de la Iglesia. Fué pues a pie con Lucía. Despues de haber hecho oracion, tomó su coche, y dijo á Lucía que se volviera á pie.

Fadrique y las criadas, alegres de haber hecho aquella descubierta, no esperaban mas que la vuelta de la Condesa, para darla cuenta de todo, exagerando con malignidad lo que creian liviandad de Lucía, y apenas llegó, cuando Doña Elvira, que por su mayor crédito se habia encargado de la comision, fué á verla con un pañuelo en la mano, y derramando sobre una mesa, que estaba allí cerca, los mendrugos y demas restos que Fadrique habia arrancado de las manos de Antonio, la dijo con un aire muy satisfecho, y con un tono que cantaba el triunfo, ve aquí lo que es tomar criadas en la calle, sin informarse ni de su nacimiento, ni de sus costumbres. La Condesa no pudiendo entenderla, la preguntó ¿qué queria decir?

Entónces la contó lo que habia pasado; pero añadiendo reflexiones muy malignas sobre lo que ella y las demas habian observado, la dijo, que Lucía estaba inquieta, cuando el mozo del lugar no parecia, que anda siempre preguntando si habia venido, que cuando llegaba corria presurosa á hablarle, que sus conversaciones eran siempre secretas, que Lucía le mostraba tanta ternura, que lloraba cuando le hablaba, que su pasion era tal, que se privaba hasta del alimento necesario por guardarle lo que podia, y que sin duda aquel mozo era alguna mala cabeza, pues necesitaba de este socorro para vivir; en fin la hizo una pintura de todo con tan falsos y malignos coloridos, que no se podia atribuir la conducta de Lucía, mas que á una pasion indigna, y mal empleada en un mozo vil. Doña Elvira decia, que sin dura era alguna moza ruin, que no teniendo asilo, habia venido á la casa para pasar algun tiempo, miéntras se acomodaban sus negocios, y que un dia de repente se escaparia con su galan; que por eso era menester tener cuidado, para que no se llevase alguna cosa.

La Condesa quedó sorprendida con una relacion tan contraria al concepto que habia formado de Lucía; pero Doña Elvira habia añadido

circunstancias tan agravantes á la historia, y particularidades tan malignas, que si los hechos eran ciertos, [232] era imposible ver otra cosa, que un enredo amoroso de Lucía con Antonio. Tambien entonces la Condesa se acordó del modo y la porfía con que Lucía la siguió en la calle cuando salia de la Iglesia, y del poco miramiento con que Antonio, cuando hablaba con ella, la dijo, que en la casa donde pretendia ir, habian tomado otra criada. No la parecia natural, que en su presencia Antonio se hubiera atrevido á esta falta de respeto sin algun designio, y entrevió que esta podia ser una trama urdida para interesarla, y que podian haber concertado engañarla, para hacer de su casa el receptáculo y el abrigo de su correspondencia.

Esta sospecha debia ofender su dignidad, y desde luego asustó su conciencia; pero cuando volvia los ojos sobre Lucía, y se acordaba de su sencillez, candor y sus otras calidades, la parecia incapaz de tan estudiosa perfidia. Por otra parte ¿cómo imaginar, que una muchacha tan bien criada, de tan extraordinarios talentos, y tan escelentes prendas, pudiese poner su corazon en un mozo tan rústico, como parecia Antonio, y de figura comun y desagradable? Si esto es, decia en sí misma, esta será nueva prueba de la incomprensible estravagancia del gusto de las mugeres; pero la costaba pena persuadirse, que Lucía fuese capaz de este esceso de depravacion, y al mismo tiempo de todo el arte y malicia que suponía este enredo. Mientras la Condesa examinaba estas cosas en su interior, la vanagloriosa Doña Elvira gozaba de su victoria, y no acababa discursos que indicaban la confianza que tenia en su penetracion, y cuánto era superior á la de su ama. Tampoco cesaba de repetir, que ninguna de las criadas de la casa podia vivir con una mozuela advenediza y viciosa, que deshonoraba la familia. La Señora cansada de su jactancia, y de tantas impertinencias, la mandó que la dejase sola.

Quedó afligida. Por un lado temia verse forzada á perder el concepto y el amor que ya sentia por Lucía, y las almas generosas y sensibles, no pierden sin pena estos sentimientos dulces y nobles: por otra parte estaba como corrida de haberse engañado, y de haber dado este motivo de jactancia á Doña Elvira y sus demas criadas; pero á pesar le todas las apariencias, no lo podia acabar de creer, y pensaba en los medios de averiguar la verdad, para tomar el partido que exigieren las circunstancias. Estando en estas reflexiones entró Don Francisco, que era su capellan, y conociéndole por hombre cuerdo, que merecia su confianza, se lo contó todo. Don Francisco no quiso creer nada: dijo que Lucía era incapaz de tanto artificio, [233] y que sin duda habia en esta historia malicia y envidia de criados. Su buen juicio le hizo casi adivinar la verdad, pues añadió, que si lo que se decia de enviar la comida y frutas, era cierto, parecia mas verosímil que lo enviase á su familia, que podia ser muy pobre, y que esta seria una nueva prueba de su buen natural.

Dejemos esta conferencia para volver á Lucía, que ignorante de todo lo que se tramaba contra ella, y determinada á pedir á su ama el salario que se la debia, volvia ya de la Iglesia consolada, porque se habia fijado en esta idea; ¡pero triste consuelo! la suerte la preparaba nuevos pesares. A pocos pasos tropezó con un bulto que la pareció extraño, y bajándose para cogerlo, se halla en la mano un bolsillo, que era muy pesado. A pesar de la poca práctica y uso que tenia de estas cosas, la

pareció que era dinero; mira por todas partes, y no ve á nadie, reconoce tambien que no han podido ver que lo ha cogido; pero no pudiendo detenerse allí para reconocerlo, corre presurosa, entra en su casa, va derecha á su cuarto, cierra la puerta, y abre el bolsillo. ¡Cuál fué su asombro cuando ve que está lleno de oro, que hay muchos doblones de á ocho, y otros de especies diferentes! ¿Quién puede pintar la admiracion y asombro de Lucía? Quedó fuera de sí, atónita y confusa, sin poder formar una idea: jamas habia visto tanta riqueza junta. La cogió un temblor de cuerpo, que no podia sosegar, y pasó mucho tiempo sin saber lo que hacia, ni dónde estaba.

El primer pensamiento que le vino al espíritu, fué que la providencia la enviaba aquel dinero para socorrer á su Padre, y al instante la saltan dos raudales por los ojos, se pone presurosa de rodillas, y con voz alterada por el llanto esclama: ¡Yo te doy gracias, Dios de bondad! ¡Dios de misericordia! ¡Que bien decia mi madre; que tu providencia nunca falta á los que en tí confían! Tú te has dignado de echar una ojeada favorable sobre tu indigna criatura. Yo te doy gracias de lo íntimo de mi alma. ¡Quién no te amará, Padre benéfico, que sabes proporcionar tus socorros á las necesidades!

Transportada con esta idea esconde el bolsillo en su seno, como si temiera ser sorprendida, ó como si recelara que vinieran á quitarle su tesoro; pero no pudiendo sosegar, saca otra vez el bolsillo, le vuelve á abrir de nuevo, y mirar las piezas que contiene. Quiere contarlas sin poder hacerlo nunca, porque la turbacion la impide. Vuelve á empezar de nuevo, y [234] deja de contar, para considerar el monton de ideas que se atropellan en su cabeza. Quisiera tener alas para volar á su lugar, siente no haberlo encontrado ántes para enviarlo con Antonio, computa cuando podrá volver, y le parecen eternos los momentos que pasarán hasta entónces, se desahoga con la reflexion de que ya no tendrá que pedir nada á su ama, y todos estos pensamientos tan atropellados eran interrumpidos con estas exclamaciones: ¡Bendito sea el Dios de piedad! ¡bendito sea el Padre de los hombres! que los Angeles y bienaventurados me ayuden á darle gracias. Yo me hubiera vendido por una de estas monedas para socorrer á mi Padre, y el cielo me envia tantas juntas.

Después se pone á reflexionar lo que se podia hacer con este dinero, y hace las cuentas que la dictaba su buen corazon. En primer lugar decia, esta desde luego servirá á curar y sanar á mi padre; pero como hay mucho mas de lo que será menester, mi hermana y yo nos podremos tambien mantener, porque pues el cielo me ha socorrido con tanta liberalidad, ya no necesito servir, ya puedo ir á mi casa sin incomodar á mi hermana, y es justo que vaya á servir á mi Padre, y ayudarla. Mucho sentiré dejar una ama tan buena; pero yo se lo contaré todo, y me dará licencia, porque se hará cargo que esta es mi primera obligacion. En esto volvio á repasar el dinero, y se pasaba los doblones de una mano á otra; la parecia que habia allí un tesoro inagotable, y volvia á decir, pero aquí hay mucho. No solo podremos curar á mi padre, y mantenernos mucho tiempo, sino que nos quedará todavía. Tanto mejor, añadia, yo se lo daré á mi hermana para su dote, Marina es la mayor, y es justo que se case la primera. ¡Ah! cuando yo vea á mi Padre bueno, y sin necesidad de trabajar para vivir, si veo á Marina bien casada, ¿quién será tan dichosa como yo?

En estos y otros pensamientos que pasaban por su cabeza con incomparable rapidez, tenía su corazón tan dilatado y gozoso que no se hubiera trocado por la primera princesa de la tierra. A un tiempo veía la salud de su Padre, la felicidad de su hermana, la esperanza de volverse á vivir con ellos, y la idea de ser ella el instrumento del bien de todos. Su agitación era tan viva, que sin poder sosegar corría por el cuarto, y unas veces de rodillas, y otras levantando los brazos al cielo repetía continuas gracias á Dios por tan inesperada y prodigiosa fortuna, y se acordó hasta de una pobre muger anciana, que vivía cerca de su casa, y se decía: Anda, buena Agustina, tú me ayudarás á dar gracias á Dios, porque tú tendrás parte en su beneficio. [235]

El que sin saber la causa hubiera visto á Lucía en este estado de agitación y convulsiones, la hubiera creído loca; pero cuando estaba mas anegada en esta inundación de gozos y placeres, una negra y funesta luz la pasa súbita como un relámpago, y la sumerge en un abismo de confusión: Lucía se detiene de repente, y se pregunta, ¿pero qué puedo yo usar de este dinero? Alguno ha perdido este bolsillo, es regular que lo busque: ¿tendré yo el valor y la infamia de negarlo y esconderlo? Bien sé que nadie me ha visto; ¿pero no me ha visto Dios? Aun cuando no lo buscaran, ¿puedo yo apropiarme lo que no puedo dudar que pertenece á otro? Esta nueva idea la consterna, al instante huyen de su vista todos los consuelos, su corazón se turba, una luz pavorosa la ofusca, y sus ojos vuelven á deshacerse en abundante llanto, no ya con lágrimas dulces como las primeras, que nacían del placer y admiración del hallazgo, sino con lágrimas amargas, hijas de la perplejidad, de las angustias y las dudas.

Se detiene á discurrir qué partido debe tomar, y la acometen todas las seducciones del deseo: se dice á sí misma, que sin duda aquel dinero es el de alguna persona rica á quien no hará falta, y que para ella es la vida de su Padre, y el descanso de su familia, que sin causar daño grave al que lo pierde, puede hacer mucho bien al que lo encuentra; pero no se puede disimular que esta es una idea, aunque lisonjera, falsa. Siente que no puede sosegar su inquietud, ni satisfacer sus anxiedades: su corazón la rechaza este pensamiento, y su conciencia se estremece, al fin reconoce que es indispensable dárselo á su ama para que haga buscar á su dueño, y entónces echando sobre el bolsillo una mirada triste y dolorida, le dice: Anda léjos de mí, oro infeliz, tú no puedes mas que engañar, tú no sabes hacer felices, y yo no te he encontrado mas que para que redobles mis tormentos.

Determinóse pues á llevar el bolsillo á su ama, y renovó su resolución de pedirla que mandase se la anticipara su salario. Pareciéndola que ya era hora de que hubiese vuelto, se puso en disposición de ir á buscarla; pero era tanta su pena de privar á su Padre y Hermana de un socorro, que tanto había lisonjeado la ternura de su amor filial, que ántes de llegar á la puerta se volvió á detener para decirse, pero si yo sacara solo un doblon de á ocho, nadie conocería la falta. Esta sería poca pérdida para el dueño, y mi padre hallaría quizá la salud y la vida. Este temperamento la seduce, y al instante con un movimiento indeliberado, saca un doblon de á ocho, y lo esconde en su seno. [236]

Pero apenas toca el oro sus inocentes y puras carnes, cuando el corazón la da una sacudida como si quisiera rechazarlo. El remordimiento

se vuelve á apoderar de su alma, y con una voz alterada se dice, ¿qué vas á hacer infame? ¿Tú quieres ser ladrona? Si no puedes guardar el bolsillo, tampoco un doblon. Y sacándole apresurada de su pecho, le arroja con violencia sobre los otros. Se confunde, se avergüenza de la bajeza que iba á hacer, se indigna contra sí misma, por haber abrigado un instante pensamiento tal vil, se pone de rodillas, pide perdon á Dios, y esclama: piedad, Señor, defiéndeme de mi flaqueza.

Entónces sin detenerse mas, ni dar oido á nuevas reflexiones, sale presurosa con el bolsillo en la mano, va á la pieza en que su ama solia residir, la encuentra á solas con su Capellan, que hablaban precisamente de ella; pero Lucía iba tan ciega, que sin contenerse por su presencia, cubierta de lágrimas, se echa á sus pies, y la arroja el bolsillo en las faldas. Allí con voz que interrumpian los sollozos, y sin poder casi pronunciar las palabras, la dijo: Señora, salvadme de mí misma. Yo iba á hacer una bajeza, á cometer un delito: tomad ese bolsillo que me he encontrado en la calle.

La Condesa se habia asustado viendo á Lucía tan descompuesta, no pudiendo entender lo que la queria decir: creyó que noticiosa de la acusacion vendria á justificarse; pero viendo su angustia, su dolor, y las desconsoladas lágrimas que derramaba, la dijo: sosiégate hija. La hizo sentar á su lado y despues de haberla dado algun tiempo, para que se desahogara, la volvió á decir: dime Lucía, qué es lo que te aflige, y está segura de que haré por tí cuanto pueda. Entónces Lucía empezó á contarla toda su historia con mucha ingenuidad, y muchas gracias, la contó el motivo que la habia obligado á venir á Madrid, y en su relacion no omitió nada, ni la pena que habia sentido en pedir la anticipacion de su salario, ni la tentacion de guardar el bolsillo, ó á lo ménos un doblon de á ocho, y acabó por pedirla, que la mandase dar lo que se la debia.

No pudieron la Condesa y su Capellan oir esta inocente historia, contada con tanta sencillez y ternura, sin enternecerse tambien. Uno y otro escuchaban tantas virtudes, tanto amor filial, y tanta sinceridad con asombro, y ya sus ojos estaban cubiertas con el llanto de la admiracion. La Condesa se levanta, toma á Lucía entre sus brazos, la estrecha en ellos, y mezclando las lágrimas que derramaba, con las suyas, la dice [237] con voz afectuosa: ¿porqué, hija mia, no me lo has dicho desde luego? ¿Cómo has podido desconfiar tanto de mí? ¡Ay Lucía! jamas olvidará mi corazon esta queja: pero no quiero ahora afligirte mas. Yo olvido la injusticia que me has hecho, para no pensar mas que en tu consuelo. Cuánto siento que sea tan tarde; pero mañana se remediará todo. Anda, hija mia, sosiégate ahora, vete á acostar, y duerme tranquila, porque mañana muy temprano iremos contigo D. Francisco y yo á ver á tu padre, y trataremos de curarle.

Lucía queria renovarla sus gracias, pero la Condesa, viéndola tan fuera de sí, la mandó seriamente que se fuera á acostar, y ella obedeció. La Condesa se quedó con su Capellan, admirando tanta virtud de una pobre aldeana, y dando gracias á Dios de la ocasion que la ofrecia de hacer una obra buena. Al otro dia se ponen en camino, y llegan al lugar. Marina se turba viendo á su puerta un coche con un tiro, tantos criados con ricas libreas, y gentes dentro, que la parecióron de mucho porte. La pobre muchacha se puso á temblar, porque Antonio la habia contado lo que le pasó

la noche precedente con Don Fadrique, la violencia con que le arrancó lo que Lucía le habia dado, y el órden que habia recibido de no volver á la casa. Temió que esta visita fuese una consecuencia de aquella aventura. Temblaba de lo que podia suceder, y estaba inmóvil á la puerta de su cuarto; pero ¿cuánto creció su espanto cuando vió, que aquellas personas entraban, y que entre ellas venia Lucía, no ya con trage de paisana, sino con el aseo y aliño de la corte? Luego que Lucía la vió se fué á ella, y la enlazó entre sus brazos; pero con la misma ligereza la dejó, para ir al cuarto de su padre.

Entre tanto la Condesa, el Capellan y un Gentil hombre que tambien venia, iban entrando, y Marina ni sabia qué pensar, ni se atrevia á mover. Estaba tan trémula y turbada que la Condesa advirtió su inquietud, y la dijo: no temas hija, que no venimos á haceros mal, llevanos al padre de Lucía. Marina los conduce, y ya Lucía colgada del cuello de su padre, lo bañaba con el agua que salia de sus tiernos ojos. El Padre no ménos inundado en su llanto, y sorprendido de visita tan inesperada daba gritos para desahogar la opresión de su pecho. Este espectáculo de amor paterno, y ternura filial enterneció tambien á los estraños, y todos lloraban con una dulce sensibilidad.

Al fin fué preciso calmarse, y despues que la Condesa se [238] informó de su estado, y que el padre la dió gracias por la bondad con que trataba á su hija, se pensó en los medios mas eficaces para su curacion; uno fué enviar á buscar un cirujano de un lugar vecino, que tenia buena reputacion, y miéntras llegaba, el padre mandó á sus hijas, que se retirasen, porque queria hablar con la Condesa á solas: ellas se fuéron, el Capellan tambien queria retirarse; pero Alberto viendo un eclesiástico de aspecto respetable, y de la confianza de la Señora, la pidió que no se fuese, y cuando estuviéron solos, dirigiéndose á la Condesa la dijo así:

Yo tengo, señora, en mi corazon un secreto, y estaba ya resuelto á sepultarle conmigo; pero viendo que la providencia me envía en mis últimos momentos una tan gran Señora, me parece que no me la envía sino para que le deposite en su seno, y que la ha escogido para amparo y proteccion de dos pobres huérfanas, que sin ella iban á quedar abandonadas. Yo no soy aldeano, Señora, el cielo me hizo nacer de una calidad distinguida. Grandes desgracias me han conducido á este estado: mis hijas no lo saben, porque viendo mi suerte siempre desdichada, sin entrever (9) jamas una esperanza de remedio, me pareció prudente no descubrirlas nunca su nacimiento, pues esta noticia no podría mas que inspirarlas orgullo, y hacerlas ménos soportables las incomodidades y abatimientos de la miseria. Yo me decia, siempre será tiempo de que lo sepan, si Dios abre alguna puerta á la mudanza de mi suerte; pero Dios no me ha abierto hasta ahora el menor resquicio, y me veo á los umbrales de la muerte, sin que hasta este momento se me haya presentado el menor consuelo. Mi dolor no era morir, sino morir tan abandonado del cielo y de los hombres, que moria sin tener á quien volver los ojos, y encomendarles dos tiernas hijas criadas en la virtud, y espuestas á todos los riesgos de su edad. Me sometia á los decretos de la providencia; pero me parecia, que pues el cielo las condenaba á vivir siempre en la pobreza y el oprobio, era mejor dejarlas ignorar su calidad, para que pudiesen sufrir con mas paciencia.

Vuestra venida, Señora, es el primer rayo de luz que brilla á mis

ojos, despues de una tan larga como profunda oscuridad; y me avergüenzo de haber desconfiado de la providencia, pues es visible que os envía en mis últimos momentos, para que seais el amparo de mis pobres hijas, para que yo os descubra mi secreto, para que vos podáis hacer el uso que vuestra prudencia os inspirare, y en fin para que muera consolado. Ya tampoco hay riesgo en que lo diga, pues que la [239] muerte va á librarme del miedo de los hombres; y ya no debo temer mas que á Dios. Aquí el venerable Alberto se desató en llanto, los sollozos viniéron á cortarle la voz, y le fué imposible continuar su discurso.

La Condesa enternecida se acercó á su lecho, y tomándole la mano le dijo: consolaos, Señor: el Cielo lo hace todo para nuestro bien: quizá os querrá conceder la salud, y nosotros vamos á pensar en esto con el celo mas vivo; pero si determina llevaros para sí, yo os prometo en su nombre, que me encargaré de vuestras hijas, que cuidaré de ellas, no solo miéntras me dure la vida, sino que dispondré que nada las falte despues de ella; pero veamos ahora lo qué es posible hacer para vuestro consuelo y recobro. Alberto besando su mano, y empapándola con sus lágrimas, la dió gracias, y despues de haberse sosegado la volvió á decir:

¿Habeis oido hablar, Señora, de la muerte del Duque de Palma? Sí, señor, le respondió la Condesa, y he sabido toda la historia, porque era muy amigo de la familia. Este triste suceso pasó ahora veinte años: afligió mucho la familia, porque era el único heredero de una grande casa; pero tambien era muy terrible y violento. Yo le conocia, y jamas ha habido un carácter tan impetuoso y atrevido: en Madrid mismo habia hecho ya muchas insolencias, y sin el crédito de su padre en la corte, hubiera sido muchas veces castigado; pero este padre que no tenia otro heredero, y era idólatra de su hijo, se contentaba con reprenderle, esperando que el tiempo le corregiria.

Tambien con este fin le hizo dar un regimiento, y le obligó a ponerse á su cabeza, con la esperanza de que el trato con los oficiales, que no le sufririan sus insolencias, le forzaria á la moderacion; pero nada bastó, pues á poco tiempo de estar allí, tuvo un encuentro con un caballero que le mató, y yo he oido que el matador tuvo razon, pues en su casa misma, y casi á su vista, quiso usar de violencia con su propia muger, que segun dicen, era tan amable como virtuosa. Sí, señora, le interrumpió Alberto con un suspiro, jamas ha nacido una muger mas digna y respetable; ¡pero ay! esa muger era la mia, y yo he sido el matador de Palma.

La Condesa se quedó sorprendida; pero Alberto continuó así su historia. Yo nací en una de las mas distinguidas y acomodadas familias de mi pais, y siendo hijo único, era uno de los más ricos. Mis padres muriéron dejándome en corta [240] edad, y un tio anciano y virtuoso, que se encargó de mi educacion y tutela, no solo pensó en aumentar mis bienes, sino en criarme con principios de religion y virtud. A la edad de veinte y cinco años ví á Sinforosa, hija de los marqueses del Fresno, y mi corazon sintió los primeros fuegos de una pasion pura y encendida; la pedí á sus padres, me desposé, y hallé en ella un tesoro de prendas y virtudes.

Yo me hallaba con ella el hombre mas feliz del universo, porque conocia todo su precio, y cada dia la descubria nuevas perfecciones. Habia dos años que gozaba de la vida mas dulce. Mi esposa me habia dado ya dos hijas; la una es vuestra criada Lucía, la otra es la pobre aldeana que

habeis visto aquí; pero entónces ellas y su madre hacian mi única felicidad; tanta gloria no es hecha para la tierra. En aquel tiempo llegó á la ciudad en que habitábamos, y en que yo era el mas dichoso de los mortales, el Duque de Palma: su nacimiento, su juventud, su esplendor le hiciéron abrir todas las casas, y tambien vino á la mia; pero á poco tiempo se empezó á hablar de él como de un mozo insolente y sin juicio, que queria atropellarlo todo al gusto de sus caprichos; sobre todo se decia que trataba á las señoras sin decencia ni respeto, y que se tomaba groseras libertades.

Con esto muchas empezáron á cerrarle sus casas, y mi muger, que habia tenido la desgracia de parecerle bien, y que ya le habia visto muy familiar y atrevido con ella, dió un órden absoluto de que no se le dejase entrar; pero él atropellando un dia los criados, entra á la pieza en que estaba, y quiere usar de familiaridades indecentes. Mi muger no sabiendo cómo defenderse grita á su socorro; yo estaba en un cuarto vecino, y advertido por sus gritos, corro á ella, y la encuentro despeinada, que opone la resistencia que puede al Duque que combatía, para tomarla la mano, y abrazarla. No hay monstruo por bárbaro que sea, que viéndose sorprendido por un hombre que tiene todos los derechos de marido, no se contenga en su presencia; pero aquel jóven era tan inconsiderado y violento, que con tono de imperio, como si fuera su criado, manda que me retire.

Ya podeis discurrir cuál seria mi indignacion; por desgracia yo tenia mi espada al lado, la desenvaino, y le digo que se defienda, él saca la suya, y esta vez la razon triunfó de la iniquidad: una estocada le abre el pecho, y le hace vomitar el alma. Al instante sentí todas las consecuencias de esta tragedia, [241] por el crédito de sus parientes, y me pareció necesario huir. Tomo pues un caballo, y me pongo en fuga: sola mi muger podia saber el cómo habia pasado el lance, y la circunstancia de haberle muerto en mi casa, le agravaba mucho contra mí. Procuré esconderme en la de un paisano y allí supe que se me hacia el proceso, que se me habian embargado todos mis bienes, que se me buscaba por todas partes, y que se habian prometido veinte mil pesos al que pudiera descubrirme.

No era ya posible ir á un país extranjero; porque pensé que todos los caminos y puestos estarian advertidos, y viendo que en aquel retiro estaba muy espuesto, porque todos me conocian en el pais, me pareció preciso buscar otro mas léjos. Me acordé de un criado antiguo y honrado que se llamaba Nicolas, y que se habia casado en este lugar; era ya viudo y sin hijos: estas circunstancias me parecieron propias para fiarme en él únicamente: por otra parte la vecindad de la corte me pareció otra razon de preferencia, pues nadie pensaria, que yo quisiera acercarme á los que me buscaban. Con esta idea vengo á este lugar disfrazado, y sin marchar más que de noche, llego, hallo solo á Nicolas, y ocupado en el cultivo de un huerto que le habia dejado su muger; concertámos que diria que yo era un mozo que habia tomado para ayudarle en el trabajo: él me enseñaba en efecto, y yo le ayudaba.

Pasado algun tiempo, cuando me pareció que todo estaria mas sosegado en mi pais, pido á Nicolas que vaya á mi casa, que procure ver á mi muger, que la instruya de mi situacion, y me traiga noticia de la suya y la de mis hijas; pero cuál es mi asombro, cuando una noche cerca de la una de la

mañana, oigo que tocan á mi puerta, salgo á ver quién era, y oyendo que era Nicolas, le abro, y veo entrar con él á Sinforosa, con mis hijas: yo me arrojo en sus brazos, y para no detenernos ni en mi sorpresa, ni en nuestro llanto, os diré solo que mi muger, sabiendo dónde estaba, quiso venir con Nicolas; que este porque no fuera descubierta, tampoco andaba sino de noche; que él y mi muger traian en sus brazos á mis dos hijas, y que despues de un viage muy largo y penoso, Dios las condujo á este asilo con felicidad.

Despues de esta reunion que se hizo ha cerca de diez y ocho años, mi muger y yo hemos vivido aquí felices; ella educaba mis hijas, y yo trabajaba en el huerto, sin envidiar ninguna otra dicha. El primero que nos faltó, fué el buen Nicolas, [242] que me dejó la herencia de su huerto: despues la muerte arrebató á mi amada Sinforosa. Su falta me sepultó en un abismo de dolor; pero la necesidad de cuidar y mantener á mis hijas me hizo volver á trabajar en mi huerto, y él bastaba para nuestra decente subsistencia; pero un accidente que me ha lastimado una pierna, me quitó los medios de trabajar, y ha sido el principio de nuestras miserias. Viéndonos en las mayores estrecheces, Lucía pensó en ir á acomodarse en Madrid, para ayudarnos con su corto salario, y el cielo la inspiró este pensamiento sin duda, pues la condujo á vuestra casa, para traeros aquí, para que ampareis á mis dos hijas en su orfandad, y así yo muera consolado.

Desde que Alberto acabó, la Condesa y el Capellan, que no habian cesado de acompañarle con sus lágrimas, volviéron á acercarse á su lecho para darle todos los consuelos posibles. La Condesa le aseguró de nuevo todo lo que podia tranquilizarle, hizo venir á las muchachas, y dijo á Lucía, yo voy á partir, pero es para volver; quédate tú á asistir á tu Padre, tambien se quedará Don Francisco para pensar en que se le cure. Yo volveré presto, y espero volver con el consuelo de todos. La Condesa parte sin mas compañía que la del Gentil-hombre, el Capellan se informa de que en otro lugar inmediato hay un buen cirujano, lo envía á llamar, viene, y reconoce que la pierna está en muy mal estado, que se ha descuidado mucho la llaga, y que ya está la gangrena tan adelantada, que le parecia imposible contenerla.

Entretanto la Condesa vuelve á Madrid, va en derecha á la familia de Palma, que entónces consistia en la madre del difunto, porque el padre habia muerto. La Condesa que era muy amiga suya, sin descubrirla dónde estaba el matador de su hijo, la refiere una parte de lo que acaba de oir, habla por él, la pide que le perdone; y como el resentimiento estaba ya tan frio, y ella por otra parte era dama muy religiosa, consiente en ello, la hace firmar un acto de desistimiento de su accion, y corre al Ministro para que obtenga la gracia del Rey. El Ministro no hacia casi memoria de este asunto, fué menester esperar á la noche, que era hora del despacho. Como este negocio estaba olvidado, y el Rey vió el desistimiento (10) de la parte ofendida, no tuvo dificultad en conceder la gracia: esto no se pudo concluir hasta las nueve de la noche. Entónces vuelve otra vez para el lugar con aquella impaciente satisfaccion que siente un corazon generoso, cuando sabe que lleva beneficios, y que va á hacer dichosos. [243]

¡Pero ay! su celo era inútil: el pobre Alberto, á pesar del cirujano

y sus remedios, se sintió peor, y habia dado su alma á Dios dos horas ántes de que llegase la Condesa. Encontró la casa cubierta de tristeza, y las dos hijas que daban alaridos. Mucho sintió el malogro de sus esperanzas, y no encontrar mas que pesares, donde creía traer tantos consuelos; pero se resignó en la voluntad del cielo, y haciéndose cargo de que en aquella estacion no era fácil aliviar á las desconsoladas hijas, á pesar de que era muy tarde, dió orden de que se diese una hora de descanso al ganado para volverse, y dejó allí á su Capellan, para que al otro día hiciese dar al difunto decente sepultura, y llevándose las dos muchachas, se volvió con ellas á Madrid.

Allí las alojó en una pieza decente; y no trató mas á Lucía como á su criada. A las dos hermanas las puso en un estado conforme á su calidad, las hizo comer á su mesa, y por el amor y estimacion que las tenia, las trataba como si fueran sus hijas: una y otra lo merecieron con su conducta y prendas, y Lucía á pesar de la mudanza de su condicion, la queria servir siempre como criada, y la amaba como á su propia madre. La Condesa no contenta con estos servicios, las casó con personas distinguidas, que el mérito y virtudes de las dos hermanas hicieron solicitar para esposas suyas. De estas dos ilustres aldeanas descenden hoy muchas de las mas esclarecidas familias de España.

Laura o el Sol de Sevilla

PROLOGO

Esta novela ofrece un ejemplo terrible de las malas consecuencias que tiene la jactancia en los hombres. Este vicio detestable, no solamente los espone á ser víctimas de los enemigos que se suscitan ellos mismos, sino que tambien son el juguete de cuantos quieren abusar de su necia presuncion. Tambien enseña á desconfiarnos de estos presumidos jactanciosos, cualquiera que sea la apariencia en que apoyen sus idólatras elogios. Por su insensata credulidad, lo ven todo á su favor, sin preveer jamas el mal que se hacen á sí mismos y el que pueden hacer á otros.

*

En tiempo de los Reyes Católicos vivia en Sevilla Don Alvaro de Guzman, sugeto muy distinguido por su calidad, pero de fortuna moderada. A pesar de ella, su talento y economía, lo hacian vivir con mucha decencia. Se habia casado con Doña Ana de Mendoza, señora principal, de mérito sobresaliente, y habia vivido con ella en la mas dulce union. Pero la muerte le arrebató en medio de su carrera, dejándole á Laura, su hija, de edad de ocho años, que era el único fruto de su matrimonio. Don Alvaro quedó inconsolable de esta pérdida, y no pudo aliviarla de otra suerte que reconcentrando en Laura todas sus aficiones, sin pensar mas que en darla una educación distinguida.

Don Alvaro era hombre muy instruido, y dotado de una grande estension de facultades morales. Laura habia heredado [245] estas felices disposiciones: su padre, que las reconoció desde luego, que la idolatraba, y que no tenia otra ocupacion que pudiera distraerlo, se dedicó á cultivar esta joven planta con tanto cuidado, que este era el único objeto de su vida. Cada día ponía mas empeño, porque cada día veía los prodigiosos progresos de la niña. No solo aprendía con facilidad cuanto se le enseñaba, sino que mostraba el corazón mas noble y mas sensible, un gusto

natural de todo lo bueno, y un particular instinto para sentir y abrazar todo lo que era honrado y honesto. El padre estaba tan hechizado de las prendas de su hija, que cada día la admiraba más, y no sabía separarse de ella.

Al mismo tiempo el cielo la había dotado de una rara belleza, que empezó á aparecer desde su edad más tierna, y que se fué perfeccionando con los años. Sevilla, por la dulzura de su clima, ha sido siempre fecunda en hermosuras; y aunque entónces hubiese muchas, cuando Laura llegó á la edad de diez y siete años, pasaba por la más distinguida entre todas. En efecto, era tan peregrina, que pocas la podían igualar en la tierra. Al tallo más fino y elegante se juntaban perfecciones tan dulces, y contornos tan bien proporcionados, que no podía hacer un movimiento sin verter muchas gracias. En su persona todo era perfecto, y además había en ella una fisonomía tan viva y expresiva, que una leve sonrisa, una dulce expresión de agrado, ó la menor insinuación de cortesía, cautivaba las almas. En sus ojos brillaba un fuego, que descubría su talento, y al mismo tiempo abrasaba los corazones; pero ella sabía templarlo con tanta dulzura, y encubrirlo con tanta modestia, que también forzaba á la sumisión y al respeto. Nadie ignoraba su instrucción, y la esmerada crianza que la había dado su padre; pero esto no se sabía más que por tradición, ó como por fe, porque ella escondía sus luces con su moderación, y las contenía en los límites de su sexo. No decía palabra que no fuera sensata y bien sentida. Todos sus discursos eran simples, de asuntos ordinarios, y propios de las personas con quien hablaba. Era muy afable y cortes, y aunque muy superior á los más, parecía que ella lo ignoraba, y que solo tenía el arte de hacerse amar de todos.

Añadid á tantas perfecciones naturales un aire siempre decente y decoroso, una religión profunda, pero esclarecida, una observancia continua pero sólida y seria; y al fin, una conducta, que no solo excluía el baldón, sino aun la sospecha. Es fácil concebir, que Laura era la maravilla de su siglo. La opinión general la había ya condecorado, pues había alcanzado del público el renombre del Sol de Sevilla, y por este título [246] era conocida en todas partes. Tantos dones y tantas gracias no pudieron dejar de escitar muchos deseos. Los que no podían aspirar á su mano, se contentaban con admirarla y bendecirla. Pero los que por su nacimiento y su fortuna podían esperar tanta dicha, pensaban en adquirir á todo precio este tesoro. No solo los primeros caballeros de la ciudad y sus contornos se la habían ya pedido á Don Alvaro, sino muchos de tierras más lejanas vinieron á Sevilla con la misma solicitud.

Ya había tiempo que Don Alvaro indicaba á Laura las personas que la pedían, explicándole los títulos, la calidad, las rentas, y hasta el juicio que formaba de las prendas personales de cada uno; pero no la hacía más que una simple relación de los hechos, sin inclinarla ni desviarla de ningún partido. Laura siempre que venía á hablarla de esto, le decía: yo no tengo ni debo tener voluntad; mi padre es quien debe escoger por mí, y yo no debo más que obedecer. Don Alvaro la decía que él no era el que se casaba, sino ella, y que pues en su boda se trataba de su suerte, era ella la que se debía decidir: que si él estuviera seguro de acertar su felicidad futura, no teniendo ni otro deseo, ni otro objeto, la inclinaría á la persona de quien no pudiera dudar que la haría feliz; pero que el

casamiento era una cosa tan oscura, que muchas veces, á pesar de las mejores apariencias, se solia errar y que en este riesgo inevitable mas valia que decidiese la razon y el gusto de cada uno, que no el consejo ageno.

¿Cómo, padre? le respondia Laura, ¿quereis que yo me encargue de mi propio destino, y que quede responsable de las contingencias de él? Esta es la única cosa en que veo que sois cruel conmigo. Mirad, señor: casándome con el hombre que querais, y uniendo mi suerte con la suya, por obedeceros; si soy feliz con él, tendré ese nuevo motivo de daros gracias, y me será mas dulce, porque me viene de vuestra mano, y si acaso soy desdichada, ¿qué consuelo será para mí saber que no he merecido esta desgracia, y que es voluntad del cielo? Porque en fin obedecí á Dios obedeciendo á mi padre, que me lo representa, y nada podrá abatirme entónces, como que estaré segura de haber hecho lo que debia, y de haber cumplido con la ley que me imponia la virtud: obedeciendo á un padre, no podré culparme nada á mí misma: conoceré que este es mi destino; me someteré con paciencia á mis desgracias, y la idea de haber hecho mi deber me sostendrá en ella.

En vez de que si me casara con un hombre por mi antojo, [247] y por dar satisfaccion á mi gusto, ó si yo tuviera la temeridad de escoger por mi juicio, sin seguir los consejos y las órdenes de un padre, á quien Dios ha dado mas luces y esperiencia que á mí; de un padre, en quien debo tener tanta confianza, y que fuera mas infeliz que yo misma; ¿cuánto seria mi sentimiento de haber errado la eleccion? ¿Cuál seria mi consuelo en la tierra, ni en el cielo? ¿Cómo pudiera escusarme ni con Dios ni con los hombres? Y pues vos mismo decis que esta es una cosa oscura y arriesgada, ¿no es mas natural que la decida quien con el mayor deseo de acertar, tiene mas conocimiento del mundo y de los hombres, que una jóven, á quien faltan luces y esperiencia? No, padre: yo me casaré con el hombre que reciba de vuestra mano, ó no me casaré nunca. ¿Y qué? ¿Un padre tan tierno pudiera estar indiferente en cosa tan importante, y abandonarme á mi ignorancia en el punto mas decisivo de mi vida?

Don Alvaro conocia la verdad de estos principios; pero sabia que no eran aplicables á Laura, que por su virtud y capacidad era muy superior al comun de las mugeres por casar, y estaba en estado de elegir bien. Así la respondió: mira, hija, si yo no tuviera en tí la confianza que tengo, quizá procurara inclinarte al partido que me pareciera mejor: si te viera preocupada de una pasion, de un capricho, ó de una fantasía, que te arrastrara á una mala eleccion, entónces alumbraria tu error con mis consejos, y si estos no bastaran, también te lo embarazaria con mi autoridad, que á esto llega mi poder.

Pero yo estoy cierto que tú no escogerás sino bien, que no tendrán influjo en tu espíritu mas que los principios de la razon y la virtud. Entre tus pretendientes hay muchos de méritos, y circunstancias tan iguales, que yo mismo no supiera determinarme. Pero entre ellos habrá algunos, que siendo iguales á la razon de un padre, no lo sean á los ojos de su hija, porque unos pueden gustarle mas que otros, y en este caso su gusto debe ser preferido. Empieza pues á escoger, y lo que yo te prometo es, que si á mi parecer escoges mal (lo que no espero), te lo diré con franqueza, esponiéndote mis motivos.

Laura no gustaba de estas razones; ella hubiera querido un órden absoluto, y no poner mas que una ciega obediencia; y cuando veia que no podia reducirlo, solia acabar diciendo: ¿pero porqué quereis casarme tan presto? Yo soy todavía demasiado jóven, ¿y ya quereis echarme de vuestra casa? Yo me hallo muy dichosa con vos, y no quiero separarme tan [248] presto de vuestra compañía: dejadme pues gozar todavía un poco de mi libertad: y al oir esto su padre la abrazaba, y las cosas quedaban suspensas.

Pero un dia vino á hablarla, y la dijo con un tono mas serio: hija, tus amantes no me dejan sosegar: yo no puedo sacudirme de ellos, ni sé cómo librarme de su importunidad. Laura mia, ya es preciso que salgamos de esto; ya tienes diez y nueve años, ya tienes bastante razon, y has tenido sobrado tiempo para determinarte. ¿Porqué hemos de entretener tantos hombres de bien, que te solicitan? Vamos, acaba de sacarnos á todos de esta pena. Ella volvió á sus dificultades. El padre quiso usar de una estratagema para ver si podia conocer en su semblante cuál era el que le gustaba mas: se puso á hablarla de todos, y empezó por aquellos que le parecieron podian agradarle ménos. En efecto, cuando los nombraba, le pareció verla un ceño, que era señal de su desaprobacion. Le espuso despues otros, en que se mantenía tibia; pero cuando le nombró al Marques del Alamo, le pareció ver en sus ojos una cierta vivacidad, que le hizo creer que este era el preferido.

Era precisamente el que Don Alvaro hubiera escogido él mismo, y el que por todos títulos parecia el mejor engaste para aquella perla. Porque fuera de que era de las primeras familias de Córdoba, y poseedor de una casa muy rica, era un jóven de una presencia muy gallarda, de gran talento, y tenia la reputacion de ser muy honrado y generoso. En efecto, el corazon de Laura le habia dado una secreta preferencia. Pero obstinada en sus principios de no querer casarse sino al gusto, y por el órden de su padre, habia querido esconder su inclinacion para combatirla, si la eleccion de su padre no era conforme á su deseo. En fin, despues de una larga conferencia, en que Don Alvaro quedó convencido de que el Marques se llevaba la palma, quedó tratado entre ellos, que se aceptaria su partido.

El Marques, que con mucho mérito propio habia sabido sentir mejor el de Laura, estaba muy enamorado de ella. Así se transportó de gozo cuando Don Alvaro le dijo, que venia á conducirlo á su hija, para presentárselo con título de esposo; corre presuroso á echarse á los pies de Laura, y esta lo recibe con aquel dulce agrado con que hechizaba todos los corazones: el Marques penetrado de su dicha, le jura una constancia eterna, y ella la acepta, y le asegura de la suya: le dice que su padre le ha permitido escoger, y que ella ha escogido lo que le pareció mejor. Se publica el ajustado casamiento, y todos [249] celebraban la eleccion de un hombre tan digno: muchos envidiaban su felicidad: pero las gentes de la ciudad se quejaban diciendo, que pues su Sol se ausentaba, Sevilla iba á quedar anochecida. En fin, la boda se celebra, y despues de muchas fiestas y regocijos, el Marques se llevó á Córdoba á su adorada esposa.

Córdoba es una ciudad deliciosa, bañada por las aguas del Guadalquivir: una continua primavera que la hace madre fecunda de flores y de frutos. En sus tierras feraces, con el influjo de su templado clima, nacen y se crian los placeres. Y entre los dulces corazones de sus felices

habitantes se anidan la alegría y la jovialidad.

Pero la venida de Laura turbó la tranquilidad de los corazones: los jóvenes galanes corrían asombrados á admirar tan peregrinas perfecciones, y las tiernas hermosuras temían perder la posesión de sus afectos. Pero viéndola mas de cerca, los primeros advirtiéron que si Laura escitaba sentimientos de amor, también sujetaba al respeto; y las segundas, viendo su decencia y su conducta, se desengañáron de que en aquel corazón puro no había otro culto que el que debía á su himeneo.

Todos pues se sosegáron, confesando como los de Sevilla, que si era la mas hermosa de todas las mugeres, también era la mas virtuosa y la mas ejemplar: su reputación adquirió el mismo derecho á la estimación pública de que había gozado en su patria, y el Marques gozó sin zozobra de su legítimo tesoro.

El Marques pues se creía el mas feliz de los hombres, y lo era, porque ninguno conocía mejor el precio de lo que gozaba: cada día le descubría nuevas gracias, nuevos talentos, y mayores virtudes. Embelesado con tan dulces encantos había olvidado la corte, los placeres y el mundo: solo vivía con Laura y para Laura, imaginando perdidos los momentos que pasaba sin ella. Laura también conociendo mas de cerca su mérito, y agradecida al mismo amor que le inspiraba cada día, lo amaba mas, y uno y otro habían llegado al punto en que no sabían separarse, porque lo demás de la tierra les era indiferente. El Marques entre otros talentos tenía el de pintar en miniatura, y su única ocupación era sacar retratos de Laura. Esto era lo único que le divertía, porque su ejercicio, lejos de alejarlo de ella, lo acercaba mas, estaba á su vista, estudiaba sus perfecciones, bebía continuamente con sus ojos los [250] nuevos ardores con que se inflamaba: así acababa una copia y empezaba otra, con el pretexto de hacerlo mejor, y nunca la encontraba bien.

En esta embriaguez amorosa habían pasado tres años, que no parecían mas que un instante á su mutuo y estático embeleso, cuando se publicó que el Rey Católico y su esposa la Reina se habían unido para conquistar á Granada, y limpiar á España del último resto de los moros. Desde luego esta noticia asusta á los amantes esposos: poco despues llegaron las órdenes con que convidaban los Reyes cada uno á su nobleza para que fuesen á asistirlos, trayendo cada cual el número de gentes con armas, que correspondía á sus feudos. El Marques, como gran feudatario, debía ir con las suyas: se aflige con este contratiempo, que iba á turbar su felicidad. Laura se consterna, derrama un torrente de llanto. Ella quisiera esconderse con él en un desierto en la mas miserable cabaña, por no separarse de un objeto necesario á su vida.

Estos primeros días no fuéron mas que lamentos; pero al fin el honor y la gloria es tan irresistible en los honrados corazones, que hacen oír al Marques su imperiosa voz. Empieza á juntar sus gentes, y aprontar sus armas. Cuando todo estuvo prevenido despacha á sus vasallos armados, bajo la conducta de un oficial de su confianza; y diciendo que él llegaría cuando ellos, porque yendo solo iría mas de prisa, se quedó dos días mas para pasarlos con Laura, y aprovecharse hasta del postrer instante; pero presto se pasáron estos dos días. No obstante, procura consolarla; deja criados destinados á que vayan y vengan, para que todos los días la traigan noticias suyas: la asegura que no tardará en volver á verla: que

estando el campo tan cerca no faltarán ocasiones en que pueda sin rubor pedir licencia de venir á pasar con ella algunas horas. En fin, llegó el momento fatal de la inevitable separacion, y el Marques se separa de sus brazos, dejándola anegada en llanto.

Llega al campo, y la suerte le destina á servir bajo las órdenes del ilustre Lara, aquel capitán afamado, que siendo ya tan glorioso por sus muchas hazañas, acabó de adquirir allí tanta reputacion. Este grande hombre de guerra no pudo ver la juventud, la agilidad y los talentos del Marques, sin darle su confianza: lo acercó á su persona, y lo empleaba en todas las ocasiones importantes: ya el Marques habia salido muchas veces contra los moros de la plaza, y los habia rechazado mostrando una conducta inteligente, y un supremo valor. Esto [251] le habia adquirido una estimacion general, y añadido mucho al concepto de su gefe. En fin, el Marques habia pasado mas de un mes sobrellevando sus penas, con las distracciones de la gloria, y consolándose todos los días con las noticias que recibia de Laura.

Pero impacientes los generales de que no acababan de llegar las tropas que eran necesarias para estrechar el sitio, destinan á varios oficiales que vayan á apresurar su marcha, y Lara encarga al Marques que vaya a apresurar los tercios que se esperaban de Castilla. El Marques salió á desempeñar su comision presuroso, y ya encuentra el camino lleno de tropas y oficiales, que se encaminaban á Granada: no llevaba consigo mas que á Martorel, criado antiguo, y que habia preferido, porque era hombre de valor, hecho á la guerra, duro de carácter, y que en cualquier lance lo hubiera socorrido. Despues de haber dado las órdenes que llevaba, se volvió solo con Martorel al campo; pero habiendo pasado toda la noche sin dormir, estando todavía muy léjos, y viendo que amenazaba una grande tempestad, resolvieron entrar en una venta, que hallaron por fortuna, con la idea de descansar un rato. Allí encontraron cinco ó seis oficiales, que parecian de distincion, que no conocian al Marques, y este tampoco los conocia; pero lo recibieron con cortesia, y empezaron entre todos á hablar de la guerra.

A poco tiempo uno de ellos se asoma á la ventana, y vuelve riendo á decir á otro que parecia amigo suyo, aquí viene el Estremeño: me alegrara que se detuviera aquí, porque tuviéramos un buen rato. Los demas le preguntan ¿porqué? y él les dice: es un caballero rico de Estremadura, famoso por sus aventuras galantes: es mozo muy gallardo, y de la mas linda presencia, que ciertamente le habrá valido en buenas ocasiones: pero es tan presumido, y de una vanidad tan loca, que dice que hasta ahora no se le ha escapado ninguna de las que ha querido. Habla de todas las mugeres con desprecio, dice que no hay fortaleza inespugnable, que las unas por amor, y las otras por dinero, todas se rinden. En fin, la noche de ayer la hemos pasado en una posada juntos, y su jactancia y vanidad empezaban á irritarme; pero consideré que un mozo tan ligero de cabeza, y quizá mentiroso, no merecia mas que el desprecio: yo tomé pues el partido de divertirme con él, le dí rienda para que desbocara, y él no cesó de contarme toda la noche sus insignes proezas, que la mayor parte serian mentira. [252]

Estando diciendo esto entra el Estremeño con un aire muy satisfecho y atrevido: á todos pareció de una fisonomía agradable; y ciertamente se

presentó con mucha gracia: todos le hicieron cortesía, y él dijo, que ya habia enviado al campo sus vasallos; pero que él, teniendo tiempo, se habia detenido por ver algunas de las bellas ciudades de Andalucia. Que habia pasado quince dias en Sevilla y ocho en Córdoba: que se hubiera detenido mas en la última ciudad, porque le habia acontecido una aventura muy agradable; pero que le habia sido preciso partir, porque las órdenes apresuraban la marcha. Tambien se habló alguna cosa de la guerra, y despues el mismo oficial, que habia hecho su retrato, empezó á ponerlo en el asunto de su vanidad, para que todos se divirtiesen (11) con sus jactancias. Le dijo: ¿y que os han parecido las hermosuras andaluzas? El respondió, muy bien: yo he visto muchas tan amables como las estremeñas, y me parecen todavía mas amantes y tiernas: un Sevillano que estaba allí le replicó: vos habeis estado poco tiempo para conocerlas, y él con aire de satisfaccion, le volvió á decir: los burros necesitan de mucho para andar su camino; pero un galgo corre mucha tierra en poco tiempo.

Todos se rieron de la insensata ligereza de aquel jóven; y el primero le da mas cuerda para hacerle hablar; pero el Sevillano con aire de no poder creer las cosas que decia, y defender las andaluzas, afectaba no creerlo, y le ponía dificultades para obligarlo á desbocarse, y el incauto mozo cada vez se precipitaba de nuevo, y sacudia sin el menor reparo su fácil lengua. Decia que jamas habia encontrado ninguna invencible en ningun pais: que al que con ciertas gracias sabia manejar ó la lengua ó el oro, nada se le resistia: que las mugeres eran mugeres en todas partes, y que no era menester mas que saberlas gobernar. Nombró á muchas estimadas en Sevilla, como si se hubieran enamorado de él, y decia: no me ha faltado mas que tiempo para cortejarlas á todas; pero yo he escogido las que me gustaban mas, y las demas tendrán paciencia hasta mi vuelta. El Sevillano, que no creia nada, se lo decia francamente, y los otros reian. Pero el Estremeño hacia juramentos terribles, y cuando se le nombraba alguna dama, ó con una falsa risa daba á entender que habia sido despojo de su mérito, ó decia que no habia dependido mas que de su voluntad.

Pasa despues á Córdoba, y dice, que allí no ha tenido mas que una aventura, pero que ha sido buena: el Sevillano le dice: pues allí está una muger de mi pais, y ciertamente no habrá sido con ella; porque si es la mas bella de toda [253] España, es tambien la mas virtuosa, y jamas se ha sospechado de ella el menor deslíz. ¿Hablais del Sol de Sevilla? le pregunta el Estremeño. De la misma, le responde; y aunque me lo dijeras en cruz, no creyera que esa respetable señora, casada con un hombre de mérito, y que es un ejemplo de virtud, sea capaz de la menor flaqueza, y ménos en tan poco tiempo, con un hombre que va de paso. El Estremeño da una carcajada de risa, y le dice: me parece que yo la conozco mejor, y que pudiera daros noticias mas seguras: desengañaos, no hay muger que no lo sea: las peras son las mismas en todas partes, y cuando se les dan golpes todas se pudren.

El Marques embargado en sus asuntos, y lleno de la memoria de Laura, escuchaba esta frívola conversacion con fria indiferencia, y con un íntimo desprecio de aquel mozo; pero al nombre del Sol de Sevilla, se despierta su atencion, y abre el oido. El Sevillano indignado de tan ridícula jactancia, vuelve á decirle, que no creerá nada, y hace un magnífico elogio de la instruccion y la virtud de la Marquesa del Alamo. El

Estremeño se reía siempre, y al fin le dijo: todos me decían lo mismo, y hubo un momento en que yo lo creí. Pero el destino quiere que yo no pueda encontrar una mujer inflexible; bien que debo confesar, que esta me ha costado más que otra alguna. Bueno, le dice el Sevillano, ¿os ha costado mucha pena, y no habeis estado más de ocho días? A esto respondió el Estremeño: la aventura es curiosa, y la voy á contar por entero, porque me parece que teneis dificultad de creer lo que digo; pero verémos si podeis resistir á las pruebas que voy á daros.

Cuando yo llegué á Sevilla no oía hablar en todas partes más que de su Sol, que se había ido á Córdoba: de su hermosura y de sus gracias: la juventud que me acompaña me decía, que todo lo que había quedado y yo veía, no era nada comparado con Laura de Guzmán: que eran carbones á la vista del sol; pero también me añadan, que era muy instruida, muy virtuosa y modesta, y que ciertamente todo mi mérito no bastaría para ella, porque era una roca inespugnable. Yo no sabía qué pensar de esto, y me pesaba que no estuviera allí, para probar mis fuerzas con ella. Pero como debía muy presto pasar á Córdoba, me propuse verla allí para juzgar por mí de tantas alabanzas, y con el ánimo de rendirla, si me era posible, por añadir este trofeo á mis victorias, y poderles decir á mi vuelta á los panegiristas entusiastas de su virtud, que esa roca tan inespugnable había sido despojo de mi mérito.

Con estas ideas parto para Córdoba al instante. Pido al [254] amigo á quien iba recomendado, que me haga ver al Sol de Sevilla: este me respondió que es imposible, porque después de algunos días que su marido había partido para el campo, se había encerrado en su casa, que no hacía ni recibía visitas, y que estaba entregada al dolo de su ausencia, porque lo amaba mucho. Que por otra parte no me aconsejaba que la viese, porque era una hermosura peligrosa, que conquistaba fácilmente un corazón; pero que era una conquista imposible la suya; y me repitió la cantinela de Sevilla sobre su juicio, virtud y molestia. No ostante, me añadió, si no quereis verla más que para conocerla y admirarla, esto no es difícil, porque todas las mañanas va á misa á la Iglesia, y es la única salida que hace; si quereis puedo llevaros allí, y la podeis ver; pero no podréis más que verla. Yo se lo pedí encarecidamente, y quedámos concertados en que me llevaría la mañana siguiente, como en efecto sucedió así.

Confieso que al verla me dejó sorprendido: yo no he visto en mi vida mujer tan hermosa y agradable; sobre un aspecto celestial, la elegancia de su talle, las gracias de sus movimientos, me dejáron hechizado: yo hice cuanto pude para hacerme ver de ella, y confieso también, que me humillé; pues ni mi persona, ni las demostraciones que la hice consiguieron que detuviese un instante los ojos sobre mí. No pudo dejar de repararme por la porfía con que yo me ponía por delante, y por la espresion con que mis ojos, y ademanes le procuráron explicar la impresion que me producía; pero observé que desviaba los ojos á otra parte, y no se daba por entendida. No extrañé esta reserva á la primera vista: cuando acabó la misa salió acompañada de un viejo, criado suyo, se fué á su casa, y yo la seguí hasta que entró en ella.

Me vine á la mía, llamé á Julian, que es un criado mío, muy hábil, y el confidente de todos mis amores. Le digo lo que pasa, le doy las señas de la casa de Laura, le encargo que procure introducirse en ella, que se

haga amigo de aquel criado que la acompañaba, ó de otra persona que pueda, y que por su mano haga pasar á la de Laura un papel que le escribí, y una rica joya de diamantes que llevaba conmigo: Julian se fué, y no le ví hasta la noche, que entónces me vuelve mi joya y mi papel, diciéndome, no se habia atrevido á dar ni uno ni otro al criado viejo, porque le pareció que era un hombre incapaz de nada. Que habia procurado tomar conocimiento con una criada de la Marquesa, llamada Eulalia, que le pareció muy hábil, y que creyó que esta era mejor medio para mis intentos. Que procuró ganarla, con la esperanza de amores y fortuna; [255] pero que habiendo llegado el caso de querer entregarla el papel y la joya para que la llevase á su ama, no habia querido recibir uno ni otro, diciendo, que su ama era muy seria y muy virtuosa: que no se atrevia, porque léjos de admitirlos la echaria al instante de su casa; en fin, que no habia podido adelantar nada.

Yo le dije que este era el principio de todas las aventuras, y que no era menester desalentarse. Que procurase cultivar á Eulalia, que la cortejara, y que guardase el papel y la joya, por si podia persuadirla, que lo entregase á Laura. Le añadí que la diese en mi nombre algunas monedas, y que viese si me la podia traer la noche siguiente, para que hablase conmigo: todo esto pasó la noche del sábado, ayer hizo ocho dias. Al dia siguiente por la mañana vuelvo á la Iglesia, encuentro á la Marquesa, yo esfuerso mis demostraciones, y ella me opone la misma fria y seria insensibilidad. Pero por la noche Julian me trae á Eulalia, y yo á pesar de su temor y resistencia, á fuerza de ruegos, regalos y promesas, la animé á que tomase la joya y el papel, y á que me prometiese que á todo riesgo lo entregaria á su señora. Yo continué mis visitas á la Iglesia, sin que jamas hubiera podido obtener de Laura la menor atencion á mi persona, hasta que el juéves en la noche vino Eulalia á decirme, que por fin se habia atrevido á hablarla á su ama; pero que esta se habia enfadado mucho, que la habia amenazado de echarla, y hacerla castigar si volvia á repetir esta osadía, y que le habia dado la joya y el papel sin abrirlo para que me lo volviera.

Yo ví en fin que habia encontrado una muger que habia resistido á mi persona y á mis dádivas, y estaba picado. Sentia mucho que las órdenes estrechasen tanto, y que no pudiese detenerme, porque me parecia que con el tiempo yo hubiera ablandado aquella peña. Pero debiendo partir ántes de ayer sábado, no quise pensar mas en esto, dejé suspendido en mi ánimo este asunto para mejor ocasion, y no me ocupé mas que en los preparativos de mi viage. Pero el viérnes por la mañana me avisan que una muger tapada quiere hablarme; la hago entrar, y me entrega un papel que me dice ser de la Marquesa del Alamo; abro el papel, y dice así:

«Eulalia me ha querido entregar un papel, y un regalo: yo no lo he querido tomar de su mano, no porque yo sea insensible á vuestro mérito, ni que vuestra persona y amor me sean indiferentes, sino porque no me fio de ella. Yo no tengo confianza sino de Ambrosia, que os entregará este papel. Si [256] quereis verme, hablad con ella, que sabrá introduciros sin riesgo en mi cuarto, y cuidado que no lo sepa Eulalia. Yo quedé tan gustoso como sorprendido, y la primera idea que me vino fué decirme: ve aquí como son las rocas inespugnables de las mugeres; pero dejando estas, reflexiones para despues, entónces no me ocupé mas que en celebrar mi dicha, en dar

gracias y dinero á Ambrosia, y en concertarme con ella. Me propuse ir aquella noche en punto de las doce. Voy, hago la seña convenida, me abre, me hace pasar y atravesar muchas salas; y por fin llegamos por un corredor estrecho á la alcoba de Laura, adonde ella estaba.

A estas palabras el Sevillano se levanta y dice: es imposible. El Estremeño le replica: esperad, que no lo he dicho todo. El Marques con el corazon destrozado por todas las furias, va á levantarse arrebatado de la cólera; pero oyéndole que aun tenia que decir, se contuvo, y aguardó que acabase. El insolente jóven continúa: en el discurso de la noche me quejé de mi suerte, que me concedia tanta dicha cuando no podia gozarla mas que poco tiempo. Que yo la prometia, luego que pudiera, volver á verla, y consagrarla mi vida; pero que era muy duro separarme tan presto; que la pedia que por última gracia me diese un retrato suyo, que me consolase en su ausencia. Ella me dijo, que en aquella hora era imposible, porque no podia ir á buscarlo sin esponerse á ser sentida; pero que si podia volver la noche siguiente me lo tendria prevenido: yo la respondi, que aunque mi viage era tan urgente, me detendria un dia mas solo por conseguir este favor, y pasar otra noche con ella. En efecto me tuve ayer sábado. Anoche mismo fue introducido á su alcoba del mismo modo que la noche anterior, me dió este retrato, y partí esta mañana: sino quereis creerme, ved el retrato con vuestros mismos ojos.

Diciendo esto se desabrocha el pecho, y enseña un retrato que tenia colgado al cuello: todos se levantan para verlo, y el Marques tambien: este echa una ojeada, y reconoce no solo que es de su muger, sino que es uno de los que él mismo había pintado con su propia mano. Entónces no pudiendo dudar ya de su afrenta, furioso y mas rápido que el rayo, le atraviesa con su daga dos ó tres veces el corazon, y le deja en un momento sin vida. Todos se alborotáron, y los mas decian: bien merecido, ve aquí lo que se debia á tanta desvergüenza. El Marques se salió, y monta con Martorel prontamente, porque sus caballos estaban ensillados, y en vez de ir al campo, retrocedió hacia Córdoba. Martorel estaba tan confuso del rumor que la muerte del Estremeño habia causado. Le vió tendido por tierra [257] sin saber quien le habia muerto. Pero el Marques estaba tan alterado, que sospechó era el autor de ella. Apénas saliéron al campo, cuando le cuenta la historia, tanto como se lo podia permitir su dolor, y Martorel quedó consternado sin saber qué pensar.

El Marques bramaba por el camino: iba como un toro celoso, que mata todo lo que encuentra: unas veces daba gritos furiosos, como si hubiera perdido la razon: otras oprimido por sus angustias y sollozos se sentia sofocado. Cuando no podia ya soportar la fuerza de su cólera, se deshacia en llanto, y le decia con el acento mas doloroso: Martorel, ¿hubieras tú creido que Laura, que me parecia la imágen de la virtud, el modelo de la perfeccion, fuese capaz de prostituirse tan fácilmente, y en tan poco tiempo á un jóven presumido, que el primer cuidado que tiene ántes de que se acabe el dia es ir á contarle en una posada á cuantos encuentra, y sin que conozca á ninguno? ¿A un jóven que no tiene otro mérito, que ser una buena persona, y tener algunas gracias? ¿Que reciba sus regalos? ¿Que sin siquiera hacerse el honor demostrar alguna resistencia, le escriba, lo reciba en su cuarto, y le ruegue ella misma que se detenga para contentar sus vicios otra noche?

No señor, ni tampoco lo creo ahora, le responde Martorel. Primero creeré yo que el cielo se junta con la tierra, que el que esa señora haya sido capaz de tanta infamia. Así lo pensaba yo, le replicó el Marques. ¡Pero ay! las pruebas son tan claras, que no hay verdad mas evidente. -Yo no sé, señor, le volvió á decir Martorel: pero eso me parece imposible: y el Marques anegado en sus lágrimas le repetia: la desgracia es que no puede dejar de ser cierto. El insolente me lo ha hecho ver tan claro, que no me ha dejado la menor duda; sino dime: ¿cómo supiera los nombres de las dos criadas? Eulalia y Ambrosia, ¿cómo un hombre que no ha estado nunca en Córdoba, y ménos en mi casa, ha podido dar señas tan puntuales de lo mas interior de ella? ¿Y cómo en fin, ha podido obtener un retrato que solo Laura guardaba en su poder? ¡Ay, yo le hacia con tanto amor para que la vil lo diese al primer galán que se le pidiera! Martorel vela que no habia que oponer á pruebas tan evidentes, y aunque era hombre rústico y duro tenia honor, y estaba indignado de una iniquidad tan sin ejemplo.

En esto llegaban á una casa de campo que tenia el Marques á dos leguas de Córdoba en las orillas de Guadalquivir. [258] Y el Marques ántes de entrar en ella dice á Martorel: amigo, vete á la ciudad, dile á esa muger indigna que estoy aquí, que venga sola porque vengo de secreto, y no quiero que lo sepa nadie: traémela para que mi mano la destroce ese pérfido y vil corazon: Martorel se disponia á obedecer. Pero el Marques lo detiene, y le dice: no, aguarda, yo voy á confesarte mi flaqueza: yo no me siento con fuerzas para darla la muerte por mi mano: yo la he amado tanto, que á pesar de su infamia jamas podré recabar de mí consumir esta accion; una ojeada de esta infame me quitará el valor, una palabra suya al tiempo de dar el golpe suspenderá mi brazo. Este horrible oficio pertenece mejor á la amistad: anda tú, Martorel, traela á esta casa diciéndola que estoy aquí; pero yo me volveré, hazla tú entrar en ella, dala la muerte sin decirle una palabra, esconde su cadáver en la tierra; pero ántes córtala los cabellos, quítala sus vestidos, y ven con ellos á encontrarme en el campo.

Ya ves que el caso pasado, sucedido en una posada, y á la vista de tantos testigos, será muy presto divulgado, que mi deshonra va á ser pública, y que tambien debe precederla mi venganza. ¿Me lo prometes? Sí señor, respondió Martorel, y cada uno partió por su lado. El bárbaro asesino á quien la sangre no costaba nada, que acostumbrado á las leyes de la guerra, no conocia otra virtud que la obediencia, y que por otra parte se sentia lleno de furor de la conducta vil de la Marquesa, se apresuraba por llegar á Córdoba, y no discurria mas que en los medios de quitarle la vida. Habiendo llegado á la ciudad, y á la casa de sus amos, dice á Laura, que su marido la espera de secreto en su casa de campo: ella se sorprende alborozada, y tanto para hacerlo con mas celeridad, como para que ninguno lo supiera, encarga al mismo Martorel, que le vaya á ensillar un caballo de que se servia cuando iba á divertirse á aquella casa; tomó algun dinero, por si el Marques lo necesitaba, y sin decir á nadie nada monta á caballo sin mas compañía que la de Martorel.

En el camino queria informarse de la salud de su marido, y de los motivos de este viage; pero Martorel, que iba siempre á cierta distancia, no la respondia mas que con secos monosílabos. Al fin, la Marquesa llegó á la casa, saltó con ligereza del caballo, y se va á la habitacion donde

esperaba encontrar á su marido; pero Martorel, que la seguia por detras, al entrar en una pieza cierra la puerta, y se queda solo con ella. Laura se sorprende de esta accion; pero se espanta mas cuando ve que saca su daga, y que acercándose á ella, la dice: [259] preparaos, señora, porque la órden que tengo es de daros la muerte. -¿La muerte? ¿y porqué? -Vos lo sabéis mejor que nadie. -¿Y de quién es la órden? -De vuestro injuriado marido. -¿De mi marido, y vos decís, que está injuriado? ¿Quién lo ha injuriado? -¿Quién lo podia injuriar sino vos misma? -¿Qué decís, Martorel? Yo no te entiendo, y protesto al cielo que estoy inocente.

El Marques le habia mandado matarla sin decirla nada; pero él para hacerle mas dura la muerte dándole á conocer que su infame conducta estaba descubierta, y para que supiese que era víctima de tu impúdica fragilidad, la dijo con una risa colérica: ¡inocente! ¡una muger infame, que ha recibido regalos de un hombre que apenas conoce, que le ha dado su retrato, y que ha pasado con él en su alcoba las noches de ayer y ántes de ayer! Pero vamos, todo esto está demas, yo no os doy mas de un instante para pedir perdon á Dios de tan horribles pecados, y sino lo haceis presto, no me detendré mas en ejecutar la órden que se me ha dado, y esto la decia amenazándola con su daga.

La Marquesa se quedó atónita con este estraño discurso, en que no podia entender nada. Pero llamando á sí toda la fuerza de su carácter, le dice; yo veo por lo que me dices, que mi marido ha creido alguna calumnia horrible; pero tan falsa que ni siquiera puedo comprenderla. Si tú quisieras darme lugar, yo pudiera convencerte de su falsedad. No te apresures, Martorel, que el cielo es protector de la inocencia, y no tardará en descubrirse la verdad. Entónces el Marques se arrepentirá de la órden que te ha dado, y tú de haberla obedecido. Esto le dijo la Marquesa con una constancia tan serena, con una firmeza tan tranquila, que el bárbaro Martorel á pesar de su ferocidad empezó á titubear: le pareció que una conciencia delincuente no era capaz de hablar con valor tan sosegado y heróico. Pero acordándose del retrato y las demas pruebas del delito, trabajó por destruir la impresion que acababa de recibir, y volviéndose á ella con brutalidad, le vuelve á decir que se disponga, porque á él no le toca mas que obedecer á su amo.

Entónces la Marquesa con una voz llena de dignidad, y como si le intimara una órden, le dice: si mi vida es necesaria para sosiego del Marques, ó para reparo de su honor, no te detengas, quítamela al instante, y yo seré muy dichosa si puedo serle útil hasta el último instante de mi aliento. El cielo que sabe mi inocencia me recibirá en su seno, y yo me veré [260] libre de pena tan amarga. Pero si tú quieres escusar al Marques, el irreparable dolor de haber dado un órden injusto, y á tí el voraz remordimiento de haberlo ejecutado, dame tiempo para poder desengañarlo. ¿Pero qué? ¿El Marqués ha podido creer una infamia de mí, y tú mismo, Martorel, tú que me conoces, tú que eres testigo de mi conducta y de mi vida, tú has podido creer que yo?... Diciendo estas palabras se le salian las dulces lágrimas, que corrian por sus bellas mejillas, y le decia: si lloro no es por el peligro en que me pones. Mi vida, á Dios gracias, ha sido bastante arreglada para no temer la muerte; pero lloro que un marido que adoro, me desconozca hasta el extremo de ordenarla: lloro su error, lloro haber perdido su estimacion y su amistad. Lloro, que

hasta Martorel, que no pudiendo tener celos ni pasion, debia juzgarme mejor, pueda creer que yo sea una vil prostituida, que... y aquí redoblando su llanto se arroja sobre una silla como no pudiendo sostenerse mas en pie.

Martorel estaba ya confundido; por un lado aquellas lágrimas que salian de tan hermosos ojos, aquellas gracias, entónces mas vivas con el aprieto de las circunstancias, no pudieron dejar de enternecerlo; por otro lado le pareció que, á pesar de tantas apariencias, podia haber algun engaño; se acordaba en efecto de su virtud, y porque le parecia que si hubiera sido capaz de tan ruin delito, no lo fuera de tanta dulzura y tanta calma. Ya empezaba á arrepentirse de haberse encargado de aquella funesta comision, y su semblante ántes lleno de fiereza y enojo, tambien empezó á aflojar algo de su áspera ferocidad. La Marquesa, que lo observó, y que le vió tambien perplejo, se incorpora, y dando á su melodiosa voz y á su dulce y persuasiva elocuencia, toda su energía natural, que el conflicto en que estaba hacia mas patética, le hizo ver con mucha claridad, que era imposible que la que habia vivido siempre con tanto amor de la virtud, y con tanta decencia, pasase de repente á un grado tan extremo de vileza y degradacion, y le dijo tales cosas, con tantos encantos, que al fin llegó á dudar del delito de Laura.

Entónces hubiera querido á cualquier precio librarla de la muerte, y se afligia de no encontrar camino, porque sabia que el Marques era hombre muy determinado, lo habia visto muy colérico, conocia su honor delicado, y no dudaba que le era preciso tomar venganza para satisfacer su afrenta. Estaba pues persuadido á que no sólo mataria á Laura, si él no la mataba, sino también á él mismo. Laura que advirtió en sus ojos esta lucha interior, le propuso que la llevase ante el Marques, [261] asegurándole que al instante que le hablase la sabia convencer de su inocencia. Pero Martorel espantado de esta proposición la responde con sobresalto, ¿que yo os lleve á vuestro marido? Dios me guarde, ¡si lo hubiérais visto como estaba! Al instante que nos viera, sin oirnos una palabra, empezaria por daros la muerte, y acabara dándomela á mí.

Oyendo estas palabras, Laura vuelve á inundarse otra vez en su llanto, pero esforzando de nuevo la grandeza de su carácter, con voz tan tierna como magestuosa, dice á Martorel: si el Marques está tan irritado contra mí, si desea tanto mi muerte, si esta es ya necesaria para su honor y su reposo, y si tú corres peligro de tu vida, en caso de no quitarme la mia, mi conservacion no vale la pena de tantos sacrificios. Dame solo un momento para que yo me recomiende á la piedad del cielo, y ejecuta tu órden: diciendo esto se pone de rodillas. Este acto sublime acaba de enternecer el corazon del bárbaro, y brotando de su duro pecho dos raudales de lágrimas, que salian por sus ojos, se echa á sus pies, y la dice: ¿yo mataros? ¿Que yo sacrifique tantas virtudes y hermosura? ¡Ah! Que primero me destrocen á mí los Moros: y tomándola entre sus toscos brazos la levanta para ponerla otra vez en la silla.

Laura le agradece su compasion, le asegura que no se arrepentirá, pues debia estar seguro en que no tardaria el cielo en volver por su honor, y le pide otra vez que la lleve á su marido. Martorel insiste en que esto no puede ser, que él quisiera darla gusto, y se atreveria á todo sino se aventurara más que su propia vida; pero que ella seria la víctima

primera. No señora, es menester esconderse, la decia, hasta que el tiempo y las circunstancias le hagan calmar. Lo peor es que yo tengo orden de llevarle vuestros cabellos y vestidos, y no sé como lo tengo de hacer. Laura se horrorizó escuchando este discurso, y volvió otra vez á derretirse en lágrimas. Pero Martorel con su rústico estilo la volvió á decir: á los grandes males, grandes remedios, y ved aquí lo que me parece.

Es preciso que tengais la paciencia de dejarme cortaros el pelo, y que me deis vuestros vestidos. Yo tengo aquí algunos de los míos, y os daré uno para cubriros: escondeos en alguna parte, y si es posible salid del reino: buscad una persona de confianza que os lleve á Portugal. Yo sé que teneis allí una tia, hermana de vuestra madre: id, y escondeos en su casa. Aquí teneis una buena jaca, idos en ella, y estad allí [262] hasta que Dios disponga lo mejor: este partido era necesario tomar; Laura se ve precisada á consentir en él: Martorel la corta los cabellos, mata un pollo, y mancha con su sangre los vestidos de Laura, le pone uno de sus viejos trages, y procura disfrazarla.

A pesar de la mudanza, Laura no solo no era desconocida, sino que parecia un prodigio de belleza. Martorel se inquietaba, y la decia: pero ¡qué diablo! Cuanto mas hago, mas hermosa estais, y todo el mundo os conocerá. Entónces, hace un parche, y la tapa un ojo; va á la cocina, trae ollín, y la ennegrece el rostro, la cubre la cabeza con una montera, y viendo que nada bastaba para darla una apariencia grosera, la dice con impaciencia: no es posible haceros fea, y todo el mundo verá lo que sois: pero el cielo nos ayudará, vamos que es tiempo de que yo vuelva. Entónces la hace volver á montar á caballo, la saca al campo, la pone en el camino, y la enseña el que debe seguir; la encarga que no pase por Córdoba, por Sevilla, ni por ciudad alguna, que no marche mas que de noche, y se despide de ella para seguir su viaje.

Laura acostumbrada á no andar sola, sobre todo en el campo, se confunde viéndose sin saber por dónde ir, y en la necesidad de no parar hasta un reino extranjero, se halló confusa, y á pesar de su mucho ánimo no sabia que hacer. Entónces volvió á llorar la muerte de su padre, que habia fallecido el año antecedente, pues en su asilo hubiera podido esconderse. No se atrevia á refugiarse en casa de ningun amigo, porque no podia estar segura ella misma, y seria faltar á la confianza que debia á Martorel, esponiéndolo á mucho riesgo. En esta confusion se acuerda de que cerca de su casa hay un cortijo adonde ella solia ir cuando salia á pasear, y que allí habia visto á un Labrador llamado Andres, que le parecia hombre de bien, y á quien ella habia hecho algunos servicios. No reflexiona mas, y se dirige al cortijo; le encuentra, y sin explicarle los motivos, le pide que la acompañe, y la conduzca á Portugal.

No me detendré en explicar, ni el espanto del Labrador, ni los trabajos que pasó la infeliz Laura, que no caminaba mas que de noche, y con el nombre de hijo de Andres; solo diré que por fin logró llegar á Lisboa, donde su tia, instruida de todo por ella, la recibió en su casa, y donde Laura se mantenía oculta sin mostrarse á nadie. Martorel llega al campo, encontró al Marques solo en su cuarto, apoyado el codo sobre una mesa, y sin decirle una palabra pone sobre ella los cabellos [263] de Laura, y sus vestidos teñidos en sangre. El Marques se horroriza, se estremece, y cae sin sentido. Martorel quita de la vista aquellos tristes

despojos, los oculta, y sale para buscar socorro. Sus criados hallándole fuera de sí, lo ponen en el lecho, y hacen venir al médico. Este lo encuentra con una tan ardiente fiebre, que desde luego lo declara en mucho peligro. Pasaron muchos dias sin que volviese en sí, ni diese la menor señal de vida.

Ya el suceso de la posada, y la muerte del Estremeño se habian publicado en el campo, y tal era la reputacion de Laura, que ninguno habia creido su historia, todos la tenian por impostura, y jactancia del jóven vanidoso, todos habia aprobado la conducta del Marques, y no dudando que un accidente tan fuerte era resulta de su pesar. Esta circunstancia añadia mucho al interes que producía por sí solo su mérito propio. No habia general, ni oficial de distincion, que no fuese todos los dias á verlo. Lara sobre todo, que lo estimaba más, venia muchas veces. La consternacion era general, y esta se aumentaba mucho, porque los dias pasaban sin que el médico pudiese dar la menor esperanza.

Al fin, con los remedios y el mucho cuidado fué volviendo en sí poco á poco, de modo, que fué menester largo tiempo para que volviese enteramente en su acuerdo. Martorel, que temia este momento, habia tenido la atencion de quitar de su cuarto las armas, y todos los instrumentos ofensivos, y este cuidado fué muy oportuno porque un criado observó que una noche, cuando ya se hallaba mejor, se levantó, aunque con mucho trabajo, que fué al lugar en que solian guardarse sus armas, que no pudo hallarlas, y que habiéndole preguntado el criado lo que queria, se hizo conducir á su lecho sin haber explicado su intencion; su convalecencia fué tan larga, que en dos meses, despues de haberle dado el accidente, todavía no estaba en estado de poderse levantar.

Pero luego que fué dueño de su razon mandó que no se dejase entrar á nadie en su cuarto, y el médico tambien lo habia dicho, y que no se le permitiera conversacion de ninguna especie. Con esto nadie de fuera le veia, ni ninguno de casa le hablaba. Al Marques, triste víctima de su dolor, le devoraba solo la atrocidad de su pena, y esperaba morir de esta enfermedad, ó pensaba si volvía á su salud, aventurarse tanto en los peligros de la guerra, que no pudiese dejar de ser despojo de su furia. Este era su estado, cuando una mañana un eclesiástico, que era Cura de la Parroquia del Marques [264] en Córdoba, se presenta en su alojamiento, y dice: que desea hablarle. Los criados lo conocian, y lo respetaban por su carácter y virtud; pero las órdenes del Marques, y del médico, eran tan estrechas, que le dijéron que era imposible. El Cura se afligió, pero no dejó de porfiar que necesitaba verle.

Entónces llegó Martorel, y el Cura le pide que diga á su amo que no quiere decirle mas que una palabra, que no se puede decir á otro, pero que le servirá de mucho consuelo. Aunque Martorel tenia mucha opinion del Cura, y creia que no podia porfiar tanto sin gran motivo, le respondió, que no se atrevia á decírselo á su amo. Por fortuna en este instante pasaba el médico que salia del cuarto del enfermo: el Cura se le acerca, y le dice en secreto que disponga que pueda hablar al Marques, porque tiene que decirle cosas que lo sanarán mas que todos sus remedios. Este discurso, dicho por un hombre tan serio, le hizo concebir la urgencia del motivo, y considerando que ya el Marques estaba en mejor estado, llamó á Martorel, y le dice: que puede avisar á su amo que el Señor Cura le quiere

hablar, y se va.

Martorel se lo dijo al Marqués, pero su primer movimiento fué responderle que no puede ver á nadie; mas al instante le asalta una reflexion, que hasta entónces (12) no habia pensado mas que en morir, sin reflexionar que para morir bien es menester disponerse. Esta circunstancia de ser su propio Cura el que le quiere hablar, le da la idea de que Dios se lo envia para que le acuerde de que debe ocuparse en la salvacion de su alma, y con este pensamiento responde que se le deje entrar. Martorel lo lleva donde está su amo; pero curioso por saber qué cosa de tanta importancia y tan agradable tenia que decirle el Cura, se queda escondido, de manera que pueda oir toda la conversacion.

El Cura entra, y le dice: yo vengo, señor, á traerlos muchos consuelos. -Ya no los hay para mí señor Cura. -Yo vengo á hablaros de mi señora la Marquesa. -Si no venis á hablarme mas que de esa muger indigna, ya podeis iros. -¡Indigna, señor! Es la muger mas inocente y honrada. -Ved aquí como tenia engañados á todos, ¿pero si supiérais lo que ha hecho esa infame? -Todo lo sé, señor, sé mas que vos. -¿Sabeis que ha recibido regalos de un forastero? -No es verdad. -¿Sabeis que le ha escrito, y le ha dado su retrato? -No es cierto. -¿Sabeis que le ha dado entrada en su casa, y que ha pasado dos noches con él? -No ha sido ella. -¿Pues quién? -Vuestra criada Eulalia ¿Eulalia? -Si [265] señor. -¿Qué artificio, señor Cura? ¿Cómo pensais que el forastero mismo haya podido tener á Eulalia por mi muger? -Señor, si quereis escucharme, yo os diré cosas que os espantarán, pero que os harán conocer la verdad. -Hablad pues, señor Cura, pero sabed que no soy yo hombre á quien se engaña fácilmente. No soy yo tan feliz que pueda morir consolado.

Entónces el Cura le dice: ayer me llamaron de priesa para confesar á vuestra criada Eulalia, que se moria. En efecto, la encontré luchando con las agonias de la muerte: lo primero que me dice, anegada en su llanto, es que ha cometido un gran delito contra el honor de su ama, y que se va á morir, que le parece castigo de Dios. Que ella ha oido hablar de una muerte que ha hecho su amo, y que por las señas piensa que es el mismo señor Estremeño que ella ha engañado. Que despues de algunos dias su ama no parece, sin que nadie sepa donde está, y que todo esto junto le hace temer que la culpa que ella ha cometido, sea la causa de muchas desgracias. Que viéndose muy cerca de ir á dar cuenta á Dios, me ha llamado, tanto para confesarse y pedirle perdon, como para instruirme de todo á fin de que yo pueda publicarlo, y reparar el honor de su ama, no ménos que para evitar las desdichas que pueden resultar.

Despues de este preámbulo, me dice: hace pocos dias que tomé conocimiento con el criado de un Señor Estremeño. Este me propuso que llevase á mi ama, en nombre del suyo, un papel, y una joya de diamantes; yo que conocia la virtud de mi ama, y que sabia que si me hubiera atrevido á hacerle la menor insinuacion me hubiera al instante echado de su casa, me negue á esta solicitud, y dije, que no me atrevia. El criado volvió á decirme que su amo queria hablarme, y aunque estaba determinada á no servirlo, me resolví á ir, con la esperanza de que me daria algun regalo. En efecto, me dio dinero, y yo por no disgustarle me encargue de la joya y el papel, contentándome con decirle, que veria si era posible presentárselo, pero bien segura de no atreverme nunca.

Debo confesar, que aquel señor me pareció tan hermoso y amable, que yo hubiera querido ser mi ama para contentar su pasión. Yo hice cuanto pude para agradarle, pero no conseguí nada: y entonces me vino al pensamiento, que con un poco de habilidad, yo podía, con el nombre de mi ama, no solo hacerme dueño del regalo, sino también de satisfacer mi inclinación. Pero para lograr mi proyecto del modo con que lo [266] había concebido, me era necesaria una compañera que me ayudase, y me descubri con Ambrosia: esta tenía miedo, pero pude hacerla entender que no había ningún peligro, sobre todo con un forastero que no conocía á nadie en Córdoba, y que estaba para irse tan presto al campo: pues no conociendo nada de lo interior de la casa, y no habiendo hablado nunca con nuestra ama, podíamos llevarlo donde quisieramos, y hacerme yo pasar por mi ama, en la oscuridad, sin que él lo conociese; que esto era muy fácil, y que á ella la daría la mitad de los regalos.

Con esto se resolvió Ambrosia á hacer su papel, y yo quedé libre para hacer el mío. Volví á su casa á llevarle su papel y joya, diciendo que mi ama, lejos de querer admitirlo, se había enfadado mucho. Pero al otro día hice que Ambrosia, en nombre de mi ama, le llevase un papel, que yo escribí, en que le decía, que el no haber recibido su joya y su papel, no era porque fuera indiferente á sus finezas, sino porque no se fiaba de mí, que solo se fiaba de Ambrosia, y que por eso la enviaba para que se concertase con ella. El crédulo Estremeño se dejó conducir, y Ambrosia afectando la necesidad del misterio y de la oscuridad, lo lleva á mi cuarto, diciéndole: que era la alcoba de mi ama. Aquella noche me pidió un retrato; yo tanto para pasar otra noche con él, como esperando que me traería otro regalo, le propuse que si quería detenerse un día mas, á la noche siguiente se lo daría. El consintió, y yo tomé en el cuarto de mi señora uno de los muchos que mi amo había sacado de ella, y se lo dí.

El forastero se fué, y yo partí con Ambrosia sus regalos. Despues corrió la noticia de que mi amo había muerto á un Estremeño en una posada, y segun lo que decían, me pareció que podía ser el mismo. También mi ama se desapareció, y esto dió mucho que hablar á las gentes. Todos decían mil cosas; sus amigos demostraban mucha inquietud, y yo no tenía ménos, porque temía ser la causa de todo. El disgusto y el desasosiego me alteraron la salud, y me pareció que Dios quería quitarme la vida para castigarme; y viéndome tan cerca de mi última hora, me he determinado á confesarlo para que se publique, y llegue á noticia de mi amo, á fin de que si por algun acaso sospecha de la virtud de su muger, sepa que está inocente, y que yo sola soy la que he urdido (13) esta maligna trama. Yo procuré exortarla á pedir á Dios perdón de tan gran delito, ella lo hizo; pero poco despues murió. Al instante me puse en camino, y he venido sin parar para daros esta noticia. [267]

Apénas acabo el Cura, cuando el Marques dando un profundo suspiro, esclama á gritos, ¿será verdad? ¿Será posible? Y se desata en un abundante y lastimero llanto. Despues con acentos interrumpidos, le dice: ¿qué me decís señor Cura? ¿Qué me decís? ¡Santo cielo! ¿Qué es lo que has hecho, verdugo? ¿Qué es lo que has hecho, monstruo horrible? No puedes hallar perdón ni en la tierra, ni en el cielo. Es justo que sea castigada tu loca precipitación. Es justo que un suplicio infame sea la recompensa de tu crédula temeridad. El Cura quería sosegarlo; pero él le dijo: dejadme,

señor, yo no soy digno de vuestras atenciones: yo soy el mas odioso de los tiranos, el mas precipitado de los monstruos: yo he hecho dar la muerte á esa muger adorable: yo he hecho arrancar la vida, con el título de infame prostituida, á la que era sumamente casta y honrada, á quien no mereció ningun hombre besar los pies. El Cura se quedó sorprendido, y el Marques proseguía con el tono mas dolorido. Si, idolatrada Laura: sí, muger, en lo humano sin igual, tu serás vengada. El monstruo que te sacrificó á las fuerzas de sus temerarios celos, y á la barbara saña de un falso pundonor, no se contentará con el atroz martirio de sus voraces remordimientos; y si el verdugo no espia su delito en una plaza pública, él mismo te vengará con su propia mano.

Martorel, que lo escuchaba todo, estuvo ya muchas veces por salir, y decirles que la Marquesa estaba viva; pero le detuvo una reflexion, y se dijo á sí mismo: si les doy esta noticia querrán saber donde está, y yo no lo puedo decir, porque no lo sé; es preciso que les descubra toda mi impostura, el engaño de la sangre, y hasta que la dejé sola y abandonada en medio de un campo. Es verdad que yo la aconsejé fuera á Portugal, ¿pero qué sé yo si habrá ido? ¿qué sé yo si habrá podido llegar? Y mientras dure la inquietud, ó si ha sucedido una desgracia, todo será contra mí. Lo mejor es asegurarme ántes de decir nada: si puedo hallarla, la traeré y esto será lo mejor, y lo mas breve; si no puedo hallarla callaré, y la buscaré siempre. Con este cálculo, y habiendo el Marques prorrumpido en otras muchas espresiones de dolor y arrepentimiento, le pareció que por este lado no habia que temer: se salió con sutileza del lugar en que estaba escondido, y se puso en camino.

El Cura se quedó con el Marques, procurando calmar la violencia de su dolor, y se valió para esto de todas las armas de la cordura y de la religion. Pero el Marques estaba frenético, [268] y queria destrozarse con sus propias manos. El Cura, le decia: que pues á pesar de tantas apariencias, Dios habia hecho conocer tan presto su inocencia, él sabria dar remedio tambien á males que parecian tan desesperados. Pero el Marques le respondia con el acento del despecho, ¿qué remedio, señor, si ya está muerta? -Pues, señor, si lo está, su inocencia la ha conducido, sin duda, al destino de la virtud, tratad de acompañarla; y si queréis morir, haced, por lo ménos, de manera que Dios os perdone este delito, para esperar poneros á su lado. -¿Pues qué? ¿Hay todavía misericordia para mi? -Si, señor. Ella tiende los brazos desde el cielo; vuestra muger está implorando la piedad divina. -¡Qué! ¡mi ultrajada muger podrá perdonarme! -¿Cómo no ha de perdonaros, cuando Dios os perdona? Con estos y otros discursos iba el Cura sosteniendo al infeliz Marques, hasta que con el tiempo, y sus reflexiones, le hizo pensar en acogerse á la misericordia divina, y á los auxilios de la religion.

Entre tanto, la muerte del Estremeño, que como era hombre de calidad, sucedida en una posada pública, y con tanta violencia, habia hecho mucha sensacion. Todo el mundo contaba las fantasías del jóven indiscreto, y la rapidez con que habia sido muerto por mano de uno de los concurrentes. La justicia se puso en movimiento, y no tardo en averiguarse, que el Marques del Alamo era el matador. La reputacion de Laura estaba tan altamente establecida, que nadie podia persuadirse á que una muger de tantas prendas fuese capaz de tanta infamia, y como por otra parte se sabia que el

Estremeño era un mozo imprudente y vano, acostumbrado á continuas jactancias de esta especie, nadie dio credito á sus discursos: todos creyeron que eran imposturas, y en algun modo, disculpaban al Marques de su violencia. Si la tragedia se hubiera terminado en la muerte de aquel temerario y disoluto jóven, quizá la justicia no se hubiera opuesto contra el Marques, porque le veia absuelto por la pública indignacion; pero al mismo tiempo que se supo la muerte del Estremeño, se empezó á derramar por todas partes un susurro triste y lastimoso de que Laura no parecia. Sus amigos, que la amaban con ternura, estaban inquietos y afligidos: el público, que la respetaba, no sabia qué pensar de una desaparicion tan estraña, y todos estaban pesarosos de lo que habia podido suceder á una muger tan digna, que era objeto de la estimacion general. Todos empezaron á sospechar que la violencia celosa de un marido irritado y crédulo, no tuviese mucha parte en una desgracia, que les parecia mas dolorosa, porque la creian menos merecida. La justicia hizo también secretas diligencias, y no la fué difícil comprobar, [269] que el mismo día de la muerte del Estremeño, Martorel habia venido á buscar á Laura; que esta habia salido con él á caballo, y que desde entónces no se habia vuelto á ver á ninguno de los dos. Se busca á Martorel, pero todas las solicitudes son vanas, ¿cómo era posible encontrar en aquellos parages al que corria tan acelerado á Portugal? Esta ausencia parece sospechosa, se atribuye á fuga, y confirma las sospechas de que fué á sacarla de su casa por orden de su amo, y que ellos solos puedan dar razon de su paradero.

Con sospechas tan vivas, y el deseo general de todos los corazones, de poner á Laura en salvo, y libertarla de la desgracia que temian, la justicia determina prender al Marques, y lo sorprende, cuando este ya entregado á la direccion de su Cura, no pensaba mas que en implorar la clemencia divina; pero no ostante, lo llevaron á la cárcel, y empezaron su interrogatorio. El Marques confiesa, desde luego, que ha dado la muerte al Estremeño, y esplica los motivos. Le preguntan por su muger, y responde sin vacilacion, que tambien la ha hecho quitar la vida. Con este motivo, refiere la orden que dió á un criado, y repite la historia que Martorel le habia fingido, y para comprobarla, reproduce los testigos que acreditan esta tragedia. Cita y señala al parage donde podrán encontrar los cabellos de Laura, y sus vestidos teñidos con su sangre, añade la nueva historia que le ha contado el Cura, y en que la pérfida y difunta Eulalia ha demostrado su propia iniquidad, y la inocencia de su digna muger; acusa de su precipitacion, condena la ligereza con que dió orden tan inhumana, dice que es un verdugo, un asesino, y tanto mas delincuente, porque nadie mejor que él debia, por su propia experiencia, conocer la virtud de Laura. Que aunque las apariencias eran grandes, todas debian ceder al concepto que merecia un muger tan digna; se confiesa digno de muerte, y protesta que está pronto á recibirla. Solo suplica á la justicia que lo apresure, y le envíe cuanto ántes al cadalso, donde únicamente puede recobrar el sosiego que ha perdido, y esterminar los atroces remordimientos que lo devoran.

Esta confesion tan ingenua, como dolorosa, y muy sentida, hizo saltar las lágrimas hasta de sus mismos jueces. Pero como en ella quedaban contestadas dos muertes, su inexorable y triste ministerio los forzaba á dar satisfaccion á la venganza pública; y despues de haber comprobado la verdad de la confesion del delincuente, con el hallazgo de los cabellos de

Laura, de sus ensangrentadas vestiduras, y los otros elocuentes testigos de sus atentados, pronunciaron la sentencia que [270] le condena á muerte. Se le intima: él la escucha con la serenidad de un hombre que la espera, y con el consuelo de un corazón que la desea. Se le pone, desde luego, en la capilla, y el infeliz, resignado á su suerte, solo pide que se le permita ver al Cura, para que lo auxilie en aquellos postreros momentos de su vida.

Mientras en España pasaban estas cosas, Martorel con las alas de la impaciencia volaba á Portugal. Llegó á la casa de la tía de Laura, y pregunta por esta, y nadie le puede dar noticia, porque para ocultarse se había mudado el nombre: ya se volvía con el mayor desconsuelo; pero al poner el pie sobre el umbral de la puerta ve que venían á él dos mugeres tapadas, y que una de ellas da un grito de sorpresa. Eran Laura y su tía que volvían de la Iglesia. Martorel las informa de todo. Laura fuera de sí quiere partir al instante, su tía quiere acompañarla: las dos se ponen en camino á toda priesa, y en breve tiempo llegan de noche al campo.

Pero ¡cuál es su consternación cuando al llegar al alojamiento del Marques se les informa no solo de que está preso por la muerte verdadera del Estremeño, y la imaginada de Laura, sino de que ya está condenado al suplicio, y que al otro día por la mañana se debe ejecutar la tragedia! Laura fuera de sí se arroja por el suelo inundada en su llanto, y grita al cielo con el acento del más despedido dolor. Martorel con su tono rústico, pero intrépido y esforzado la levanta, y la dice: señora, no es hora tiempo de gritos inútiles sino de esfuerzos valerosos: vamos á ver al generoso Lara, amigo íntimo de vuestro esposo, y tomándola por el brazo la conduce á la tienda de aquel ilustre General, acompañándola su tía. Lara, que amaba verdaderamente al Marques, y estaba muy afligido de toda aquella tragedia lamentable, se sorprende viendo á deshoras de la noche una tan peregrina hermosura que le viene á buscar llorosa y consternada. Pero ¿cuánto crecen su sorpresa y su gozo cuando le dicen que esta hermosura peregrina es la esposa del Marques, la nombrada Laura, que se creía muerta, y que estaba llena de encantos y de vida? Al instante entrevé los útiles servicios que le puede hacer, salvando la inocencia de una muger tan estimable, y la vida de un infeliz amigo. Le asegura que se empleará por ella con todos sus esfuerzos, y lo que únicamente la pide, es que se tranquilice, porque espera que todo se ha de terminar en consuelos y felicidades.

Ya veis, la dijo: que esta hora no es oportuna para ir á [271] ver al Rey; pero que no hay peligro, por la mañana muy temprano os llevaré á su presencia: estad segura de que su piedad se compadecerá de vuestras penas, y las pondrá un término que las conviertan en alegrías. Después de una larga conversacion, en que Lara la hizo contar muchas veces toda la historia, pidió á las dos damas que se retirasen á la estancia que les había hecho preparar, y suplicó á Laura que reposase, fiada en la protección del cielo, y la clemencia del Monarca. Las damas se retiraron. Pero ¡qué reposo podía encontrar el tímido y angustiado corazón de la amorosa Laura!

Apénas fué hora cuando la avisó, y ya la encuentra dispuesta á seguirlo; llegan al alojamiento del Rey, adonde Lara tenía abiertas todas las entradas, y acercándose á Fernando le cuenta la feliz aventura. Le

añade, que la resucitada Laura esperaba en una de las piezas inmediatas, y venia ha echarse á sus pies, para implorar la gracia de su esposo. El Rey quedó tan sorprendido, como alegre, y mandó que la hiciesen entrar: Lara fué, la toma por la mano, y la conduce. No puede ver el Rey tanta belleza y tantas gracias sin un movimiento de admiracion, y se siente conmovido cuando la ve arrojarse á sus pies anegada en sus lágrimas, que hacian mas interesante su modesto dolor: su corazon se entenece, las lágrimas de la compasion se asoman á sus ojos, y levantándola entre sus brazos, la hace sentar á su lado. El Rey quiere que ella misma le cuente su triste historia, y Laura le obedece, añadiendo al interes de sus desdichas, tampoco merecidas, todo el atractivo de sus gracias, y la respetable dignidad de su virtud. El Rey la escuchaba con tan vivo interes, que muchas veces se mostró enternecido, y algunas la sostuvo con las espresiones de su lástima. Apénas acabó de hablar, cuando transportado de la admiracion y el respeto que le inspiraban su talento, su modestia y sus gracias, se puso en pie, y con ojos que pintaban todos sus sentimientos, la dijo: serénate Laura, ya tienes la gracia concedida de tu marido, yo te la doy, y no hay cosa que no hiciera porque fueras feliz. Que viva, que viva para tí. Que viva tambien para mí, porque nadie es mas interesado, ni debe desearlo mas que yo: tú gozarás de un esposo que te adora, pero yo tambien conservaré un guerrero brillante que me hace grandes servicios.

Laura transportada de gozo quiso otra vez echarse á sus pies; pero el Rey la sostuvo en sus brazos, y el generoso Lara, que á las bizarrías de valor añadia las sales del chiste, y las delicadezas del buen gusto, dijo al Rey: señor, para que la felicidad de todos sea mas completa, permitid que la misma [272] Laura sea la que, con la noticia de su vida, lleve al Marques la alegría de vuestra gracia. El Rey consiente, y los dos fuéron presurosos á llevar tantos consuelos á la cárcel en que el Marques ya no esperaba mas que la muerte.

A la voz del ilustre Lara abriéron las puertas de la prision. Pregunta por el Marques, y le dicen que está con el Cura, que lo prepara al trance que le espera. Mandó que viniese el Cura, y este se asombra de ver á la Marquesa, y le enteráron en pocas palabras de todo, y la impaciente Laura porfia por pasar, sin detenerse, al cuarto de su esposo: el prudente Cura le hace presente que debia refrenar el ímpetu de sus deseos; porque tantas fortunas y tan inopinadas, podían con el placer y la sorpresa arrancarle la vida, y la pedia que le diese algun tiempo para prepararlo: pero viendo que su ardor no podia sufrir la menor demora, la propuso que le concediese pocos minutos para esta diligencia, y que entre tanto ella y Lara podian escucharlo todo escondidos detras de un biombo que podia cubrirlos. Así lo hicieron; y el Cura empezó á hablar al Marques, y darle algunas esperanzas oscuras, diciéndole vagamente de las maravillas de la providencia. Despues le habló de ciertas noticias confusas de la vida de la Marquesa. Poco á poco le dijo, no solo que vivia, sino que la veria presto, y al fin le declara que está con Lara dentro de la cárcel, y con la gracia del Rey. El Marques agitado y fuera de sí, no sabia qué pensar. Decia al Cura que se queria burlar de sus desgracias, y que se las hacia más terribles; hasta que finalmente el Cura le respondió: señor, el hecho es cierto. Yo he querido prepararos primero, para que su vista no os conmueva demasiado; pero si me dais palabra de

recibir con firmeza este exceso de felicidad, os la iré á traer en el instante.

El Marques sin saber lo que debia imaginar, se lo promete; y Laura da un grito inflamada del amor; aparece á sus ojos, y corre á arrojarse entre sus brazos. A pesar de todos los preparativos del Cura, el corazon del Marques no puede resistir al ímpetu de su gozo, y cae desmayado; pero los desmayos del placer no son tan largos, ni tan peligrosos como los del dolor. A poco rato volvió en sí, y se halló entre los brazos de su adorada Laura. Este suceso causó mucho ruido en el campo; todos viniéron á felicitar á los dos esposos. La reina Isabel quiso ver á Laura, y quedó tan prendada, que para no separarse de ella la nombró dama suya. El Rey Católico cuando fué á presentarse el Marques, le recibió con alegría; y habiéndole hecho contar su propia historia, le dijo: [273] ve aquí los riesgos de una lengua fácil, y de una resolucion precipitada.

El Marques contribuyó mucho con su valor á la toma de Granada; y el dia que se rindió esta ciudad, y que los generales fuéron á congratular al Monarca, este le dijo: tú me has dado una buena joya, y me la debias, porque yo te habia hecho recobrar un mejor tesoro.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo